



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



~~54 i 9~~



Vet Span. III C. 34

~~NS. 75 H. 8~~

DUQUE DE RIVAS.



OBRAS COMPLETAS

DE

D. ÁNGEL DE SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

CORREGIDAS POR EL MISMO.

TOMO III.

ROMANCES HISTÓRICOS Y LEYENDAS.

MADRID,

IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA NUEVA,
calle de las Infantas, núm. 17.

1854.

ROMANCES HISTORICOS.

SEGUNDA EDICION.

Obra publicada la primera vez en Madrid por Lalama , año de 1840.

PRÓLOGO DEL AUTOR (1).

SEA cual fuere la opinion que se adopte acerca del origen del romance octosílabo castellano, no puede dudarse que se confunde con el de la lengua misma, tambien llamada *romance*, y que fué el metro propio de nuestra poesía popular mas antigua, de la que cantaba el vulgo, y de la que conservaba en su memoria las hazañas, los milagros, los amorios y todo género de tradiciones. Tenemos muchos compuestos en la mas remota antigüedad, ignorándose el nombre de sus autores; y aunque rudos é inarmoniosos, ofrecen sumo interés, y son tan vigorosos en la expresion y en los pensamientos, que nos encanta su lectura; encontrando en ellos nuestra verdadera poesía castiza, original y robusta, luchando con una lengua naciente, estrecha, insonora y semi-bárbara. Su efecto es tan grande, como se advierte cuando los oímos intercalados con toda su rudeza y con su antiguo lenguaje, en el diálogo de comedias históricas muy posteriores. Célebres ingénios del siglo XVII dieron con ellos, aunque pertenecientes á época tan inculta y á una literatura tan atrasada, mucho realce á sus composiciones. Luis Velez de Guevara en su drama titulado *Reinar despues de morir*; Cubillo de Aragon en *El rayo de Andalucía*, y los autores de *La mas hi-*

(1) Puesto al frente de la primera edicion de los *Romances históricos* hecha en Madrid el año 1840.

dalga hermosa lo hicieron así con mucho acierto, ingiriendo en estas comedias los romances, que muchos años atrás andaban ya en los labios del vulgo, solemnizando el infortunio de doña Inés de Castro, la muerte y venganza de los Infantes de Lara, y la noble determinacion tomada por los castellanos de libertar á su conde Fernan-Gonzalez, preso á traicion por el rey de Navarra. Innumerables ejemplos pudiéramos citar de esto mismo. Y el apoderarse así á la letra de los antiguos romances para realzar con ellos los dramas históricos, ha merecido elogio hasta del severo y clásico Moratin en su obra titulada: *Origen del teatro español*.

El romance octosílabo mas acomodado á los oídos y á la memoria del vulgo, que los informes y pesados versos del poema del Cid, y que los alejandrinos mas ataviados y cultos de Gonzalo de Bercé, prevaleció sobre ellos, campeando siempre como verdadero metro nacional. No solo se cantaban en él hazañas pasadas, sino que se escribían nuevos romances siempre que ocurrian acontecimientos notables, y sucesos ó hechos de armas cuya memoria debia conservarse. Y habia poetas de profesion en los campamentos de nuestros caudillos, y en las córtes de nuestros reyes, que cantaban en este metro sus proezas y sus conquistas. El glorioso rey San Fernando llevaba en las huestes con que ganó á Sevilla á *Nicolás de los romances*, sobrenombre que le dan las crónicas y que demuestra cuál era su ejercicio, y ejercicio á que debió repartimiento después de la conquista, entrando á la parte con los guerreros, como poeta de la expedicion, en el despojo de la victoria. ¿No recuerda esto la importancia que tuvieron los bardos de los antiguos pueblos del Norte, porque eran los que conservaban la historia de sus hazañas?

La consideracion que merecian los romances históricos de aquellos siglos, y el crédito y fé que se les daba, se conoce al recordar que de las tradiciones conservadas en ellos, se formaron muchas de las narraciones de las crónicas, que se escribieron después. Narraciones que aun cuando sean de hechos falsos ó exagerados, y que por lo tanto hayan sido últimamente arrojados de la historia por la crítica moderna, tienen siempre para nosotros una ventaja inapreciable, la de darnos á conocer las ideas de los siglos en que se escribieron y creyeron.

Los romances mas antiguos que poseemos, refieren hazañas y milagros ó caballerías de la corte de Carlo-Magno, por donde se ve que

nuestra poesía tuvo el mismo origen, que la de todos los países del mundo: la admiración de los grandes hechos y el entusiasmo religioso. Estos romances antiquísimos tienen la misma estructura con que hoy los hacemos; pues son versos de ocho sílabas, en que los impares van libres ó sueltos, y los pares rimados con una misma desinencia. Y en esta estructura particular, y colocación alternada de la rima, apoya el ilustrado Conde su opinión, que es la mas admitida, de que el romance castellano proviene de los versos árabes de diez y seis sílabas, pareados, esto es, rimados de dos en dos; que se escribieron por ignorancia ó de intento, divididos en emistiquios, y cada uno de estos en un renglón aparte, resultando la rima alternada y como hoy la colocamos en el romance.

Estos fueron constantemente escritos en consonante rigoroso y uniforme, lo que les daba un monótono y continuado martilleo muy desapacible. Y en los mas antiguos, como escritos en la infancia de la lengua y cuando aun no estaba fijada, los poetas añadían letras y sílabas á las palabras finales de los versos, ya para completar el número, ya para formar el sonsonete. Siendo ciertamente muy desagradable y fastidiosa la repetición del mismo sonido cada dos versos veinte ó treinta veces, ó acaso mas, pues algunos de aquellos romances son de bastante extensión; los adelantos de la lengua y del buen gusto produjeron la invención y adopción del asonante. Bien sea este, como muchos creen, y no sin fundamento, tomado del árabe; bien que se descubriese por mera casualidad; bien que el deseo de evitar la pesadez de la repetición de un mismo consonante hiciese observar, que en nuestra lengua basta la conformidad de las dos últimas vocales de una palabra con las de otra, para formar una rima muy distinta y armoniosa. El romance se apoderó exclusivamente de este primor de nuestro idioma, de esta semi-desinencia, que luego se introdujo en otros metros, como artificio exclusivo de la versificación castellana; y que mas adelante admitió el vulgo con particular y decidida preferencia en sus seguidillas, tiranas, etc. Pero no hay ejemplo de esta ventajosa innovación anterior al siglo XVI.

Mucho ganó con ella el romance en soltura, facilidad y armonía; como ganó, bien que á costa tal vez de energía y severidad, en orden, gala y corrección, cultivado por los ingenios de aquella época aventajada. Y saliendo del estrecho campo á que estaba reducido, empezó en

manos del fecundo Lope de Vega, del lozano Góngora, del portentoso Calderon, y de otros buenos ingenios, á prestarse á todo género de asuntos, ya eróticos, ya filosóficos, ya místicos, ya satíricos, engalanándose con todos los atavíos de la buena poesía. Entonces nacieron los romances *moriscos*, engañándose mucho los que, escasos de erudición, juzgan estas composiciones originariamente árabes. Error que se nota con solo considerar que ni las costumbres, ni los afectos, ni las creencias, que en ellos se atribuyen á personajes moros, son los de aquella nacion; advirtiéndose desde luego que son cristianos enmascarados con nombres y trajes moriscos; moda que produjo muy felices composiciones, y que estuvo una temporada tan en boga entre nuestros poetas, que el mismo Góngora, que la ridiculizó festivamente en un romance jocoso, tuvo que obedecer á ella, y escribió muchos y muy bellos romances moriscos. Inventados fueron, pues, estos por los ingenios castellanos, y los que Perez de Hita introdujo en su *Historia de las guerras civiles de Granada*, compuestos por él, como todo el libro, exornado con narraciones fabulosas. No es esto negar absolutamente que pueda acaso alguno de los romances moriscos de aquel tiempo ser traduccion ó imitacion de alguna antigua composicion árabe.

En pos de los romances moriscos vinieron los *pastoriles*, en que fué extremado el príncipe de Esquilache, y en que perdió aquel metro mucho vigor y lozanía, ganando algo en ternura y en sencillez. El ingenio colosal de Quevedo se apoderó tambien del romance para la sátira, y le dió en este género un ensanche sin límite, y una facilidad sin igual, haciéndolo asiento, no solo de todas las festivas sales de nuestra lengua, sino de los pensamientos mas nuevos y originales, y de todas las frases mas agudas y festivas de que es capaz idioma alguno.

El romance octosilábico castellano se adoptó muy desde luego por los poetas dramáticos, y en comedias anteriores á Lope de Vega lo vemos ya introducido, y continúa hasta nosotros, siendo el metro favorito del teatro. Nuestros antiguos poetas cómicos lo mezclaron con quintillas, redondillas, cuartetas, décimas, octavas, sonetos, liras y aun versos sueltos, mirando como una belleza del drama la variedad de la versificacion; pero en Lope, Alarcon, Tirso, Calderon, Moreto, Rojas y demás insignes dramáticos, se observa que emplearon casi exclusivamente el romance para las narraciones. Este fué luego enseñoreándose completamente de la escena cómica, hasta que se hizo dueño

absoluto de ella, á fines del siglo pasado, arrojando de su término los demás metros. Castrillon fué el primero de los modernos que restableció el antiguo gusto de variar la versificación en la comedia; y hoy día se ha (en nuestra opinion con muy buen acuerdo) completamente restablecido.

La misma popularidad de que gozó el romance desde su origen, por los asuntos que le fueron peculiares; la facilidad que adquirió su composicion con la introduccion del asonante; la vulgaridad que le dió el diálogo cómico; y la soltura y ensanches que debió, como dejamos dicho, al gigantesco ingénio de Quevedo, lo fueron entregando al brazo seglar de los meros versificadores y de los copleros vergonzantes. Y convertido al fin en su patrimonio exclusivo, murió á sus manos, ya hinchado y ridiculamente culto; ya lánguido, tribial y chavacano. Desacreditándose hasta tal punto, que fué últimamente mirado como el verso escrito solo para el vulgo, y como el que podia permitírsele al vulgo en sus groseras composiciones; y los hombres literatos comenzaron á asquearlo y á desdenarlo.

En vano Luzan hizo su elogio, y demostró su importancia en el renacimiento de la poesia española, á mediados del siglo pasado. En vano Melendez justificó con su ejemplo la doctrina de aquel erudito, y escribió, no solo romances eróticos y descriptivos, sino tambien composiciones líricas de un género mas filosófico y atrevido en el mismo metro. Y en vano se reimprimieron muchos romances antiguos, con razonados prólogos, tributando al género los elogios mas encarecidos: el romance no resucitó. Los ingénios que han honrado nuestro parnaso despues de Melendez, apenas han escrito alguno que otro, ya erótico, ya jocoso, dedicándose exclusivamente al cultivo de los metros italianos. Y los poetas mas recientes tampoco han hecho esfuerzo alguno á favor del romance, ya que tantos hacen por resucitar las coplas de arte mayor, y por aclimatar en nuestro suelo los cuartetos endecasílabos con consonantes agudos, que dan á nuestra lengua un giro mezquino y una canturía; mas propios del idioma francés que del castellano.

Es ciertamente extraño que en esta época de ensanche, y acaso de regeneracion (en que la poesia, rompiendo los estrechos límites de reglas arbitrarias, aunque respetadas por un siglo entero, pugna por volver á su origen, dejando á un lado la servil imitacion de griegos y latinos, y buscando inspiraciones propias en épocas mas en armonía con

las sociedades modernas), no haya renacido con muchas ventajas el romance octosílabo castellano. Pues buscándose en los tiempos feudales y en los siglos caballerescos los asuntos y el colorido de la poesía actual, ningún otro metro podía encontrarse mas á propósito, como castizo y original; como nacido en la época misma de los héroes que ahora se celebran; como depósito de esos matices mismos que hoy se buscan con tanto empeño; y como el mas adecuado, en fin, por su sencillez, facilidad y soltura, á todos los tonos de la poesía, y por lo tanto á los atrevidos, variados y desiguales vuelos del *romanticismo*.

Pero aun mas extraño es que en esta época misma, literatos que gozan de justa nombradía, hayan emprendido proscribir *por principios* el romance, como indigno del Parnaso español, y como metro despreciable y chavacano. El primero que ha escrito contra el romance ha sido un extranjero, el alemán Schelegel, el que, sin negarle gracia y gallardía, decide que no es capaz de la poesía digna de elogios y de imitación. Que un extranjero se haya equivocado, y sentenciado sin conocimiento de causa, no es de extrañar; pero sí lo es, y mucho, que lo hayan seguido y reforzado escritores nacionales, y no ignorantes por cierto de nuestra literatura.

En una obra elemental, que anda de real orden en manos de la juventud, se deprime hasta con encono, y se ridiculiza hasta con pueril acritud el romance octosilábico castellano, como indigno de la poesía alta, noble y sublime. Se asegura en ella que *aunque venga á escribirle el mismo Apolo, no le puede quitar ni la medida, ni el corte, ni el ritmo, ni el aire, ni el sonsonete de jácara*. Y se sienta como positivo, que las mas tribiales y chavacanas se ocurren inmediatamente á todo español, que lee ú oye una ó dos coplas de romance, aunque este sea muy bueno, y de asunto muy grave y elevado. Decidir tan absolutamente contra un metro en que tan excelentes cosas se han escrito; que es sin disputa la forma en que apareció nuestra verdadera poesía nacional; que se ha amoldado siempre con ventaja á todos los géneros, á todos los tonos, á todos los matices, á todos los asuntos imaginables, en manos de nuestros mejores poetas; y, que ya rudo, vigoroso y desaliñado, ya galano y florido, ya tierno y melancólico, ya templado y armonioso, ya jovial y satírico, se ostenta siempre como la mayor riqueza de nuestro parnaso; es un incomprensible atrevimiento, fundado en un aislado capricho, que se opone á la opinion general.

Digase enhorabuena que el romance octosilabo no es á propósito para escribir en él toda una *Epopéya* (si es que á alguien le da en este siglo la mala tentación de escribir alguna); pero excluirlo de la poesía sublime, de la poesía histórica, de muchas partes de la *Epopéya* misma, como las narraciones, las descripciones, las sentencias filosóficas, los cuadros poéticos, cuando tenemos tan excelentes trozos de estas clases escritos por nuestros mejores autores en romance, es demasiado pretender, es arrojarle con suma lijereza á dar una sentencia definitiva, que carece de fundamento.

Dice el autor que impugnamos, que todo romance recuerda una *jácara* vulgar. ¿Quién que tenga oído y alma recuerda las chavacanas del vulgo cuando lee ó oye el sencillo y sublime romance histórico, en que se pinta *al señor de Hita y Buitrago*, en la batalla de Aljubarrota, que viendo á su rey con el caballo muerto, le da el suyo para que se salve de aquel desastre, le recomienda á su hijo, y se entra á pié á morir como bueno en lo recio de la pelea?... ¿Quién recuerda las coplas de los ciegos, cuando lee el riquísimo romance de Góngora á *Angélica y Medoro*, tan lleno de poesía, de amor, de encanto; ó los romances del Cid, muchos de los pastoriles de Esquilache, y los tiernos y de estructura lírica de Melendez? ¿A quién, en fin, se le ocurren esas vulgarachadas, que tan presentes tiene el preceptista, cuando le encantan en el teatro los hermosísimos romances en que el gran Caldeiron hace sus exposiciones, y en los que todos los géneros, todos los estilos se ven tan maestramente manejados?—Y en vano es alegar en contra nuestra el gran número de perversos romances que se han escrito; porque también se han escrito gran número de malísimas octavas, de enrevesados tercetos, de sonetos abominables. Y al que me arguya con los romances de Montoro y Marujan, yo le opondré las ridículas y extravagantes silvas de Gracian, y los desmayados y prosáicos endecasílabos de Iriarte, y no nos quedaremos nada á deber.

Ciertamente aun no le ha ocurrido á ningún italiano el proscribir los sonoros y fluidos versos cortos cantables, tesoro inagotable de su idioma, y tan cultivado y engrandecido por Metastasio y otros grandes poetas; fundado en que son los mismos que cantan, vulgarizan y achavacan los copleros improvisadores de las hosterías y de las plazas públicas. Y precisamente en ellos ha escrito el insigne Manzoni una de las odas mas altas, sublimes y filosóficas de nuestros dias, la que inti-

tula *el 5 de Mayo*, y cuyo argumento es la muerte de Napoleon. ¿Y el francés Berangér no ha colocado su nombre entre los primeros líricos de este siglo, sin escribir mas que en los metros mas vulgares de su país?

No somos nosotros de los que creen que la poesía consiste únicamente en la forma con que se expresa el pensamiento, atribuyendo todo el encanto de este arte divina, solo á la expresion. Por lo tanto, no damos tanta importancia al metro que busca el poeta para transmitirnos las imágenes de su fantasía, y los afectos de su alma. Creemos, sin embargo, que ciertas formas pueden contribuir á aumentar el efecto en algunos casos, y que ciertas armonías pueden excitar mas ó menos nuestras emociones. Pero fijar reglas en el particular, y que el frio preceptista decida magistralmente en la materia, y marque (aunque sea citando á Horacio) en qué número y con qué armonía se han de expresar tales y tales pensamientos, tales y tales pasiones, nos parece absurdo.—Y esas reglas, ¿en qué pueden fundarse?... ¿No vemos la rotunda y pomposa octava, el verso heróico por excelencia, aplicada con tanta facilidad y magisterio, por el flexible ingénio de Ariosto, á todos los tonos, desde el mas sublime y apasionado, hasta el mas tribal y burlesco; ya á la narracion épica mas alta; ya á la descripcion mas florida y lozana; ya á la relacion mas baja y vulgar? ¿Y no parece, al leer el *Orlando*, que la octava está inventada exprofeso para cada uno de estos géneros, para cada uno de estos estilos tan diversos y tan encontrados?... Lo mismo diremos de los demás metros. En los severos tercetos en que el terrible Dante nos pinta sus espantosas visiones, escribió el templado y melancólico Rioja sus pensamientos morales y apacibles; y en tercetos están escritas las sátiras de los Argensolas, y aun las mas libres y sarcásticas de Quevedo y de Arriaza. ¿Y el soneto?... No hay combinacion métrica y rítmica mas artificiosa, de mas pompa y magestad: parece hecha á drede para encerrar los pensamientos mas sublimes y encumbrados. Pues tan felizmente se presta á los místicos y á los históricos, como á los profundos y filosóficos de los Argensolas, á los risueños y floridos de Arguijo, á los melancólicos y pastoriles del bachiller Francisco de la Torre, y á los chistosos, libres y hasta chava-canos del Gran Quevedo. ¿En qué ejemplos, pues, fundan los preceptistas esas reglas con que quieren tiranizar al ingénio y encadenar la imaginacion?... Por fortuna el ingénio creador y la imaginacion fecunda

producen sus grandes bellezas, sin acordarse de los preceptistas, y echando mano del instrumento que su propio instinto les sugiere, como el mas á propósito, en el momento de la inspiracion.

Si todos los metros se prestan mas ó menos á todos los géneros de poesía, y en todos ellos pueden expresar felizmente sus ideas y sus afectos los verdaderos poetas, porque saben darles el tono, el giro y la armonía mas conveniente á la expresion de sus pensamientos y de sus pasiones; el romance octosilábico castellano es acaso la combinacion métrica, que obteniendo la primacia para la poesía histórica, como la mas apta para la narracion y la descripcion, se presta mas naturalmente á todo género de asuntos, á toda especie de composiciones. Su facilidad aparente, esa facilidad misma que le echan en cara los que creen que la poesía consiste en vencer dificultades de rima y de versificación, le da una elasticidad suma y es sin disputa uno de sus mayores méritos; y si se examina esa facilidad, se hallará acaso en ella un peligrosísimo escollo para el poeta. La variacion de sus giros y de sus cortes (pues los que le niegan este dote no han leído los hermosos romances que Calderon introduce en sus comedias, y en que con efectos sorprendentes los ha diversificado hasta lo infinito), hacen al romance el metro mas á propósito para el cambio de tono y para la variacion de colorido. Y hasta la armonía del asonante, que en una composicion larga puede de cuando en cuando variarse sin la menor dificultad, y que es tan exclusivamente española, tan grata á los oidos españoles, tan vária, y de suyo tan dulce y tan poco fatigosa, hace del romance castellano el instrumento mas á propósito para todo género de asuntos. Y su rapidez misma, ¿no está indicando que es el verso octosilabo el mas adecuado para expresar los grandes pensamientos filosóficos, las sentencias profundas, y la sencillez y viveza de los afectos?

Engolfados en esta materia, fuerza es que citemos algunos ejemplos en apoyo de cuanto llevamos dicho, y para demostrar mas palpablemente cuán sin razon se ha pronunciado la sentencia contra el romance. Mas no iremos á buscar lo mas exquisito y primoroso que en ellos se encuentra, sino que echaremos mano de lo primero que ocurra á nuestra memoria. Copiaremos, pues, algo de aquel romance anónimo de las exequias del maestre D. Alvaro de Luna. Dice así:

«Iba declinando el dia,
Su curso y lijeras horas,

Y el padre que al mundo atumbra
Para occidente se torna.
A los reflejos divinos
De aquella luz milagrosa,
Pálidos, descoloridos,
Cubiertos de negras sombras,
Amenazaba la noche,
Mustia, temerosa y sorda;
No de luceros vestida
De que se pule y se adorna.
La luna en el primer cielo
Con las nubes se arreboza,
Y en los escondidos valles
Aljófar y perlas llora.
De las aldeas vecinas
Dejan desiertas y solas,
Unos las casas baldías,
Otros las pajizas chozas.
Sonaba en Valladolid
El eco de voces roncadas,
Y responden los quejidos
De las apartadas rocas.
Hace señal San Benito,
Y su rico templo adornan
Con los funestos tapices
De bayeta lastimosa.
Murmuraban por las calles
De unas orejas en otras,
La no pensada caída
De aquella Luna hermosa.
Juntáronse los ilustres,
Y las iglesias entonan
El entierro de aquel cuerpo,
Que del cuello sangre brota.
En los hombros le reciben
Cuatro con sus cruces rojas,
Que le sirvieron en vida
Y en la muerte le dan honra.
Pusieron el cuerpo helado
Debajo una dura losa,
Y con el peso insufrible
Dió temblor la tierra toda.
Al rededor de la tumba
Arden lumbres, todos lloran
De la miseria infelice
La tragedia lastimosa.
Sollozan sus tiernos hijos,

Lamenta su triste esposa,
Y de su vertida sangre
Pide al cielo la deshonra, etc. etc.»

Acaso para los que opinan que la poesía consiste en huecos sonidos, y en pomposas cláusulas, no tendrán mérito estos versos. Pero á nosotros nos hacen mucho efecto, y nos parece que están llenos de sublime sencillez; que son altamente poéticos; y que este bellissimo trozo de poesía histórica no tendria ni mas vida, ni mas nobleza, ni mas dignidad escrito en octavas ó en tercetos.

Por no alargarnos demasiado no copiaremos algunos trozos de los romances de Bernardo del Carpio, llenos de robustez y de sensibilidad; ó de los de Arias Gonzalo, en que tan bien pintadas están la lealtad y entereza de aquel insigne castellano, de aquel desventurado padre; ó de los que refieren las bodas de doña Lambra con el señor de Villaren y de Barbadillo, tan llenos de interés y de vida: pues todos ellos, á pesar de la rudeza de estilo y de la estrechez del lenguaje, están rebosando poesia castiza y original.

El alcaide de Molina excita así á sus soldados á la pelea en un romance anónimo:

«Dejad la seda y brocado,
Vestid la malla y el ante,
Embrazad la adarga al pecho,
Tomad lanza y corvo alfanje.
Haced rostro á la fortuna,
Tal ocasion no se escape,
Mostrad el pecho robusto
Al furor del duro Marte.»

¿Son menos varoniles estos belicosos acentos por sonar en versos asonantados de ocho sílabas?

Léanse las maldiciones de las troyanas á Helena; la pintura del rey D. Rodrigo huyendo del desastre de Guadalete, y la lucha de D. Pedro *el Cruel* y don Enrique, en la que

«Riñeron los dos hermanos,
Y de tal suerte riñeron,
Que fuera Cain el vivo
A no haberlo sido el muerto.»

Recuérdense los lamentos del alcaide de Alhama cuando pierde esta fortaleza; y examínese, en fin el razonamiento de Ruy Diaz del Vivar

al Conde Lozano, desafiándolo para vengar á su ultrajado padre, y se verá hasta dónde se remonta el romance octosílabo castellano, en la narracion y en la expresion de los elevados y heróicos sentimientos.

¿Será necesario á un español que escribe para españoles, citar los trozos de las *Mocedades del Cid*, de Guillen de Castro; del *Heracio*, de Calderon, y aun de la *Verdad sospechosa*, de Alarcon, escritos en verso octosílabo asonantado, y tan hermosa y maestramente traducidos en versos franceses por el gran Corneille, el padre del teatro francés? Pues compárense los versos castellanos con la traduccion, y se verá que no son en nada inferiores, aunque de romance, á los pomposos alejandrinos en que se tradujeron; y que en estos no ha ganado nada la expresion de los pensamientos de nuestros autores.

Si tanta energía y sencillez ofrece el romance para los asuntos históricos, ¡cuánto se presta á la descripcion poética, y á los afectos blandos! No copiamos, porque es muy conocido, el bellissimo romance, ya mencionado, de Góngora á *Angélica y Medoro*, tan rico de poesía, tan armonioso, tan bien escrito. Léase esta preciosa composicion, y las descripciones de las fiestas de toros y cañas en otros romances moriscos, y el tierno y apasionado de Melendez á *Rosana en los fuegos*; y se hallará en ellos la verdadera elocucion poética, y se verá que en nada ceden á las mejores composiciones, que á los mismos asuntos han hecho grandes poetas en versos endecasílabos.

La poesia descriptiva que cabe en el metro que defendemos, puede verse en los versos siguientes :

« Entraron los Sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde
Marlotas y capellares.
En las adargas tenían
Por empresas sus alfanjes,
Hechos arcos de Cupido,
Y por letra: *Fuego y sangre*, etc. »

O en aquellos :

« Cuando las sagradas aguas
Del ancho y sagrado Betis,
Con la multitud de barcos
Con dificultad parecen;
Cuando entoldadas las popas

De juncia y de ramas verdes ,
 En el agua escaramuzan
 A pesar de sus corrientes ;
 Cuando mil alegres cantos
 Que los sentidos suspenden ,
 Interrumpen á los vientos
 Y enamoran á los peces ;
 Cuando en las torres mas altas
 Mil luminarias parecen ,
 Y cual veloces cometas
 Atraviesan los cohetes ;
 Entonces etc.»

O en estos :

«Nunca las puertas de oriente
 Abrió tan hermosa el alba ,
 Cuando saca de alhelies
 Las bellas sienes orladas.»

O en estos otros de Góngora :

«Mirábalo en los ramblares
 Ora á caballo, ora á pié ,
 Rendir al fiero animal
 De las otras fieras rey.
 Y con la real cabeza ,
 Y con la espantosa piel ,
 Ornar de su ingrata mora
 La respetada pared.»

Y en la expresion de los afectos ya fuertes é impetuosos , ya tiernos y melancólicos, ¿qué metro aventaja al romance? No es posible expresar mejor la indignacion, que lo está en el final de aquel romance, del desafio del moro Tarfe :

«Esto el moro Tarfe escribe
 Con tanta cólera y rabla ,
 Que donde pone la pluma
 El delgado papel rasga.»

Nótese el desórden de la armonía en este último verso.

¡ Qué interesante y tierna melancolía reina en todo el romance de Góngora del *Forzado de Dragut*, que empieza :

«Amarrado al duro banco
 De una galera turquesca ,
 Ambas manos en el remo ,
 Ambos ojos en la tierra , etc.»

XVIII

La tierna emocion del cautivo, que descubre desde el mar los montes y las torres de su patria, me recuerdan los siguientes cuatro versos de Matos al mismo asunto en la comedia titulada : *El Gentzaro de Hungria*.

«Alargando iba los ojos
Hacia mi querida patria,
A donde en prision mas dulce
Dejaba cautiva el alma.

¿Podia escribirse mejor en endecasílabos el terrible diálogo de Focas y Astolfo en el *Heracio* de Calderon, solicitando el tirano conocer la verdad para acabar con la sangre de su enemigo, y obligándole al leal anciano á que la respete, por temor de derramar la de su propio hijo? En romance está escrito este diálogo, y seguramente al saborearlo en la escena, nadie recuerda las jácaras, que acaso acaba de oír al ciego en la esquina del teatro, por mas que tengan el mismo *sonsonete*.

Ningun otro metro se presta tanto por su sencillez, como el romance, á expresar las sentencias morales y los grandes pensamientos filosóficos. Recordemos aquellos dos versos de Guevara :

«Que con decir que son hombres
No se disculpan los reyes.»

O estos de Calderon :

«¡Honor!... fiero basilisco,
Que si á ti mismo te miras
Te das la muerte á ti mismo.»

Y aquellos otros :

«Hipócrita Mongibelo,
Nieve ostentas, fuego escondes;
¿Qué harán los pechos humanos
Si saben mentir los montes?»

Y los que dicen :

. Que nunca tuvo
Lo no bien hecho otra enmienda
Del arrojo que lo obró,
Que el valor que lo sustenta.

Y los que pone en boca de D. Juan Malec, en la comedia titulada : *Amar despues de la muerte*, ó el *Tuzani de las Alpujarras*, en que re-

firiendo el noble anciano á sus compatriotas los moriscos la ofensa que acaban de hacerle en el ayuntamiento; cuando va á contar que le han dado con su propio báculo un golpe afrentoso, se detiene y dice:

. Esto basta,
Que hay cosas que cuesta mas
El decir las, que el pasarlas.

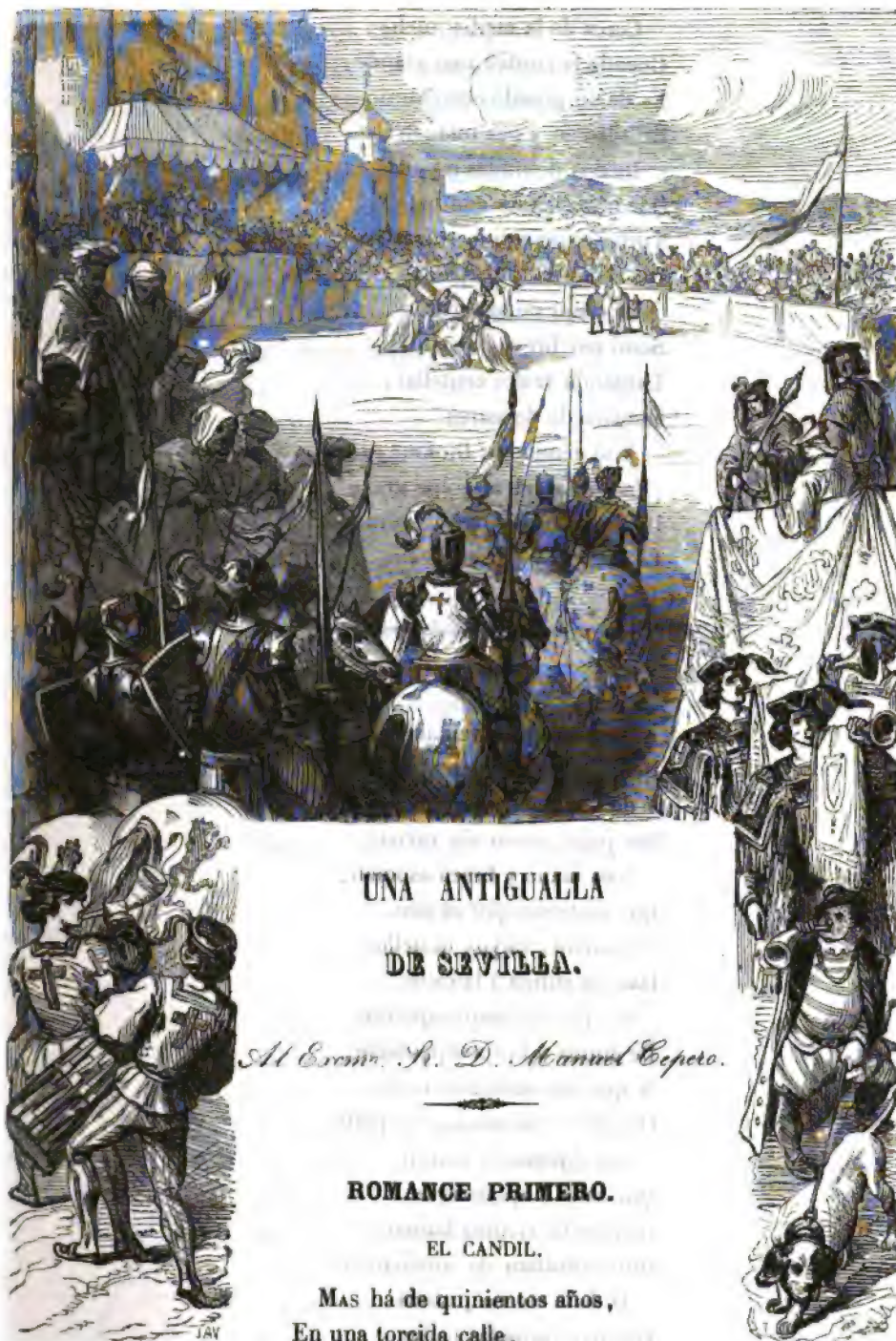
Seria necesario un tomo entero para copiar todos los ejemplos de esta clase que se nos ocurren. Y otro para los que podíamos recordar de expresiones nuevas y pintorescas con que este fecundo metro ha enriquecido la poesía castellana. Y si lo consideramos aplicado á la sátira y á los asuntos jocosos en manos de Góngora y de Quevedo, ¡cuánto podríamos citar en su abono! ¡Qué tesoro inmenso de frases felicísimas, de giros extraordinarios, de pensamientos inesperados, que en cualquier otro metro hubieran acaso perdido algo de su frescura, de su malicia y de su originalidad!

Pero basta ya, porque no hay literato alguno, versado en la lectura de nuestros poetas líricos y dramáticos, á quien no sean familiares los hermosos trozos de poesía, de todos los géneros y tonos, escritos en verso octosílabo asonantado, y tan apreciables por lo menos como cuantos se puedan citar en cualquiera otra especie de versificación.

El romance, que es el metro castizo de nuestra lengua, en el que se cantaron las hazañas de nuestros mayores, el que cultivaron y engalanaron nuestros mejores poetas, el que tan bien suena en el diálogo escénico, el que tan dócil se amolda á todos los asuntos, á todos los estilos, tan fácil, tan sonoro, asiento del asonante, primor exclusivo de nuestra hermosa lengua (debido á su variedad infinita de terminaciones, y al sonido puro, fijo, invariable de sus cinco vocales), no debe ser despreciado, ni olvidado por metros y combinaciones rítmicas, que hemos tomado, ciertamente con muchas ventajas, de otro idioma. Y aunque con ellos y con ellas se ha enriquecido el nuestro, y se han escrito muchas obras admirables en todo género, no renunciemos al abundante y rico tesoro de elocución poética castellana, que en los romances octosilábicos poseemos; ni desechemos uno de nuestros mejores títulos á la gloria poética.

El romance, pues, tan á propósito como dejamos repetido, para la narración y descripción, para expresar los pensamientos filosóficos y

para el diálogo, debe, sobre todo, campear en la poesía histórica, en la relacion de los sucesos memorables: así empezó en los siglos rudos de su nacimiento. Volverlo á su primer objeto y á su primitivo vigor y enérgica sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofía, y aprovechándose de todos los atavios con que nuestros buenos ingénios lo han engalanado, sería ocupacion digna de los aventajados poetas, que nunca escasean en nuestro privilegiado suelo. Con débiles fuerzas he intentado yo tan difícil é importante empresa, escribiendo esta coleccion de *Romances históricos*, que presento al público. Mis lectores ilustrados decidirán si he logrado mi intento. Si no he sido tan dichoso, al menos habré conseguido llamar la atencion sobre el romance castellano y sobre la poesía histórica, á la estudiosa juventud, que con tanto aprovechamiento cultiva hoy entre nosotros la amena literatura, dando diariamente, en composiciones de mucho mérito, claras pruebas de fecundo ingénio y de brillante imaginacion.



UNA ANTIGUALLA
DE SEVILLA.

Al Excmo. Sr. D. Manuel Cepero.

ROMANCE PRIMERO.

EL CANDIL.

Mas há de quinientos años,
En una torcida calle,
Que de Sevilla en el centro,
Da paso á otras principales;

Cerca de la media noche ,
 Cuando la ciudad mas grande
 Es de un grande cementerio
 En silencio y paz imagen ;

De dos desnudas espadas
 Que trababan un combate ,
 Turbó el repentino encuentro
 Las tinieblas impalpables.

El crujir de los aceros
 Sonó por breves instantes ,
 Lanzando azules centellas , ~~2~~
 Meteoro de desastres. x 2

Y al gemido : ¡ Dios me valga ! x 3
 ¡ Muerto soy ! Y al golpe grave
 De un cuerpo que á tierra vino ,
 El silencio y paz renacen.

Al punto una ventanilla
 De un pobre casuco abren ;
 Y de tendones y huesos ,
 Sin jugo , como sin carne ,
 Una mano y brazo asoman ,
 Que sostienen por el aire
 Un candil , cuyos destellos
 Dan luz súbita á la calle.

En pós un rostro aparece
 De gomía ó bruja espantable ,
 A que otra marchita mano
 O cubre ó da sombra en parte.

Ser dijérase la muerte
 Que salía á apoderarse
 De aquella víctima humana
 Que acababan de inmolarle ;
 O de la eterna justicia ,
 De cuyas miradas nadie
 Consigue ocultar un crimen ,
 El testigo formidable.

Pues á la llama mezquina ,
 Con el ambiente ondeante ,
 Que dando luz roja al muro
 Dibujaba desiguales

Los tejados y azoteas
 Sobre el oscuro celaje ,
 Dando fantásticas formas
 A esquinas y boca-calles ,

Se vió en medio del arroyo ,
 Cubierto de lodo y sangre ,
 El negro bulto tendido
 De un traspasado cadáver.

Y de pié á su frente un hombre ,
 Vestido negro ropaje ,
 Con una espada en la mano ,
 Roja hasta los gabilanes.

El cual en el mismo punto ,
 Sorprendido de encontrarse
 Bañado de luz , esconde
 La faz en su embozo , y parte :

Aunque no como el culpado
 Que se fuga por salvarse ,
 Sino como el que inocente
 Mueve tranquilo el pié y grave.

Al andar, sus choquezuelas
 Forman ruido notable ,
 Como el que forman los dados
 Al confundirse y mezclarse.

Rumor de poca importancia
 En la escena lamentable ,
 Mas de tan mágico efecto ,
 Y de un influjo tan grande

En la vieja , que asomaba
 El rostro y luz á la calle ,
 Que , cual si oyera el silbido
 De venenosa ceráste ,

O crujir las negras alas
Del precipitado Arcángel,
Grita en espantoso ahullido,
¡Virgen de los reyes, vírteme!

x 3.4.

Suelta el candil, que en las piedras
Se apaga y aceite esparce,
Y cerrando la ventana
De un golpe, que la deshace,

Bajo su misero lecho
Corre á tientas á ocultarse,
Tan acongojada y yerta,
Que apenas sus pulcos laten.

Por sorda y ciega haber sido
Aquellos breves instantes,
La mitad diera gustosa
De sus días miserables:

Y hubiera dado los días
De amor y dulces afanes
De su juventud, y dado
Las caricias de sus padres,

Los encantos de la cuna,
Y..... en fin, hasta lo que nadie
Enajena, la esperanza,
Bien solo de los mortales:

Pues lo que ha visto la abruma,
Y la aterra lo que sabe,
Que hay vistas, que son peligros,
Y aciertos que muerte valen.

ROMANCE SEGUNDO.

EL JUEZ.

Las cuatro esferas doradas,
Que ensartadas en un perno,
Obra colosal de moros
Con resaltos y letreros,

De la torre de Sevilla
 Eran remate soberbio
 Do el gallardo Giraldillo
 hoy marca el mudable viento
 (Esferas, que pocos años
 Despues derrumbó en el suelo
 Un terremoto), brillaban
 Del sol matutino el fuego,

Cuando en una sala estrecha
 Del antiguo alcázar regio,
 Que entonces reedificaban
 Tal cual hoy mismo lo vemos.

En un sillón de respaldo
 Sentado está el rey Don Pedro,
 Jóven de gallardo talle,
 Mas de semblante severo. X

A reverente distancia,
 Una rodilla en el suelo,
 Vestido de negra toga,
 Blanca barba, albo cabello, X

Y con la vara de alcalde
 Rendida al poder supremo,
 Martín Fernandez Cerón
 Era emblema del respeto.

Y estas palabras de entrambos
 Recogió el dorado techo,
 Y la tradicion guardólas
 Para que hoy suenen de nuevo.

R. — ¡Conque en medio de Sevilla
 Amaneció un hombre muerto,
 Y no venís á decirme
 Que está ya el matador preso?

A. — Señor, desde antes del alba,
 En que el cadáver sangriente
 Rocogí, varias pesquisas
 Inútilmente se han hecho.

R. — Mas pronta justicia, alcalde,
 Ha de haber donde yo reino,
 Y á sus vigilantes ojos
 Nada ha de estar encubierto.

A. — Tal vez , señor , los judíos,
Tal vez los moros sospecho.....

R. — ¿ Y os vais tras de las sospechas
Cuando hay un testigo , y bueno ?

¿ No me habeis , alcalde , dicho ,
Que un candil se halló en el suelo
Cerca del cadáver ?... Basta ,
Que el candil os diga el reo .

A. — Un candil no tiene lengua .

R. — ¿ Pero tiénela su dueño ,
Y á moverla se le obliga
Con las cuerdas del tormento .

Y vive Dios que esta noche
Ha de estar en aquel puesto ,
O vuestra cabeza , alcalde ,
O la cabeza del reo .

El rey , temblando de ira ,
Del sillón se alzó de presto ,
Y el juez alzóse de tierra
Temblando también de miedo .

Y haciendo una reverencia ,
Y otra despues , y otra luego ,
Salióse á ahorcar á Sevilla ,
Para salvarse , resuelto .

Síguele el rey con los ojos ,
Que estuvieran en su puesto
De un basilisco en la frente ,
Segun eran de siniestros ,
Y de satánica risa

Dando la expresion al gesto ,
Salió detrás del alcalde
A pasos largos y lentos .

Por el corredor estuvo
En las alcándaras viendo
Azores y gerifaltes ,
Y dándoles agua y cebo .

Y con uno sobre el puño
Salió á dirigir él mismo
Las obras de aquel palacio
En que muestra gran empeño.

Y vió poner las portadas
De cincelados maderos ,
Y él mismo dictó las letras
Que aun hoy notamos en ellos.

Despues habló largo rato ,
A solas y con secreto ,
A un su privado , Juan Diente ,
Diestrísimo balletero.

Señalándole un retrato ,
Busto de piedra mal hecho ,
Que con corta semejanza
Labró un peregrino griego.

Fué á Triana , vió las naves
Y marítimos aprestos ;
De Santa Ana entró en la iglesia
Y oró brevisimo tiempo ;
Comió en la torre del Oro ,
A las tablas jugó luego
Con Martin Gil de Alburquerque ;
A caballo dió un paseo.

Y cuando el sol descendia ,
Dejando esmaltado el cielo
De rosa , morado y oro ,
Con nubes de grana y fuego ;

Tornó al alcázar , vistióse
Sayo pardo , manto negro ,
Tomó un birrete sin plumas
Y un estoque de Toledo ;

Y bajando á los jardines
Por un postigo secreto ,
Do Juan Diente le esperaba
Entre murtas encubierto ,

Salió solo , y esto dijo
 Con recato al balletero :
 «Antes de la media noche
 Todo esté cual dicho tengo.»

Cerró el postigo por fuera ,
 Y en el laberinto ciego
 De las calles de Sevilla
 Desapareció entre el pueblo.

ROMANCE TERCERO.

LA CABEZA.

Al tiempo que en el ocaso
 Su eterna llama sepulta
 El sol , y tierras y cielos
 Con negras sombras se enlutan ,
 De la cárcel de Sevilla ,
 En una bóveda oscura ,
 Que una lámpara de cobre
 Mas bien asombra que alumbraba ,
 Pasaba una extraña escena ,
 De aquellas que nos angustian ,
 Si en horrenda pesadilla
 El sueño nos las dibuja.

Pues no semejaba cosa
 De este mundo , aunque se usan
 En él cosas harto horrendas ,
 De que he presenciado muchas ;
 Sino cosa del infierno ,
 Funesta y maligna junta
 De espectros y de vampiros ,
 Festin horrible de furias.

En un sillón , sobre gradas ,
 Se ve en negras vestiduras
 Al buen alcalde Cerón ,
 Ceño grave , faz adusta.

A su lado en un bufete ,
Que mas parece una tumba ,
Prepara un viejo notario
Sus pergaminos y plumas.

Y de aquella estancia en medio ,
De tablas con sangre sucias
Se ve un lecho , y sus cortinas
Son cuerdas , gárfios , garruchas.

En torno de él dos verdugos
De imbécil facha y robusta ,
De un saco de cuero aprestan
Hierros de infaustas figuras.

Sepulcral silencio reina ,
Pues solamente se escucha .
El chispéo de la llama
En la lámpara que ahuma

La bóveda , y de los hierros
Que los verdugos rebuscan ,
El metálico sonido
Con que se apartan y juntan.

Pronto del severo alcalde
La voz sepulcral retumba
Diciendo : « Venga el testigo
Que ha de sufrir la tortura . »

Se abrió al instante una puerta
Por la que sale confusa
Algazara , ayes profundos
Y gemidos que espeluznan.

Y luego entre los sayones ,
Esbirros y vil gentuza ,
De ademanes descompuestos
Y de feroz catadura ,

Una vieja miserable ,
De ropa y carne desnuda ,
Como un cuerpo que las hienas
Sacan de la sepultura ;

Pues solo se ve que vive
 Porque flacamente lucha
 Con desmayados esfuerzos,
 Porque gime y porque suda.
 Arrástranla los sayones;
 La confortan y la ayudan
 Dos religiosos franciscos
 Caladas sendas capuchas;
 Y la algazara y estruendo,
 Con que satánica turba
 Lleva un precito á las llamas,
 Por la bóveda retamba.

Un negro bulto en silencio
 Tambien entra en la confusa
 Escena, y sin ser notado
 Tras de un pilaron se oculta.

«Ven (grita un toseco verdugo
 Con una risada aguda)
 Ven á casarte conmigo;
 Hecha está la cama, bruja.»

Otro, asiéndole los brazos
 Con una mano mas dura
 Que unos tenazas, le dice:
 «No volarás hoy á oscuras.»

Y otro, atándola las piernas:
 «Y el bote con que te untas?...
 Sobre la escoba á caballo
 No has de hacer mas de las tuyas.»

Estos chiste semejaban
 Los ahullidos con que aguzan
 La hambre los lobos, al grito
 De los cuervos que barrantan

Los ya corrompidos restos
 De una victima insepulta;
 La mofa con que los cafres
 A su prisionero insultan.

Tienden en el triste lecho,
Ya casi casi difunta,
A la infelice; la enlazan
Con ásperas ligaduras,

Y de hierro un aparato
A su diestra mane ajustan,
Que al impulso mas pequeño
Martirio espantoso anuncia.

Dice un sayon al alcalde:
«Ya está en jaula la lechuza,
Y si aun á cantar se niega,
Yo haré que cante ó que cruja.»

Silencio el alcalde impone,
Quédase todo en profunda
Quiétude, y solo gemidos
Casi apagados se escuchan:

«Mujer, prorrumpe Cerón,
Mujer, si vivir procuras;
Declárame cuanto viste
Y te dará Dios ayuda:»

—«Nada vi, nada, responde
La infeliz: por Santa Justa
Juro que estaba durmiendo:
Ni vi, ni oí cosa ninguna.»

—Replicó el juez, «Desdichada,
Piensa, piensa lo que juras.»
Y tomando de las manos
Del notario que le ayuda

Un candil: «Mira, prosigue,
Esta prenda que te acusa.
Dí quién la tiró á la calle
Pues confesaste ser tuya.»

La misera se estremeció
Trémula toda y convulsa,
Y respondió desmayada:
«El demonio fué sin duda.»

Y tras de una breve pausa:
Soy ciega, soy sorda y muda.
Matadme, pues, lo repito:
Ni vi, ni oí cosa ninguna.»

El juez entonces , de mármol ,
 Con la vara al lecho apunta ,
 Ase una cuerda un verdugo ,
 Rechina allá una garrucha ,
 La mano de la infelice
 Se disloca y descoyunta ,
 Y al chasquido de los huesos
 Un alarido se junta.

— «Piedad , que voy á decirle ,»
 Grita con voz moribunda
 La víctima , y al momento
 Suspéndese la tortura.

«Declara ,» el juez dice ; y ella
 Cobrando un vigor que asusta ,
 Prorumpo... «El rey fué...» y su lengua
 En la garganta se anuda.

Juez , escribano , verdugos ;
 Todos con la faz difunta
 Oyen tal nombre temblando ,
 Y queda la estancia muda.

En esto el desconocido ,
 Que tras del pilar se oculta ,
 Hacia el potro del tormento
 El firme paso apresura ;

Haciendo sus choquemuelas ,
 Canillas y coyunturas ,
 El ruido que los dedos
 Cuando se chocan y juntan.

Rumor que al punto conoce
 La infeliz , y se espeluzna ,
 Y repite : «El Rey ; sus huesos
 Así sonaron , no hay duda.»

Al punto se desemboza
 Y la faz descubre adusta ,
 Y los ojos como brasas
 Aquel personaje , á cuya

Presencia hincan la rodilla
Cuantos la bóveda ocupan ,
Pues al Rey D. Pedro todos
Conocen, y se atribulan.

Este saca de su seno
Una bolsa do relumbran
Cien monedas de oro , y dice :
«Tóma y socórrete, bruja.

Has dicho verdad , y sabe
Que el que á la justicia oculta
La verdad , es reo de muerte ,
Y cómplice de la culpa.

Pero pues tú la digiste ,
Vé en paz , el cielo te escuda.
Yo soy, sí , quien mató á aquel hombre ,
Mas Dios solo á mi me juzga.

Pero porque satisfecha
Quede la justicia angusta ,
Ya la cabeza del reo
Allí escarmientos pronuncia.»

Y era así : ya colocada
Estaba la imagen suya
En la esquina do la muerte
Dió á un hombre su espada aguda.

DEL CANDILEJO la calle
Desde entonces se intitula ,
Y el busto del Rey D. Pedro
Aun allí está , y nos asusta.

EL ALCÁZAR DE SEVILLA.

ROMANCE PRIMERO.

Magnífico es el Alcázar
Con que se ilustra Sevilla,
Deliciosos sus jardines,
Su excelsa portada rica.

De maderos entallados
En mil labores profijas,
Se levanta el frontispicio
De resaltar las cornisas;

Y hay en ellas un letrero
Donde, con letras antiguas,
D. Pedro hizo estos palacios
Esculpido se divisa.

Mal dicen en sus salones
Las modernas fruslerías,
Mal en sus soberbios patios
Gente sin barba y ropilla.

¡Cuántas apacibles tardes,
En la grata compañía
De chistosos sevillanos
Y de sevillanas lindas,

Recorrí aquellos verjeles,
En cuya entrada se miran
Jigantes de arrayan hechos,
Con actitudes distintas!

Las adelfas y naranjos
Forman calles extendidas,
Y un oscuro laberinto
Que á los hurtos de amor brinda.

Hay en tierra surtidores
 Escondidos ; se improvisan ,
 Saltando entre los mosaicos
 De pintadas piedrecillas ,
 Y á los forasteros mojan
 Con algazara y con risa
 De los que ya escarmentados
 El chasco pesado evitan.

En las tardes del estío ,
 Cuando al ocaso declina
 El sol entre leves nubes ,
 Que de oro y grana matiza ;
 Aquel trasparente cielo
 Con ráfagas purpurinas ,
 Cortado por un celaje
 Que el céfiro manso riza ;
 Aquella atmósfera ardiente
 En que fuego se respira ,
 ¡ Qué languidez dan al cuerpo !
 ¡ Qué temple al alma divina !
 De los baños , tan famosos
 Por quien los gozó , la vista ,
 La del soberbio edificio ,
 Obra gótica y morisca ,
 Tétrico en partes , en partes
 Alegre , y en el que indican
 Los dominios diferentes ,
 Ya reparos , ya ruinas ;
 Con recuerdos y memorias
 De las edades antiguas
 Y de los modernos años ,
 Embargan la fantasía .
 El azahar y los jazmines ,
 Que si los ojos hechizan ,
 Embalsaman el ambiente
 Con los aromas que espiran ;

De las fuentes el murmurio,
 La lejana gritería
 Que de la ciudad, del río,
 De la alameda contigua
 De Triana y de la puente
 Confusa llega y perdida,
 Con el son de las campanas
 Que en la alta Giralda vibran;
 Forman un todo encantado,
 Que nunca jamás se olvida,
 Y que al recordarlo, siempre
 Mi alma y corazón palpitan.

Muchas deliciosas noches,
 Cuando aun ardiente latía
 Mi ya helado pecho, alegres,
 De concurrencia escogida
 Ví aquellos salones llenos;
 Y á la juventud, cuadrillas
 O contradanzas bailando
 Al son de orquestas festivas.
 En las doradas techumbres
 Los pasos, la charla y risas
 De las parejas gallardas,
 Por amor tal vez unidas,
 Con el son de los violines
 Confundidos se extendían,
 Acordes ecos bailando
 Por las esmaltadas cimbrias.

Mas ¡ay! aquellos pensiles
 No he pisado un solo día,
 Sin ver (¡sueños de mi mente!)
 La sombra de la Padilla

Lanzando un hondo gemido ,
 Cruzar leve ante mi vista ,
 Como un vapor , como un humo ,
 Que entre los árboles gira :

Ni entré en aquellos salones ,
 Sin figurárseme erguida ,
 Del fundador la fantasma
 En helada sangre tinta :

Ni en el vestíbulo oscuro ,
 El que tiene en la cornisa
 De los reyes los retratos ,
 El que en columnas estriba ,

Al que adornan azulejos
 Abajo , y esmalte arriba ,
 El que muestra en cada muro -
 Un rico balcon , y encima

El hondo arteson dorado ,
 Que lo corona y atrista ;
 Sin ver en tierra un cadáver.
 Aun en las losas se mira

Una tenaz mancha oscura...
 ¡ Ni las edades la limpian !...
 ¡ Sangre!!! ; Sangre!!!... ; Oh cielos , cuántos
 Sin saber que lo es , la pisan !

ROMANCE SEGUNDO.

Quinientos años mas joven
 Era el magnífico alcázar ,
 Aun lustrosas sus paredes ,
 Su alto almenaje sin faltas ,
 Y lucientes los esmaltes
 De las techumbres doradas ,
 Mansion del rey de Castilla
 Orgullosa se ostentaba ;

Cuando del Mayo florido
 Una apacible mañana ,
 En aquel salon que tiene
 Los balcones á la plaza ,
 Dos ilustres personajes
 En grande silencio estaban :
 Un caballero era el uno ,
 El otro una hermosa dama.

Rica berberisca alfombra ,
 Del rey moro de Granada
 Don ó tributo , cubria
 Las losas de aquella cuadra.

Un cortinaje de seda
 Con listas y flores várias
 Matizado en el oriente ,
 Que galeras venecianas
 (Tal vez de su Dux regalo)
 Trajeron á nuestra España ,
 Del abierto balconaje
 El radiante sol templaba.

En el testero de enfrente
 De maderas cinceladas
 Un rico oratorio habia
 Con embutidos de nácar ,

Y en él la imágen devota
 De la Virgen soberana ,
 Escultura harto mezquina ,
 Mas no de atractivos falta ,

De la cual era el adorno
 Una corona de plata
 Reverberando en su cerco
 Amatistas y esmeraldas.

Un manuscrito precioso
 Con las oraciones santas ,
 Ornatos de miniatura ,
 Y de oro y marfil las tapas ,

Colocado se veía
 Sobre un atril, que formaban
 De un ángel mal esculpido,
 Aunque con primor, las alas;
 Y de brocado de oro
 En el suelo una almohada,
 Mostrando, por medio hundida,
 De dos rodillas la marca.
 En los muros blanqueados
 Con cal de Moren, de caza
 Pendían varios trofeos,
 Banderas y limpias armas;
 Y en una mesa ó bufete,
 Puesta en medio de la estancia,
 Con un tapete cubierta,
 Cuyos picos arrastraban,
 Un templado laúd había,
 Un rico juego de tablas,
 Búcaros llenos de flores,
 Y un cofre de filigrana.

De un balcon sentóse cerca,
 Muy pensativa la dama,
 En un gran sillón dorado,
 Cuyo respaldo formaba
 Un dosel ó guardapolvo
 En una curva gallarda,
 De castillos, de leones
 Y de corona adornada,
 Un vistoso brial de seda
 Verde, y con labores varias
 De sirgo y perlas, y en torno
 De oro recamos y franjas,
 Era su traje; una toca
 Muy mas que la nieve blanca,
 Y un claro cendal cubrían
 Sus trenzas negras y largas.

Celestial era su rostro
Y divina su garganta ;
Pero del color de cera ,
Que miedo y penas retrata :

Dos soles eran sus ojos
Bajo las luengas pestañas ,
Donde dos perlas preciosas ,
Prontas á correr , brillaban.

Era una fresca azucena ,
A quien cruda muerte amaga ;
Porque un corroedor gusano
Ya su hondo cáliz desgarró.

Ora un blanco pañuelo ,
Con puntas bordado y randas ,
Revolvía con las manos
Convulsas y destrozadas ,

Ora absorta y distraída ,
Agitaba en torno el aura
Con un precioso abanico
De ricas plumas de Arabia.

Delgado era el esbaldado ,
De estatura no muy alta ,
Vivaces ojos , la boca
Inquieta , roja la barba ,
Pálido y enjuto el rostro ,
Nariz corva y afilada ,
Noble su porte , y siniestras
Y terribles sus miradas.

Envuelto en un rojo manto ,
De oro bordado y con chapas ,
Y una gorra en la cabeza
Puesta de todo con gracia ,

De largo á largo media
Con pasos lentos la estancia ,
Y pasiones diferentes
Su mudo rostro mostraba.

A veces se enrojecía ,
Arrojando fieras llamas
Por los encendidos ojos ,
Hechos del infierno brasas ;

Luego estendian los labios
Sonrisa feroz y amarga ;
O en las doradas techumbres
Fijaba atroces miradas ;

Bien apresurando el curso
De pié á cabeza temblaba ;
Bien repuesto proseguia
Su paso noble con calma.

Así he visto al tigre fiero ,
Ya tranquilo , ya con rabia ,
Revolverse á todos lados
Dentro de la estrecha jaula.

Marchando sobre la alfombra ,
No se oían sus pisadas ;
Pero sordas le crujían ,
Siempre que se meneaba ,

Canillas y choquezuelas.
Diz que el cielo (¡ cosa rara !)
De igual rumor ha dotado ,
Allá en tierras muy lejanas ,

Para que la evite el hombre ,
A una serpiente que llaman
De cascabel , y que al punto
Que se acerca pica y mata.

Doña María Padilla
Era la llorosa dama ,
Y el callado caballero
El rey don Pedro de España.

ROMANCE TERCERO.

Cual de solitaria torre
 En torno están revolando
 Fieras aves de rapiña ,
 Cuando el sol baja al ocaso ,
 Así en torno de don Pedro
 Vuelan pensamientos vários ,
 Cuyas sombras ofuscaban
 De su semblante los rasgos.

Ya ocupa su airada mente
 El poder de sus hermanos ,
 A los que mató la madre ,
 Y á quienes llama bastardos :
 Ya de los grandes inquietos
 La insolencia y desacato ,
 O la mengua del tesoro
 Sin medios de repararlo :

Ya la linda doña Aldonza ,
 A quien tiene á buen recaudo ;
 O las sangrientas fantasmas
 De inocentes que ha matado :

Ya una proyectada empresa
 Rompiendo la fe de un pacto
 Contra el moro granadino ;
 O una traicion ó un engaño.

Mas , como las mismas aves
 Se van escondiendo al cabo
 Entre las almenas rotas
 Del castillo solitario ,

Y solo constante queda ,
 En torno de él volteando ,
 La mas voraz , la mas fuerte ,
 La que no admite descanso ;

Así aquel tropel confuso
De pensamientos extraños,
En que se encontró don Pedro
Envuelto pequeño rato,

En su pecho y su cabeza
Fueron nidos encontrando,
Y quedó despierta y viva,
Dándole gran sobresalto,

La imagen de don Fadrique,
El mejor de sus hermanos,
Norma de los caballeros
Y maestro de Santiago.

Del rey de Aragon acaba
Don Fadrique el esforzado
De conquistar á Jumilla,
Con noble denuedo y brase:

Deja en lugar de las barras
Los castillos tremolando,
Y viene á entregar las llaves
A su Rey, señor y hermano.

Sabe el rey que no es rebelde,
Que es su amigo y partidario,
Y mas que á Tello y á Enrique
Lo está embravecido odiando.

Don Fadrique fué el que tuvo
De venir á Francia encargo
Por la reina doña Blanca;
Mas tardó en llevarla un año.

Con ella en Narbona estuvo...
Y un rumor corrió entre tanto
De aquellos que son ponzoña,
Ora ciertos, ora falsos.

Doña Blanca está en Medina,
Y en una torre pagando
Las tardanzas del viaje,
Las hablillas de palacio;

Y el cuello de don Fadrique
Está en los hombros intacto ,
Porque tiene gran valía ,
Poder mucho y nombre claro.

Mas ¡ ay de él !... es de las damas
El ídolo por su trato ,
Por su gallarda presencia
Y por su esfuerzo bizarro ;
Y si no da sombra al trono ,
Porque es fiel , da , ¡ mal pecado !
Al corazon duros zelos ;
Y esto es peor , si aquello es malo.

Doña María Padilla ,
Cuyo entendimiento claro
Del regio amante penetra
Los mas ocultos arcanos ,
Y en quien la bondad del alma
Sobrepaja á los encantos
De su peregrino rostro
Y de su cuerpo gallardo ;

Vive víctima infelice
De continuo sobresalto ,
Porque al Rey ama , y le mira
A mal fin tender el paso.

Conoce que sobre sangre ,
Persecuciones y llantos
No está nunca firme un trono ,
Nunca seguro un palacio ;
Y tiene dos tiernas niñas ,
Que con otro padre acaso ,
Aunque ilegítimo fruto ,
Pudieran todo esperar.

Ve en el insigne Fadrique
Un apoyo , un partidario :
Sabe que llega á Sevilla ,
Y á voces le está indicando

De su fiero amante el rostro ,
Que viene en momento aciago :
Y por aquietar sospechas ,
O darles punto mas alto ,

Al fin rompiendo el silencio ,
 Aunque con trémulos labios
 Osó hablar , y estas palabras
 Entre los dos se mezclaron :

« ¡ Conque hoy llegará triunfante
 Don Fadrique vuestro hermano ? —
 Y por cierto que ya tarda
 En llegar aquí el bastardo. —

» ¡ Bien os sirve !... Si , en Jumiella
 Como un héroe se ha portado :
 De su lealtad os da pruebas ;
 Es muy valiente. — Lo es harto. —

» Ya estareis , señor , seguro
 De su pecho noble y franco. —
 Aun mas lo estaré mañana. » —
 Enmudecieron entrambos.

ROMANCE CUARTO.

Grande rumor se alza y cunde
 De armas , caballos y pueblo
 De Sevilla por las calles ,
 Al Maestre recibiendo.

Suenan los vivos unidos
 Con los retumbantes ecos ,
 Que en la altísima Giralda
 Esparce el bronce hasta el cielo.

Vase acercando la turba ,
 Pero se la escucha menos :
 Ya á la plaza de palacio
 Llega , y párase en silencio ;

Que la vista del alcázar
 Gozaba del privilegio
 De apagar todo entusiasmo,
 De convertir todo en miedo.

Quedó, pues, mudo el gentío,
Falto de acción y de aliento,
Para pisar la gran plaza
Con un mágico respeto;

Y el maestro de Santiago,
Con algunos caballeros
De su orden, entra, seguido
De corto acompañamiento.

Dirigese hacia la puerta,
Como aquel que va derecho
A encontrar de un buen hermano
El alma y brazos abiertos;

O como noble caudillo,
Que por sus gloriosos hechos
De un Rey á recibir llega
Los elogios y los premios.

Sobre un morcillo lozano
Que espuma respira y fuego,
Y á quien contiene la brida
Si ensorberbeca el arreo,

Muéstrase el noble Fadrique
Con el blanco manto suelto,
En que el collar y cruz roja
Van su dignidad diciendo;

Y una toca de velludo
Carmesí lleva, do el viento
Agita un blanco penacho
Con borlas de oro sujeto.

Pálido como la muerte
El iracundo don Pedro,
En cuanto entrar en la plaza
Vió al hermano desde lejos,

Como si de mármol fuera
Quedó del salón en medio,
Y en sus furibundos ojos
Ardió un relámpago horrendo;

Pero pronto en sí tornando ,
Salióse del aposento ,
Cual si del huésped quisiera
Buscar afable el encuentro.

Así que volver la espalda
Le vió la Padilla , lleno
El corazon de amargura
Y de llanto el rostro bello ,

Alzase y sale turbada
Del balcon al antepecho ,
Al gallardo maestro indica
Con actitudes y gesto ,

Que llega en mal hora , y mueve
Por el aire el pañizuelo ,
Diciéndole en mudas señas
Que se ponga en salvo luego.

Nada comprende Fadrique ,
Y por saludos teniendo
Los avisos , corresponde
Cual galan y cual discreto.

Y á la ancha portada llega
Do guardias y ballesteros
Le dejan el paso libre ,
Mas no entrada á su cortejo.

Si no conoció las señas
De la Padilla , don Pedro
Las conoció , pues paróse
Aun indeciso y suspenso

De la cámara en la puerta
Un breve instante , y volviendo
Los ojos , vió que la dama
Agitaba el blanco lienzo ,

¡ Oh Dios ! ¿ Fué esta accion tan noble
De tan puro y santo intento ,
La que llamó á los verdugos ,
Y la que firmó el decreto ?

Apenas puso el Maestro,
De dos solos escuderos
Seguido, el pié confiado
En el vestibulo regio,

Donde vários hombres de armas
Vestidos de doble hierro,
Paseándose guardaban
De la escalera el ingreso;

Cuando á uno de los balcones,
Como aparicion de infierno,
El rey se asoma gritando:

Matad al maestro, maceros.

Siguió como en la tormenta
El súbito rayo al trueno,
Y seis reformidas mazas
Sobre Fadrique cayeron.

Llevó la mano al estoque,
Pero en el tabardo envuelto
Halló el puño, y fué imposible
Desenredarlo tan presto.

Cayó en tierra, un mar de sangre
Del roto cráneo vertiendo,
Y lanzando un alarido
Que llegó sin duda al cielo.

Voló al instante la nueva
De tan horrible suceso;
Apelaron á la fuga
Los freiles y caballeros;

Huyó á esconderse en sus casas,
Temblando de horror, el pueblo,
Y del alcázar quedaron
Los alrededores desiertos.

Diz que el ver sangre embravece
Al tigre con tanto extremo,
Que prosigue los destrozos,
Aunque ya esté satisfecho

Su vientre , porque se gosa
 En teñir de rojo el suelo.
 Sin duda al rey de Castilla
 Le sucedia lo mesmo.

En cuanto vió á D. Fadrique
 Desplomarse en tierra yerto ,
 Corrió por palacio todo
 Buscando á sus escuderos ,
 Que trémulos y amarillos
 De aposento en aposento
 Huyen , sin hallar amparo ,
 Corren , sin hallar un puerto.

Por dicha logró fugarse
 O esconderse el uno de ellos ;
 Sancho Villegas el otro
 No fué tan feliz ó diestro.

Viendo que el Rey le persigue ,
 Entróse , de espanto muerto ,
 Donde estaba la Padilla
 Desmayada y en su lecho ,
 Asistida por sus damas
 Que están temblando de miedo ,
 Y con sus niñas al lado ,
 Angeles en alma y ouerpo.

Mirando allí el infelice
 Aun perseguirle el espectro ,
 Que en asilos no repara ,
 Coge en sus brazos de presto

A doña Beatriz , que apenas
 Cuenta seis años completos ,
 Hija por quien el Rey tiene
 El mas cariñoso extremo.

Pero , ¡ ay ! de nada le sirve...
 En vano allá en el desierto
 Con la cruz santa se abraza
 El peregrino , si recio

Brama al sur , si arde el espacio ,
 Si olas de arena , creciendo
 Mar espantoso , confunden
 La baja tierra y el cielo.

Con la niña entre los brazos
Y de rodillas, el pecho
Traspasóle furibunda
La daga del rey don Pedro.

Cual si no hubiese en palacio
Nada ocurrido de nuevo,
Se asentó el Rey á la mesa,
Como acostumbra, comiendo,
Jugó en seguida á las tablas,
Salió despues á paseo,
Fué á ver armar las galeras
Que han de ir á Vizcaya luego;
Y en cuanto cubrió la noche
Con su manto el hemisferio
Entró en la torre del Oro,
Donde tiene en un encierro
A la linda doña Aldonza,
A la cual del monasterio
De Santa Clara ha sacado,
Y á la que idolatra ciego.
Fué un rato á hablar en seguida
Con Leví, su tesorero,
En quien tiene su privanza,
Aunque es un infame hebreo;
Y muy tarde retiróse
Sin mas acompañamiento
Que un moro su favorito,
Hombre bajo por supuesto.
Entró en el tranquilo alcázar,
Llegó al vestibulo excelso,
Y en él paróse un instante
La vista en torno moviendo.
Una lámpara pendiente
Del artesonado techo
En derredor derramaba
Ya sombras, y ya reflejos:

Entre las tersas columnas
Dos hombres de armas , dos negros
Bultos paseaban solos ,
Vigilantes y en silencio ;

Y en tierra aun tendido estaba ,
De un lago de sangre en medio ,
El maestro don Fadrique
En su roto manto envuelto.

Se acercó el Rey , contemplóle
Con atencion un momento ,
Y notando que no estaba
Del todo su hermano muerto ,

Pues aun respiraba acaso
Palpitante el hondo pecho ,
Le dió con el pié un empuje
Que hizo estremecer el cuerpo ;

Desnudó la aguda daga ,
Al moro la dió , diciendo :
Acábalo , y sosegado
Subió y entregóse al sueño.



EL FRATRICIDIO.

ROMANCE PRIMERO.

EL ESPAÑOL Y EL FRANCÉS.

«Mosen Beltrán; si sois noble
Doleos de mi Señor;
Y deba corona y vida
A un caballero tal vos.
»Ponedlo en cobro esta noche,
Así el cielo os dé favor;
Salvad á un rey desdichado
Que una batalla perdió.
»Yo con la mano en mi espada,
Y la mente puesta en Dios;
En su real nombre os ofrezco,
Y ved que os lo ofrezco yo;
»En perpétuo señorio
La cumplida donación
De Soria y de Montañudo;
De Almansa, Atienza y Sertón:
»Y á mas doscientas mil doblas
De oro, de ley superior,
Con el cuño de Castilla;
Con el sello de León,
»Para que paguéis la hueste
De allende que está con vos,
Y con que fundeis estado
Donde mas os venga en pro.

»Socorred al rey don Pedro ,
Que es legitimo , otro no ;
Coronad vuestras proezas
Con tan generosa accion.»

Así cuando en occidente
Tras siniestro nubarron ,
Un anochecer de Marzo
Su lumbre ocultaba el sol ,
Al pié del triste castillo
De Montiel , donde el pendon
Vencido del rey don Pedro ,
Aun daba á España pavor ;
Men Rodriguez de Sanabria
Con Beltran Claquin habló ,
Y este le dió por respuesta
Con francesa lengua y voz.

«Castellano caballero ,
Pues hidalgo os hizo Dios ,
Considerad que vasallo
Del rey de Francia soy yo ;
»Y que de él es enemigo
Don Pedro vuestro señor ,
Pues en liga con ingleses
Le mueve guerra feroz.
»Considerad que sirviendo
Al infante Enrique está ,
Que le juré pleitesía ,
Que gajes me da y racion.
»Mas ya que por caballero
Venís á buscarme vos ,
Consultaré con los míos
Si os puedo servir ó no.

»Y como ellos me aconsejen
Que dé á don Pedro favor,
Y que sin menguar mi honra
Puedo guarecerle yo ;

»En siendo lo media noche
Pondré un luciente farol
Delante de la mi tienda,
Y encima de mi pendon.

»Si lo veis, luego ventós
Vuestro rey don Pedro y vos,
En sendos caballos, solos,
Sin armas y sin temor.»

Dijo el francés, y á su campo
Sin despedirse tornó,
Y en silencio, hácia el castillo,
Retiróse el español.

ROMANCE SEGUNDO.

EL CASTILLO.

Inútil monton de piedras,
De años y hazañas sepulcro,
Que viandantes y pastores
Miran de noche con susto,

Cuando en tus almenas rotas
Grita el cárabo nocturno,
Y recuerda las concejas
Que de tí repite el vulgo:

Escombros que han perdonado,
Para escarmiento del mundo,
La guadaña de los siglos,
El rayo del cielo justo:

Esqueleto de un gigante,
Peso de un collado inculto,
Cadáver de un delincuente
De quien fué el tiempo verdugo:

Nido de aves de rapina ,
Y de reptiles inmundos
Vivar , y en que eres lo mismo
De lo que eras há cien lustros :

Pregonero que publicas
Elocuente , aunque tan mudo ,
Que siempre han sido los hombres
Miseria , opresion , orgullo :

De Montiel viejo castillo ,
Monton de piedras y musgo ,
Donde en vez de centinelas
Gritan los siniestros buhos ;
¡ Cuán distinto te contemplo
De lo que estabas robusto
La noche aquella que fuiste
Del rey don Pedro refugio .

Era una noche de Marzo ,
De un Marzo invernal y crudo ,
En que con negras tinieblas
Se viste el orbe de luto .

El castillo , cuya torre
Del homenaje el oscuro
Cielo taladraba altiya ,
Formaba de un monte el hulto .

Sobre su almenada frente ,
Por el espacio confuso ,
Pesadas nubes rodaban
Del huracan al impulso .

Del huracan , que silbando
Azotaba el recio muro ,
Con espesa lluvia á veces ,
Y con granizo menudo ;

Y á veces rasgando el toldo ,
De nubarrones adustos ,
Dos ó tres rojas estrellas ,
Ojos del cielo sañudos ,

Descubria amenazantes
Sobre el edificio rudo,
Y sobre el vecino campo
Del cielo entrambos insulto.

Circundaban el castillo,
Como cercan á un difunto.
Las amarillas candelas,
Fogatas de triste anuncio;

Pues eran del enemigo
Vencedor, y que sañudo
El asalto preparaba
Codicioso y furibundo.

De la triste fortaleza
No aspecto de menos susto.
El interior presentaba,
Ultimo amparo y recurso.

De un ejército vencido,
Desalentado, confuso;
De hambre y sed atormentado,
Y de despecho convulso.

En medio del patio ardía
Una gran lumbrada, á cuyo
Resplandor de infierno en torno.
Vários satánicos grupos

Apiñados se veían,
En lo interno de los muros
Altas sombras proyectando,
De fantásticos dibujos.

Gente era del rey don Pedro,
Y se mostraban los unos
De hierro y sayos vestidos,
Los otros medio desnudos.

Allí de horrendas heridas,
Dando tristes ayes, muchos
La sangre se restañaban,
Con lienzos rotos y sucios.

Otros cantaban á un lado
Mil cánticos disolutos ,
Y fanfarronas blasfemias
Lanzaba su labio inmundo.

Allá de una res asada
Los restos frios y crudos
Se disputaban feroces ,
Esgrimiendo el hierro agudo.

Aquí contaban agüeros
Y desastrosos anuncios ,
Que escuchaban los cobardes
Pasmados y taciturnos.

Ni los nobles caballeros
Hallan respeto ninguno ,
Ni el orden y disciplina
Restablecen sus conjuros.

Nadie los portillos guarda ,
Nadie vigila en los muros ,
Todo es peligro y desórden ,
Todo confusion y susto.

Los relinchos de caballos ,
Los ayes de moribundos ,
Las carcajadas , las voces ,
Las blasfemias , los insultos ,

El crujido de las armas ,
Los varios trages , los duros
Rostros formaban un todo
Tan horrendo y tan confuso ,

Alumbrado por las llamas ,
O escondido por el humo ,
Que asemejaba una escena
Del infierno y no del mundo.



El rey don Pedro entre tanto
Separado de los suyos ,
En una segura cuadra
Se entregó al sueño profundo.

Mientras en una alta torre ,
 Despreciando los impulsos
 Del huracan y la lluvia ,
 De lealtad noble trasunto ,
 Men Rodriguez de Sanabria
 No separaba ni un punto
 Del lado donde sus tiendas
 La francesa gente puso ,
 Los ojos y el pensamiento ,
 Ansiando anhelante y mudo
 Ver la señal concertada ,
 Astro de benigno influjo ,
 Norte que de sus esfuerzos
 Pueda dirigir el rumbo ,
 Por donde su Rey consiga
 De salud puerto seguro.

ROMANCE TERCERO.

EL DORMIDO.

Anuncia ya media noche
 La campana de la vela ,
 Cuando un farol aparece
 De Claquin ante la tienda.
 Y no misero piloto ,
 Que sobre escollos navega ,
 Perdido el rumbo y el norte
 En noche espantosa y negra ,
 Ve al doblar un alta roca
 Del faro amigo la estrella ,
 Indicándole el abrigo
 De seguro puerto cerca ,
 Con mas placer , que Sanabria
 La luz que el alma le llena
 De consuelo , y que anhelante
 Esperó entre las almenas.

Latiéndole el noble pecho
Desciende súbito de ellas,
Y ciego bulto entre sombras
El corredor atraviesa.

Sin detenerse un instante
Hasta la cámara llega,
Do el rey don Pedro descanso
Buscó por la vez postrera:

Solo Sanabria la llave
Tiene de la estancia regia,
Que á noble de tanta estima
Solamente el rey la entrega.

Cuidando de no hacer ruido
Abre la ferrada puerta,
Y al penetrar sus umbrales
Súbito espanto le hiel.

No de áquel respèto propio
De vasallo, que se acerca
A postrarse reverente
De su rey en la presencia;

No aquel que agoviaba á todos
Los hombres de aquella era,
Al hallarse de improviso
Con el rey D. Pedro cerca;

Sino de mas alto origen,
Cual si en la cámara hubiera
Una cosa inexplicable,
Sobrenatural, tremenda.

Del hogar la estancia toda
Falsa luz recibe apenas
Por las azuladas llamas
De una lumbre casi muerta.

Y los altos pilarones ;
 Y las sombras que proyectan
 En pavimento y paredes ,
 Y el humo leve que vuela
 Por la bóveda y los lazos
 Y los mascarones de ella ,
 Y las armas y estandartes
 Que pendientes la rodean ,
 Todo parece movable ,
 Todo de formas siniestras ,
 A los trémulos respiros
 De la ahogada chimenea.

Men Rodriguez de Sanabria
 Al entrar en tal escena
 Se siente desfallecido ,
 Y sus duros miembros tiemblan ,
 Advirtiéndole que D. Pedro
 No en su lecho , sino en tierra ,
 Yace tendido y convulso ,
 Pues se mueve y se revuelca ,
 Con el estoque empuñado ,
 Medio de la vaina fuera ,
 Con las ropas desgarradas ,
 Y que solloza y se queja.

Quiere ir á darle socorro...
 Mas ¡ay !... ¡en vano lo intenta!
 En un mármol convertido
 Quédase clavado en tierra ,
 Oyendo al rey balbuciente ,
 So la infernal influencia
 De ahogadora pesadilla ,
 Prorumpir de esta manera.

«Doña Leonor... ¡vil madrastra!!!
 Quita , quita... que me aprietas
 El corazon , con tus manos
 De hierro encendido... espera ,

»Don Fadrique no me ahogue...
 No me mires, que me quemas.
 ¡Tello!... Coronel!... Osorio!...
 ¡Qué quereis?... traidores, ea!
 »Mil vidas os arrancará,
 ¡No temblais!..... dejadme..... afuera.
 ¡Tambien tú, Blanca!..... y aun tienes
 Mi corona en tu cabeza!.....
 »¡Osas maldecirme? ¡inicia! ¡!
 Hasta Bermejo se acerca.....
 ¡Moro infame!..... temblad todos.
 Mas, qué turba me rodea?.....
 »Zorzo, á ellos: sús, Juan Diente.
 ¡Aun todos viven!....., pues mueran.
 Ved que soy el rey don Pedro,
 Dueño de vuestras cabezas.—
 »¡Ay, que estoy nadando en sangre!
 ¡Qué espadas, decid, son esas!.....
 ¡Qué dogales!..... ¡qué venenos!.....
 ¡Qué huesos!..... ¡qué calaveras!.....
 »Roncas trompetas escucho...;
 Un ejército me cerca,
 Y yo á pié!..... dame un caballo
 Y una lanza..... vengan, vengan.
 »Un caballo y una lanza.»
 ¡Qué es el mundo en mi presencia?
 Por vengarme doy mi vida,
 Por un corcel mi diadema (4).
 »¡No hay quien á su rey socorra!—
 A tal conjuro se esfuerza
 Sanabria, su pasmo vence
 Y esclama: «Conmigo cuenta.»



(4) Mi Kingdom for á horse.

SHAKESPEARE.

A sacar al Rey acude
De la pesadilla horrenda:
«Mi rey! mi señor!» le grita,
Y lo mueve, y lo despierta.

Abre los ojos don Pedro
Y se confunde y se aterra,
Hallándose en tal estado,
Y con un hombre tan cerca.

Mas luego que reconoce
Al noble Sanabria, alienta,
Y, *soñé que andaba á caza*,
Dice con turbada lengua.

Sudoroso, vacilante,
Se alza del suelo, se sienta
En un sillón, y pregunta:
«¿Hay, Sanabria, alguna nueva?»

«Señor, responde Sanabria,
El francés hizo la seña.»
«Pues vamos, dice don Pedro,
Haga el cielo lo que quiera.»

ROMANCE CUARTO.

LOS DOS HERMANOS.

De Mosen Beltrán Claquin
Ante la tienda de pronto
Páranse dos caballeros
Ocultos en los emboscos.
El rey don Pedro era el uno,
Rodríguez Sanabria el otro,
Que en la fe de un enemigo
Piensan en encontrar socorro.

Con gran prisa descabalgan,
Y ya se encuentran en torno
Rodeados de franceses
Armados y silenciosos,

En cuyos cascos gascones ,
Y en cuyos azules ojos
Refleja el farol , que alumbra
Cual siniestro meteoro.

Entran dentro de la tienda
Ya vacilantes, pues todo
Empiezan á verlo entonces
De aspecto siniestro y torvo.

Una lámpara de azófar
La alumbra trémula y poco ;
Mas deja ver un bufete ,
Un sillón de roble tosco ,
Un lecho y una armadura ,
Y lo que fué mas asombro ,
Cuatro hombres de armas inmóviles ,
De acero vivos escollos.



Don Pedro se desemboza
Y , *vamos ya* , dice ronco ;
Y al instante uno de aquellos ,
Con una mano de plomo ,
Que una manopla vestía
De dura malla , brioso
Ase el regio brazo y dice :
« Esperad , que será poco . »

Al mismo tiempo á Sanabria
Por detrás sujetan otros ,
Arráncanle de improviso
La espada , y cúbrele el rostro .

Traición !..... traición !..... gritan ambos
Luchando con noble arrojo ;
Cuando entre antorchas y lanzas
En la escena entran de pronto
Beltran Claquin desarmado ,
Y don Enrique furioso ,
Cubierto de pié á cabeza
De un arnés de plata y oro ,

Y ardiendo limpia en su mano
 La desnuda daga , como
 Arde el rayo de los cielos ,
 Que va á trastornar el polo ,
 De don Pedro el brazo suelta
 El forzado armado ; y todo
 Queda en profundo silencio ,
 Silencio de horror y asombro.



Ni Enrique á Pedro conoce ,
 Ni Pedro á Enrique : apartólos
 El cielo hace muchos años ,
 Años de agravios y enconos ,
 Un mar de rugiente sangre ,
 De huesos un promontorio ,
 De crímenes un abismo ,
 Poniendo entre el uno y otro.
 Don Enrique fué el primero
 Que con satánico tono ,
 « ¡ Quién de estos dos es , prorumpe ,
 El objeto de mis ódios ? »

« Vil bastardo (le responde
 Don Pedro iracundo y torvo)
 Yo soy tu rey ; tiembla , aleve ;
 Hunde tu frente en el polvo. »

Se embisten los dos hermanos ;
 Y don Enrique , furioso
 Como tigre enbravecido ,
 Hiere á don Pedro en el rostro.

Don Pedro , cual leon rugiente ,
Traidor ! grita ; por los ojos
 Lanza infernal fuego , abraza
 A su armado hermano , como
 A la colmena lijera
 Feroz y forzado el oso ,
 Y traban lucha espantosa
 Que el mundo contempla absorto.

Caen al suelo, se revuelcan,
Se hieren de un lado y otro,
La tierra inundan en sangre,
Lidian cual canes rabiosos.

Se destrozan, se maldicen,
Dagas, dientes, uñas, todo
Es de aquellos dos hermanos
A saciar la furia poco.

Pedro á Enrique al cabo pone
Debajo, y se apresta ansioso,
De su crueldad ó justicia
A dar nuevo testimonio;

Cuando Claquin ¡oh desgracia!
En nuestros debates propios
Siempre ha de haber extranjeros
Que decidan á su antojo.)

Cuando Claquin trastornando
La suerte llega de pronto,
Sujeta á don Pedro, y pone
Sobre él á Enrique alevoso,

Diciendo el aventurero
De tal maldad en abono:
«Sirvo en esto á mi señor;
Ni rey quito, ni rey pongo.»

No duró mas el combate;
De su rey en lo mas hondo
Del corazon, la corona
Busca Enrique, hunde hasta el pomo

El acero fratricida,
Y con él el puño todo
Para asegurarse de ella,
Para agarrarla furioso.

Y la sacó..... Goteando
Sangre !!!..... De funesto gozo
Retumbó en el campo un viva,
Y el infierno repitiólo.

DON ALVARO DE LUNA.

ROMANCE PRIMERO.

LA VENTA.

En la ruta de Portillo
Y en las márgenes del Duero,
Hubo (aun escombros lo dicen)
Una venta en otro tiempo.

A su puerta una mañana
Estaba sentado un lego
De San Francisco, tres mulas
De los ronzales teniendo.

De la venta en la cocina
Se hallaban dos reverendos,
De una sarten apurando
Magras con tomate y huevos.

De maestre-sala servía
Sin caperuza el ventero,
Que solícito llenaba
Las tazas del vino añejo.

Era el uno el padre Espina,
Predicador del convento
Del Abrojo; el otro un fraile
Anciano, de ciencia y peso.

Aunque con buen apetito,
Mustios ambos y en silencio
Se mostraban, cuando el huésped
Les habló así con respeto:

«¡Es verdad, benditos padres,
Que el Condestable está preso!...
Anoche dió esta noticia,
Que nos pasmó, un caballero.» —

Contestóle el religioso :

«Pues no os engañó, que es cierto.»

Y continuó el padre Espina ;

«Si, desengaños son estos

»Que avisan á los mortales

De que son perecederos

Los bienes que nos da el mundo,

Y su grandeza embeleco.»

El villano, sin turbarse,

Le cortó el sermon diciendo :

«Y tambien de que castiga

Sin palo ni piedra el cielo.

»Aun está fresca la sangre

De Alonso Lopez Vivero.

Yo estaba al pié de la torre

Cuando el Condestable mesmo

»Lo arrojó de ella; y he visto

De oro las cargas á cientos

Entrar allá en su palacio.

Dicen tambien, y lo creo,

»Que hechizado al rey tenia,

Y aun añaden...—No debemos,

Dijo grave el religioso,

Dar, á hablilla tal, acceso.»

La ventera que hasta entonces
Se estuvo callada al fuego,
Con la mano en la mejilla
Mostrando gran sentimiento,

Y que era, aunque no muy verde,
Fresca y limpia con extremo,
Abultada de pechera
Y con grandes ojos negros,

Saltó súbita : « Envidiosos ,
Que no sirven , ni por pienso ,
Para descalzarle , han sido
Los que en trance tal le han puesto. » —

Dijole el marido : « Calla , »
Y ella respondió : « No quiero...
¡ Qué señor tan llano!... parte
El corazon !... Mes y medio

» Hace que le vimos todos
Tan galan , en el festejo
Que se celebró en la plaza
De Valladolid... ¡ Qué diestro !

» Qué valiente ! Qué gallardo !
Fué el único del torneo. » —
« Calla , » con cólera grande
Volvió á decir el ventero ;

Y ella , en vez de obedecerle ,
A continuar : « ¡ Qué discreto !
El oírle daba gusto... ,

Alfonso Lopez Vivero

» Era un vil , que lo vendia..... » —
« Calla , » repitió de nuevo

Mas airado el hombre ; y ella :

« No me da la gana : cierto

» Es cuanto digo..... El tesoro
Lo ganó en la guerra , ó premio
Es que el rey le ha dado en paga
De servicios que le ha hecho.

» La Reina y los Ricos-hombres
Revoltosos y soberbios..... » —

« Maldita tu lengua sea ,
Clamó furioso el ventero.

» Tú , porque allá te criaste
En su palacio , y..... yo necio ! »
Y ella prosiguió llorando :

« La tonta fui yo , mostrenco. »

Iban en el matrimonio
A poner paz y concierto
Los padres , cuando , ya llegan ,
Gritó desde fuera el lego ;

Y dejando á los esposos ,
Que sin duda prosiguiendo
La disputa , la acabaron
A puñadas , segun temo ,
Fuéronse á la puerta al punto ,
Sobre sus mulas subieron ,
Y aquella venta dejaron
Hecha un abreviado infierno.

ROMANCE SEGUNDO.

EL CAMINO.

Se alza una nube de polvo
De lejos por el camino ,
Y al tropel que la levanta
Borra y tiene confundido.

En ella relampaguean
Reflejos de acero limpio ,
Y forman un trueno sordo
Herraduras y relinchos.

Dando lugar á que llegue ,
Los religiosos franciscos
A lento paso se ponen ,
Y atrás miran de continuo.

Se acerca gran cabalgada ,
Y vése claro y distinto
Que Diego Estúñiga , el jóven ,
Es de ella jefe y caudillo.

En un alazan fogoso
Viene , de hierro vestido ,
La gruesa lanza en la cuja ,
La luenga espada en el cinto ,

Un penacho jalde y negro ,
Cual matorral sobre un risco ,
Ondea sobre su almete ,
Y da al sol variados visos.

El ancho plateado escudo ,
De una cadena ceñido ,
Ostenta la banda negra ,
Timbre de su casa antiguo.

Vienen tras él diez jinetes ,
De la cimera al estribo ,
Armados de punta en blanco ,
Y en las lanzas pendoncillos.

Marchan todos en silencio ,
Y en todos el sobrescrito
De gran duelo y gran tristeza
Se ve de ballesta á tiro.

Se dijera ser la escolta ,
No de un caballero vivo ,
Sí de un caballero muerto
Que iba al postrimer asilo.

En medio de ellos venía ,
Cabizbajo y abatido ,
Caballero en una mula
Con jaeces hartos ricos ,

Un insigne personaje ,
De aspecto notable y digno ,
De estatura no muy alta ,
Pero gallarda y de brio.

Un sayo de paño verde
Con franjas de oro guarnido
Es su traje, y lleva al hombro ,
Mas blanco que los armiños ,

Un gran manto , en cuyos pliegues
La cruz roja , distintivo
De maestre de Santiago ,
Luce en recamo prolijo ;

Y una toca de velludo
Negro con bordados picos ,
Mas sin airon ni garzota ,
Es de su cabeza abrigo.

Era su mirar resuelto,
 Bien que apagado y sombrío,
 Y su aire tan de persona
 De poder y de dominio,
 Que por mas que se notaba
 Ser un preso, descubrirlo
 Sin sentir, era imposible
 Cierta respeto sumiso.

Don Alvaro era de Luna,
 Del rey don Juan favorito,
 Que á Castilla largos años
 Rigió sin freno á su arbitrio.

Cuando emparejó la tropa
 Con los dos padres franciscos,
 Paráronse estos, y humildes
 Saludo cortés y fino

Hicieron al Condestable,
 De quien eran muy amigos.
 Don Alvaro contestóles
 Tan galan como expresivo.

Ellos en la armada escolta
 Se injirieron de improvito,
 Tomando del gran maestro
 A uno y otro lado sitio.

Largo rato caminaron
 Todos en silencio hundidos;
 Pero al cabo el padre Espina
 Se resolvió, y así dijo:

«En verdad, señor, que valen
 Poco del mundo mezquino
 Las honras y los haberes
 Para el varon de juicio.

»El hombre cristiano y cuerdo
 Debe hácia norte mas fijo
 Encaminar su esperanza,
 Servir solo á Dios benigno.

»Lo que nos da , lo mantiene ,
Y al que busca en él asilo ,
Para siempre se lo acuerda
En eterno paraíso.»

Con grande atencion escucha
Tan saludables avisos

Don Alvaro , que engañado
Juzgó , al salir de Portillo ,

Que iba á recobrar honores ;
Favor , riqueza y dominio ;
Y entreviendo en el instante
Su verdadero destino ,

Se estremeció á pesar suyo ,
Cubrióse de sudor frio ,
Y , «¡voy á morir acaso!»
Preguntó como indeciso.

Contestóle el religioso :
«Todos , mientras somos vivos ,
Vamos á morir. El hombre
Que va preso..... en mas peligro.....»

—«Basta» exclamó el Condestable ;
Y dando á su aspecto altivo
Gran dignidad y gran calma ,
Y al semblante noble brillo ,

«Basta , siguió , no es la muerte ,
Cuando se sabe de fijo
Que llega , tan espantosa
Como el vulgo vil ha dicho.

»Venga , pues : si el Rey lo quiere
Yo con gusto la recibo.
Padres , hasta el duro trance
No me dejeis , os suplico.»—

Oyendo tales razones
Lloró Estúñiga escondido
En su celada , y lloraron
Hasta los armados mismos.

Ambos buenos religiosos
Cumplieron bien con su oficio ,
Consolando al Condestable
Con discrecion y con tino ,

Y él, oyéndolos atento,
 Siguió la marcha tranquilo,
 Sin dar de dolor ni susto
 En su noble rostro viso.



ROMANCE TERCERO.

LAS CALLES.—LA CAPILLA.—EL PALACIO.

Para quien al día siguiente
 Mira la muerte segura,
 El declinar de la tarde
 Solemnidad tiene mucha.
 En el sol, que va á ponerse,
 Y espeso vapor ofusca
 (Semejante á un rey que el trono
 A su pesar desocupa,
 Y dignidad conservando
 Del mundo huye, y se sepulta
 Donde los hombres no adviertan
 Su dolor y desventuras),
 Con honda atencion los ojos
 Clavó don Alvar de Luna.
 Así que lo vió traspuesto
 Lanzó un suspiro de angustia,
 Como el que lanza el amante,
 Cuando el horizonte oculta
 El bajel, en que su amada
 Los desiertos mares surca
 Para no volver. Ansioso
 Lleva sus miradas mudas
 A los montes apartados,
 Cuyas cumbres aun relumbran,
 A los ya enlutados bosques,
 A las calladas llanuras,
 A los altos campanarios
 Que entre nieblas se dibujan;

Retardar el despedirse
De la perspectiva augusta
Que presenta el universo ;
Parece que solo busca.

Y al notar que poco á poco
La luz menguante y confusa
Del crepúsculo confunde
La escena que le circunda ,
Piensa ya ver de la muerte
La terrible sombra , en cuya
Oscuridad para siempre
Corre á hundirse , y se atribula.

Sus pensamientos penetran
Los doctos frailes , y endulzan
Con eternas esperanzas
Su meditacion profunda.

Entre dos luces llegaron
A Valladolid , y turba
Desordenada en las calles
Con sordo rumor circula.

De Alonso Lopez Vivero
Por la calle y casa cruzan ,
Donde viven sus criados ,
Donde llora su viuda.

Aquellos , como canalla
Que si al poderoso adula ,
En cuanto le ve caido
Feroz le escarnece y burla ;

De la cabalgada el paso
Atajan con negra furia ,
Y con denuestos y voces
Al ilustre preso insultan.

Este furioso (presente
El tiempo pasado juzga ,
Que aun conserva el poderio ,
Que aun domina á la fortuna),

Lleva soberbio la mano
 A buscar en su cintura
 La guarnicion de la espada...
 Mas, ¡ay! en vano la busca.
 Va preso... espada no lleva...
 ¡ Ah!... lo advierte, y furibunda
 Mirada va á dar al cielo;
 Mas se anonada y conturba.
 Queda con los ojos fijos,
 Parece su faz difunta:
 Tiembla, y en sudor helado
 Sus miembros todos se inundan.
 Delante se halla un espectro...
 ¡ Un espectro!... Sí: la mula
 Algo ve tambien; esquivo
 Se recela, empina y bufa.
 ¡ De Alonso Lopez Vivero
 Ha salido de la tumba
 La sombra?—De que el maestro
 Ante sí la vió, no hay duda.
 En confesion se lo dijo
 Aquella noche con muchas
 Lágrimas al padre Espina...
 De Dios la venganza es justa.
 Con el cuento de la lanza
 A palos abre la turba
 Estúñiga denodado,
 Y la atropella y asusta;
 Y en salvo al flustre preso
 Condujo á la casa suya,
 En que estaba preparada
 Una capilla segura,
 Donde pasó el Condestable
 Con la espiritual ayuda
 Noche serena; pidiendo
 A Dios perdon de sus culpas.
 Cenó, durmió tortos ratos,
 Repitió tambien algunas
 Trovas del famoso Mena,
 Que pintan como locuras

Las mundanas ambiciones :
 Oró con fervor , en suma
 Fué un cristiano , un caballero ,
 Un hombre de fé y de alcurnia.

Entre tanto , el que parece
 Ser el reo , á quien la dura
 Sentencia estaba leída ,
 Y á quien la cuohilla aguda
 Del verdugo amenazaba ,
 Era el Rey..... ¡Mísero! lucha ,
 Náufrago desventurado ,
 En airado mar de angustias.

Ama á don Alvaro , mira
 Su sentencia como injusta ;
 De la Reina y de los Grandes
 Se la ha arrancado la furia.

Que su trono se desploma ,
 Y hasta su existencia juzga ,
 Y que al morir el Maestre
 Abrazadas irán juntas

El alma de aquel amigo
 Y el alma afligida suya.
 ¡ Grande mal es la flaqueza
 En hombre que cetro empuña !

Revolcándose en su lecho
 Rasgando sus vestiduras ,
 Paseándose sin tino
 Por la cámara , que alumbra
 Una lámpara medrosa ,
 Que en el cortinaje abulta
 Vagas sombras..... infelice !
 Qué noche pasó !..... Que ocupa
 Ve un rincon de aquella sala ,
 De pié con la boca muda ,
 Su físico Fernan Gomez.
 A él se va las manos juntas ,

Y suplicante le dice :

«Si es que mi salud procuras ,
Anda á ver al Condestable ,
Así Dios te dé su ayuda.»

El bachiller respondióle :

«Le debo mercedes muchas ,
Perdone vuesenoría ,
No oso verle en tal angustia.» —

Conmovido el Rey , en llanto
Rompió y en voces confusas ,
Que el alma á Gomez partieron ,
Segun dicen cartas suyas.

Entró al estruendo la Reina
En la cámara , cual una
Aparicion , como maga
Que viene á doblar astuta

Los encantos y conjuros
Con que alto preso asegura ,
Y con que la empresa afirma ,
De que pende su fortuna.

Calló el Rey , quedó de mármol
Al verla : ella le pregunta :
«¿Qué es esto ?» y oyendo , «Nada , »
Retiróse muy adusta.

Largo rato el Rey estuvo
Cual ligado por la oculta
Fuerza del prestigio. Luego
Torna á mas reñida pugna

De afectos : la amistad vence ,
Llama con voz resoluta
A Solís su maestresala ,
Dícele : «Al momento busca

»A Diego Estúñiga , y dile...»
En su garganta se anuda
La voz , porque entra la Reina
Otra vez... calla y trasuda.

La Reina á Solís levóse ,
 Y el Rey abrió con presura
 El balcon , cual si quisiese
 Gozar del aura nocturna :
 Y el trono , cetro y corona
 Maldiciendo en voces mudas ,
 Ojos de lágrimas llenos
 Clavó en la menguante luna.

ROMANCE CUARTO.

LA PLAZA.

Mediada está la mañana ;
 Ya el fatal momento llega ,
 Y don Alvaro de Luna
 Sin turbarse oye la seña.
 Recibe la Eucaristía ,
 Y en Dios la esperanza puesta ,
 Sereno baja á la calle ,
 Donde la escolta le espera.
 Cabalga sobre su mula ,
 Que adorna gualdrapa negra ,
 Y tan airoso cabalga ,
 Cual para batalla ó fiesta ,
 Un sayo de paño negro
 Sin insignia ni venera
 Es su traje , y con el garbo
 Que un manto triunfal , lo lleva ;
 Y sin toca ni birrete ,
 Ni otro adorno , descubierta ,
 Bien aliñado el cabello ,
 La levantada cabeza.
 Los dos padres franciscanos
 Se asen de las estriberas ,
 Y hombres de armas en buen orden
 Le custodian y le cercan.

Así camina el Maestre
 Con tan gallarda presencia
 Y con tan sereno rostro ,
 Que impone á cuantos le encuentran.

Sus enemigos no osan
 Clavar la vista soberbia
 En él , como consternados
 Ya de su venganza horrenda :

Sus partidarios parecen
 Decirle con mudas lenguas ,
 Que aun morirán por salvarle
 Y encenderán civil guerra.

Y aquel silencio terrible
 Por todas las calles reina ,
 Que ó gran terror , ó despecho
 Grande siempre manifiesta.

Silencio que solamente
 De cuando en cuando se quiebra
 Con la voz del pregonero
 Que á los mas valientes hiela ,

Diciendo : *Esta es la justicia*
Que hacer el Rey ordena
A este usurpador tirano
De su corona y su hacienda.

Siempre que oye el condestable
 Este vil pregon , aprieta
 La mano del padre Espina
 Que en voz sumisa le esfuerza.

Arriba á la triste plaza ,
 Que ha pocos dias le viera
 Tan galan en el torneo ,
 Con tal poder y opulencia.

El apretado concurso
 El cuadrado espacio llena :
 Vése una masa compacta
 De rostros y de cabezas :

Parece que el pavimento
Se ha elevado de la tierra ,
O que casas y palacios
Su basa han hundido en ella.

Un callejon , que tapiales
De hombres apiñados cierran ,
Sirviéndole de linderos
Lanzas en vez de arboleda ,

Ofrece paso hasta donde ,
Lecho de muerte desenuella ,
En mitad del gran gentío ,
Que como la mar olea ,

El reducido tablado
Enlutado con bayetas :
Una gran tumba parece
Que el pueblo en hombros sustenta.

Sobre él está colocado
Un altar á la derecha ,
De terciopelo vestido ;
Y entre amarillas candelas ,

Cuya luz el sol desalustra
Y arder el viento no deja ,
Un crucifijo de plata
En cruz de ébano campea.

Yace un ataúd humilde
Colocado á la izquierda :
Cerca de él se ve una escarpeja
En un pilar de madera ;

Y en medio , de firme , un leño ,
Delante una almohada negra ,
Y una hacha , en cuya cuchilla
Las rayos del sol reflejan.

Al pié del cadalso el reo
De la alta mula se apea :
Fervoroso el padre Espina
Con él sube y no le deja.

De pié ya sobre el tablado
Tres personas se presentan
A las medrosas miradas
De la muchedumbre inmensa :

El ministro de la muerte ,
El que lo es de vida eterna ,
Y el que dando al uno el cuerpo
Al otro el alma encomienda.

Turbado el tosco verdugo
De atreverse á tal alteza ,
Necio terror da á su frente
Que cubre jalde montera.

El religioso metido
En su capucha , se queda
De mármol , cruza los brazos ,
Y con fervor mudo , reza.

El Condestable , sereno ,
El pié al crucifijo besa ,
Y luego tiende los ojos
Por la turba que le observa ;

Y viendo junto al tablado
En actitud lastimera

A Morales su escudero ,
Hecho de lealtad emblema ,

Le llama , de oro un anillo ,
Que el sello de sellar era
De su puridad las cartas ,
Del pulgar quita , y le entrega

Diciéndole : «Amigo , toma ,
Ya no conservo otra prenda.»—

Despues atisbó á Barrasa ,
Paje del Príncipe , cerca ,

Y así le habló en voz sonora :
«Dile á tu dueño , que vea
De dar á los que le sirvan ,
Otra mejor recompensa.»—

Viendo el pilar y la escarpia ,
 « ¿Para qué? » pregunta. Tiembla
 El sayon , y le responde ,
 Hablar no osando , por señas.

Y prosiguió el Condestable
 Con una sonrisa acerba :
 « Despues de yo degollado ,
 Nada son cuerpo y cabeza. »

Entonces el padre Espina
 Que piense solo , le ruega ,
 En Dios ; y él , « Padre es mi norte
 Y mi esperanza , » contesta.

Se ajusta el traje , descubre
 La garganta , ve que llega
 El verdugo para atarle
 Las manos con una cuerda :

Saca del seno una cinta
 Labrada con oro y seda ,
 Y , « Atalas , le dice , amigo ,
 Si es necesario , con esta. » —

De hinojos en la almohada
 Se pone , el cuello presenta,
 El religioso le grita :
 « Dios te abre los brazos , vuela. »

El hacha cae como un rayo ,
 Salta la insigne cabeza ,
 Se alza universal gemido ,
 Y tres campanadas suenan.

Paris 1833.



RECUERDOS
DE
UN GRANDE HOMME.

A MI SOBRINO

El Excmo. Sr. D. Cristóbal Colón y La-Cerda,

MARQUES DE LA JAMAICA.

ROMANCE PRIMERO.

EL NIÑO HAMBRIENTO.

A media legua de Palos ,
Sobre una mansa colina ,
Que dominando los mares
Está de pinos vestida ,
De la Rábida el convento ,
Fundacion de orden francisca ,
Descuella desierto , solo ,
Desmantelado , en ruinas.

No por la mano del tiempo ,
Aunque es obra muy antigua ,
Sino por la infame mano
De revueltas y codicias ,

Que á la nacion envilecen
Y al pueblo desmoralizan ,
Destruyendo sus blasones ,
Robándole sus doctrinas.

De este olvidado convento ,
Ante la portada misma ,
En la llana plataforma ,
Sitio de admirable vista ,

Una mañana de Marzo ,
Mientras que solemne misa
En la iglesia se cantaba ,
Y escaso concurso oía ,

Tres y medio siglos hace ,
Para gloria de Castilla ,
Apareció un extranjero
De presencia extraña y digna.

En aquel punto acababa
De llegar allí ; vestía
Justillo de roja tela ,
Aunque usada y vieja , fina.

Un manto de lana pardo
Con mangotes y capilla ,
Un birrete de velludo ,
Y de orejeras caídas ,

Unas portuguesas botas ,
Mas enlodadas que limpias.
Y bajo el brazo pendiente
Un zurrón , saco ó mochila ,

Donde un pequeño astrolabio ,
Una brújula marina ,
Un libro de devociones
Y unos pergaminos iban.

Despejada era su frente ,
Penetrante era su vista ,
Su nariz algo aguileña ,
Su boca muy expresiva ;

Proporcionados sus miembros ,
Y su edad , si no florida ,
Tampoco tan avanzada
Que llegase á estar marchita.

Con el cariño de padre ,
De la mano conducia
Un cansado y tierno niño ,
De belleza peregrina.

Pues en su cándido rostro
De rosa y jazmin lucian
Dos nobles ojos azules
Llenos de inocencia y vida ;

Y desde su ebúrnea frente
Por su cuello descendian
Los cabellos anillados
Que el sol miró con envidia.

Ser dijérase el modelo
Que de Urbino el gran artista ,
En los ángeles copiaba ,
Que tanto encanto respiran.

Y de su gallardo padre
A la sombra parecia
Un lirio fresco y lozano
Que nace al pié de una encina.

Este extraño personaje ,
Con esta criatura linda ,
Taciturno paseaba
Con facha contemplativa.

Ora por el mar de Atlante
Que rizaban frescas brisas,
Como buscando una senda
Giraba ansiosa la vista.

Ora allá en el horizonte
De occidente la ponía ,
Cual si algún objeto viera ,
Inmóvil , clavada , fija.

Y ya al cielo una mirada
De entusiasmo y de fe viva
Daba , animando su rostro
Una inspirada sonrisa ;

Y ya de pronto inclinando
 La frente á tierra, teñían
 Melancólicos colores
 Sus deslustradas megillas.

De sus hondos pensamientos
 Y de su inquietud continua,
 Sacóle la voz del niño
 Que pan y agua le pedia;

Pues en cuanto oyó su acento
 Y vió su afliccion, se inclina,
 Tierno le toma en los brazos,
 Lo consuela, lo acaricia,

Y diligente se acerca
 A la abierta portería,
 A demandar el socorro
 Que aquel ángel necesita.

Recíbele afable un lego,
 Que entre en el claustro le indica,
 Y que en un escaño espere
 Mientras él va á la cocina.

Fray Juan Perez de Marchena,
 Guardian entonces por dicha,
 Junto á los viajeros pasa
 Volviendo de decir misa,

Y curioso contemplando
 Su apariencia peregrina,
 Informóse del socorro
 Que cortesmente pedían.

Y por un secreto impulso
 Que en favor de ellos le anima,
 Inspiracion de los cielos
 Que su nombre inmortaliza,

O porque era religioso
 De caridad y de eximia
 Virtud, y muy compasivo
 Con cuantos allí venían,

A aquellos huéspedes ruega
Que en su pobre celda admitan ,
Parte de su escaso almuerzo
Y descanso á sus fatigas.

Aceptado fué el convite ,
Y por la escalera arriba ,
El religioso delante
Y el hijo y padre en pos iban ,
Formando un sencillo cuadro ,
Cuyo asunto ser dirian ,
El talento y la inocencia
Con la religion por guia.

ROMANCE SEGUNDO.

EL ALMUERZO.

En el estrecho recinto
De una franciscana celda ,
CÓmoda , aunque humilde y pobre ,
Y de estremada limpieza ,
De la Rábida el prelado
Con sus dos huéspedes entra ,
Y despues que sendas sillas
Les ofrece y les presenta ,

Abre franco y obsequioso
Una mezquina alacena ,
De donde bizcochos saca ,
Una redoma ó botella

Del vino mas excelente
Que da el condado de Niebla ,
Aceitunas , pan y queso ,
Y tres limpias servilletas ,

Acomodándolo todo
En una redonda mesa ,
No lejos de la ventana
Que daba vista á la huerta.

En seguida llama al lego ,
Y que al punto traiga , ordena ,
Huevos con magras adunia ,
Y chanfaina si está hecha .

Encargándole que todo
Caliente y sabroso venga ,
Que no charle en la cocina ,
Ni se eternice y se duerma .



Dadas sus disposiciones ,
Al extranjero se acerca
(Que por tal le ha conocido
En el porte , traje y lengua) ,

Con una taza le brinda ,
Y al niño que tome ruela
Un bizcocho , que le alarga ,
Y lo acaricia y lo besa .

Bebe el huésped , luego bebe
Fray Juan Perez de Marchena ;
Y el niño come el bizcocho ,
Toma un sorbo de agua fresca ,
Y con el zurron que el padre
Se ha quitado , y puesto en tierra ,
Sacando cuanto contiene
Vivaracho travesa .

El Guardian varias preguntas
Hace al extranjero , acerca
De su patria , de su estado ,
Y del arte que profesa :

Aunque aquellos instrumentos
Con que la criatura juega ,
Que le son muy familiares ,
Ya casi se lo revelan .

Que es genovés y viudo
Atento el huésped contesta ;
Que es navegar su ejercicio ,
Y de piloto su ciencia .

Y así como una vasija
 Que está rebosante y llena
 De un líquido, algo derrama
 A muy poco que la muevan ;
 Dió indicios claros , patentes ,
 En sus fáciles respuestas ,
 De aquel grande pensamiento ,
 Portentoso , que le alienta ,
 Que exclusivo su alma absorbe ,
 Que es la sangre de sus venas ,
 Que es el aire que respira ,
 Que es ya toda su existencia ,
 Y que causó los extremos
 Que delante de la iglesia ,
 El mar contemplando , hizo ,
 Como referidos quedan.
 Que el occidente escondia ,
 Dijo , riquísimas tierras ,
 Que era el ancho mar de Atlante
 De la gran Tartaria senda ,
 Y que dar la vuelta al mundo
 Para él cosa fácil era ;
 Con otras raras especies ,
 Tan inauditas , tan nuevas ,
 Que al escucharle , pasmado
 Fray Juan Perez de Marchena
 (Aunque á osados mareantes
 Hablaba con gran frecuencia ,
 Por haber muchos en Palos ,
 Y aunque sabe las proezas
 Y raros descubrimientos
 De las naves portuguesas) ;
 No acierta si está escuchando
 A un orate ó á un profeta ,
 Si es un ángel ó un demonio
 El hombre que está en su celda.
 Mudo se alza , llama al lego
 Y que busque á toda priesa
 Le manda á Garci-Fernandez ,
 Que estaba ha poco en la iglesia .

No tardó Garci-Fernandez
En presentarse en la escena
Con el lego, que el almuerzo
Colocó sobre la mesa.

Era médico de Palos,
Hombre docto y de experiencia,
De sagacidad y astucia,
De malicia y de reserva.

Viejo y magro, pero fuerte,
Mellado, la cara seca,
Calvo, la barba entrecana
Y la tez tosca y morena.

De estezado una ropilla,
Calzas de burda estameña,
La capa de pardo monte
Y el sombrero de alas luengas,

Era su traje. La mano
Y el hábito al fraile besa,
Y al incógnito saluda
Con curiosidad inquieta.



El médico, el extranjero
Y el padre Guardian se sientan,
Dando al almuerzo principio,
Y mutuamente se observan.

Pero el silencio interrumpe,
Después de haber hecho seña
Al sagaz Garci-Fernandez,
Fray Juan Perez, y comienza

A hablar de navegaciones
Y desconocidas tierras,
Preguntándole á su huésped
Su parecer sobre ellas.

Fué bastante haber tocado
Con sagacidad la tecla,
La facilidad verbosa
Del genovés se desplaga.



José Vaileja dibº y litº

Lit de J. Donen

Y con aquellas razones
De convencimiento llenas,
Con que se sienta y sostiene
Lo que se sabe de veras,
Sus inspiraciones pinta,
Sus observaciones cuenta,
Su sistema desenvuelve,
Sus proyectos manifiesta.

Recorre á sus pergaminos,
Los desarrolla, y enseña
Cartas que él mismo ha trazado
De navegar, mas tan nuevas,
Y segun él las explica,
En cosmográfica ciencia
Demostrándose eminente,
Tan seguras y tan ciertas;

Que el pasmo del religioso
Y su indecision aumentan,
Mientras al médico encantan,
Le convencen y embelesan.

De aquel ente extraordinario
Crece la sábia elocuencia,
Notando que es comprendido,
Y de entusiasmo se llena.

Se agranda, brillan sus ojos
Cual rutilantes estrellas,
Brotan sus labios un rio
De científicas ideas:

No es ya un mortal, es un Angel,
De Dios un nuncio en la tierra,
Un refulgente destello
De la sábia Omnipotencia.

Comunica su entusiasmo,
Que el entusiasmo se pega,
A los que atentos lo escuchan,
A los que mudos lo observan.

El médico, el religioso,
Y hasta el lego que á la mesa
Sirve, y ha escuchado inmóvil,
Y con tanta boca abierta,

Mas sin entender palabra ,
 En entusiasmo se queman :
 Y de haber visto aquel dia
 Dan gracias á Dios sus lenguas.

Y piden que luego , luego ,
 Se lleve á cabo la empresa ,
 Y quieren ir , y una parte
 Tener en las glorias de ella.

Y ya se ven en los mares ,
 Y ya en ignoradas tierras ,
 Y ya el asombro del mundo
 Con nombre , y con fama eterna.

Formando la celda un cuadro
 Digno de que en él hubieran
 O Zurbaran ó Velazquez
 Apurado sus paletas.

Mas ¡ay! pronto de aquel cielo
 De ilusiones halagüeñas ,
 Bajan á lo positivo
 De la miserable tierra ;

Cuando en sí mismos volviendo
 Reconocen su impotencia ,
 Y los elementos grandes
 Que ha menester tal empresa.

Se hallan como el desdichado
 Que en pobre lecho despierta ,
 Cuando soñaba que un trono
 Era poco á su grandeza.

Pues de un oscuro piloto
 Volviendo á entrar en la esfera
 El genovés , abatido
 Les refiere su pobreza :

Que no han querido ayudarle
 Ni su patria , ni Venecia ,
 Que la corte de Lisboa
 Se burla de sus propuestas ;

Que los sabios no le entienden ,
 Que los ricos le desprecian ,
 Que los nobles no le escuchan ,
 Que el vulgo le vilipendia .

Mas como despues , añade ,
 Que aun la esperanza le alienta
 De encontrar grata acogida
 En el rey de la Inglaterra ;

Donde ya tiene un hermano
 Con proposiciones hechas ,
 Y que él mismo , á acalorarlas ,
 Ir allá muy pronto piensa ;

El amor patrio , mas puro
 En las españolas venas
 Del médico y del prelado ,
 Se inflama y súbito truena ;

Pues unánimes prorumpen :
 «De España la gloria sea ;
 No busqueis lejanos reinos
 Cuando el mejor se os presenta ;

»Y el que sediento de gloria
 Mas imposibles anhela.
 Corred , buscad el apoyo
 De la castellana reina ,

»De doña Isabel invicta ,
 Que es la mas grande princesa
 Que han admirado los siglos ,
 Y que ha ceñido diadema .»

De los dos el entusiasmo
 Tambien á su vez se pega
 Al genovés , y aquel nombre
 Pronunciado con tal fuerza

Por el físico y el fraile ,
 El alma y pecho le llenan
 De esperanza tan vehemente ,
 Que sus planes desconcierta .

En sus rutilantes ojos ,
 Como en su boca entreabierta ,
 Y en su palpitante pecho ,
 Y en su animada apariencia ,

El sagaz Garci-Fernandez
Lo conoce, y «No se pierda
Momento, prosigue; al punto
Id á Córdoba, que es cerca.

»Allí encontrareis la corte:
Pues el cielo os la presenta
Tan inmediata, propicia
La hallareis, nada os detenga.»

Y fray Juan Perez añade:
«Marchad, sí, Dios os lo ordena.
Carta os daré para el padre
Hernando de Talavera,

»Religioso de valía
Que es confesor de la Reina.
Y porque ningun cuidado
Vuestra jornada entorpezca,

»Este vuestro tierno niño
Aquí en el convento queda,
De mi seráfico padre
So la proteccion inmensa.»

No dijeron mas. Escribe,
Dando la cosa por hecha,
La carta Garci-Fernandez,
Fray Juan Perez de Marchena

La firma; su propia mula
Ensillar al punto ordena,
Y las pródidas alforjas
Preparar en la despensa.

Todo está listo. Y entonces
Cual si alguna oculta fuerza
Le compeliase, el piloto,
Que aun no habia dado respuesta,

De pié se puso, y resuelto
Exclama de esta manera:
«A Córdoba, Dios lo quiere,
Su gracia me favorezca.»

Al tierno y precioso niño
Acaricia, abraza y besa,
No sin lágrimas sus ojos,
No su corazon sin pena.

A rezar un corto rato
Vase devoto á la iglesia,
Do el escapulario viste
De la seráfica regla.

De sus dos nuevos amigos
Se despide ya en la puerta,
Cabalga, aguija, y á trote
De la Rábida se aleja.

ROMANCE TERCERO.

LA DAMA.

De Abderramen la mezquita
Y de Almanzor las murallas,
Y el puente de Julio César,
Y las vividoras palmas,
Que mas de dos luengos siglos
Muerto ornato se miraban
Del sepulcro de un imperio,
O de una tumba de hazañas;
Como evocadas reviven,
Las musgosas frentes alzan,
Y para Córdoba juzgan
Que una nueva aurora raya.

Y que renacen los días
De gloria, poder y fama,
En que Atenas de Occidente,
En que Roma musulmana,
O ilustró al mundo con ciencias,
O rindió al mundo con armas,
Como de sabios emporio,
Como de guerreros patria.

Los dos católicos reyes
Que son Atlantes de España ,
Los que un imperio fundaron
Que ningun imperio iguala ,
A Córdoba han elegido
Para corte , centro y plaza
De los bélicos aprestos
Que han de triunfar en Granada.

Los grandes y Ricos-homes
Acuden con sus meznadas ,
Y con todo el aparato
De sus espléndidas casas.

Allá envían sus pendones
Las ciudades mas lejanas ,
Con sus bravos caballeros
Y con sus huestes gallardas ;

Allí los Grandes-Maestres
Sus estandartes levantan ,
Y allí Prelados concurren ,
Y allí Legados del Papa.

Los personajes de corte ,
Los magistrados de fama ,
Los mas ilustres señores
Y las mas apuestas damas.

Y llegan aventureros
Y soldados de ventaja ,
Y ginetes , y peones ,
Ballesteros y hombres de armas.

Y cual nube de pardales
Que viene á la seca parva ,
O cual reguero de hormigas
Que al costal volcado ataca ,

Traficantes , labradores
Y ganaderos se afanan
En apurar la moneda
Con sus ventas y contratas.

Por ciudad de encantamento
A Córdoba reputára ,
Quien notase su bullicio ,
Quien oyese su algazara.

Y al ver llenos sus palacios
De rica nobleza tanta ,
Y sus calles y sus muros
Y sus huertos y sus plazas
Hervir en enjambre inmenso
De tan diversas comparsas ,
De tan distintos vivientes ,
De ocupaciones tan várias.

A las funciones de iglesia
Suceden las cabalgadas ,
A los consejos de córte
Los alardes y las danzas ;
Los saraos á los banquetes ,
A los torneos las farsas ,
A las consultas y audiencias
Festejos, toros y cañas.
Todo es movimiento y vida ,
Todo actividad extraña ,
Todo bélico aparato ,
Todo fiestas cortesanas.
Todo es riqueza y aliento ,
Todo brocados y holandas ,
Todo confusion alegre ,
Todo caprichos y galas.
Córdoba es concilio , córte ,
Almacén, campo de armas ,
Tribunal , mercado , lonja ,
Escuela , taller y sala.

Ya una procesion solemne
Lenta por las calles marcha ;
Ya los reyes atraviesan
Con su comitiva y guardias.

Aquí llegan municiones,
 Allí grano y vituallas,
 Acá se doman corceles,
 Allá se adiestran escuadras.

Allí armaduras se bruñen,
 Aquí se bordan gualdrapas,
 Acá se recaman vestes,
 Allá se templan espadas.

Las banderas y penachos,
 Los pendoncillos y lanzas,
 Las enseñas y divisas
 Forman espesa enramada.

El sol chispea en el oro,
 Arde en bruñidas corazas,
 Y en plumas, telas, recamos,
 Vivos colores esmalta.

Ora resuenan clarines,
 Ora rimbomban campanas,
 Ya redoblan los tambores,
 Ya retumban las lombardas.

No hay una persona ociosa,
 No hay sin movimiento un alma,
 Ni imaginación tranquila
 Ni pecho sin esperanza.

Unos sueñan en despojos,
 Otros nombre y lauros ánsian,
 Quién va á ganar indulgencias,
 Quién gloria pide y aguarda.

Y todas estas ideas
 Se humillan, aunque tan varias,
 A un gigante pensamiento,
 LA CONQUISTA DE GRANADA.

Entre el inmenso gentío
 Y entre barabunda tanta,
 Como en medio de un desierto
 Solo y silencioso vaga,

Sañador, pobre, abatido,
Sin que sus proyectos hayan
Un solo apoyo encontrado,
Merecido una mirada,

El genovés, navegante,
Que á la corte castellana
Desde la Rábida vino
Tras falaces esperanzas.

Y el cual bien puede decirse
Que ha llegado en hora mala
A aquel abreviado mundo,
A aquella Babel de España.

Fray Hernando Talavera
Es persona de importancia,
Ve una mitra en perspectiva,
Todo lo demás es nada.

Con desden ha recibido
De un fraile oscuro la carta,
Y juzga al recomendado
Un arbitrista sin blanca.

De estado los grandes hombres,
Que con los reyes trabajan,
No tienen tiempo, no escuchan,,
Solo de la guerra tratan.

Los cortesanos se burlan
De una catadura extraña,
Y del humilde atavío
De la persona mas sabia.

Los guerreros nada tienen
De comun con el que habla
De círculos y de estrellas,
Y de cosas que no alcanzan.

El vulgacho vil se mofa,
Cual de un loco, del que anda
Tan desarrapado, y grave
Ofrece montes de plata.

Y conseguir una audiencia ,
Y de los reyes la gracia
Con tan contrarios auspicios ,
En caso imposible raya.

Hace un mes que el extranjero
Rueda por las antecámaras ,
Siendo burla de los pajes ,
Juguete de la canalla ,

Y aburrido y despreciado
De volver por su hijo trata ,
Y de volar á otros reinos
Sin pensar mas en España.

Pero acá en el mundo somos
De la Omnipotencia sábia
Solo instrumento , sus miras
Nadie puede penetrarlas ;

Y por medios tan ocultos ,
Por ocurrencias tan raras
Se cumplen , que en vano el hombre
Esto , dice , haré mañana.

En la catedral sombría
Que Guadalquivir retrata ,
Aun no del perverso gusto
Cual despues , contaminada ,

Devoto entra el mareante ,
Cuando el son de la campana
A las vísperas solemnes
A los fieles convocaba.

Por las mas oscuras naves ,
Y por las mas solitarias ,
Siempre huyendo del gentío ,
Cruza con incierta planta.

Y en àquel bosque de mármol ,
Y á su luz tibia y opaca ,
Una evocacion parece ,
Un espectro , una fantasma.

Frente de aquella capilla
De esmaltes y filigranas,
Que del *Zancarrón* el vulgo,
Y todo Córdoba llama,

A una columna de jaspe
Al cabo apoya la espalda,
Y en hondas meditaciones
Sueña, delira, se extasia.

Cuando acaso una señora,
Sin advertir en él, pasa
Tan cerca, que con el manto
Casi le toca la cara.

Este pequeño incidente
Para volverle en sí hasta,
Y sintiéndose arrastrado
Por una violencia extraña,

Por un superior impulso
De aquellos que no se aguardan,
Sigue, cual can á su dueño,
Maquinalmente á la dama.

Esta, ante un altar dorado
Donde la imagen brillaba
De la Virgen, se arrodilla,
Abre el manto y se destapa.

Y á la luz de seis candelas
Que el retablo iluminaban,
Deja ver un lindo rostro
Lleno de candor y gracia;

Y de expresion tan devota,
Y de belleza tan rara,
Y de modestia tan grande,
Y de nobleza tan alta,

Como se admira en los rostros
Que dió Murillo á sus santas,
Y que de un ángel del cielo
Pudo tan solo copiarlas.

El extranjero, encantado,
Sus afanes y sus ansias
Olvida un punto, y los ojos
En aquel tesoro clava.

Levántase la señora
 Al acabar sus plegarias ,
 Retírase , y el piloto
 Sigue absorto sus pisadas
 Sin saber qué le sucede ,
 Sin acertar qué le pasa ;
 Como sujeto y ligado
 Por hechizo , encanto ó magia.

Al patio de los naranjos
 Salen ambos , y él se aparta
 Al ver que dos escuderos
 A la señora acompañan.

Mas aun de lejos la sigue ,
 Cuando quiso su desgracia ,
 Mejor diré su fortuna ,
 Que en la calle se encontrára
 Con un tropel de muchachos ,
 Que de pronto en él reparan.
 Y como de que era loco
 Várias especies volaban ,

Al loco , gritan , y empiezan
 Con silbidos y pedradas ,
 Con insultos y con voces ,
 Que suelen pasar por gracia.

Al estruendo la señora
 Con curiosidad se para ,
 Y al ver en tal paso á un hombre
 Pobre , mas de noble traza ,
 Que le den auxilio al punto
 A sus escuderos manda ,
 Y ella se acerca , y le ofrece
 El amparo de su casa.

Con doña Beatriz Enriquez ,
 Que es la cordobesa dama ,
 Tan discreta como hermosa ,
 Tan buena como gallarda ,

Entra el genovés piloto
 En una soberbia cuadra ,
 De guadamecí vestida
 Con las molduras doradas ,
 Y un estrado de almohadones
 De terciopelo con franjas ,
 Y con grandes borlas de oro
 Sobre alfombras de Granada ;

Mas tan turbado y confuso
 Que no acierta á hablar palabra ,
 Y tan solo en que respira
 Se ve que no es una estatua .

Tampoco está la señora
 Muy en sí ; tampoco halla
 Aquellas frases precisas
 De quien recibe en su casa .

No ha reparado en la iglesia
 En aquel hombre , y le pasma
 Su noble fisonomía ,
 Que con su traje contrasta .

Y acertando prontamente
 Que es el marino , á quien llaman
 Unos loco y otros sabio ,
 Atenta le observa y calla .

Al cabo el hielo rompióse ,
 Y la primera la dama
 Le ruega que tome asiento ,
 Y ordena le sirvan agua .

Entra obediente al mandato
 Una berberisca esclava ,
 Con búcaros primorosos
 En su salvilla de plata .

Sosegado el extranjero ,
 Con tal dignidad y tanta
 Cortesania le rinde
 Por aquel servicio gracias ,

Que el parabien la señora
De ocurrencia tan extraña
Se da á sí misma , y se esmera
En obsequios y en palabras.

Esta primera visita
Otras produjo mas largas ,
Y de muy pocas al cabo
Se entendieron sus dos almas.

Ya no piensa el navegante
En dejar tan pronto á España ,
Renueva sus pretensiones,
Torna á rodar antessalas.

De Hernando de Talavera
La altivez ya no le espanta.
Insiste en ver á los reyes
Y renueva sus demandas.

Dofia Beatriz , afanosa ,
Siendo ya depositaria
De sus planes y proyectos ,
Que la envanecen y exaltan ,
Lo aconseja y lo reanima ,
Lo consuela y lo entusiasma ,
Y conexiones le busca
Con femenil eficacia.

El mismo en Córdoba logra
Con su permanencia larga ,
Que algunos doctos lo escuchen ,
Tratar á personas altas.

Y ya sus propuestas toman
Cierta color de importancia ,
Y ya con calor y aprecio
Del extranjero se habla.

Alonso de Quintanilla ,
Del rey tesorero , enlaza
Con él amistad estrecha
Y en protegerlo se afana.

Y don Pedro de Mendoza ,
 El gran cardenal de España ,
 Uno de los mas ilustres
 Varones de nuestra patria ,
 Afable se le demuestra ,
 Y con su poder alcanza
 Que el mismo rey le conceda
 La audiencia tan deseada.

Frio , suspicaz , severo
 Le oye el rey. Pero le llaman
 La atencion de aquel piloto,
 La dignidad y la calma ,

El convencimiento firme ,
 Las explicaciones claras.
 Y aunque de la inmensa idea
 Toda la extension no alcanza ,

La envidia á los portugueses ,
 De dominacion el ánsia ,
 Y el carácter de aquel siglo
 Caballeresco y de hazañas ,

Le obligan á que al instante
 Dé acogida afable y grata
 Al hombre y á su proyecto ,
 Porque otro rey no lo haga.

Mas los gastos de la guerra
 Hacer nuevos le embarazan ,
 Ni otra empresa empezar puede
 Hasta rendir á Granada.

Y cual político astuto ,
 Por ganar tiempo y dar largas ,
 Su proteccion y su auxilio
 Al piloto ofrece , y manda

Que los sabios eminentes
 De la docta Salamanca
 Con detencion examinen
 La propuesta extraordinaria.

No contenta al navegante
 Tal decision del monarca ,
 Mas que con ella se avenga
 Doña Beatriz quiere , y basta.

ROMANCE CUARTO.

TIEMPO PERDIDO.

Dejando atrás á Granada ,
En cuyas torres el viento
Ya la cruz triunfante adora
Entre cristianos trofeos ,

Y dejando atrás la córte
De los hispánicos reinos ,
Donde tristes desengaños
Cojió y amargos desprecios.

Va el genovés navegante ,
Va el portentoso extranjero
En una mula de paso
Hácia Córdoba derecho ;

Sin volver atrás los ojos ,
Pobre , abatido y enfermo.
Sale de la hermosa vega
Que le parece el infierno.

Lleva en su faz las señales
Del infortunio y del tiempo ,
Que los años y desgracias
Dan con un bronce en el suelo.

Seis años cuenta perdidos
Desde que llegó al convento
De la Rábida , y el nombre
Quiso hacer de España eterno.

Y sus esperanzas todas ,
Y todos sus pensamientos ,
Disipadas mira en humo ,
En polvo mira deshechos.



De la insigne Salamanca
 Los doctores y maestros,
 Mas bien que examinadores
 Jueces inflexibles fueron,
 Y le trataron altivos,
 Aunque era mas sabio que ellos,
 No cual docto que consulta,
 Sino cual convicto reo.

Sus geométricas verdades
 Por respuesta hallaron textos,
 Sus cálculos silojismos,
 Sus demostraciones ergos.

Y aunque vários religiosos
 De San Estéban (colegio
 Donde fué la conferencia)
 Que eran sabios verdaderos,

Si comprender no lograron
 Al inspirado extranjero,
 Lo escucharon con asombro
 Y su importancia advirtieron;

Los mas, cual siempre acontece,
 Arrollaron á los menos,
 Y sobre un hombre tan grande,
 Y sobre un tan gran proyecto

Informaron á la corte
 Con el mas alto desprecio,
 De visionario y de loco
 Prodigándole dicterios.

El no entendido mas firme
 En sus altos pensamientos,
 De su plan él contradicho
 Mas convenido y mas cierto;

De sí mismo mas seguro
 Mientras halla mas tropiezos,
 Y nuevas fuerzas cobrando
 De su propio abatimiento:

Del genovés navegante
 Parece el alma de acero,
 Escollo inmóvil que arrostra
 Siglos, rayos, olas, vientos.

Pero no quiere que España
Acoja ya sus esfuerzos,
Ni que las ventajas logre
De tales descubrimientos.

Y á Córdoba despedido
Veloz regresó, resuelto
De irse á buscar á otra corte
Para realizarlos medio.

Mas doña Beatriz Enriquez
Y el fruto inocente y tierno
De sus plácidos amores,
Detenerle aun consiguieron.

Eslabones mas tenaces
Que los de forjado hierro,
Y con que á aquel hombre insigne
Ató á mi patria el Eterno.

El genovés, obligado
Por las prendas de su afecto
A no abandonar á España,
Buscó en ella rumbo nuevo;

Y partió con gran reserva
De Santa María al puerto,
Que era del inclito duque
De Medinaceli feudo,

A buscar su patrocinio
Y á ofrecerle ignotos reinos.
El duque con grandes honras
Le acogió y con sumo aprecio,

Y ya preparaba naves
Propias suyas, y dinero
Con que el hombre extraordinario
Llevase á cabo su intento:

Cuando de la corte tuvo
Aviso de que con ceño
Y con envidia y sospechas
Miraba el rey sus aprestos.

Suspendiólos advertido ,
Y exhortó con noble celo
Al piloto , á que á la córte
Y al rey regresase luego.

A la inexorable suerte
Que sus mas vivos anhelos
Contrariaba , y le tenia
Atado al hispano suelo ,
Tuvo el genovés constante
Que humillarse con despecho ;
Y tornó á la hispana córte
Y en ella á luchar de nuevo.

El mismo rey don Fernando ,
Que no quedó satisfecho
Del salamanquino informe ,
Lo maneja astuto y diestro ;
Lo halaga con esperanzas
(Que detenerle es su objeto),
Hasta que la infiel Granada
Rinda á sus plantas el cuello.

Siguió aburrido á la córte
El soñador extranjero ,
De aquella famosa guerra
Presenciando los progresos.

En el asalto de Baza ,
De Málaga en el asedio ,
En otras altas acciones ,
Y en muchos duros reencuentros ,
Discurrió como perito ,
Se mostró cual caballero ,
Combatió como cristiano
Y se portó como bueno.

De la opulenta Granada
Rendirse el poder soberbio
Presenció en fin , de Castilla
Y de Aragon al esfuerzo.

Y de las régias ofertas
Llegado el plazo creyendo ,
Con mas teson y energia
Llamó la atencion de nuevo.

Mas en vano , otras consultas
Y otros plazos le han propuesto ,
Que los gastos de la guerra
Tienen el tesoro yermio.

Con que de toda esperanza
Perdidos los fundamentos ,
Dejar á España de veras ,
De veras tiene resuelto.

Ni aun de Alonso Quintanilla
Se ha despedido, temiendo
Que elocuente y amistoso
Aun pretenda detenerlo.

Y hácia Córdoba camina :
Seguro de que los ruegos
De doña Beatriz Enriquez
No han de hacer mella en su pecho.

Nada ya , nada en el mundo
Le detiene, no hay remedio.
¡Oh , cuánto poder y gloria
Pierde España con perderlo!

En su acalorada mente
Tanto agravio recorriendo ,
Y ansioso ya de encontrarse
En la corte de otro reino ,

Aguija la tarda mula ,
No le permite resuello ,
Ya de Pinos de la Puente
Llega al miserable pueblo ,

Y sin detenerse pasa
El despeñado riachuelo ,
Que entre riscos y entre juncias
Va de Genil al encuentro.

Sigue adelante el camino ,
 Cuando detrás , el estruendo
 De un caballo que galopa
 Oye resonar violento ,

Y alcánzale á pocos pasos ,
 En un cordobés overo ,
 De sudor cubierta el anca ,
 Blanco de espumas el pecho ,

Arrogante y decidido
 Un atildado mancebo ,
 Vestido un rico tabardo
 De carmesí terciopelo ,
 Con castillos y leones
 De plata y oro cubierto ,
 Y un penacho rojo y jálde
 Volando sobre el sombrero .

Era un paje de la reina ,
 Que al punto reconociendo
 A la persona á quien busca
 En el piloto extranjero ,

Le dice en voz alta : «Amigo ,
 Atrás volved luego , luego ,
 Pues de que sin vos no torne
 orden terminante tengo .»

El genovés irritado
 Para la mula de presto ;
 Pone la mano en la espada
 Y dice con gran denuedo :

«Antes que la rienda vuelva
 Me dejaréis aquí muerto ;
 Basta , vive Dios , de burlas ,
 A España nada le debo .»

Desconcertóse al mirarlo
 Tan decidido y dispuesto
 El paje , que le responde :

«Ni me burlo ni os ofendo ;
 »Pues la reina mi señora
 Me ha mandado deteneros ,
 Y que á su presencia os lleve ,
 Ved si obedecerla debo .»

Bastó el nombre de la reina
Para un trastorno completo
Del navegante ofendido
Hacer en cabeza y pecho ,

Que era nombre á quien tan alto
Prestigio dió el mismo cielo ,
Que allanára un alto monte ,
Que domára el mar soberbio.

A tal nombre sus agravios ,
Todos sus resentimientos ,
Todos los años perdidos ,
Y todos sus planes nuevos

El genovés olvidando ,
Abre palpitante el pecho
A tan vehemente esperanza ,
A porvenir tan risueño ,

Que le parece aquel page
Angel bajado del cielo ,
Y en éxtasis delicioso
Queda inmóvil y suspenso.

Jamás conseguido habia
Explicar su alto proyecto,
De la gran Reina delante ,
Y ahora ve ocasion de hacerlo.

Por lo que rompiendo al punto
Aquel rato de silencio ,
Lleno de vida el semblante ,
Responde al mudo mancebo :

«Pues doña Isabel lo manda
Voy con vos y la obedezco.»
Y revolviendo la mula
Sigue detrás del overo.

ROMANCE QUINTO.

LA REINA.

Del apartado occidente
A las ignotas regiones ,
Que solo nuestro viajero
Por revelacion conoce ,
Ya el sol descendido habia ,
Dejando estos horizontes
Envueltos en vagas sombras
De una sosegada noche ;
Cuando á Santa Fé llegaron ,
Sin haber dejado el trote ,
Caminando en gran silencio
El extranjero y el jóven.
A las puertas de palacio
Descabalgan , y veloces
La régia escalera suben ,
Sin que las guardias lo estorben.
Pues el page de la Reina ,
A quien todos reconocen ,
Le sirve á su compañero
De seguro pasaporte.
Llegados á la antesala ,
Donde damas y señores
Acaso esperan audiencia
Con distintas pretensiones ,
Al piloto dice el page
Que allí lo espere , y entróse
A dar parte á su Señora
De estar cumplida la órden.
Vuelve al instante , y llamando
Al genovés , indicóle
La respetada mampára,
Que en cuanto este entró cerróse.

En un camarín pequeño
Vestido con pabellones
De berberiscos damascos ,
Y una alfombra de colores ;

Junto á un cuadrado bufeta,
Que rico tapete exonde
De carmesí terciopelo
Con franjas de oro y borlones ;

En frente de un oratorio
De concha , nacar y bronce ,
Donde la imagen brillaba
Del Redentor de los hombres ;

Y á la luz de dos bugías,
De aquel breve cielo soles ,
Que en candeleros de oro
Daban vivos resplandores ;

Sentanda en la régia silla ,
Con la presencia mas noble
Que jamás tuvo matrona ,
Que jamás respetó el orbe ,

Dofia Isabel , la gran Reina
De Castilla y Leon , mostróse
A los admirados ojos
Del genovés sabio y pobre.

Un brial de raso morado ,
Con castillos y leones ,
De perlas , esmaltes y oro
En recamadas labores

Era su traje. En su pecho
Brillaban , como en la noche
Los luceros rutilantes ,
Las cruces que en los pendones

De las órdenes guerreras
Son de la victoria norte.
Y de flamencos encages ,
Que régia diadema coge ,

Una delicada toca
Ornaba su rostro , donde
Formando un todo divino
De altos celestiales dotes ;

El mas claro entendimiento,
 La virtud mas pura y noble,
 El esfuerzo mas gallardo
 Resplandecian conformes.

Doña Beatriz de Galindo,
 Que aun hoy conserva el renombre
 De la *Latina*, por serlo
 Muy aventajada entonces,

Camarera de la Reina,
 Señora de altos blasones,
 Y esposa del gran Ramiñes,
 Del moro en Málaga azote;

Y Alonso de Quintanilla,
 Letrado de claro nombre,
 Tras la régia silla estaban
 De pié, y con humilde porte.

Todo lo notó el piloto,
 Tanto esplendor deslumbróle,
 Y en el suelo, de rodillas,
 A tal magestad postróse.

Con una sola mirada
 La Reina vió en aquel hombre
 De la inspiracion celeste
 Los divinos resplandores.

Y él de una mirada sola
 La grandeza reconoció
 Y la inteligencia suma
 De la Reina que le acogió.

Tras de un sublime silencio,
 Aunque brevísimo, donde
 La admiracion y el encanto
 De entrambos á dos mostróse,

Con grande bondad la Reina
 Que alce del suelo mandóla,
 Que á la mesa se aproxime,
 Y que de su plan la informe.

Obedécela el piloto ,
Y con respeto tan noble
Se acerca , y á hablar principia ,
Que la atencion régia absorve.

Y con tal convencimiento ,
Con tal claridad, tal orden,
Con tan sencilla elocuencia ,
Con tan potentes razones

Sus asombrosos proyectos
En breve discurso expone ,
Que la gran Reina pasmada
Se le figura que oye

A un inspirado , á un profeta ,
A un Angel : Y que son voces
Del cielo aquellas que escucha ,
Y que en tal pasmo la ponen.

Abarca su entendimiento
El vasto plan , que doctores ,
Reyes , repúblicos , pueblos
Juzgan quimeras informes.

Ve la expedicion segura ,
Y ya en ignotas regiones
Triunfante la fe de Cristo
Con el castellano nombre.

Ve un torrente de riquezas
Que hácia sus vasallos corre ,
Y una gloria y poderío
Que envidiarán las naciones.

Y superior á sí misma ,
Del cielo ayudada entonces ,
Ve aun mas que el mismo piloto ,
Aun mas alta que él alzóse.

En entusiasmo y fe viva ,
Gérmen de grandes acciones ,
Abrasada su alma heróica ,
Enchido su pecho noble ,

Quitase la alta diadema ,
 Y de su pecho recoge
 Las riquísimas insignias
 De incalculables valores ;
 Las joyas y pedrería ,
 Los brazaletes y broches
 Que sus brazos y su cuello
 Engalanaban , y pone
 Aquella breve riqueza
 (Breve sí , pero de enorme
 Precio) encima del bufete ,
 Y « Toma , dice á aquel hombre ,
 » Toma , emplea este tesoro
 Sin que nadie te lo estorbe ,
 En cumplir el pensamiento
 Que Dios te ha inspirado .—Corre ,
 » Vuela :— en naves castellanas
 Mares nunca vistos rompe ,
 Arrostra las tempestades ,
 Tu estrella á los vientos dome .
 » Lleva á ese ignorado mundo
 Los castellanos pendones ,
 Con la santa fe de Cristo ,
 Con la gloria de mi nombre .
 » El cielo tu rumbo guie ;
 Y cuando glorioso tornes ,
 O almirante de las Indias ,
 Duque y grande de mi corte ,
 » Tu hazaña bendiga el cielo ,
 Tu arrojo al infierno asombre ,
 Tu gloria deslumbre al mundo ,
 Abarque tu fama el orbe .»
 En tanto que así decia
 Reina tan ilustre , sobre
 Su cabeza colocaba ,
 Con altas aclamaciones ,
 Un Angel , corona eterna
 De luceros y de soles ,
 Que mientras mas siglos pasan
 Adquiere mas resplandores .

Con ella la admira el mundo
Y adoran los españoles,
Cuando absortos la recuerdan
En tan importante noche.

ROMANCE SEXTO.

CONCLUSION.

Bajo un cielo borrascoso
Que jamás mortal alguno
Visto habia, en un inmenso
Mar encrespado y sañudo,
Do jamás alíva nave
Osó abrir incierto sulco;
En una region extraña,
Parte ignorada del mundo,
Una frágil carabela,
Casi imperceptible punto,
Con grandes peligros lucha,
Y sin amparo ninguno.

Las olas como montañas
Atajar quieren su curso,
Ya la arrojan contra el cielo,
Ya la hunden en el profundo;
Ya en sus costados se estrellan,
Volando en espuma y humo;
Ya la anegan en torrentes
De amargo espeso diluvio.

El huracan de otra parte,
Y no menos iracundo
Brama entre sus rotas velas,
Cruge en sus mástiles rudos,
Silba en su jarcia deshecha,
La arrastra con recio impulso;
Y la vuelca y la levanta,
Y combátela sañudo.

No se ve la faz del cielo,
 Por el espacio confuso
 Los relámpagos deslumbren,
 Cruzan los rayos trisulcos,
 Retumban y estallan truenos
 Cual si reventára el mundo,
 Y envuelto en cárdenas nubes
 El sol parece difunto.

Mas la frágil carabela
 Sigue pertinaz su curso,
 Y en tan espantoso caos
 Lleva hácia occidente el rumbo.

Sin duda que se confia
 En el talisman seguro
 Del pabellon castellano
 Que en su osada popa puso,
 Pabellon que en aquel siglo
 Al Omnipotente plugo,
 Hacer de rara fortuna
 Y de excelsas glorias nuncio.

Un mortal extraordinario,
 Tenaz, inflexible, duro
 Mas que el bronce, el gran piloto
 Genovés tranquilo y mudo,
 En la brújula ambos ojos,
 En el timon ambos puños,
 gobierna la dócil nave y to.
 Sin mostrar su frente a los peligros.

Mas ay! un día de repente
 De la ciega fortuna el golpe
 Y aunque estorbados, se plantaron
 Los marineros robustos
 Rendidos y aturdidos,
 De tantos horrores
 De navegación y de guerra
 De porvenir tan confuso.

Recuerdan la dulce España,
De su familia el arrullo,
Y recuerdos y temores
Abortan ciego tumulto.

«Si vive desesperado
Este advenedizo iluso,
Y busca la muerte, muera,
Pero él solo.» Dicen unos.

«Muera pues, repiten otros,
Es un hechicero, un brujo,
Que aquí á perecer nos trajo,
Por sus designios ocultos.»

«Muera, gritan todos, muera,
Y atrás volvamos el rumbo;
A España! á España!..... Y osados
Trocando en furor el susto,

A la popa se abalanzan,
Esgrimiendo el hierro agudo
Contra el heróico piloto,
Que desprecia sus insultos.

Y que con serena frente,
Aunque con semblante adusto,
«¿Qué quereis? les grita osado,
Sin temor os lo pregunto.

«¿Qué quereis?» — *España, España,*
Suena en gritos furibundos,
Y el piloto les responde:
«Con indignacion lo escucho.

«Gente sin fe ni esperanza,
¿Cuándo á coger vais el fruto
De tanto valor y arrojo,
De tanto peligro y susto,

Quereis tornarle la espalda?
Que en vos volvais os conjuro,
Y el nuevo sol, os lo afirmo,
Será de ventura nuncio.»

La turba, como agitada
Por un satánico influjo,
«Muera,» repite, y desoye
Su acento noble y augusto.

El gran hombre ya resuelto
 Deja el timon , y ceñudo
 Avanzándose les grita :
 «Llegad pues , matadme al punto ;
 »Pero sabed , insensatos ,
 Que de vosotros , ninguno
 Puede , desde estas regiones ,
 Hallar de la patria el rumbo :
 Y que á mí tan solo es dado ,
 Porque así á los cielos plugo ,
 El dominar estos mares
 Y el hallar puerto seguro .
 »Matadme pues , ¿ qué os detiene? ,—
 La chusma en espanto mudo ,
 No responde , y se deshace
 En terrorizados grupos .
 Torna al timon el piloto ,
 Torna la nave á su curso ,
 Y todos á la obediencia
 Aunque á despecho y disgusto .

Con la noche la borrasca
 Cedió de su fuerza mucho ,
 Amansáronse las olas ,
 Mas blando el viento se puso .
 Y al rayar en el oriente ,
 Tras de los mares cerúleos ,
 La nueva luz , ve el piloto
 A su frente un leve punto
 Que alzándose lentamente
 De las olas , forma el bulto
 De azul monte , en cuyas crestas
 Brilla el sol cual oro puro .
 Se cerciora de que es tierra ,
 Y hácia el trono del Ser sumo
 Ojos , corazon y brazos
 Alza y le rinde el tributo

De gratitud. Y en seguida,
«Mirad, » le dice á los suyos,
Enseñándoles el monte
Con noble y triunfante orgullo.

La chusma que ve la tierra,
Que ve el fin de tantos sustos,
Y en aquel piloto un Angel,
Convierte la rabia en culto.

Y arrojándose á sus plantas,
Del entusiasmo al impulso
Grita, y acordes repiten
Cielo, tierra y mar profundo:
Viva Colon, descubridor de un mundo.

Gibraltar 1837.



UN EMBAJADOR ESPAÑOL.

ROMANCE PRIMERO.

En Merino y Terracina,
Que dominios son del Papa,
Entra aquel Carlos octavo
Rey orgulloso de Francia.

Los fuertes castillos toma,
Los campos fértiles tala,
Incendia los caseríos,
Los templos santos profana.

Y en el furor se complace
Con que sus hombres de armas
Como furibundas fieras
Roban, destruyen y matan.

Así cumple los tratados
Que celebró con España,
De defender á la Iglesia
Y de acatar la tiara.

Así el juramento cumple,
Que de San Pedro en las aras
Prestó sobre el Evangelio
En terminantes palabras.

Así al acto corresponde
Que con humildad tan falsa
Hizo en público, besando
Del Pontífice las plantas.

Así el nombre verifica,
Que tomó, para burlarla,
De fiel hijo de la Iglesia
Y defensor de su causa.

Los vasallos infelices
 Del Padre Santo, que e hallan
 Exterminio ó servidumbre
 En quien amparo esperaban ;
 Y que en la paz adormidos ,
 Y en la ciega confianza
 Que los tratados infunden
 Y da una régia palabra ;
 Ni pueden hacer defensa
 Ni en ella salud halláran ,
 Que numerosas y fuertes
 Son las fuerzas de la Francia ;
 Y á merced de sus guerreros
 Dejan haciendas y fama ,
 Sin quedarles mas recurso
 Que lágrimas y plegarias.
 Lágrimas que el duro pecho
 De Carlos feroz no ablandan ,
 Plegarias á que responden
 Insultantes carcajadas.

Del Pontífice un legado
 (Porque un legado acompaña
 Para mas escarnio y burla
 Al rey que á la Iglesia ataca)
 Inerme , abatido , humilde ,
 A Carlos ruega y demanda
 Que á su ambicion ponga freno ,
 Que coto ponga á su audacia.
 Si no por respecto al pacto
 Celebrado con España ,
 Si no por guardar solemnes
 Juramentos y palabras ,
 Por cumplir como cristiano
 Y para salvar su alma ,
 Y por temor á lo menos
 De la divina venganza.

Pues Dios es juez de los reyes ,
 Y su mano sacrosanta
 Rompe coronas y cetros ,
 Sólitos é imperios allana.

Con risa infernal escucha
 Y burladora arrogancia ,
 Las justas reconvenciones
 El obcecado monarca ,
 Cuando de Borlón el Duque ,
 Gran condestable de Francia ,
 Del venerable legado
 Reproduce las demandas ;
 Y con muy cristiano celo
 Y la autoridad y pausa ,
 Propia de su cuna ilustre ,
 Propia de sus nobles canas ,
 Mas con todo el miramiento
 A la debida distancia ,
 Que entre rey y entre vasallo
 Dios mismo establece y marca ,
 Le repite las razones
 Que de pronunciar acaba ,
 El digno representante
 De la ofendida tiara ,
 Insistiendo en que recuerde ,
 Que los tratados quebranta
 Que firmó solemnemente
 En Perpiñan con España.

De tan noble personaje
 Tampoco consiguen nada ,
 Con el orgulloso Carlos
 Razones , ruegos , plegarias ;

Pues con desabrido gesto
Y con burladora rabia ,
Que no recuerda , responde ,
De cuanto le dicen , nada.



ROMANCE SEGUNDO.

Don Antonio de Fonseca ,
Caballero de alta ley ,
De los católicos reyes
El noble embajador es ,
Que al rey de Francia acompaña
Y le sigue por doquier ;
Y avisado por el Duque
Viene en el momento aquel.

Preséntase con modestia ,
Pero con el rostro , que
Cara de pocos amigos
Llama el vulgo , y llama bien.

Al verle con fatuo orgullo
El cristianísimo Rey ,
Que da al vicario de Cristo
A gustar vinagre y miel ,
Con miradas de desprecio
Y con gesto de altivez ,
«Oh caballero , le dice ,
Llegais en buen hora , pues

»El venerable Legado
Me habla , y el Duque tambien ,
De un tratado con España ,
Que lo que encierra no sé.»

—«Señor , responde Fonseca ,
¿Cómo ignorarlo podeis ,
Cuando en Perpiñan , vos mismo
Pusisteis la firma en él ,

«Y debajo el régio sello
 Puso vuestro canciller?...
 Mas puesto que lo olvidasteis ,
 Escuchadme , os lo leeré.»
 Y sacando de su seno
 Un abultado papel ,
 Con respeto y con firmeza
 Fonseca empezó á leer.

Cuando un artículo habia
 Favorable al interés
 De la corona de Francia ,
 Exclamaba al punto el Rey :
 «Es muy válido , recuerdo
 Que en Perpiñan lo firmé.
 Ese artículo , Fonseca ,
 Os ofrezco mantener.»
 Pero cuando otro escuchaba
 Interesante tambien
 O al decoro de la Iglesia ,
 O de Castilla al poder :
 «Dadme el tratado , decia ,
 Dádmelo Fonseca , pues
 Si eso firmé lo desfirmo ,
 Que enmendar un yerro es bien.»
 Y las cláusulas borrando ,
 Con menosprecio y desden
 El pliego le devolvía
 Diciendo : «Seguid, leed.»

Al fin llena la medida
 Del sufrimiento cortés ,
 Don Alonso de Fonseca ,
 No se pudo contener ,

Y «Rey de Francia , prorumpe ,
Si mofaros pretendeis
De mí que soy caballero ,
De mi patria y de mi Rey ,
» Vive Dios que á tolerarlo
No estoy yo dispuesto ; y pues
Borrais lo que no os conviene ,
Borro y anulo tambien
» Lo que es á vos favorable ,
Rompiendo el tratado , ved. »
Y desgarrando valiente
El respetable papel ,
Tiró los rotos pedazos
Del Rey de Francia á los piés ,
Y calándose el sombrero
Sin hacer vénia se fué.
Y con la mano en la espada
Atravesando un tropel
De alabardas y ballestas
Salió del campo francés.



LA BUENA-VENTURA.

ROMANCE PRIMERO.

LA CITA.

Era en punto media noche ,
Y reinaba hondo silencio
De Medellín en la villa ,
Sumerjada en dulce sueño.

Desde un tronco de celajes
Nacarados y ligeros ,
Cándida , apacible luna
Brillaba en el firmamento :

Sobre el pardo caserío
Derramando sus reflejos ,
Como sobre los sepulcros
De un tranquilo cementerio.

Y en una desierta calle ,
Donde sus claros destellos
Una mitad alumbraban ,
La otra en sombras confundiendo ,

Estaba en la parte oscura ,
Receloso y encubierto ,
Un noble jóven gallardo ,
No muy alto , aunque bien hecho.

Ropon y loba vestía ,
El uno y el otro negros ,
Traje propio de que usaban
Escolares de aquel tiempo.

De su cintura pendia
 Una espada de Toledo ,
 Y un laud con ambas manos
 Apretaba contra el pecho:

Los ojos no separaba ,
 Vivos , rasgados , de fuego ,
 Lumbreras de un lindo rostro ,
 Vivaz , gracioso y moreno ,

De las cercanas paredes
 De un edificio frontero ,
 En cuyos sillares blancos
 Daba la luna de lleno ,

Descubriendo tres balcones
 Con barandales de hierro ,
 Debajo dos rejas grandes
 No muy lejanas del suelo ;

Y cerrada una ancha puerta ,
 Sobre la que tiene asiento
 Un noble escudo de mármol
 Guarnecido de arabescos.

La anchura de aquella calle ,
 En realidad corto trecho ,
 Era espacioso teatro ,
 Mejor diré campo inmenso

De fantásticas escenas ,
 De mil extraños sucesos ,
 Indecisos y confusos
 Como figuras de un sueño ,

Que claramente veía
 La imaginacion de fuego ,
 Y la mente arrebatada
 De aquel gallardo mancebo.

De Salamanca las ciencias ,
 Los doctores y los ergos
 Que atrás deja , ve delante ,
 Y su pobre hogar á un tiempo.

Y ve los campos de Italia,
 Aunque nunca estuvo en ellos;
 Mas á do quiere asentarse,
 De ambicion de gloria lleno;
 Y ya se junga soldado,
 Y ya se halla en los encuentros,
 Y mira reyes cautivos,
 Y ve ejércitos deshechos;
 Y naciones conquistadas,
 Y á sus piés tronos y estros,
 Montes de oro y de laureles,
 Anchos mares, mundos nuevos:
 Y todo lo ve, que todo
 Cuanto abraza el pensamiento
 Lo ven, y lo ven palpable
 Las almas de privilegio.

Mas de todo cuanto mira
 Como en borrosos bosquejos,
 Como las medables formas
 De nubes que rompe el viento;
 Es el primer personaje,
 Es el mas distinto objeto,
 Es reina y reguladora,
 Y sol de sus pensamientos,
 La modesta doña Elvira,
 De Medellin embeleso,
 Y á quien guardan las paredes
 Do los ojos tiene puestos.
 Para ella sueña sus glorias,
 Para ella anhela trofeos,
 Para ella quiere tesoros,
 Que está enamorado ciego.
 Y sin los lauros y bienes
 Que no quiso darle el ciclo,
 No puede con ella unirse,
 Que es pobre, aunque caballero.

Tambien teme á un poderoso
Rival, ignorante y necio,
Pero que ganó en la guerra
Tesoros é ilustres premios.

El que al padre de su amada,
Codicioso como viejo,
Con sus riquezas y honores
Tiene cautivado el seso.

Mas en vano teme el jóven,
Es de Doña Elvira dueño,
Pues esperándole, inquieta,
Aun está fuera del lecho.

Y en cuanto la seña escuche,
Saldrá, su cita cumpliendo,
A ofrecerle ser su esposa.
Y á jurarle amor eterno.



ROMANCE SEGUNDO.

LAS CUCHILLADAS.

Diz que en cuanto el gallo canta
Desparecen de improviso
Los aquelarres de brujas,
Los fantasmas y vestiglos;

Así desaparecieron
Las escenas ó delirios
A que la mente del jóven
Daba vida en aquel sitio,

De un gallo al sonoro canto,
Que al momento repetido
Por otros que parecian
Los ecos de aquel recinto,

Al soñador recordaron
Que allí tan solo ha venido,
De un *adiós* tierno de amante
A padecer el martirio.

A exigir una palabra ,
 Y á ofrecer un plazo fijo ,
 Que con segura esperanza
 Le dé aliento en los peligros.

Vuelto en sí , pulsa las cuerdas ,
 Y á sus acentos sentidos
 Canta una letra amorosa
 Con tono dulce y sumiso.

Al punto , cual si el acento
 Que dió vida y regocijo
 A las auras de la noche ,
 Fuera conjuro ú hechizo ,

De una reja las maderas
 Abrense en el edificio ,
 Que el mancebo contemplaba ;
 Y queda un cuadro sombrío ,

Do aparece un bulto blanco ,
 Cuyos contornos divinos
 Resaltaban en lo oscuro
 Por la luna esclarecidos.

El amante la guitarra
 Suelta , y fuera de sí mismo
 Corre á la dorada reja ,
 Abraza los hierros frios :

Y en una mano de nieve ,
 Que uno de ellos tiene asido ,
 Estampa labios de fuego
 Por la pasión encendidos.

Balluciente , temeroso
 Como enamorado fino ,
 Que ser amor elocuente
 De ser falso es claro indicio ,

Iba á pedir que dos años
Le conserven fe y cariño,
Que en ellos ganar espera
Pingüe estado y nombre digno.

Cuando (siempre los amantes
Han de tener enemigos,
Que en los mejores momentos
Truequen la dicha en martirio)

Cuando á lo lejos resuena
Un alarmante ruido,
Que á los dos enamorados
Sobresalta de improviso.

«Retírate, dice el jóven,
Quede tu decoro limpio,
Que yo tornaré á tus plantas
Sin importunos testigos.»

«Nada temas, veré tuya,»
Entre sollozos le dijo
Su amada, y cerró la reja
Dejando abierto un resquicio.

Quiere el mancebo alejarse,
Mas no puede sin ser visto,
Y no es hombre que la espalda
Sabe volver al peligro.

Tres bultos mira en la calle
Que á él dirigen su camino,
A dos quedarse ve luego
En no muy distante sitio,

Y al tercero aproximarse
A paso largo y altivo,
Resplandeciendo la luna
En su pomposo atavío.

Al Comendador conoce
Que volvió de Italia rico,
Y que á su Elvira pretende
Con impertinente ahinco.

Mucho celebra el encuentro,
Y solo le pesa el sitio;
Pero ya arrestado á todo
Le espera firme y tranquilo.



El Comendador le dice,
A diez pasos dando un grito:
«Retiraos de aquí, estudiante,
O mi espada os hará añicos.»

«Otra tengo yo en la mano
Que á ese insulto dé castigo,»
Dice el mancebo, y se arroja
Como rayo desprendido

De las nubes. Los aceros
Relampaguean, y vivo
Arde el combate, lidiando
Sin hablar, cual bien nacidos.

De un leve rasguño tiene
El jóven su rostro herido;
Del contrario el pecho roto
Lanza ya de sangre un río;

Y perdiendo va terreno,
Vacilante, cuando un silbo
Da, y vienen espada en mano
Los otros dos á su auxilio.

El jóven, como valiente,
Desprecia á los asesinos,
Y dejando ya en la tierra
Al Comendador tendido,

Carga á los dos y los hiere,
Y los pone en tal conflicto,
Que rápidos como el viento
Buscan en la fuga asilo.

El vencedor reconoce
De su victoria el peligro,
Y á su casa se retira
Pobre solar, aunque antiguo.

Y que también noble escudo
Ostenta en el frontispicio
De la puerta, de que lleva
La llave falsa conigo.



A don Martin , su buen padre ,
Anciano de hidalgo brio ,
Encuentra sobresaltado ,
Receloso y discursivo :

Que del mancebo en la mano
Viendo el hierro en sangre tinto ,
«¿Qué has hecho , Hernando? le dice ,
Y contéstale su hijo :

»Al Comendador he muerto ,
Dando á un insulto castigo ,
Que el honor que tú me diste
Ha de estar como el sol , limpio.—

»Válgame el cielo (prorumpe
El noble anciano) , preciso ,
Aunque Hernando , yo no dudo
Que con razon has reñido ,

»Es al ponernos en salvo ,
Que es inminente el peligro ,
Siendo poderoso el muerto
Y nosotros desvalidos.—

»Partiré al momento á Italia ,
Cual estaba decidido , »
Dice Hernando ; mas el padre
Prudente responde : «hijo ,

»De las glorias de la Italia
Ya te has cerrado el camino :
El Comendador en ella
Del Rey ha estado al servicio ;

»Del ínclito don Gonzalo
Era deudo y favorito ,
Y allá ha dejado parientes
Con honra y con poderío.

»Pues á las Indias , el jóven
Dice , á marchar me decido ; »
Y algo extraordinario y grande
Brilló en su rostro al decirlo.



ROMANCE TERCERO.**EL EMBARCO.**

En la iglesia de San Pedro ,
Una de las mas antiguas
Entre las muchas insignes
De la opulenta Sevilla ,

A las seis de la mañana
Se está diciendo una misa ,
Porque Dios dé buen viaje
A un jóven que va á las Indias.

Es el gallardo extremeño
A quien hace quince dias
Que de Medellin , su patria ,
Arrojó su valentía ;

Y que en una gruesa nave
Debe aquella tarde misma
Despedirse de la Europa
A buscar remotos climas.

Y con Don Martin , su padre ,
Junto al altar , de rodillas ,
A san Pedro se encomienda
Y al cielo le pide dicha ;

En el traje de soldado
Mostrando tal gallardía ,
Que del devoto concurso
Tiene la atencion cautiva.

Terminado el sacrificio
Recibe la Eucaristía ,
Resplandeciendo en su rostro
El entusiasmo y fe viva.

Vuelve á la humilde posada
Que era en la Borcinería,
Hostalaje de un morisco,
Estancia pobre y mezquina.

Y así le dijo su padre,
Cuyas áridas mejillas,
Lágrimas de desconsuelo
Quemaban y humedecían.

«Hernando, Hernando, hijo mío,
A tierras lejanas vas,
Donde nunca olvidarás
De mi noble sangre el brío.

»Cual cristiano y caballero
Teme á Dios, guarda su ley,
Sirve con lealtad al rey,
Sé devoto y sé guerrero.

»Nunca des á la codicia
En tu hidalgo pecho entrada,
Flaqueza vil, que degrada
El cuerpo, y el alma vicia.

»Sé á tus cabos obediente,
Afable á tus compañeros,
Y sin bravatas ni fieros
En el peligro valiente.

»En los trabajos sufrido,
Moderado en la ventura,
Con generosa cordura
No estés vano, ni abatido.

»Del malo te apartarás,
Unete siempre á los buenos,
Que si no ganas, al menos
Con ellos no perderás.

»Si llegas á obtener mando,
Manda con moderación,
Pero solo, y con tesson
Haste obedecer, Hernando.

»Que al que manda descortés
O por agena influencia,
O no exige la obediencia,
Para el mando inútil es.

»Tolera disimulado ,
Aunque te haga padecer ,
Agravio que no ha de ser
Plenamente castigado.

»Reparte con discrecion
La recompensa y castigo ,
Y al derrotado enemigo
Trata con moderacion.

»Resuelve con madurez ;
Mas resuelto , nada ataje
La ejecucion ; aventaje
Al rayo en su rapidez.

»La santa fe que profesas
Estender , y de tu rey
Los dominios , sea la ley ,
Hernando , de tus empresas.

»Y no tengas duda alguna
De que si lo haces así ,
Siempre irán en pos de tí
La victoria y la fortuna.

»De tu noble inclinacion
Mucho espero , mucho fio ,
Basta : abrázame , hijo mio ,
Recibe mi bendicion.»

La escena tierna , y sublime
Dolorosa despedida
Que pasó entre el hijo y padre
No es posible describirla.

De momentos tan solemnes
Los afectos de familia ,
Los pensamientos y penas
Se sienten , mas no se pintan.

Al fin , como breve sueño ,
Pasó rápido aquel dia ,
Los tristes y los alegres
Al mismo paso caminan.

El sol entre nubes de oro,
De un cadáver comitiva,
A la tumba del ocaso
Con magestad descendía.

Cuando la pieza de lava
Dió el trueno de la partida,
Del Guadalquivir soberbio
Retumbando en las orillas.

Ya del arenal la puerta
El padre y el hijo pisan,
Y hacia la torre del Oro
Mudos de dolor caminan.

Magnífica era la escena,
Soberbia la perspectiva,
Espectáculo grandioso
El que deslumbró su vista:

Cubierto el río de naves
De mil naciones amigas
Con flámulas, gallardetes,
Banderolas y divisas

Donde espléndidos colores
Con el sol poniente brillan,
Donde se mecen las auras,
Donde retozan las brisas.

Ambas márgenes cubiertas
De cuanto la Europa cria,
De cuanto el arte produce,
De cuanto ansia la codicia.

De armas, víveres, aprestos,
Fardos, cajones y pipas,
De extraordinarias riquezas,
De varias mercaderías.

Y en las naves y en las barcas,
En los muelles y marismas
Y en arenal, alameda,
Muro, almacenes, garitos,

Un enjambre de vivientes
De todos reinos y climas,
De todos sexos y clases,
De todas fisonomías.

Del grande español imperio
Hombre de todas provincias,
Y de todas las naciones
Que la Europa sábia habita.

Moros, moriscos y griegos,
Egipcios, israelitas,
Negros, blancos, viejos, mozos,
Hablando lenguas distintas.

Mercaderes, marineros,
Soldados, guardas, espías,
Alguaciles, galeotes,
Canónigos y sopistas,

Caballeros, capitanes,
Frailes legos y de misa,
Charlatanes, valentones,
Rateros, mozas perdidas,

Mendigos, músicos, bravos,
Quincalleros y cambistas,
Galanes, ilustres damas,
Gitanas, rufianes, tías:

Todo bullicio tan grande,
Tan extraña algaravía,
Tal confusion de colores,
Tal movimiento y tal vida,

Ofreciendo bajo un cielo
Como el cielo de Sevilla,
Que era un pasmo de la mente,
Un cuadro de hechicería.



Tras de la torre del Oro,
Mientras D. Martín activa
El embarco, maldiciendo
Gabelas y socafías,

Hernando sueña despierto,
Y pensando en doña Elvira,
Embebido en lo pasado,
Presente y futuro olvida.

Llamó su atención de pronto
Una voz ágría y ronquilla
Que le dice:—«Caballero,
Por Dios una limosnita.»

Vuelve en sí sobresaltado,
Y delante de sí mira
Una miserable vieja
De extraña fisonomía.

Un rostro innoble y siniestro,
Seco, como de ceniza,
Con dos penetrantes ojos
De fuego que muere chispas,

Descubre entre sucias tocas
Que rojo manto cobija,
Sobre un traje de anascote,
Hecho á desgarrones tiras.

Y en el todo de aquel ente
Algo raro se veía,
Reunión de astucia, ignorancia,
Imbecilidad, malicia.

Para darle algún socorro
En la escarcela registra,
Y mientras le da un cornado
Dice la bruja ladina:

«¡Qué lindo y gallardo joven!
Si se embarca para Indias,
La buena ventura puedo
Decirle, que sé decirla.»

Hay en la vida momentos
Que la mitad de la vida
Por columbrar lo futuro
Se diera con alegría.

Y Hernando, aunque con desprecio,
Contempla aquella estantigua,
La mano diestra le ofrece
Puesta la palma hacia arriba.



La vejezuela la toma ,
 Un momento la examina ,
 Y ora las cejas arquea ,
 Ora amaga una sonrisa ;
 Y al fin se estremece , tiembla ,
 Echa fuego por la vista ,
 Y , « ¡ Qué estoy mirando , cielos ! »
 Cual energúmeno grita .

Expresion rara y terrible
 Su muerto semblante anima ;
 Crece , y convulsa le crujen
 Los huesos y las canillas .

Y , « ¡ Oh mancebo generoso !
 Exclamó , ¡ qué de inauditas
 Glorias y hazañas te esperan !
 ¡ Qué de triunfos en las Indias !

» Tiembla el infierno ; ¡ tu espada
 Cuántos tributos le quita !.....
 Ve ufano... De contemplarte
 El cielo se regocija...

» Emperadores y reyes
 Te doblarán la rodilla .
 Cual prodigios , cual portentos
 Verá el mundo tus conquistas .

» Tu huella hundirá naciones
 Las mas guerreras y ricas ,
 Como del pastor la huella
 Hunde vivares de hormigas .

» Con montes de oro y laureles
 Los astros allá te brindan .
 Eterno será tu nombre ,
 Inmortales tus fatigas .

» Vuela ; el sol de un Nuevo-Mundo
 Serás... » No pudo sufrirla
 El jóven tiempo mas largo ,
 Juzgando la retahila

Cosa á todo aventurero
 Por aquella bruja dicha ,
 Para sacar recompensa
 Mas abundante y opima .

Y la interrumpe, y le dice:

«Solo quiero que me digas

Si seré tan venturoso

Que regrese á estas orillas.»

Quedó suspensa la vieja,

Muda en él los ojos fija,

Pero apagados; su rostro

Se seca, se desanima;

Y con la expresión sinistra

De una sardónica risa,

«Volverás, sí, le responde,

Que volver es tu desdicha:

«Volverás... sí... de seguro...

El sol se va y vuelve... mira...»

Y con una enjuta mano

Y un dedo que parecía

El de la terrible muerte,

En rara actitud le indica

A Castilleja, por donde

El rojo sol se escondía.

El joven á Castilleja

Torna de pronto la vista,

Como obediente al mandato

De la mano imperativa;

Y ve que una parda nube

Que imitaba las cortinas

De un rico dosel, tomaba,

Por el ambiente movida,

De un gran féretro la forma

Circundado de amarillas

Candelas, y en cuyo seno

Del sol el cadáver iba.

Vago terror siente Hernando,

Los cabellos se le erizan,

Y por algunos momentos,

Hecho mármol, ni aun respira.

La mano del tierno padre,
 Su voz grata y sus caricias,
 Diciendo: «Llegó la hora,
 Vamos, y Dios te bendiga,»

Le tornan en sí; anheloso
 A la bruja ó Pitonisa
 Busca, mas la busca en vano;
 Desaparecido había.

Acaso entre aquella turba,
 Do era imposible seguirla,
 Otras limosnas demanda,
 Otros casos pronostica.—

Se abrazan al pié del muelle
 El padre y el hijo; pisa
 Este la ligera lancha,
 Que al punto huye de la orilla.

Llega á la nave; la nave
 Trinquetes y galias iza,
 Y corta pomposa el río
 Entre universales vivas.

ROMANCE CUARTO.

CONCLUSION.

Este Hernando, este mancebo
 Era Hernan-Cortés: su nombre,
 Gloria la mayor de España,
 Asombro y pasmo del orbe,
 Lo dice todo. Un imperio
 De cien guerreras naciones
 Descubrió, y rindió su lanza
 Con seiscientos españoles.

Vuelto á la patria, por premio
 Ingratas persecuciones
 Su corazón destrozaron,
 Rompieron su pecho noble.

Y aquí en Castilleja , lleno
De desengaños atroces ,
Rindió á su Criador el alma
Que tan grande concedióle ;
Sin que despues haya visto
El absorto mundo un hombre ,
Que de Hernan-Cortés al lado
La historia imparcial coloque.

Sevilla 1638.



LA MUERTE DE UN CABALLERO.

ROMANCE.

El noble francés Reyardo ,
 El insigne caballero
 Que nunca mancilló *tacha* ,
 Que jamás conoció *miedo* ,
 Por la falda de los Alpes
 En fuga las huestes viendo ,
 Que al Almirante de Francia
 Dió el rey Francisco primero ;
 Del deshonor de las lises
 Furioso su heróico pecho ,
 Gallardo la lanza empuña ,
 Riscado revuelve el freno ,
 Y en los pocos *españoles* ,
 Causa de aquel desconcierto ,
 Se arroja como valiente ,
 Para morir como bueno :
 A pintar su gallardía ,
 A contar sus altos hechos ,
 A encarecer sus hazañas
 No basta el humano *acento* .

En un normando morcillo ,
 Que respira espuma y fuego ,
 Cuya lijereza es rayo ,
 Cuyos relinchos son trueno ;
 Con un arnés que deslumbra
 Del mismo sol los destellos ,
 Y en parto una veste oculta
 De carmesí terciopelo ;
 Y sobre el bruñido casco ,
 Dando vislumbres al viento ,
 Un penacho blanco y rojo
 Con rica joya sujeto ,
 Cual águila se revuelve ,
 Lidia cual leon soberbio ,
 Cual raudo torrente rompe ,
 Resiste cual risco eterno.
 Solo españoles soldados
 Sin ceder pudieran verlo ,
 Y con él y con los suyos
 Trabar combate sangriento.
 Mas qué mucho , si los rije
 Aquel hijo predilecto
 De la victoria en Italia ,
 Marqués de Pescára excelso.

Del noble francés Bayardo ,
 A pesar de los esfuerzos ,
 La francesa artillería
 Fué de la España trofeo.

Pues de aquella escaramuza
 En lo mas trabado y récio ,
 Cuando las contrarias huestes
 Eran de valor portentos ,
 Una silbadora bala
 De oscuro arcabuz partiendo ,
 Traspasó de parte á parte
 Al gallardo caballero.

Al caer de los arzones
 Con pesado golpe al suelo ,
 Cuajó la sangre á sus tropas
 De sus armas el estruendo.
 Y alzaron tal alarido
 De dolor y de despecho ,
 Que por los lejanos valles
 Resonó en fúnebres ecos.

Al oír los españoles
 Tan lamentable suceso ,
 La sangrienta lid suspenden
 De asombro y lástima llenos :
 Pues la muerte de un contrario
 De valor insigne ejemplo ,
 Pena y confusion infunde
 En sus generosos pechos.

Soldados de ambas naciones
 Cercan al noble guerrero ,
 Cuya sangre empaña el brillo
 Del arnés bruñido y terso.

Y el mismo Pescára llega
 De llanto el rostro cubierto ,
 Y le recoge en sus brazos
 Con doloroso respeto.

Sus criados le desarman ,
 Inténtanse mil remedios ,
 Mas ¡oh dolor! todo en vano ,
 Llegó su instante postrero.

Muere Bayardo el famoso .
 Y en el último momento
 Despues que á Dios pidió gracia
 Cual cristiano caballero ,

A españoles y á franceses
Tornando el rostro sereno ,
« Por mi rey y por mi patria ,
Exclamó , gozoso muero ;
» Y ufano de que haya sido
A las manos y al esfuerzo
De soldados españoles
De honra y de valor modelo ,
» Y de la nacion mas grande
Que en mas alta estima tengo ,
De cuantas pueblan la tierra
De cuantas cubren los cielos . »
No dijo mas , que la muerte
Convirtió su voz en hielo ,
Volando á tomar el alma
Entre los héroes asiento.

Dejaron los españoles
Por honra á tal caballero ,
De seguir al Almirante,
Que en Francia salvóse presto.
Y el cadáver de Bayardo ,
De lauro inmortal cubierto ,
Entregado fué á los suyos
Con justo desprendimiento ;
Para que hallára reposo
Tan valiente y noble cuerpo ,
En su agradecida patria
Al lado de sus abuelos.

AMOR, HONOR Y VALOR.

ROMANCE PRIMERO.

EL EJERCITO.

De trompas y de atambores
 Retumba marcial estruendo,
 Que en las torres de Pavia
 Repite gozoso el eco :
 Porque á libertarlas viene
 De largo y penoso cerco
 El ejército del César,
 Contra el del francés soberbio :
 Aquel reducido y corto,
 Este numeroso y fiero,
 El uno descalzo y pobre,
 El otro de galas lleno.
 Pero el marqués de Pescara,
 Hijo ilustre y predilecto
 Del valor y la victoria,
 Tiene de aquel el gobierno.
 Porque los jefes ancianos
 Y los príncipes excelsos
 Que lo mandan, se someten
 A su fortuna y su esfuerzo;
 Y en él gloriosos campean
 Los invictísimos tercios
 Españoles, cuya gloria
 Es pasmo del Universo.
 Manda las francesas huestes
 El rey Francisco primero,
 Que vé las del quinto Carlos
 Con orgulloso desprecio.

Y juzgando un imposible
 Que osen venir á su encuentro ,
 Con tan cortos escuadrones ,
 Con tan escasos pertrechos ;
 No á la batalla , al alcance
 Prepárase repitiendo :
Para la cobarde fuga
Levantán el campamento.

En tanto de él en buen orden
 Y en sosegado concierto
 (Después de dar á las llamas ,
 Y de hacer pasto del fuego
 Las tiendas y los reparos ,
 Las barracas y repuestos),
 Salen á cojer laureles
 Los imperiales guerreros.
 De Nápoles el ilustre
 Visorey al frente de ellos ,
 En un caballo ruano
 Que es del Vesubio remedo ,
 Ricas armas refulgentes
 En que dan vivos destellos
 Las labores de oro y plata
 Del sol naciente al reflejo ,
 Lleva ; y sobre el rico almete
 En la cimera sujeto ,
 Penacho amarillo y rojo
 Que mece apacible viento.
 Cien alabardas de escolta
 Cércanle , delante enhiesto
 Va su pendon , y le siguen
 Personajes de respeto.

En el escuadron segundo ,
De un arnés blanco cubierto ,
Y de un sayo de brocado ,
En un frison corpulento

Pasa de Borbon el duque ;
¡Lástima que tan egregio
Príncipe , contra su patria
Y su rey combata ciego!

Entre los vários Señores
Y famosos Caballeros
Que le acompañan , descuella
Por lo galan y lo apuesto

El jóven Marqués del Vasto ,
Armado de azules veros ,
Con blancas y azules plumas ,
Gallardas alas del yelmo.

En un pisador castaño
Que con la espuma del freno ,
Escarcha en copos de plata
Los azules paramentos ,

Su destreza de ginete
Con corbetas y escarceos ,
Y su agilidad de mozo
Va presumido luciendo.

Tras este escuadron segundo
Marcha el escuadron tercero ,
Y Alarcon á su cabeza ,
Cana barba , rostro serio ,

Armas fuertes , mas sin brillo ,
Corcel alto , duro , recio ,
Una reformida lanza
Que empuña un puño de hierro ;

Sin visera ni penacho ,
Capacete de gran peso ,
Y sobreveste y gualdrapa ,
Ambas de velludo negro ,

Sin recamadas insignias ,
Sin divisas ni emblemas ,
Eran , como lo era siempre ,
Su simple y marcial arreo.

Siguen tras los hombres de armas
Los escuadrones ligeros ,
Y de Cívita-Santángel
El Marqués al frente de ellos.

Jóven valiente y gallardo ,
Ignorando va risueño ,
Que á manos de un Rey, la muerte
Le aguarda á pocos momentos.

Rico y galan sayo viste
De purpúreo terciopelo ,
; Harto pronto con su sangre
Mas purpúreo ha de ponerlo !

De un cuartágo de Calabria ,
Causa de su fin funesto ,
Rije las flexibles bridas ,
Que cortadas serán luego.

Las triunfadoras banderas
Donde desarrolla el viento
Los castillos y leones ,
Ya de dos mundos respeto ,

Y que adorna la fortuna
De palma y laurel eternos ,
Donde quiera que trepolar
En entrambos hemisferios ;

La invencible infantería
De los españoles tercios ,
En bien formadas escuadras
Sigue por lado diverso.

Descalza , pero contenta ;
Pobre , mas de noble esfuerzo
Tan rica , que á sus hazañas
Es el orbe campo estrecho.

El valor y gracia reinan ,
Y de la muerte el desprecio ,
En sus ordenadas filas
De frugalidad modelo :

Y que de vencer seguras
Llenan de coplas el viento ,
Con apodos y con vayas
De andaluces á gallegos.

A sus bravos capitanes
Humildes obedeciendo ,
Forman un bosque de picas
Cuyas puntas son luceros ;

Y donde los arcabuces ,
Preñados de rayo y trueno ,
Van pronto á llenar el aire
De humo , plomo , muerte y miedo.

Allí el capitan Quesada ,
Allí el capitan Cisneros ,
Y Santillana el alférez ,
Y Bermudez el sargento ,
Y Roldan el sevillano ,
Extremado arcabucero ,
Y mil y mil allí estaban
Gloria del hispano suelo ,

Cuyos inmortales nombres
La fama guarda del tiempo ,
Y al pronunciarlos palpita
De todo español el pecho.

Con un limpio coselete
Del sol envidia y espejo ,
Con celada borgoñona
Sin cimera ni plumero ,

Y con sus calzas de grana ,
Y con su jubon eterno
De raso carmesí , llega
Despues de dejar dispuesto

Como caudillo el ataque ,
Y como caudillo experto ,
El gran Marqués de Pescára
En su tordillo ligero.

En su diestra centellea
Un estoque de Toledo,
Y un broquel redondo embraza
Con una muerte en el medio.

Viene, y se coloca al frente
De los españoles tercios,
De sus planes y esperanzas
Con gran razón fundamento.

Y con el semblante afable,
Y con el rostro risueño,
Responde á sonoros vivas
En sazonado gracejo.

Detrás de los españoles
Tardos marchan los tudescos,
Que apiñados parecían
Muro movable de cuerpos.

Sus amarillos pendones
Las águilas del imperio
Ostentan, y lentamente
Las siguen con gran silencio.

Micer Jorge de Austria, anciano
De gran valor y respeto,
Va á su frente en un morcillo
Que hunde donde pisa el suelo.

Lleva arnés empavonado,
Y devoto hasta el extremo,
Con franciscana capucha
El casco y gorjal cubiertos.

Las últimas que desfilan
Y salen del campamento,
Son las banderas de Italia
En pelotones pequeños.

Dos culebrinas de bronce
Y una lombarda de hierro,
Son toda la artillería
Para tan terrible empeño.

Don César Napolitano,
Caudillo bizarro y diestro,
Y el capitan Papacodo
Vienen á su frente puestos.

Ya los franceses cañones,
Cuyo número era inmenso,
Contra estas huestes lanzaba
Muerte envuelta en humo y fuego;

Y ya viva escaramuza
Se iba rápida encendiendo,
Entre avanzados ginetes
Y alentados ballesteros,

Y aun del incendiado campo
Llegan á ocupar sus puestos
A todo correr soldados,
Y á escape los caballeros.

Solo entre tantos no acude
Cuando siempre es el primero,
El gallardo don Alonso
De Córdoba, y lo echan menos,
Porque de un noble el retardo,
En tan críticos momentos,
Es mucho mas reparable,
Porque debe dar ejemplo.

Y por esperarlo todos
Miran hácia el campamento,
Donde con grande sorpresa
Ven, y quédanse suspensos,

Que su tienda solamente
No es ya de las llamas cebo,
Y que aun intacta descuella
Entre el general incendio.

ROMANCE SEGUNDO.**LA TIENDA.**

Entre humo , llamas , cenizas
Que volando en remolinos ,
Del abandonado campo ,
Al sol ofuscan el brillo ,
De don Alonso la tienda
Tiene desde lejos fijos
De la multitud los ojos ,
La atencion de sus amigos.

Aderezado un overo
Cerca de ella , altos relinchos
Da , y huella y escarba el polvo
No cabiendo ya en sí mismo.

Porque la mano en el diestro
Tiene sujeto su brio
Un page , que tambien tiene
Un lanzon con pendoncillo.



Están dentro de la tienda ,
A un lado , sentada en rico
Almohadon de terciopelo
Sobre tapete morisco ,

Una gallarda señora
Con semblante dolorido ;
Teniendo en sus bellos brazos
Dos hermosísimos niños.

Y de pié , á su frente , un jóven
De brillante arnés vestido ,
La cabeza sin almete
Y el rostro contemplativo.

Dos luceros son los ojos
De aquella dama ó prodigio ,
Que á las megillas de nácar
Le dan perlas por rocío.

Las negras y luengas trenzas
Con negligente prendido
Dan mas blancura á su frente
Dan á sus ojos mas brillo ,

Dan mas carmin á sus labios
De amor poderoso hechizo ,
Dibujando un albo cuello
Y un seno de ángeles nido :

Pues viendo en él agrupados
A los dos infantes lindos ,
El llamarle de esta suerte
No es exagerado estilo.

El mancebo armado muestra
En aspecto y atavío
De su linage lo ilustre
Y de su cuna lo rico.

Es el noble don Alonso
De Córdoba , que cautivo
De un amor firme , combate
Por salir de un laberinto.

Del gran Marqués de Alcaudete
Hermano , y aun presuntivo
Heredero , aquella hermosa
Ha tiempo tiene consigo ,

Con diá gusto y con despecho ,
No solo del Marqués mismo ,
Sino de otros dos hermanos
Capitanes de gran brío ,

Que en las huestes españolas
Con el de Pescára invicto
Para avalorar su nombre
Ocupan honroso sitio.

La dama en ilustre sangre
 Al jóven esclarecido
 No iguala, es cierto, mas junta
 A los altos atractivos

De la gracia y la belleza,
 Del donaire y señorío
 Y de los ojos de fuego,
 Y del hablar argentino,

Tal bondad y tal ternura,
 Tan cultivado y pulido
 Entendimiento, y modales
 Tan dulces, gratos y finos,

Que de don Alonso tienen
 Disculpa los estravíos,
 Por prenda en quien tantos dotes
 Colocar el cielo quiso;

Pues amor y entendimiento
 Y valor, siempre se ha dicho,
 Que igualarlo pueden todo:
 Y no es error el decirlo.

Ella es honrada, aunque humilde,
 Y para hombre bien nacido
 El honor de las mujeres
 No es juguete de capricho.

Y si es que tiene de padre
 Ya la obligacion consigo,
 Con Dios y con los senates,
 Se ve en grande compromiso.

Don Alonso, caballero
 De tan altos requisitos,
 Cuando va á exponer la vida
 A un inminente peligro
 (Siempre solemne momento
 En que entra el hombre en sí mismo,
 Porque voces que no mientan
 Le dan interiores gritos),

Revuelve allá en su cabeza
Mil encontrados arbitrios,
Para entre el mundo y el cielo
Encontrar algún camino.

Su pecho es campo en que luchan
Irritados enemigos,
Preocupaciones, afectos,
Miramientos y cariños.

Y con los brazos cruzados,
El rostro helado y marchito,
Desencajados los ojos,
Convulsos los labios frios,

Hecha pedazos el alma,
El corazón derretido,
Quisiera que un rayo ardiente
Le clavara en aquel sitio.

La dama, que no sospecha
El confuso laberinto
En que se pierde su amante,
Demudado y discursivo,

Creyendo que el amor solo
Detiene su herálico brio,
En momento en que el retardo
Pone el honor en peligro.

Sollozando: « ¡Qué os detiene,
Dice, amado dueño mío,
Cuando las trompas os llaman
Y os espera el enemigo! »

« Volad, que ya no os detenga;
Volad, señor, os suplico,
Vuestro nombre y vuestra fama
Son antes que yo y mis hijos. »

De tal labio, don Alonso,
Al escuchar tal aviso,
Que fué del honor espuela
Y del amor incentivo,

En sí torna , se resuelve ,
 Y dando un largo suspiro ,
 Como lo da el que cansado
 Sale de un profundo abismo :
 «Decís bien , señora , exclama ;
 Mas venid á ser testigo
 De que pago cuanto debo
 A Dios , á vos y á mí mismo.»

Cálase el yelmo ; del brazo
 En frenético delirio
 Ase á la dama , que aprieta
 Contra su seno á los niños.

Sale con ella y con ellos ,
 Monta en el overo altivo ,
 Acomoda en la gurupa
 A su dama y á sus hijos ,
 Y hácia el campo de batalla
 A escape toma el camino ,
 En velocidad y en fuego
 Rayo ó disparado tiro.

Todos cuantos lo esperaban
 Reconócenlo al proviso ,
 De que traiga , avergonzados ,
 Tal embarazo consigo.

La lenguaraz soldadesca
 Prorumpe en picantes dichos ,
 Pues no hay respeto que imponga
 Freno al vulgacho maligno.

Y los dos nobles hermanos
 De don Alonso , ofendidos ,
 De enojo y cólera ciegos ,
 En tierra los ojos fijos ,

Temiéndose nueva afrenta
 En tal hora y en tal sitio ,
 Con las viseras esconden
 Los rostros escandecidos.

ROMANCE TERCERO.

EL CABALLERO.

Sin templar las flojas bridas ,
 Ni dar descanso á la espuela ,
 El ilustre don Alonso
 A do están los tercios llega ;
 Dando al desprecio las burlas ,
 Sordo haciéndose á la befa
 De licenciosos soldados
 Y de desatadas lenguas ,

Ante el Marqués de Pescára
 Que siente tal ocurrencia ,
 Y que está suspenso y grave ,
 Pone fin á la carrera.

Desocupa los arzones ,
 A niños y madre apea ,
 Y con firme acento dice ,
 Alzándose la visera :

«Marqués de Pescára egregio ,
 Pues circula en vuestras venas
 Sangre tan noble y cristiana
 Como el mundo reverencia,
 »No extrañaréis el que un noble ,
 Que de cristiano se precia ,
 Sus obligaciones cumpla
 Y satisfaga sus deudas ;

»Ni que un valiente soldado
 Que á combatir marcha , quiera
 Para entrar con mas empeño
 Dejar mayores riquezas.

»Ni que tranquila su alma
Al lance llevar pretenda ,
Porque si es del valor centro
Mayor valor hay en ella.

»Yo estoy obligado y debo ,
Mil bienes se me presentan
Que asegurar , y mi alma
La tranquilidad anhela.

»Bajo vuestro patrocinio
Cumpla pues , pague , enriquezca ,
Mi alma tranquilice , y obre
Segun Dios y mi conciencia.

»Al capellan que os asiste
Mandadle , señor , que venga ,
Y que me case ahora mismo
Aquí con doña Teresa.

»Y bendecido mi enlace ,
Estos dos Angeles sean
Hijos legítimos míos ,
Purgados de toda afrenta.

»Y si el cielo dispusiese
Que yo caiga en la pelea ,
Habrá quien me sustituya
En lealtad y en fortaleza.»

Calló ; y el Pescára insigne
Y los jefes que le cercan ,
Conmovidos y admirados
Tan cristiano empeño aprueban.

Viene el capellan al punto
En una mula ; se apes ,
De don Alonso elogiando
Accion tan gallarda y buena.

Entusiasmo por las filas
Cunde con la extraña nueva ,
Porque una accion generosa
Tiene mágica influencia.

Y un ejército testigo
Siendo de la boda, hecho
Fué con los sagrados ritos
Que á sacramento lo elevan.

Desmáysese la señora,
Y en los brazos la sustenta
Su esposo, que á entrambos niños
Contra la concha aprieta.

Se enternese el sacerdote,
Pescára los brazos echa
Al regocijado novio,
Y da mil enhorabuenas.

El ejército da vivas
Admirado el aire llena.
Vienen los amigos todos,
Todos los curiosos llegan.

Y de Don Alonso entonces
Ya no tienen resistencia,
Los enojados hermanos,
Y entre sus brazos le estrechan;

Y despojándose afables
De anillos y de cadenas,
Unos dan á su cuñada,
Otros en los niños cuelgan.

De cordialidad, de gozo,
Y de dicha tal escena
Formando en aquel momento,
Que á un mármol enterneciera.

Pero los instantes urgen:
Don Alonso activo, ordena
A su esposa y á sus hijos
Retirar de allí á gran prisa;

Porque ya silban las balas ,
Y ya cruzan las saetas ,
Y las trompas y atambores
Dan de combatir la seña ;

Y cabalgando lijero ,
La lanza en la cuja puesta ,
Vuelto al Marqués de Pescára
Dice así con voz resuelta :

«Por uno antes combatia ,
Porque uno tan solo era ,
Mas hoy combatir por cuatro
Quiero que el mundo me vea :

»Por mí , por mis tiernos hijos
Y por mi esposa discreta ,
Vos vereis , caudillo excelso ,
Si sé hacerlo , aunque perezca.»

Revuelve el potro , la lanza
En el ristre á punto puesta .
Y en lo mas trabado y recio
Entróse de la pelea.

Siguenle sus dos hermanos .
Y de los tres las proezas
En aquel tremendo día ,
Que á España de gloria llena ,
Fueron tales , que lograron
Aplausos y recompensas ,
Y en el clarín de la fama
Nombre inmortal , gloria eterna.

LA VICTORIA DE PAVIA.

Al Sr. D. Mariano Pocu de Togados.

ROMANCE PRIMERO.

PESCARA Y LOS ESPAÑOLES.

De la sitiada Pavia ,
 Desde las gigantes torres
 Que el bravo Antonio de Leiva
 Guarda con sus españoles ;
 Entre nubes de humo y polvo
 Do arcabuces y cañones ,
 De rayos llenan el aire,
 De truenos el horizonte ;
 Se ve la horrenda batalla
 En que disputan feroces
 Francisco y Carlos el cetro
 De Italia y de todo el orbe.
 Dos veces mas numerosos
 Los franceses escuadrones
 Son , que los que allí combaten
 De Carlos quinto en el nombre.
 Y aquellos á su cabeza ,
 Con lo que valen al doble ,
 Tienen á su rey Francisco ,
 Monarca de excelsos dotes.
 Pues en valor y destreza ,
 Y en caballeroso porte ,
 Quien le exceda y sobrepuje
 El mundo no reconoce.

Al ejército del César ,
 Si la ventaja nególe
 El cielo de ver al frente
 A su soberano entonces,
 Le dió la flecha que lo rija
 El aventajado y noble
 Marqués de Pescara invicto ,
 Guerrero de alto renombre.
 Y si es en número escaso
 Y viene de galas pobre ,
 También con la fama cuenta
 De los ~~terribles~~ ~~espantados~~.

La francesa artillería ,
 Cuyo número era enorme ,
 Deshace apretadas filas ,
 Espesas hileras rompe ,
 Y cual tempestad horrenda
 Llena de pavor el orbe ,
 Borrando el son de las trompas
 Y de los cabos las voces.

Mas las imperiales huestes
 Desprecian el fuego , y corren
 A que decida el combate
 De la dura lanza el bote.

Y de Nápoles embiste
 El Visorey á galope ,
 De hombres de armas y lijeros
 Con los bravos escuadrones.

El rey de Francia los suyos
 Numerosísimos pone ,
 Mas cual visón cendillo ,
 Para la batalla en órden.

¡Cuán gallardo y sobagante ,
 Augusto , lozano y joven
 Oprime un tordo redado
 Que á tal dueño corresponde !

De morado terciopelo
Y brocado de oro, ~~se~~
El arnés fúlgido, lleva
Veste de ricas labores.

Efes de oro son y lises
Que deslumbran como soles,
Y de oro y morada seda
Lazos, borlas y cordones.

En el alto capote,
Del viento halago y acote,
Amarillos y morados
Vuelan flexibles airones.

Y en medio de allos descuella
Una flecha de oro, donde
Primoroso pendoncillo
Un claro emblema propone.

Bordada una salamandra
Que en vivo fuego se esconde,
Es el cuerpo de la empresa
Y *modo et non plus* el mote.

El almirante de Francia,
Personaje de alto nombre;
El gran príncipe de Escocia,
Gallardo y hermoso jóven;

El príncipe de Navarra;
De San Pol el bravo conde;
El mariscal Montmorency,
Y otros insignes Señores,

Lo acompañan y lo sirven,
Con él las filas recorren,
Y con él al campo abiento
Salen á esperar el choque.

Terrible fué; parecía
Que se encontraban los montes,
Que se desplomaba el cielo
Y que caducaba el orbe.

Mas ¡ay! las fuerzas de Francia
 Eran en número dobles,
 Y el valor no hace imposibles
 Aunque el valor los arrostre.

Si bien del Virey la lanza
 Dió al Almirante fin noble;
 Si bien insignes franceses
 Cayeron de los arzones;

Si bien resisten constantes,
 Como murallas de bronce,
 Los imperiales ginetes,
 Al cabo, al cabo eran hombres.

Muero del rey en la lanza
 El desventurado jóven
 A quien Cívita-Santángel
 Por su Marqués reconoce.

El mismo Alarcon á tierra
 Vino de una maza al golpe,
 Como cae gigante pino,
 Cual se desploma una torre.

Y á pié combate y resiste
 Dando tajos y mandobles,
 Y á su vigor y destreza
 Debíó no morir entonces.

El del Vasto en gran peligro
 Se ve entre diez borgoñones,
 Y tiene que abrirse paso
 Con la punta del estoque.

Todo es muerte y exterminio;
 Cuatro ginetes se oponen
 A cada ginete nuestro,
 Sin que la lid abandone.

Y ya no queda esperanza
 De que á la victoria logren
 Seducir tan alto esfuerzo,
 Y tantas hazañas nobles;

Cuando el capitan Quesada
 En el combate lanzóse,
 Seguido de cien certeros
 Arcabuces españoles.

Y con tanto tino asesta
 Sus rayos atronadores,
 Que á los contrarios asombra
 Y en retirada los pone.

En tanto por otra parte
 Otros frescos escuadrones
 De bien montados franceses,
Francia apellidando á voces,
 Arrollando cuanto encuentran,
 Con la lanza en ristre corren,
 Y á los tercios de la Italia
 Vencen, deshacen y rompen.

Los Esguizaros que siguen
 De la Francia los pendones,
 A reforzar el combate
 Presurosos se disponen.

Y hasta el mismo rey Francisco
 Con nuevo escuadron á trote,
 Va á asegurar la victoria
 Que ya suya reconoce.

El gran marqués de Pescára
 Que lo advierte, decidióse,
 Confiado en su fortuna,
 A aventurar todo entonces:

Y con risueño semblante
 A los tercios españoles
 Torna, y animoso dice:
 —«Ah de mis fuertes leones,
 »Vuestro debe ser el dia;
 Allí donde mas feroces
 Los enemigos se agolpan,
 Allí hay laureles mayores.

»Venid conmigo á cogerlos,
 Vuestras frentes solas logren
 Coronarse con sus ramas
 Entre tan várias naciones.»

Vivas que asordan el aire,
Y seis mil bravos acordes
Lanzan (sonoroso grito
De ánsia, de gloria y renombre),

Fué la respuesta. Y al punto
Con celeridad movióse
De picas y de arcabuces
Un espesísimo bosque.

Al momento la fortuna,
Tan indecisa hasta entonces,
En las imperiales huestes
Los mudables ojos pone.

Y del pendon de Castilla
Los gloriosos resplandores
Encantaron sus miradas
Y en su favor declaróse.

Los arcabuces de España
No hay fila que no destrocen,
No hay caballo que no ahuyenten,
No hay guerrero que no postren.

Y las picas españolas
No hay escuadra que no arrollen,
Embate que no resistan
Ni denuedo que no asombren.

Huyen de su ardiente brio,
De sus balas y sus botes,
Los franceses hombres de armas,
Y los lijeros peones.

Y los Esguizaros huyen
En confusion y desórden,
Y huyen los nobles ginetes
Y huye el Rey mismo á galope,

Y de un ejército inmenso
Que ya vencedor juzgóse,
Triunfa el marqués de Pescára
Con sus seis mil españoles.

Este valiente caudillo ,
 Cuyo esfuerzo no conoce
 Rival en el ancho mundo ,
 Mas alta empresa dispone :
 Y ordenando que el alcance
 Prosigan los vencedores ,
 Y que los tudescos vengan
 A sostenerlos veloces ;
 Junta á varios caballeros
 Y de armas á algunos hombres ,
 Que escaramuzando andaban
 Sin jefes y sin pendones ;
 Y poniéndose á su frente ,
 Y requiriendo el estoque ,
 En un escuadron lejano
 Que el rey Francisco recoje ,
 Para tornar donde pueda
 Dejar bien puesto su nombre ,
 Al grito de *cierra España*
 Con nueva furia lanzóse.

En tanto Antonio de Leiva
 Que la ventaja conoce
 De las fuerzas imperiales ,
 Cual raudo torrente rompe
 Por las puertas de Pavía ;
 Y cayendo osado sobre
 La retaguardia francesa ,
 En grande aprieto la pone.
 Ya es de Carlos la victoria.
 Ya los tercios españoles ,
 Como el huracan que arrasa
 Los enmarañados bosques ,
 Abriéndose en un momento
 Ancha calle á sus furores ,
 No ven ya en su paso estorvo ,
 No encuentran quien los afrente.

Pero en medio de su triunfo
Con pasmo y con dolor oyen,
De que su Pescára es muerto
Correr las siniestras voces.

Es cierto que no parece
Desde que con pocos hombres
De armas le vieron lanzarse
Con tanto denuedo, donde

Aun trabada la pelea,
Reina confuso desórden.
Vengarlo, pues, juran todos,
Y allá revuelven feroces.

Cuando entre el polvo y el humo
Ven aparecer á trote,
Al victorioso caudillo
De sus esperanzas norte.



Mas ¡oh, Dios, en cuál estado!
Herido su rostro noble,
Pasado el brazo siniestro
De una lanza al duro bote;

El coselete partido
Y atravesado del golpe
De una bala, que parece
Que fin á sus glorias pone.

Y el tordillo moribundo,
Herido en cuello y quijotes,
Un raudal de negra sangre
Derramando á borbotones.

Las españolas escuadras
Quedan al mirarlo inmóviles,
Y el placer de la victoria
En llanto y dolor tornóse.

Al cabo llega Pescára
Sin que la muerte le asombre,
Y dice con voz tranquila
Partiendo los corazones:

«¡ Por qué os deteneis , amigos ?
 Valerosos españoles ,
 Pues ya es vuestra la victoria
 Nada mi falta os importe. »

Desplómase el tordo en tierra ;
 Dos capitanes recogen
 Al General en los brazos,
 Y Vega su gentil-hombre
 Del sangriento coselete.
 Le desencaja los broches ,
 Y vé..... ¡ oh placer ! que la bala
 Causa de tantos temores ,

Aplastada contra el pecho ,
 Leve contusion esconde :
 Del coselete , sin duda ,
 En los adornos de bronce
 Perdió su temible fuerza ;
 O por dicha disparóse
 Desde tan lejos , que trajo
 Escasa violencia el golpe.

Reanímense los soldados ,
 Por milagro reconocen
 Dicha tan grande , y en *vivas*
 Prorumpen y alegres voces.

Y repuesto el mismo herido ,
 Que traspasado juzgóse ,
 De la contusion del pecho
 Por los agudos dolores.

« Bendito sea Dios , » exclama :
 Armase de nuevo , y sobre
 Otro corcel restablece
 En las escuadras el orden.

Y en las márgenes floridas
 Del manso Tesin , por donde
 Se retiran derrotados
 De Francia los escuadrones ,
 Sembrando exterminio y muerte ,
 Aparecieron veloces
 El gran marqués de Pescára
 Y los tercios españoles.

ROMANCE SEGUNDO.**EL ESTANDARTE ANTE TODO.**

Del Tesin en las orillas
Quiere hacer su último esfuerzo ,
Vencido y avergonzado
El rey Francisco primero.

Sus numerosas escuadras
Dispersas ve y sin aliento ,
Y fuerzas aun poderosas
En confuso desconcierto.

Con el estoque en la mano
De cálida sangre lleno ,
Pues soldado fué valiente
Si no fué caudillo experto ;

Deslucidas ya sus galas ,
Deslustrados sus arreos ,
Y abollados de los golpes
El capacete y el peto ;

En su corcel , que de espuma ,
De sangre y sudor cubierto ,
Cruza fatigado el campo
Obediente á espuela y freno ;

Solo y sin séquito corre
Llamando á sus caballeros ,
Denosta sus fugitivos ,
Recoje algunos dispersos ,

Y revuelve valeroso
A escaramuzar lijero ,
Pensando que aun algo puede
Con su valor y su ejemplo.

Todo en vano ; la fortuna
La espalda y rostro le ha vuelto ,
Y hasta las heces el cáliz
Beberá del vencimiento.

De Alarcon los hombres de armas
 Vestidos de tosco hierro ,
 Los del Virey denodados
 Y los de Borbon soberbio ,
 Y entre el tropel de ginetes
 Mezclados arcabuceros
 Españoles , cuyas balas
 Tienen prodigioso acierto ,
 Del rey de Francia infelice
 Invalidan los esfuerzos ,
 Y hacen sordos á sus voces
 A los franceses guerreros.

El despechado Monarca
 Del desapiadado cielo
 Tenaz resistencia opone
 Al inmutable decreto.
 Y retirarse ordenados
 A sus Esguizaros viendo ,
 Del Tesin á un ancho vado ,
 Donde su fin va á ser cierto ;
 Vuela á ponerse á su frente
 Para advertirles el riesgo
 Que van á hallar en las aguas,
 Por no arrostrar el del fuego ,
 Y los conjura y exhorta
 A que con él revolviendo ,
 Noble resistencia opongan
 Al vencedor altanero ;
 Y que cual valientes busquen
 Con él de salud un puerto ,
 No del Tesin en las ondas ,
 Mas de la lid en el hierro ;
 Que allí segura es la muerte ,
 Y aquí bien puede no serlo ,
 Que aquí aun les espera gloria ,
 Y allí solo vilipendio.

Mucho alcanza, pues consigue
Formarlos y contenerlos,
Y ya de esperanza nueva
Vé casi el rostro risueño;

Cuando aterrador fantasma
Se vé venir á lo lejos:
Los pendones invencibles
De los españoles tercios.

Y olvidando que á su frente
Tienen hombre tan excelso,
Y del engañoso río
Olvidando el grave riesgo,
Los Esguizaros soldados,
De pánico asombro llenos,
Huyen, al Rey abandonan,
Y al vado parten derechos.

El francés Monarca entonces
Las lágrimas del despecho
Quemando su rostro augusto,
Quiere morir como bueno,

Y vuela hácia el puente, donde
Aun resisten con empeño
Algunos fieles magnates,
Algunos nobles guerreros.

¡Mas ay! la suerte tremenda
Llegar le impide á aquel puesto,
Donde libertad y gloria
Iba á conseguir al menos;

Pues que silbadora bala
De ignoto arcabuz partiendo,
De su corcel fatigado
Rompe y atraviesa el pecho.

Vacila el bruto, retiembla,
De sangre espumosa el suelo
En raudo torrente inunda,
Quédase clavado y yerto.

De nieve son sus orejas ,
De sus ojos muere el fuego ,
Y en grave estruendoso golpe
Desplómase con su dueño.

¡ Oh dolor, yace en el fango
El trono de Francia excelso ,
El poderoso monarca
Que juzgaba el orbe estrecho !

De inconstancias de fortuna ,
Grande y doloroso ejemplo ,
Y de la humana soberbia
Aterrador escarmiento.

Nada hay firme en este mundo :
Valor, gloria, nombre, imperio ,
Cuando una espada se empuña ,
Todo queda en duda puesto.

El hidalgo vizcaino
Juan de Urbietta, que cubierto
De tosco arnés, en un potro
Escaramuzaba suelto ,
Pasa y ve bajo el caballo
Tan lucido caballero ,
Que por levantarse pugna
Con inútiles esfuerzos.

No sospechando quién era
Le pone el lanzon al pecho ,
Y «ríndete al punto, grita,
O quedarás aquí muerto.»

Respóndele el derribado :
«Soy el rey de Francia, quedo
A tu emperador rendido ,
Y heme ya tu prisionero.»

Retira Urbietta la lanza
Con el debido respeto ,
Y con tan rara fortuna
Pasmado queda y suspenso.

Animado el Rey prosigue :
 « Que al punto bajes te ruego ,
 Que este maldito caballo
 Me revienta con su peso . »

Iba el noble vizcaino
 A darle socorro presto ,
 Y ya para echarse á tierra
 Soltó el estribo derecho ,
 Cuando del puente á la boca
 Ve de franceses en medio
 Su estandarte , y que el alférez
 Solo lo está defendiendo .

Y el honor de su estandarte ,
 Y la fe del juramento ,
 Mas que ánsia de vanagloria
 En su alma ilustre pudieron ,
 « Ya señor (al Rey le dice) ,
 Socorro daros no puedo ,
 Que es mi estandarte ante todo ,
 Y está mi estandarte en riesgo .

« Confesad que os he rendido ,
 Y pues que prenda no llevo ,
 Porque podais conocerme ,
 Si á vuestra presencia vuelvo ,
 « Miradme , que soy mellado ; »
 Y alzando del tosco yelmo
 La visera , en un instante
 Le mostró dos dientes menos .

Y revolviendo el caballo
 Al puente voló lijero ,
 Con el lanzon en el ristre
 De honra y de lealtad modelo .



ROMANCE TERCERO.

UN REY PRISIONERO.

Mientras el bizarro Urbión
Va á liberrar su estandarte,
Dejando la alta fortuna
Que le plugo al cielo darle;

Al rey Francisco, impedido
De moverse y levantarse,
Porque le sujeta en tierra
De su caballo el cadáver,

Diego Avila, el granadino,
También hombre de armas, vese,
Y que se rinda le grita
Decidido y arrogante.

Respóndele el Rey: «Rendido
A otro español estoy antes,
Y que soy el rey de Francia
Para tu gobierno sabe.»

Sorprendido el granadino
De aventura tan notable,
«¿A ese español (le pregunta)
Habeis dado prenda ó gaje?» —

«Le dí solo mi palabra,
Que mi palabra es bastante
(Contesta el Rey); mas si quieres
Toma mi espada y mi guante;

»Y sácame del caballo
Y ayúdame á levantarme,
Que la visera me ahoga
Y esta pierna se me parte.»

Avila toma las prenñas
 Destilando fresca sangre ,
 Echa pié á tierra , y ayuda
 Al Rey con trabajo grande ,
 Y levántalo , y el yelmo
 Le desencaja al instante ,
 Para que le dé en el rostro ,
 Que lo ha menester , el aire.

Hita , soldado gallego ,
 Tosco , y de toscos modales ,
 Con su sangrienta alabarda
 Y desarrapado traje ,

Llega , y con poco respeto ,
 Ya resuelto á despojarle ,
 De la insignia se apodera
 Del mas elevado Arcángel.

De San Miguel el collar
 Echase al cuello el salvaje ,
 Con su tosquedad y harapos
 Haciendo extraño contraste.

El rey le dijo : « Valiente ,
 Por él te doy de rescate
 Seis mil ducados de oro ,
 Y mas , si en mas lo estimares. » —

Y contestóle el gallego
 « Guardaréle , que colgarle
 De mi Emperador al cuello
 Podré yo temprano ó tarde. »

En esto llegaban otros
 Soldados sin capitanes ,
 Con la victoria embriagados ,
 Cebados con el pillaje ,

Y en su sagrada persona
 Ponén sus manos rapaces ;
 La veste del rey desgarran ,
 Sus preseas se reparten ,

Y le arrebatan del yelmo
 La bandereta y plumages ,
 Que la codicia villana
 No guarda respeto á nadie.

Avila , Hita y Urbietta
 (Que ya en salvo su estandarte
 Dejó), con vanos esfuerzos
 Por defenderle combaten.

Cuando llegaron á punto
 Vários nobles personajes ,
 Que á tan feroz soldadesca
 Obligan á reportarse ,

Enseñándoles valientes
 A que respeten y acaten
 A la magestad augusta ,
 Que aunque vencida es muy grande.

De estar el Rey prisionero
 Cunde la nueva al instante
 Por el uno y otro campo
 Con efectos desiguales.

Los franceses caballeros
 De mas valor y linage ,
 Tornan á correr la suerte
 Que á su rey Dios quiso darle.

Y los jefes y caudillos
 De las tropas imperiales ,
 Vuelan á que cese al punto
 La mortandad y la sangre.

El de Pescára glorioso
 Corre lijero á la parte
 En que al rey Francisco juzga
 Expuesto á villano ultraje.

Llega , del caballo salta ,
Y con respeto admirable ,
Hincadas ambas rodillas
La mano quiere besarle.

No lo consiente el Monarca ,
Que tiene un consuelo grande
En verse ya protegido
Por hombre que tanto vale.

Y obligándole risaño
De la tierra á levantarse ,
«Noble marqués de Pescara ,
Pues que la fortuna os cabe ,
»(Le dice) de tal victoria ,
Os pido no se derrame
De mis vencidos vasallos
La desventurada sangre.

» Y espero que en vos encontren
Protector , amparo y padre ,
Los franceses que se miran ,
Como yo, en tan duro trance.»

De lágrimas arrasados
Los ojos al escucharle
Pescara : « Señor , le dice ,
Vuestra súplica es en balde ;

» Pues la nación española ,
Que logra triunfo tan grande ,
En la victoria es tan noble
Como brava en el combate.»

Tambien el del Vasto llega
Y el Rey lo recibe afable ,
Y con dignidad lo elogia
Por su apostura y su tallo.

Y el consuelo se divide
En su abatido semblante ,
De verse entre caballeros
Que tratar con Reyes saben.

Mas, imprevisto incidente
Vino de nuevo á alterarle,
Y á hacer mas terrible y duro
Su destino deplorable.

De Borbon el Duque altivo,
¡ Desacato repugnante !
A su Rey vencido quiere
Sin reparo presentarse.

¿ Y cómo ? Manchado todo
Con propia francesa sangre,
De un valor mal empleado
Haciendo insolente alarde.

No le conoce Francisco ;
Pero de pronto , al mirarle ,
Dió , por un secreto impulso ,
De gran enojo señales.

Y quién era preguntando ,
Como el Marqués contestase :
« Señor , de Borbon el Duque ; »
Puso un ceño formidable.

Y volviendo las espaldas
Con dignidad , ocultarse
Quiso entre aquellos guerreros
Porque el Duque no llegase.

Notólo Pescára al punto ,
Y como discreto parte
A evitar inconvenientes
Y á allanar dificultades.

Ruega de Borbon al Duque
Que el sangriento estoque envainé,
Que quite la sobrevesta
Y que se limpie la sangre.

Y con él á pié se acerca ,
Donde el Rey inexorable
No digna volver el rostro
Que en ira y en furor arde.

La mano el Duque le toma
De rodillas ; arrogante
La retira el Rey. El Duque
Tiene la audacia de hablarle ,

Y el Monarca levantando
 Los ojos como volcanes
 Al cielo, en voz alta dice:
 «¡Santo Dios, paciencia dadme!»
 Oyendo lo cual Pescára,
 Hace que de allí se aparte
 El de Borbon, y de él libre
 Tornó el Rey á sosegarse.

ROMANCE CUARTO.

UN ANDALUZ.

Reunidos los generales
 De las naciones distintas
 Que el ejército del César
 Ya vencedor componian,
 Acatan al Rey cautivo,
 Y le consuelan y animan,
 Conducirlo disponiendo
 A los muros de Pavía.
 Danle un corcel generoso,
 Con honrosa comitiva
 De franceses personajes
 Que rendidos le seguian.
 Y antes confesando todos
 Con admirable justicia,
 Que victoria tan insigne,
 Triunfo tan grande y tal dicha,
 Se debe tan solamente
 A la española milicia;
 Disponen que España sola
 Tenga la prerogativa
 De guardar un prisionero
 De tan importante estima;
 Y que Alarcon el famoso
 De Alcaide y guarda le sirva.

En medio , pues , de los tercios
Españoles , y á su vista ,
Desplegadas las banderas
De gloria y laureles ricos ;
De Alarcon á la derecha
El rey de Francia camina ,
Esforzándose orgulloso
En dar á su faz sonrisa ,

Los escuadrones tudescos ,
Que una ladera contigua
De aquel camino ocupaban ,
Al pasar la infantería

Española , entusiasmados
Le hacen salva , y alta grito
Levantando hasta las nubes
Repitiendo : *España viva* .

Al rey suspende tal muestra
Dada por las tropas mismas
Del ejército triunfante ,
Y es novedad que le admira .

Reconociendo cuan alta
La española gloria brilla ,
Pues competencias no admite
Y da admiracion , no envidia .

Afable el Rey conversando
Con las personas distintas
Que le cercan , caminaba
Gallardo sobre la silla .

Y al encontrar de franceses
Prisioneros las cuadrillas ,
Los consuela con su ejemplo
Y con su voz los anima .

Y á los cabos españoles ,
Que en respeto y cortesía
Ni un solo punto desdican
De lo que á nobles obliga ,

Los recomienda con tanto
Extremo , afan y caricias ,
Que se arrasaban los ojos
De cuantos allí venian .

En los altos de la marcha
Embarazosa y prolija ,
Vários soldados de cuenta
A ver al Rey acudian.

Y el Rey demostraba atento
Con delicadeza fina ,
Gusto en que le presentasen
Los de garbo y nombradía.

Llegó entre tantos acaso
Roldan , hijo de Sevilla ,
Llamado el *Arcabucero* ,
Mote puesto con justicia ;

Pues lo era tan extremado ,
Que nunca erró puntería ,
Clavando siempre las balas
Donde clavaba la vista.

Este tal , galan y apuesto ,
De cara muy expresiva ,
De talle en extremo airoso ,
De aguda fisonomía ;

Con aire maton y jaque ,
Calzas de majo y ropilla ,
Con un inmenso chapeo
De alas luengas y tendidas ;

Con su cuera y sus mangotes ,
Y sus frascos en la cinta ,
De recamos adornada
Y de escarcela provista ,

Se acerca al Rey , y apoyado
Del arcabuz en la horquilla ,
Y zarandeando el cuerpo
Cual hombre que nada admira ,

«Señor (con ceceo dice ,
Y lengua aunque gorda viva)
Cuando mi sargento anoche
Me dijo que combatia

»Vuestra Alteza en este empeño ,
Preparé várias cosillas ;
Los trastos que en tales lances
Cualquier hombre necesita.

»Fundí, señor, doce balas,
Que al cabo son la comida
De esta serpiente (mostróle
El arcabuz con sonrisa,

»Prosiguiendo): fundí, digo,
Doce balas, las precisas.
Seis de plomo, destinadas
A canalla gavachina;

»Y las seis, muy á mi gusto
Cumplieron; ¡Dios las bendiga!
Fundí otras cinco de plata
Para gente de alta guisa;

»Y en cinco ilustres monsiures
Se hallarán, no están perdidas,
Que vive Dios tal acierto
No lo he tenido en mi vida.

»Y una fundí, finalmente,
De oro muy puro y sin liga,
Aquí está, señor, miradla.»
Expuso á la régia vista

Una gruesa bala de oro
Que en la escarcela traía,
Continuando, sin turbarse,
Con gracejo y con malicia:

«Gran señor, fundí esta bala
Para daros muerte digna,
Si en el combate de veros
Se me lograba la dicha.»

«Y ya que vuestra fortuna
No os puso en mi puntería,
Vuestra debe ser la prenda
Que siempre vuestra á ser iba.


»Tomadla, señor, tomadla,
Pesa dos onzas cumplidas,
Y puede que para ayuda
De vuestro rescate sirva.»

Al rey Francisco tal gracia
Hizo aquella retahíla
Del andaluz, y el despejo
Con que acertára á decirla,

UN CASTELLANÓ LEAL.

ROMANCE PRIMERO.

»Hola, hidalgos y escuderos
De mi alcurnia y mi blason ,
Mirad como bien nacidos
De mi sangre y casa en pro.
»Esas puertas se defiendan ,
Que no ha de entrar, vive Dios,
Por ellas, quien no estuviere
Mas limpio que lo está el sol.
»No profane mi palacio
Un fementido traidor ,
Que contra su Rey combate
Y que á su patria vendió.
»Pues si él es de Reyes primo ,
Primo de Reyes soy yo ;
Y conde de Benavente ,
Si él es duque de Borbon.
»Llevándole de ventaja ,
Que nunca jamás manchó
La traicion mi noble sangre ,
Y haber nacido español.»



Así atronaba la calle
 Una ya cascada voz,
 Que de un palacio salia
 Cuya puerta se cerró;

Y á la que estaba á caballo
 Sobre un negro pisador,
 Siendo en su escudo las lises
 Mas bien que timbre baldon,

Y de pages y escuderos
 Llevando un tropel en pos,
 Cubiertos de ricas galas,
 El gran duque de Borbon.

El que lidiando en Pavía
 Mas que valiente, feroz,
 Gozóse en ver prisionero
 A su natural Señor.

Y que á Toledo ha venido
 Ufano de su traicion,
 Para recibir mercedes,
 Y ver al Emperador.

ROMANCE SEGUNDO.

En una anchurosa cuadra
 Del alcázar de Toledo,
 Cuyas paredes adornan
 Ricos tapices flamencos,

Al lado de una gran mesa
 Que cubre de terciopelo
 Napolitano tapete
 Con borlones de oro y flecos;

Ante un sillón de respaldo
 Que entre bordado arabesco
 Los timbres de España ostenta
 Y el águila del imperio,

De pié estaba Carlos quinto ,
 Que en España era primero ,
 Con gallardo y noble talle ,
 Con noble y tranquilo aspecto.

De brocado de oro y blanco
 Viste tabardo tudesco ;
 De rubias martas orlado ,
 Y desabrochado y suelto ,
 Dejando ver un justillo
 De raso jalde , cubierto
 Con primorosos bordados
 Y costosos sobrepuestos ;
 Y la excelsa y noble insignia
 Del Toison de oro , pendiendo
 De una preciosa cadena
 En la mitad de su pecho.

Un birrete de velludo
 Con un blanco airon , sujeto
 Por un joyel de diamantes
 Y un antiguo camafeo ,
 Descubre por ambos lados ,
 Tanta magestad cubriendo ,
 Rubio , cual barba y vigote ,
 Bien atusado el cabello.

Apoyada en la cadera
 La potente diestra ha puesto ,
 Que aprieta dos guantes de ámbar
 Y un primoroso mosquero.

Y con la siniestra halaga ,
 De un mastin muy corpulento ,
 Blanco , y las orejas rubias ;
 El ancho y carnosos cuello.

Con el Condestable insignie,
 Apaciguador del reino,
 De los pasados disturbios
 Acaso está discurriendo ;
 O del trato que dispone
 Con el rey de Francia preso ,
 O de asuntos de Alemania ,
 Agitada por Lutéro.

Cuando un tropel de caballos
 Oye venir á lo lejos ,
 Y ante el alcázar pararse ,
 Quedando todo en silencio.

En la antecámara suena
 Rumor impensado luego ,
 Abrese al fin la mampara
 Y entra el de Borbon soberbio.

Con el semblante de azufre ,
 Y con los ojos de fuego ,
 Bramando de ira y de rabia
 Que enfrena mal el respeto.

Y con balbuciente lengua
 Y con mal borrado ceño ,
 Acusa al de Benavente
 Un desagravio pidiendo.

Del español Condestable
 Latió con orgullo el pecho ,
 Ufano de la entereza
 De su esclarecido deudo.

Y aunque advertido procura
 Disimular cual discreto ,
 A su noble rostro asoman
 La aprobacion y el contento.

El Emperador un punto
 Quedó indeciso y suspenso ,
 Sin saber qué responderle
 Al francés , de enojo ciego.

Y aunque en su interior se goza
 Con el proceder violento
 Del conde de Benavente ;
 De altas esperanzas lleno
 Por tener tales vasallos ,
 De noble lealtad modelos
 Y con los que el ancho mundo
 Será á sus glorias estrecho ;
 Mucho al de Borbon le debe
 Y es fuerza satisfacerlo ,
 Le ofrece para calmarlo
 Un desagravio completo.
 Y llamando á un gentil-hombre ,
 Con el semblante severo
 Manda que el de Benavente
 Venga á su presencia presto.

ROMANCE TERCERO.

Sostenido por sus pajes
 Desciende de su litera
 El conde de Benavente
 Del alcázar á la puerta.
 Era un viejo respetable ,
 Cuerpo enjuto , cara seca ,
 Con dos ojos como chispas,
 Cargados de largas cejas,
 Y con semblante muy noble ,
 Mas de gravedad tan seria ,
 Que veneracion de lejos
 Y miedo causa de cerca.
 Eran su traje unas calzas
 De púrpura de Valencia ,
 Y de recamado ante
 Un colete á la leonesa.

De fino lienzo gallego
 Los puños y la gorguera ,
 Unos y otra guarnecidos
 Con randas barcelonesas.

Un birreton de velludo
 Con su cintillo de perlas ,
 Y el gaban de paño verde
 Con alamares de seda.

Tan solo de Calatrava
 La insignia española lleva,
 Que el Toison ha despreciado
 Por ser orden extranjera.

Con paso tardo , aunque firme ,
 Sube por las escaleras ,
 Y al verle , las alabardas
 Un golpe dan en la tierra.

Golpe de honor , y de aviso
 De que en el alcázar entra
 Un Grande , á quien se le debe
 Todo honor y reverencia.

Al llegar á la antesala ,
 Los pajes que están en ella
 Con respeto le saludan
 Abriendo las anchas puertas.

Con grave paso entra el Conde
 Sin que otro aviso preceda ,
 Salones atravesando
 Hasta la cámara régia.

Pensativo está el Monarca ,
 Discurriendo como pueda
 Componer aquel disturbio
 Sin hacer á nadie ofensa.

Mucho al de Borbon le debe ,
 Aun mucho mas de él espera ,
 Y al de Benavente mucho
 Considerar le interesa.

Dilacion no admite el caso ,
 No hay quien dar consejo pueda ,
 Y Villalar y Pavía
 A un tiempo se le recuerdan.

En el sillón asentado ,
 Y el codo sobre la mesa ,
 Al personaje recibe ,
 Que comedido se acerca.

Grave el Conde lo saluda
 Con una rodilla en tierra ,
 Mas como Grande del reino
 Sin descubrir la cabeza.

El Emperador benigno
 Que alce del suelo le ordena ,
 Y la plática difícil
 Con sagacidad empieza.

Y entre severo y afable
 Al cabo le manifiesta ,
 Que es el que á Borbon aloje
 Voluntad suya resuelta.—

Con respeto muy profundo ,
 Pero con la voz entera ,
 Respóndele Benavente
 Destocando la cabeza :

«Soy, señor, vuestro vasallo,
 Vos sois mi rey en la tierra,
 A vos ordenar os cumple
 De mi vida y de mi hacienda.

»Vuestro soy, vuestra mi casa ,
 De mí disponed y de ella ,
 Pero no toqueis mi honra
 Y respetad mi conciencia.

»Mi casa Borbon ocupe
 Puesto que es voluntad vuestra,
 Contamine sus paredes,
 Sus blasones envilezca;
 »Que á mí me sobra en Toledo
 Donde vivir, sin que tenga
 Que rozarme con traidores
 Cuyo solo aliento infesta,
 »Y en cuanto él deje mi casa,
 Antes de tornar yo á ella,
 Purificaré con fuego
 Sus paredes y sus puertas.»

Dijo el Conde, la real mano
 Besó, cubrió su cabeza,
 Y retiróse bajando
 A do estaba su litera.
 Y á casa de un su pariente
 Mandó que lo condujeran,
 Abandonando la suya
 Con cuanto dentro se encierra.
 Quedó absorto Carlos quinto
 De ver tan noble firmeza,
 Estimando la de España
 Mas que la imperial diadema.

ROMANCE CUARTO.

Muy pocos dias el Duque
 Hizo mansion en Toledo,
 Del noble Conde ocupando
 Los honrados aposentos.

Y la noche en que el palacio
Dejó vacío, partiendo
Con su séquito y sus pajes
Orgullosos y satisfechos,

Turbó la apacible luna
Un vapor blanco y espeso,
Que de las altas techumbres
Se iba elevando y creciendo :

A poco rato tornóse
En humo confuso y denso,
Que en nubarrones oscuros
Ofuscaba el claro cielo ;

Después en ardientes chispas,
Y en un resplandor horrendo
Que iluminaba los valles,
Dando en el Tajo reflejos,

Y al fin su furor mostrando
En embravecido incendio,
Que devoraba altas torres
Y derrumbaba altos techos.

Resonaron las campanas,
Conmovióse todo el pueblo,
De Benavente el palacio
Presa de las llamas viendo.

El Emperador confuso
Corre á procurar remedio,
En atajar tanto daño
Mostrando tenaz empeño.

En vano todo ; tragóse
Tantas riquezas el fuego,
A la lealtad castellana
Levantando un monumento.

Aun hoy unos viejos muros
Del humo y las llamas negros,
Recuerdan acción tan grande
En la famosa Toledo.

EL SOLEMNE DESENGAÑO.

Al Excmo. Sr. Duque de Osuna,

ETC. ETC. ETC.

ROMANCE PRIMERO.

EL GALAN.—LA ENFERMEDAD.

De fortuna en la alta cumbre ,
 Grande , jóven , rico , bueno ,
 De virtud , saber , belleza ,
 Dechado , pasmo y modelo ;
 El mas galan en la corte ,
 En las justas el mas diestro ,
 El mas afable en su casa ,
 El mas docto en el consejo ;
 Brilla el Marqués de Lombay
 Cual rutilante lucero ,
 Al lado de Carlos quinto
 Domador del Universo.

Mas entre tantos aplausos
 Y en tan elevado asiento ,
 Donde el orbe le sonrie ,
 Y donde le halaga el cielo ,
 Algo falta á su ventura ,
 O alguna mano de hierro
 Del corazon se la arranca ,
 Y se la saca del pecho.

Melancólico el semblante,
Y los labios entreabiertos,
Y las siniestras miradas
Y el mudo desasosiego,

Ya en los saraos de la corte,
Ya en los festines risueños,
Ya en la caza bulliciosa,
Ya en solitarios paseos,

Ya en el salon, ya en la plaza,
Ya en la justa, ya en el templo,
En la mesa, en el despacho,
En la vigilia, en el sueño,

Un alma rota descubren
Por un fijo pensamiento,
Y un corazon que devora
El cáncer de un gran secreto.

En vano sondar procuran
Los malignos palaciegos,
Con astucia cortesana
Aquel abismo encubierto.

Tan solamente columbran
Que los ocultos tormentos
Del Marqués, se dulcifican
Para ser mayores luego,

O cuando en palacio asiste
Al servicio honroso, atento,
De la Emperatriz augusta,
De las hermosas modelo;

O cuando busca devoto
Con el fervor mas ingenuo,
Arrodillado en la iglesia,
En Dios amparo y consuelo;

O cuando por los jardines
Que al pié de la gran Toledo
Riega el Tajo, se pasea
Solo, y del bullicio lejos,

Con Garcilaso su amigo ;
 Ora escuchando sus versos ;
 Ora en largas conferencias
 De gran sigilo y misterio.

Allá en palacio embebido
 Quedaba en mudo embeleso ,
 Pálido ó rojo el semblante ,
 Convulso , agitado el pecho ,

Y bebiendo con los ojos
 Llenos de vida y de fuego ,
 De la Emperatriz hermosa
 Los mas leves movimientos.

En acatarla , en servirla ,
 Y en acertar sus deseos ,
 Aunque tímido y turbado ,
 Diestro y hábil por extremo.

Abatido y consternado
 Se le miraba en el templo ,
 Como quien está en batalla
 Con gigantes del infierno ,

Y pide al Omnipotente
 Para tal combate esfuerzo ;
 Y despues de orar un rato ,
 Y aun de verter llanto acerbo ,

Dijérase que encontraba ,
 De misericordia lleno ,
 Al Señor á quien auxilio
 Demandaba en tanto aprieto.

Y con su amigo en las selvas
 Era tan locuaz y tierno ,
 Tan expresivo unas veces ,
 Otras tan callado y serio ,

Como el que ó cuenta delirios
 Y habla de locos proyectos ,
 O escucha reconvenciones
 Y oye inflexibles consejos.

En estado miserable
 Su espíritu estaba pucsto ,
 Y era infeliz , en las dichas ,
 Luchando consigo mesmo ,

Entre pasiones, virtudes,
Obligaciones, deseos,
Infernales sugerencias
Y celestiales preceptos:
Siendo campo de batalla
Su mente y su roto pecho,
Do luchaban frente á frente
Angeles malos y buenos.

La mas lozana azucena,
Gala del jardin, el cuello
Dobla marchita, si esconde
Roedor gusano en su seno.

Y la mas gallarda encina
Que alza su pompa á los cielos,
Si el corazon se le seca
Rómpese al sople del viento,

Así con un alma enferma
No puede haber sano cuerpo,
Ni salud que no se postre
Con un corazon deshecho.

Al cabo maligna fiebre
Convierte la sangre en fuego,
Por las robustas arterias,
Por el juvenil cerebro

Del de Lombay, que postrado
Yace doliente en su lecho
De oro y seda, que es ya, ¡oh mundo!
Duro petro de tormentos.

Como jefe de palacio
Tiene su vivienda dentro,
Con ostentacion servido
De pages y de escuderos.

Mas la pena mas amarga
 Y el mas hondo desconsuelo,
 Y la ansiedad mas horrenda
 Y el cuidado mas acerbo
 Reinan en las ricas salas,
 Entre amigos y entre deudos,
 Cunden en palacio todo,
 Y consternan á Toledo.
 Pues Reyes, Príncipes, Grandes,
 Hidalgos y Caballeros,
 Y hasta el vulgo humilde, miran
 Con asombro y desconsuelo
 En el peligro de muerte
 A tan gallardo mancebo,
 A tan alto personaje,
 De virtud á tal portento,
 Y no hay semblante sin llanto,
 Ni sin angustias hay pecho,
 Ni labio que no pregunte
 Con inquietud y con miedo.

Garcilaso de la Vega
 (Sin que ni el hambre ni el sueño
 En su ansiosa vigilancia
 Tengan el menor imperio),
 Ni un hora, ni un solo instante
 Deja el lado del enfermo,
 Y de él los ojos no aparta
 Sentado junto á su lecho.
 Ojos de llanto arrasados,
 Pero de continuo atentos
 A que nadie, nadie escuche
 Sus fantásticos conceptos,
 Las voces rotas, que acaso
 Del delirio en el acceso
 Suelen dar funesta lumbre
 Revelando hondos misterios.

Y cuando allá á media noche
 Rendidos ya por el sueño
 Yacian los servidores
 Reinando feral silencio ,
 Y en letargo sumergido
 Tambien miraba al enfermo ,
 En el estado terrible
 En que es casi muerte el sueño ;
 A la luz trémula , opaca ,
 De lejano candelero ,
 Que abultaba oscuras sombras
 En las cortinas del lecho ,
 Dando vislumbres escasas
 Y fantásticos reflejos ,
 En rapacejos de oro ,
 Molduras y terciopelos ;
 Garcilaso , vigilante ,
 Un tenue rumor oyendo ,
 Se alzaba con mudos pasos ,
 Y á un lado del aposento
 Levantaba , no sin susto ,
 Un rico tapiz flamenco ,
 Y en la pared descubria
 Angosto postigo abierto. —
 Vago bulto silencioso
 Por él asomaba luego ,
 Con manto y capuz sin formas ,
 Aparición , sombra , ensueño ,
 Sobrenatural producto
 De algun conjuro. Con lentos
 Pasos , sin rumor , al lado
 Llegaba del rico lecho.
 Y en el doliente clavaba
 Ojos cual brasas de fuego :
 Y una mano , que en la sombra
 Daba vislumbres de hielo ,
 Por la calurosa frente
 Del aletargado enfermo
 Pasaba , gemidos hondos
 Ahogando con duro esfuerzo.

Y al instante, y por el mismo
Postigo oculto y estrecho
Desaparecia, dejando
Como embalsamado el viento.

Ser dijérase un encanto,
Y que había cobrado cuerpo
Alguno de los delirios
De la mente del enfermo.—

La senda el tapiz borraba
El muro otra vez cubriendo,
Y tornaba Garcilaso
A ocupar mudo su puesto.

El doctor Juan Villalobos,
De aquella corte Galeno,
Al personaje consagra
Toda su ciencia y su esmero.

Y en el pronóstico duda,
Y cauto no quiere hacerlo,
Hasta que síntomas note
Mas favorables que adversos.—

De la juventud al cabo
Triunfó la fuerza, y el cielo
Miró con benignos ojos
La angustia de todo un pueblo.

Y apuró el doctor su ciencia,
Y tornó á lucir risueño
El rayo de la esperanza
En los aterrados pechos.

Docto ó sagaz Villalobos
Prescribe como remedio,
Que busque fuera de España
Nuevos aires, climas nuevos.

ROMANCE SEGUNDO.

LA AUSENCIA.

El gran Marqués de Lombay,
Del inminente peligro
Sálvo, en que se vió de muerte
Por enfermedad ó hechizo,
Salió de España, siguiendo
Los saludables avisos
Del docto Juan Villalobos,
O médico ú adivino.

Y aunque el dejar á Toledo,
Para su pecho lo mismo
Fué que dejarse allí el alma,
Resignóse al sacrificio.

Mas aquella oculta flecha,
Aquel veneno escondido,
Aquel encubierto cáncer,
Aquel pertinaz martirio

Que desgarraba su pecho,
Que turbaba sus sentidos,
Que devoraba su vida,
Que era su infierno continuo,

A los campos de la Italia
Llevó, ¡mísero! consigo;
Pues penas como las suyas,
Que astros y contrarios signos
Combinan, fraguan y aplican
Para un fin desconocido,
En un alma de gran temple,
En un pecho de alto brio,

No mudan cuando se muda
De atmósfera y domicilio ;
Porque no cambian del cielo
Los misteriosos designios.

Halló el Marqués en Italia
(Porque al cabo el cielo quiso
Que algun consuelo encontrase ,
Que tuviese algun alivio),
A su tierno confidente ,
A Garcilaso su amigo ,
Que guerrero tan insigne
Como trovador divino ,
Siguió de Italia la empresa
Por el César Carlos quinto ,
Con el canto de las Musas
Uniendo de Marte el grito.

El Marqués, cual siempre mustio ,
Y cual siempre discursivo ,
De aquella guerra los lances
Siguió con denuedo y brio.
Y ante la imperial presencia ,
Con Garcilaso su amigo ,
Lidió como caballero
En los combates y sitios.
Le encantaron las campiñas
Y los Alpes y Apeninos ,
Y visitó cual curioso ,
Y admiró como entendido
Los insignes monumentos ,
Ya modernos y ya antiguos ,
Que hacen el suelo de Italia
En altos recuerdos rico.
Como devoto cristiano
Oró postrado y sumiso ,
En las ermitas humildes
Que daban nombre á los riscos ;

Y en los magníficos templos
Que ensalzan al cristianismo,
Y son de aquellas ciudades
Ornato, fama y prodigio.

¡Cuántas veces los jardines
Que riega el Tesin y el Mincio,
Los mismos nombres oyeron
Que el Tajo oyó sorprendido!

¡Cuántas veces las canciones
De Garcilaso, que hoy mismo
Nos admiran y enternecen,
Vencedoras de tres siglos,

Tiernas lágrimas sacaron
De los ojos encendidos
Y del corazón doliente
Del Marqués contemplativo

En las selvas do arrancaron
No menos hondos suspiros,
De otros destrozados pechos
Los acentos de Virgilio!

¡Cuántas veces, ay, seguían
Del Marqués los ojos fijos,
De la plateada luna
El lento y mudo camino;

Y al verla hacia el occidente
Rodar con pausado giro,
Algun encargo le daba
Para el Tajo cristalino;

Con sus miradas queriendo
Como estampar en el disco
Caractéres, que otros ojos
Por un prodigioso instinto

Leyeran, cuando argentada
Derramára el claro brillo,
Sobre el regio balconaje
De algun alcázar dormido!

De la expedición de Francia
 Tornaba, pues, el servicio
 Del Emperador siguiendo,
 Con Garcilaso el divino,
 Cuando no lejos de Niza,
 Antigua torre ó castillo,
 A los pendones del César
 Osó estorbar el camino.

Tal empresa de dementes,
 Por temeraria, el prestigio
 Perdió de valiente, siendo
 Solo acreedora al castigo,
 Y á dárselo Garcilaso,
 Desnudo el acero limpio,
 Y embrazada la rodela,
 Voló en enojo encendido.

Desesperados resisten
 Los tenaces enemigos,
 Y darles súbito asalto
 Determinase al promiso.
 Se aplica la escala al muro,
 Y sube por ella altivo
 El valeroso poeta
 Que el miedo jamás ha visto;

Cuando de los matacanes
 Desplómase con ruido
 Grave piedra, que arrollando
 La escala, frágil camino

Por do á la gloria subían
 Tanto ingenio y tanto brio,
 Hirió la noble cabeza

Do el lauro á la yedra unido
 Hubiera evitado el rayo,
 Y no pudo, ¡ infausto sino !
 De un tosco peñasco entonces
 Evitar el rudo tiro.

Cayó el noble Garcilaso
 En el foso; horrendo grito
 De desconsuelo y venganza
 Atronó el fatal recinto;

Y el de Lombay presuroso
Al socorro de su amigo
Voló, y en sus tiernos brazos
Retirólo con peligro.

Una hora despues escombros
Era el funesto castillo ,
Y de la alevosa sangre
Era su ancho foso un rio ,
Pues completa la venganza
De Garcilaso hacer quiso ,
En dolor y saña ardiendo
El emperador invicto.

Mas, ¡ay! fué venganza estéril
Cual siempre todas han sido ,
Pues en Niza á pocos dias
Era el poeta divino

Cadáver yerto , dejando
La fama de sus escritos,
Y la gloria de su muerte
Por rica herencia á los siglos.

Golpe atroz , golpe tremendo
Fué para el Marqués su amigo ,
Pérdida tan impensada ,
Tormento tan imprevisto ,

Y del dolor mas profundo
Mil pensamientos distintos ,
Y mil funestos presagios
Le hundieron en tal abismo ;

Que si el brazo del Eterno ,
Que aun para mayor conflicto
Le reservaba , no hubiera
Dádole piadoso auxilio ;

Acaso una misma losa ,
Acaso un túmulo mismo
Encubrieran y tragáran
Los restos de ambos amigos.

A poco con luto amargo
 En el alma y el vestido
 Tornó, ¡infelice! á Toledo
 Con el César Carlos quinto,
 El marqués; sin confidente
 En quien encontrar alivio,
 Ahogando en tormento mudo
 De su alma rota los gritos.

ROMANCE TERCERO.

UN SOL APAGADO.

Era la estacion florida
 De la hermosa primavera,
 Tan hermosa en las regiones
 Que el Tajo aurífero riega;
 Y un sol joven, rutilante,
 Rodado por la alta esfera
 De puro záfir, torrentes
 De luz vivifica y nueva.
 Derramaba por Castilla,
 Y sobre las gigantescoas
 Torres de la gran Toledo,
 De España corte y diadema.
 De Toledo, que con justas,
 Banquetes, danzas y fiestas,
 De su Monarca triunfante
 Solemnizaba la vuelta.
 Córrense cañas y toros,
 Donde luce su destreza,
 Gran jinete en ambas sillas,
 El sacro y augusto César.
 En los soberbios palacios
 Músicas acordes suenan,
 A cuyo compás gallardas
 Lucen las damas sus prendas.

Joyas , insignias , brocados
 Los ricos salones llenan ;
 Y plazas , calles , paseos ,
 Corceles , galas , libreas.

Opulentos cortesanos
 En los festejos se esmeran,
 Y disponen un torneo
 Donde ostentar sus grandezas.

En él armado aparece ,
 Deslumbrando la palestra ,
 El de Lombay , revolviendo
 Una berberisca yegua :

Y con la pica en el ristre ,
 Haciendo tan altas pruebas ,
 Que de palmadas y vivas
 El vulgo la plaza atruena.

Sobre las lucientes armas
 Una banda lisa y negra ,
 Y negros los martinetes
 Del erguido casco lleva.

Unos dicen son el luto
 Con que á su amigo recuerda,
 Otros de su pensamiento
 Melancólico el emblema.

Y que funesto presagio
 De una desgracia tremenda ,
 Que le amenaza inminente ,
 Solo juzgarse debiera.

El ancho campo preside
 La Emperatriz , como reina
 De la hispana monarquía.
 Y de la humana belleza ,
 Y de cuantos corazones
 Laten en la plaza extensa ,
 Y en toda la fiel España
 Lealtad y honradez alientan.

Un gran festin en palacio ,
 Cuando el sol á las estrellas
 Cedió de los altos cielos
 Las despejadas esferas ,
 Celebróse ; y luego danza ,
 En que al son de las orquestas ,
 Las magestades angustas
 Tomar parte no desdeñan .
 Y para la luz siguiente
 Funciones se anuncian nuevas ,
 Sin que ni el sueño intervalo
 Permita entre fiesta y fiesta .

¡ Oh Dios , y cuán fácilmente
 En la miserable tierra ,
 Tras de las mas dulces horas
 Horas de amargura vuelan !
 ¡ Cuán fácilmente las dichas
 En infortunios se truecan ,
 Cámbiase la gala en luto ,
 Se torna el gozo en tristeza !
 Sale el sol , inmenso pueblo
 Las calles y plazas llena ,
 Ansiando nuevos placeres ,
 Y que aun no madruga piensa ;
 Alistan los cortesanos
 Sus comparsas y libreas ,
 Joyas , armas , vestes , plumas ,
 Corceles , lanzas , empresas ;
 Cuando demudado el rostro ,
 De la alcoba de la Reina
 Sale trémula , llorosa ,
 Una camarista ó dueña .
 Y á los jefes de palacio ,
 Grandes y damas de cuenta ,
 Que á su magestad aguardan
 Para ir á misa con ella ,

Dice, inflexiones buscando,
Que desfiguren la nueva:

*«La Emperatriz hoy no sale,
La Emperatriz está enferma.»*

Pasma la noticia á todos,
Embarga á todos la lengua,
Y en un silencio profundo
La estancia aterrada queda.

El de Lombay, el primero,
De los piés á la cabeza
Temblando, y pálido el rostro,
Pregunta con gran sorpresa:

«¿Y su magestad, qué siente?» —

Y le responde la dueña:

*«Aguda fiebre la abrasa,
Grave postracion la aqueja.*

*»Que el doctor Juan Villalobos
Sin perder instantes venga,
Pues hay peligro inminente
Si no me engañan las señas.»*

Dió el Marqués atrás dos pasos,
Y en un sillón de baqueta
Se desplomó, como herido
Por envenenada flecha.

La noticia que en voz baja
Anunció la camarera,
Creció al punto, y como trueno
Que al orbe asombra y aterra,

Ya por Toledo retumba,
Helando á todas las venas,
Partiendo los corazones,
Trastornando las cabezas.

Desaparecen las galas
Recógense las libreas,
Murmullo de horror circula;
Clamor de angustia resuena.

En vez de las claras trompas
Que los festejos celebran ,
Se oyen solo las campanas
Que al cielo piedad impetran.

A las puertas de palacio
En su parda mula llega ,
El doctor Juan Villalobos ,
El portento de la ciencia.

Presuroso , fatigado ,
Sube sin hablar , penetra ,
Del Emperador seguido ,
En la alcoba de la reina.

Con los penetrantes ojos
Que clava en la augusta enferma ,
Su quebrada vista advierte ,
Su pálida faz observa.

La pulsa atento , examina
La respiracion molesta ,
Dice un oscuro aforismo
Arrugando frente y cejas ,

Y con la faz angustiada ,
Y con azogada diestra ,
Despues que un rato medita ,
Docto escribe una receta.



La Emperatriz de Alemania ,
De España la augusta Reina ,
Hermosa entre las hermosas ,
Discreta entre las discretas ,

La gentil , fresca , radiante
Y embalsamada azucena
Que dió á Toledo Lisboa ,
De paz y dominio prenda ,

En vez del trono del mundo ,
Do el mundo la reverencia ,
Yace en el doliente lecho ;
De nuestra humana flaqueza

Agotando las angustias ,
 Apurando las miserias ,
 Dealustrada la hermosura ,
 Trastornada la cabeza ,

Flor lozana que al impulso
 Del cierzo se troncha y seca ,
 Astro á quien apaga y hunde
 Del Criador la omnipotencia.

Un sol y otro sol de oriente
 Los umbrales atraviesan ,
 Y sumergida á Toledo
 En consternacion encuentran.

Ya ven por calles y plazas
 Cruzar procesiones lentas ,
 Fervorosas rogativas
 Y públicas penitencias.

Y oyen llanto en el alcázar ,
 Y oyen llanto en las iglesias ,
 Y llanto hay en los palacios ,
 Y llanto en las chozas suena ;

Que era universal la angustia
 Por tan adorada Reina ,
 Y con lágrimas su nombre
 Se oye repetir doquiera.

El de Lombay , convertido
 En muda y heleda piedra ,
 Ni un solo momento falta
 De la antecámara régia.

Ni hambre ni sueño conoce
 Que apartarle un punto puedan
 Del cerco de una ventana ,
 Fijos los ojos en tierra.

Cuando el docto Villalobos
 Con otros fisicos entra
 En la silenciosa alcoba ,
 Le acompaña hasta la puerta,

Y con inquietud extraña
 Su salida ansioso espera ,
 Y algo preguntarle quiere
 De que teme la respuesta.

Y al verle salir se turba ,
 Con las palabras no acierta ,
 Y en él clava ardientes ojos ,
 Cual si penetrar pudiera

Su pensamiento escondido ,
 Los arcanos de la ciencia.
 Y calla , y lágrimas pocas
 Su mustio semblante queman.

¡Desdichado! ¡Harto le dice
 su corazón!... Solo queda
 En él alguna esperanza
 En las bondades eternas.

Cabildo, comunidades ,
 Parroquias , todos se esmeran
 En solemnes rogativas ,
 Votos , plegarias y ofrendas.

Grandes , nobles y plebeyos
 Los templos llorosos llenan ,
 Y á voces al cielo piden
 La salud para su Reina.

Todo en vano ; fué de bronce
 A los clamores y quejas ,
 Pues sus ocultos designios
 Jamás el mortal penetra.

El doctor en tanto apuro
 Los sacramentos ordena ,
 Pues ya remedios no sabe
 Para tan grave dolencia.

Y con pompa augusta y santa ,
 Pero que los pechos quiebra
 Del aterrado gentío ,
 Que la gran Toledo puebla ,

Consternado el Arzobispo ,
 Con devota pompa lleva
 Al regio doliente alcázar
 El pan de la vida eterna.

Tal consuelo sintió el alma ,
 De piedad insigne llena ,
 Que aun pudo dar fuerza al cuerpo
 De la agonizante enferma.

Dió margen falaz alivio
 A esperanzas pasajeras ;
 Mas el doctor aterrado
 Término fatal reecla.

A los dos dias tal fiebre ,
 Tales síntomas se muestran ,
 Que de repente el palacio
 De gran confusion se llena.

Acude Juan Villalobos ,
 En llanto prorumpo el César ,
 Y desatentadas corren
 Las camaristas y dueñas.

Lombay en su puesto , inmoble ,
 Sin mover los labios reza ,
 Cuando de la régia estancia
 Abren las doradas puertas.

Era el doctor Villalobos ,
 A quien con temor se acerca ,
 Preguntándole angustiado
 Si alguna esperanza queda.

Y el doctor mudo no hallando
 Cómo darle la respuesta ,
 Alza los ojos al cielo
 Y entrambas palmas eleva.

Lo ve Lombay , se extremase ,
 Y cobrando extraña fuerza ,
 Movimiento convulsivo
 Y una actividad horrenda ,

De la cámara corriendo
 Parte, la guardia atraviesa,
 Sale á la plaza, el gentío
 Clamoroso que la llena,

Del palacio en los balcones
 La vista y las almas puestas,
 Penetrando, sin que nadie
 En tan gran señor advierta.

Y por calles solitarias
 Sin objeto vaga y vuela,
 El ferreruelo arrastrando,
 Destocada la cabeza.

Alza los ojos al cielo,
 Y el cielo de primavera
 Azul, despejado, puro,
 Que espléndidos hermoscan

Celajes de oro y de grana,
 Do el sol poniente refleja,
 Una bóveda de plomo
 Que sobre su frente pesa,

Que lo ahoga y lo confunde,
 Sin aire y sin luz en tierra
 Se le figura, y le faltan
 Para echar el paso fuerzas.---

Sigue, párase, vacila,
 Suda, se abraza, se hiela,
 Giranle en torno las casas,
 Que se le hunde el suelo piensa,

Y le zumban los oídos...
 Una bomba es su cabeza
 Pronta á estallar.... cuando mira
 De la catedral la puerta.

Ansioso buscando asilo
 Por sus umbrales penetra,
 Al tiempo que en occidente
 Daba el sol su luz pestrera.



El de Lombay en el templo
 Oscuro y frio, tropieza
 Con vários informes bultos ,
 Fieles devotos que rezan ,
 Y cuyos vagos contornos
 Ver la oscuridad no deja ;
 Y al presbiterio lo guia
 Fulgor de mustias candelas ,

Así como por el bosque ,
 Perdido en la noche ciega ,
 Tropezando , el peregrino
 Va hácia la lejana hoguera.

Del altar santo delante
 Se arroja en las losas tersas
 Del pavimento , formando
 Tras sí larga sombra en ellas.

Los brazos en cruz , clavados
 Los ojos (en que reflejan
 Del retablo los esmaltes ,
 Las lámparas y las velas),

Del Redentor en la imágen ,
 No con los labios y lengua ,
 Que estaban entumecidos ,
 Sino con la voz interna

Del corazon y del alma ,
 Que es la que hasta el cielo llega ,
 Esta peticion expone ,
 Y en estos términos ruega :

«Misericordia, Dios mio ,
 Piedad para con mi Reina ,
 No dejeis huérfana á España ,
 Y al mundo hundido en tinieblas.

»Si una víctima es precisa
 De vuestra alta Omnipotencia
 A miras inescrutables ,
 Que yo la víctima sea.

»Caiga yo , caigan mis hijos ,
 Mi estirpe toda perezca ,
 Y sálvese...» ¡Tomb!!! Retumba
 En el mismo instante , y llena ,

Estremeciendo las cimbrias,
 Los ámbitos de la iglesia
 La gran campana, de muerte
 Dando al mundo infausta nueva.

¡Son espantos!... Lo escucha
 Como el NO con que respuesta
 Da á su plegaria el Eterno,
 El Marqués, y cas á tierra.

ROMANCE CUARTO.

VIAJE FÚNEBRE.

Con blancas sobrepellices
 Y con hachas encendidas,
 Cantando fúnebres rezos
 En voz confusa y sumisa,
 Sobre mulas enlutadas,
 Formando dos largas filas,
 Cien devotos capellanes
 A lento paso caminan.

Siguen treinta caballeros
 Que negros caballos guían,
 Del pié á la cabeza armados
 Y las viseras caídas.

Negros son los pendoncillos
 De las inclinadas picas,
 Y negros los paramentos,
 Vestes, bandas y divisas.

Luego entre veinte alabardas,
 En cuyas anchas cuchillas
 Las rojas luces reflejan
 De noche, y el sol de día;

Cercada de doce pajes
Viene una litera rica ,
Que de negro terciopelo
Un regio manto cobija.

Los castillos y leones
Recamados lo salpican ,
Entre águilas imperiales
Y entre portuguesas quinas ,

Arrastrando por el suelo
Los flecos de sus orillas ,
Y gruesos borlones de oro
En sus cuatro puntas brillan.

Dos magníficas coronas ,
Imperial y régia unidas ,
Un rico cetro y un mundo
Lleva la litera encima.

Detrás tan pegado á ella ,
Que al notarlo se diria ,
Que alguna mano de adentro
Del freno acerado tira ,

Marcha un corcel generoso ,
Sobre el que mudo camina
El que la fúnebre marcha
Dirige , gobierna y guia.

El gran Marqués de Lombay ,
Con faz como de caniza ,
Con los ojos apagados ,
Con boca que no respira :

En cuyo enlutado pecho
Solo se descubre y brilla ,
Pendiente de una cadena ,
Del Toison de oro la insignia.

Y tambien de oro una llave ,
Que aunque primorosa y chica ,
Pesa para él mas que un monte ,
Y es áspid que le horroriza.

Gentiles hombres, hidalgos ,
Caballeros de alta guisa ,
Y gente de Iglesia lleva
Por séquito y comitiva.

Y en pos lacayos, repuestos,
Y acémilas bien provistas,
Cubiertas con reposteros
De blasones y de cifras.

Lleva dentro la litera
Una caja de atauja,
De negro plomo aforrada
Y de brocado vestida.

Con gonces y cerraduras,
Con biseles y aldavillas
De oro á cincel trabajado,
En labores muy prolijas.

Y en esta caja el cadáver,
Lleno de bálsamos iba,
De la que ayer era Reina,
Y hoy solo polvo y ceniza.

De las riberas del Tajo
Del Genil va á las orillas,
A buscar reposo eterno
En la Iglesia granadina.



Con pavoroso silencio
Esta triste comitiva,
Haciendo descansos breves,
Marcha de noche y de día,

Por lo angosto del camino,
Por los recuestos arriba,
Y en los tornos y revueltas
Del largo espacio que pisa,

Caminando con tal orden,
Tan silenciosa y unida,
Que un solo cuerpo formaba.
Y de lejos parecía

Inmensurable serpiente,
Que deslizándose iba
Entre campos y entre montes,
Dando sus escamas chispas.

De los cortijos y aldeas
 Presurosos acudian
 A los bordes del camino ,
 O á las cercanas colinas ,
 Ya curiosos , ya asustados ,
 Villanos con sus familias ,
 Y por un encantamento
 Aquella vision tenian.

Al avistar este entierro
 Las murallas granadinas ,
 De los Católicos Reyes
 Fresca y gloriosa conquista ;
 Cuando en las antiguas torres
 De la Alhambra relucian ,
 Al sol ardiente de Junio ,
 Alicatadas cornisas ;
 Ayuntamiento y cabildo ,
 Con enlutadas insignias ,
 La audiencia , comunidades ,
 La nobleza y clerecía
 Salen la fúnebre pompa
 A recibir , y caminan
 Con ella entre inmenso pueblo
 Que cubre las avenidas.
 Apretada muchedumbre
 De las dos razas distintas
 Se conocen en los trajes ,
 La cristiana y la morisca.
 Ya las calles de Granada
 El funeral regio pisa ,
 A la catedral marchando
 Entre dos espesas filas
 De lanzas y de arcabuces ,
 Que de lindero servian
 Al hervoroso gentío
 Que en la carrera se apiña.

Las campanas clamorosas,
 Sus graves sonos envían
 Al firmamento, retumban
 Las salvas de artillería,
 Resuenan roncós tambores
 Y destempladas bocinas,
 Y de dolor y respeto
 Fúnebre murmullo gira.

El de Lombay nada escucha,
 Sigue la litera rica,
 Y tan pegando con ella
 Que son una cosa misma.

Y sin que nada le llame
 La atención, toda absorbida
 En ella, de ella ni un punto
 Los áridos ojos quita.

ROMANCE QUINTO.

LO QUE ES EL MUNDO.

Terminados los sufragios
 Y los oficios solemnes,
 Último auxilio que presta
 La santa Iglesia á los fieles;
 En el templo de Granada,
 Que los Católicos Reyes,
 Consagraron victoriosos
 Al Señor omnipotente;
 En medio de la gran nave
 Por do vuela el humo leve,
 Que seis flameros de plata
 Dan de olorosos pebetes;

A la luz de cien blandones ,
 Cuyas rojas llamas mueve
 El vapor del gran gentío
 Que en el templo oscuro hierve ,

Y que reflejan y brillan
 En los ojos y en los dientes
 De un enjambre de cabezas
 De todos sexos y templos ;

Entre doce caballeros
 De pavonados arneses
 Tan inmóviles , que estatuas
 De oscuro acero parecen ;

En medio de cuatro pajes
 Que amarillas hachas tienen ,
 Cubiertos de ricas galas
 Y plumas en los birretes ;

Sobre excelsa gradería
 Que alfombra pérsica envuelve ,
 Y bajo un dosel ó pátio
 Que seis pértigas suspenden ;

Se alza un túbulo pequeño
 Con recamado tapete ,
 Donde los regios blasones
 Esmaltados resplandecen ;

Y encima la caja rica
 Cerrada está , que contiene
 A la Emperatriz y Reina ,
 Despojo ya de la muerte.

De pié descuello á su lado ,
 Inclínada la alta frente ,
 Que á la luz de los blandones
 La de un cadáver parece ,

Y cruzados sobre el pecho
 Los brazos en nudo fuerte ,
 El gran marqués de Lombay
 De aquellas exequias jefe.

Aunque también está inmóvil ,
 Harto que tiembla se advierte
 En que el Toison y la llave ,
 Que en su noble cuello penden ,

Dando súbitos reflejos ,
 Como dos hojas se mueven ,
 Que en un álamo en otoño
 Aura imperceptible mece.

En la soberbia capilla
 Donde las cenizas duermen
 En magníficos sepulcros
 De los Católicos Reyes ;

Ya está la bóveda abierta ,
 Cuya ancha boca parece
 De la eternidad la boca ,
 Que voraz su presa atiende.

Llega por fin el momento
 En que el cadáver se entregue
 Al granadino Prelado
 Con testimonio solemne :

Siendo el marqués de Lombay ,
 ¡ Tan inflexible es la suerte !
 Quien reconocer el cuerpo
 Y hacer de él la entrega debe.

¡ Acto espantoso , terrible ,
 Para el que Lombay no tiene
 Fuerza en sí mismo bastante
 Por mas alma que le aliente !—

Al ver que ya el Arzobispo
 Los trémulos pasos tiende
 Por las gradas , que se pone
 Del regio féretro en frente ,

Que el notario lo acompaña ,
 Que en derredor aparezcan
 Los testigos , y que el pueblo
 Espera el acto impaciente ;

Con expresion tan amarga ,
 Mas con una fe tan fuerte
 Alza el rostro , y ambas manos
 Hacia los cielos extiende ,

Que sin duda de su ruego
Se apiadó el Omnipotente,
Y resignacion y brio
Le dió para el trance fuerte.

Pues de pronto en sí tornando,
Con resolucion desprende
La afligranada llave
Sobre su pecho pendiente;

En la estrecha cerradura
Sin mostrar temblor, la mete,
Y veloz le da la vuelta
Que hace resonar los muelles.

Al punto un paje la tapa
Alza del féretro, y vése
Con sus régias vestiduras
Un cuerpo. Mas el ambiente
Con tal fetidez se infesta,
Que el brillo las luces pierden;
Atrás se retiran todos,
Y el concurso se conmueve.

Del cuerpo oculta el semblante
Un blanco holan, que guarnecen
Los encajes mas costosos
Que el prolijo belga teje.

Y observando la etiqueta,
El Marqués tan solo debe
Levantarlo, porque pueda
El rostro reconocerse.

Vacila, tiembla, la mano
Va á extender una y dos veces,
Y la retira veloce
Cual si el cendal fuego fuese.

Convulso, desatentado,
A tocarlo se resuelve,
Lo ase, lo levanta... ¡Cielos!
¡Qué es lo que dejó patente?

¡ Horror ! ¡ Horror !!! Aquel rostro
 De rosa y cándida nieve ,
 Aquella divina boca
 De perlas y de claveles ,
 Aquellos ojos de fuego ,
 Aquella serena frente ,
 Que hace pocos dias eran
 Como un prodigio celeste ,
 Tornados en masa informe ,
 Hedionda y confusa véase ,
 Donde enjambre de gusanos
 Voraz cevándose hierve.

Tal espectáculo horrendo ,
 Y la fetidez y peste
 Que en torno se difundian ,
 Al gran concurso estremecen
 Con terror pánico. Un grito ,
 Un alarido de muerte
 Unánime se levanta ;
 Huye asustada la plebe ,
 Huyen pajes , Caballeros ,
 Arzobispo , Nobles , Prestes ,
 Y aterrados y oprimidos
 Se apiñan en los cancelos.

X 5

Solo el marqués de Lombay
 Clavado está , sin moverse ,
 Fijo en su puesto. Su rostro
 Ni palabras ni pinceles
 Pueden retratarlo. Azufre
 Ser sus facciones parecen ,
 En que expresion nunca vista
 De afecto ignoto se advierte.
 Con los ojos que le saltan
 Del casco , mas que no tienen
 Ni luz , ni lágrimas , fijos ,
 Todo aquel espanto bebe.

Extendidos los dos brazos
 Contra el túmulo , sostienen
 Su cuerpo, como puntales ,
 Y ya no tiembla , que pende
 Inmóvil el toison de oro
 Cual si de un poste pendiese.
  No es hombre quien logra tanto ,
 Mármol es quien tanto puede !

La obligacion y el respeto
 Que al regio cuerpo se debe,
 Pronto al Prelado , cabildo
 Y caballeros compelen

A volver , porque el cadáver
 Sin sepultura no quede ;
 Y aunque no muy cerca , tornan
 Y al Marqués llaman. Mas este

Ni ve mas que un desengaño ,
 Ni oye mas que una solemne
 Voz del cielo :   ya es un tronco
 Que ni ve , ni oye , ni siente.

Un su gentil-hombre llega ,
 Notando que allí la muerte
 Está bebiendo insaciable ,
 Y le tira de la veste.

Todo en vano. Decidido
 Con él se abraza ; parece
 Que est  abrazado de un roble
 Que raiz profunda tiene.

En esto un paje la tapa
 Del féretro de repente
 Cierra , con cuerdo discurso ,
 Porque aquella infeccion cese.

Y al ocultarse   la vista
 Todo el horror que contiene ,
 Y al estruendo de los gonces
 Cerraduras y batientes ,

Tiembla el marqués, da un gemido ;
 Su rígida fuerza pierde ,
 Y á brazos del gentil-hombre
 Flojo y desplomado viene

Acuden sus servidores ,
 Y entre todos , cual si fuese
 Cadáver, fuera del templo
 Le conducen como pueden.
 En cuanto le dió en el rostro
 A cielo abierto el ambiente ,
 Los ojos abre , suspira ,
 De nuevo á la vida vuelve ;
 Se pone en pié , gira en torno
 La vista , como si hubiese
 De una pesadilla horrible
 Despertado. En la celeste
 Bóveda la clava , y dice
 Con acento tan ferviente ,
 Y una expresion tan sublime
 Que hasta las piedras conmueve :
No mas abrasar el alma
Con sol que apagarse puede ,
No mas servir á señores
Que en gusanos se convierten.
 Y desmayóse de nuevo
 Hundido en maligna fiebre ,
 Que puso su noble vida
 Muy á pique de perderse.

Este Marqués de Lombay
 Estaba á los pocos meses ,
 En una mezquina celda
 Confundido y penitente ;

Y predicando á los hombres
Con ejemplo tan solemne,
El desprecio que á las pompas
Del ciego mundo se debe.

Hoy SAN FRANCISCO DE BORJA
Lo llama la Iglesia, y tiene
Culto propio, con que buscan
Su patrocinio los fieles.

Madrid, 4838.



UNA NOCHE DE MADRID

EN 1578.

ROMANCE PRIMERO.

TRES GALANES.

En el pretil de palacio ,
Cerca de una casa antigua ,
Donde hoy estudia sus obras
Un esclarecido artista (1),
Van á cumplirse tres siglos
Que su palacio tenia
De Evoli el Príncipe ilustre
Rodrigo Gomez de Silva.

Sus magníficos salones
Eran de la corte envidia ,
Tanta riqueza y tal gusto
En ellos resplandecian.

Las mas espléndidas telas ,
Hasta aquel tiempo no vistas ,
Que nuestras naves gloriosas
Transportaban de la China ,
Adornaban sus paredes
Del friso hasta las cornisas ,
Y eran en sus balconajes
Pabellones y cortinas.

(4) D. Vicente Lopez, primer pintor de cámara. Ya no existe la casa, y todo aquel sitio ha cambiado de aspecto.

Los portentos del Ticiano,
Y los que el arte prolaja
De la béljica paciencia
Emula de aquel tejía,
Escaleras, antesalas
Y corredores vestían,
Pareciendo sus figuras
Figuras de bulto y vivas.

Sobre ricos escritorios,
Cuyas puertas embutidas
De concha y nácar formaban
Un laberinto á la vista;

Y sobre mesas de mármol
De las sierras granadinas,
De mosaicos de alto precio,
De maderas exquisitas,

Juguete de filigrana
Primorosos relucían,
Y búcaros olorosos
De las españolas Indias.

En aquel siglo en Europa
Iguales no conocían
Sus carrozas y caballos
Ya de tiro, ya de silla.

Y en joyas, galas y plumas,
Jarrones de oro y bagillas,
Los de un Príncipe de Oriente
Sus repuestos parecían.

Pero el tesoro mas grande
Que en aquel palacio había,
Pasma, prodigio y asombro
De la corte de Castilla,

Era el de la gran belleza,
El de la gracia expresiva,
El del claro entendimiento,
El de la alta gallardía

De la esposa de Rui-Gomez,
De la Princesa divina,
Diosa de aquel rico templo,
Sol de aquella esfera y vida.

Tres distintos personajes
A diversas horas iban
A rendirle obsequio ó culto ,
A conquistar su sonrisa :

Ardiendo sus corazones ,
Aunque de edades distintas ,
En el delirante fuego
Que una beldad rara inspira.

Melancólico era el uno ,
De edad cascada y marchita ,
Macilento , enjuto , grave ,
Rostro como de ictericia ;

Ojos siniestros , que á veces
De una hiena parecían ,
Otras vagos , indecisos ,
Y de apagadas pupilas.

Hondas arrugas , señales
De meditacion continua ,
Huellas de ardientes pasiones
Mostraba en frente y megillas.

Y escaso y rojo cabello ,
Y barba pobre y mezquina
Le daban á su semblante
Expresion rara y ambigua.

Era negro su vestido
De pulcritud hasta nimia ,
Y en su pecho campeaba
Del Toison de Oro la insignia.

Era el otro recio , bajo ,
De edad mediana , tenían
Sus facciones de la audacia
Las desagradables tintas.

Moreno , vivaces ojos ,
Negros vigote y perilla ,
Aladares y copete ,
Boca grande , falsa risa :

Formando todo un conjunto
De inteligencia y malicia,
Con una expresion de aquellas
Que inquietan y mortifican.

Lujoso era su atavío,
Mas negligente, y tenían
No sé qué sus ademanes
De una finura postiza.

El último era el mas jóven,
De noble fisonomía,
Pálido, azules los ojos
Con languidez expresiva;
Castaño claro el cabello,
Alto, delgado, muy finas
Modales, y petimetre
Sin dijes ni fruslerías.

Ser un caballero ilustre,
De educacion escogida,
Cortés, moderado, afable,
Mostraba á primera vista.

El primero iba de noche
Desde que desaparecian
Los crepúsculos de ocaso
En las montañas vecinas,
Hasta que las altas torres
De la coronada villa
Recordaban los sufragios
De las ánimas benditas.

Por la mañana el segundo
Frecuentaba su visita,
Cuando no estaba en su casa
Rodrigo Gomez de Silva.

El tercero entraba en ella
Sin hora ni época fija,
Pero siempre que encontraba
Alguna ocasión propicia.

Y la gallarda Princesa,
La discreta, noble y linda,
¿Por quién de ellos?..... Por ninguno;
Cual la estrella matutina

Era su alma pura, como
El sol su conciencia limpia.
..... Mas lo que pasa en el pecho
Solo Dios lo sabe y mira.

Cuando la Princesa estaba
En la presencia afflictiva
Del primero, miedo helado
Por sus venas discurría.

En la del segundo, grave
Se mostraba y aun altiva,
Pero inquieta y recelosa
Midiendo sus frases mismas.

Y con el tercero estaba,
Aunque silenciosa, fina,
Y sin temor ni recelo,
Pero triste y discursiva.

El Rey Felipe segundo,
A quien España se humilla,
Es el galán misterioso
De las nocturnas visitas.

El segundo Antonio Pérez,
Secretario que tenía
Del Rey estrecha privanza,
Cual brazo de sus intrigas.

Juan de Escobedo el tercero,
Amigo en quien deposita
El Insigne Don Juan de Austria
Sus secretos y su estima.

ROMANCE SEGUNDO.

LA MEDITACION.

De Madrid el regio alcázar
Triste y mezquino era entonces,
Donde hoy el palacio nuevo
Ostenta su inmensa mole.

De ladrillo y berroqueña,
Y en cada esquina una torre,
Era albergue poco digno
De los Reyes españoles.

Ni el arco ni la armería
Cerraban la plaza, donde
Hoy se forma la parada
Para los regios honores;

Pues hasta el margen del río,
De menos caudal que nombre,
Asperas cuestas mediaban
Entre viejos murallones.

Una tarde sosegada
De Abril, cuando al horizonte
Entre dorados celages
Y entre lijeros vapores

El claro sol descendía,
Dando lugar á la noche,
De quien los luceros daban
Ya en oriente resplandores;

Del tal ya olvidado alcázar,
En uno de los balcones,
Se descubría de lejos
Vestido de negro un hombre,

Que en la baranda apoyado ,
Al occidente encaróse ,
Gran rato permaneciendo
En una actitud inmóvil.

Era Felipe segundo ,
Que de altas meditaciones
Políticas fatigado ,
A respirar asomóse.

Y con los ojos siguiendo
Al sol ya poniente entonces ,
Varios pensamientos llenan
Su mente, en que cabe el orbe.



Lo primero que le ocurre
Es que el astro que se pone ,
Aun ilumina radiante
A la lusitana corte.

A la cabeza del reino
Que la desventura enorme
De una expedición guerrera ,
Tan cristiana como noble,
Bajo su dominio ha puesto ;
Y sagaz discurre sobre
Los medios de asegurarse
Diadema de tal renombre. —

Tomando mas largo vuelo
Su imaginación veloz ,
Salva los inmensos mares ,
Y sigue al sol , que traspone
Para llevar luz y vida
A las ignotas regiones ,
En que gloriosos ondean
Estandartes españoles:

Y al pensar que en cuantos climas
Visita el astro y recorre ,
Vasallos suyos alumbra ,
En su grandeza gozóse.



Pero tornando en sí mismo
El vuelo altivo recoge,
Y su vanidad se estrecha
En siniestras reflexiones.

Al ver los celages densos,
Que de la esfera borrones,
Del sol el descenso aguardan
Para ofuscarle, latióle

El pecho agitado, y dijo:
«Del mismo modo los hombres
A que un Rey decline esperan,
Para tragarlo feroces.»

—Se le figuró el gran astro
Cadáver, que de vapores
Con la mortaja, se hundía
En la tumba de los montes;

Y recordando que todo
La muerte lo traga y rompe,
Retembló, de sudor frío
Su rostro seco bañóse;

Y tornó la vista á Oriente,
Ya dominio de la noche,
El espectáculo huyendo
Que el ocaso presentóle.

—Notó allí varios laceros
Relucir, y sonrióse
Amargamente, exclamando
Con hondas é internas voces:

«Si la magestad declina
Y su resplandor se esconde,
¡Qué ufanos su pobre brillo
Muestran vulgares señores!»

También aparta los ojos
Del Oriente, hallando donde
Quiera que los revolvia,
Desengaños ó temores.

Y de Evoli en el palacio ,
Que estaba cerca , los pone ,
Y sin intento los clava
En sus abiertos balcones.

Por ellos juzga que advierte
Dos bultos en los salones ,
Uno blanco y de señora ,
El otro oscuro y de hombre.

Y un agudo grito lanza ,
Su rostro se descompone ,
Y las tinieblas maldice
De la ya cerrada noche.

Los ojos baja , y á Perez
Viendo que se acerca , entróse
Cerrando el balcon maldito
Con recio y violento golpe.

ROMANCE TERCERO.

EL SECRETO.

En un oscuro aposento
Que solamente alumbraban
Las luces de dos bujías
En candeleros de plata ,

Donde tiene su despacho
El augusto rey de España ,
Y donde á pocas personas
Se les permite la entrada ,

A su secretario Perez
Felipe segundo aguarda ,
Pues qué llegó á conocerlo
Al atravesar la plaza.

A los muy pocos momentos
Cruje y se abre la mampara ,
Y Perez entra en silencio ,
Y mudo á su Rey acata.

Este afable lo recibe ,
Que se le aproxime manda ,
Y en conversacion secreta
Dijéronse estas palabras:

Rey.—Mi hermano don Juan (al cabo
Es bastardo y esto basta)
Con su ambicioso manejo
Va á precipitar á Holanda.

Secretar.—Su poder allí es terrible.

R.—Yo , Perez , no temo nada ;
Todos sus pasos vigilo ,
Y sé cuanto piensa y habla.

S.—Vuestra comprehension inmensa...

R.—Y mi poder. Confianza
Tiene en don Juan de Escobedo.

S.—Es de sus planes el alma.

R.—Recibe sus instrucciones.

S.—Tambien recibe sus cartas.

R.—Y en una cartera verde ,
Que jamás del seno aparta ,

Las lleva... Las necesito.

S.—Pues no es cosa fácil... *R.*—Nada
A mi poder es difícil.—

¿Y juzgas , Perez , que trata

Con la princesa estas cosas?...

Las discretas, ó son falsas...

O se alucinan... *S.*—No creo

Que una señora tan alta...

R.—Y tan bella y entendida...

Pero Escobedo en su casa

Entra de oculto... Esta noche...»

Siguió el Rey en voz tan baja

Hablando á su secretario ,

Y con expresion tan vaga,

Que adivinar no es posible

Cuáles fueron sus palabras.

Palabras que escuchó Perez
 Con una zozobra extraña ,
 Con el pecho palpitante ,
 Y con la faz demudada.

Y al callar el Rey , le dijo :
 «Vuestra Magestad lo manda ,
 Y es para mí ley suprema
 Su voluntad soberana.

»Mas señor... Si por escrito ,
 Una orden vuestra firmada ,
 O la firma solamente...
 Con solo la firma basta.»

—Dió un paso atrás , furibundo ,
 Al escucharlo , el Monarca ,
 Y lo fulmina y aterra
 Con dos ojos como brasas.

Perez , que se abriera el suelo
 Quisiera , bajo sus plantas ,
 Y que en aquel punto mismo
 Lo confundiera y tragára.—

Cuando de pronto Felipe
 Con una sonrisa amarga ,
 Y el desprecio con que mira
 Un feroz tigre á una rata :

«Dices bien (prorumpo), amigo :
 Toma , que la empresa es ardua...»
 Y escribiendo cuatro líneas
 En un papel , se lo alarga.

Temblando lo toma Perez
 Y va á partir ; mas le traba
 El brazo con mano dura ,
 Mas dura que unas tenazas ,

El rey ; en su helado rostro
 Ojos del infierno clava ,
 Diciendo : «Secreto , y priesa ,
 Y yo soy quien te lo encarga ,»

Marchó Perez , y Felipe
 Tomando el estoque y capa ,
 Salió solo , y dirigióse
 De la princesa á la casa.



ROMANCE CUARTO.

LA CARTERA VERDE.

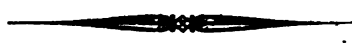
En su magnífico estrado
 ¡ Cuán gallarda , cuán hermosa
 Brilla la persona ilustre
 De Doña Ana de Mendoza!

De seis candelas de esperma
 Que un candelabro coronan ,
 Do recorta y abrillanta
 La luz cinceladas hojas ,

Al resplandor aparecen
 Su tez de nieve y de rosa ,
 De oro puro sus cabellos ,
 Claros luceros sus joyas.

Sentada en un taburete
 El brazo ebúrneo coloca
 En un velador cuadrado ,
 Que cubre persiana estofa ,

Y en que matizadas flores
 Dan al ambiente su aroma ,
 En vasos de porcelana
 De extraño barniz y forma.



Enfrente de la princesa ,
 En un sillón de caoba ,
 De los primeros acaso
 Que se usaron en Europa ,

Está Felipe segundo ,
 Procurando á toda costa
 De amable y franca dulzura
 Dar el aire á su persona.

Y despues de varias frases
 De mera etiqueta todas,
 Y de discretas razones,
 De cortesana lisonja :
 «Al anochecer (prorumpo),
 ¡Habeis tenido, señora,
 Alguna visita? Y clava
 Los ojos cual de raposa
 En el pálido semblante
 De Doña Ana de Mendoza,
 Que responde balbuciente :
 «No señor... he estado sola :
 »Mi mayordomo un momento...»
 No dijo mas, y á la boca
 Del rey, que nada contesta,
 Sonrisa infernal asoma.

Tras de un rato de silencio,
 Que á Doña Ana se le antoja
 Un siglo, se alza Felipe,
 Un laud templado toma,
 Y galan se lo presenta
 Diciendo : «Tened, señora,
 Dad vida al callado ambiente,
 Encadenad mi alma toda.»
 La princesa obedeciendo,
 Las cuerdas pulsa sonoras,
 Y melancólicos tonos
 Sin concierto alguno brotan.

El Rey lento se pasea
 Por la estancia, dando poca
 Atencion á lo que escucha,
 Que otras ideas le acesan.

Y aunque gran sosiego finje
Es su inquietud bien notoria ,
Y que habla consigo mismo
En su semblante se nota.

La Princesa lo conoce
Y trasuda y se acongoja ,
Pidiéndole á Dios de veras
Que la visita sea corta.

Al balcon el Rey se acerca
Y lo abre inquieto , se asoma ,
Y se retira , y escucha ,
Y sin cerrarlo lo entorna.

Entra la brisa en la sala ,
Ajita las luces todas ,
Y á su undulacion parece
Que todo se mueve y borra ,
Y que el aposento tiembla ,
Y que en fantásticas formas
Los muebles y colgaduras
Ya se alargan , ya se acortan.

«Señor (dice la Princesa)
¿El viento, no os incomoda?
Está harto fresca la noche,
Cuidad mas vuestra persona.»

Iba á responder Felipe ,
Cuando á las ánimas tocan
Las campanas , y en la tierra
Con gran devocion se postra.

Lo mismo hace la Princesa ,
En silencio entrambos oran ,
Se santiguan y levantan ,
Y el Rey mudo á escuchar torna.

Se oye un rumor á lo lejos ,
Y como un grito : se azora
La dama , y dice , «¿Qué suena?»
Y el alma deshecha y rota

Va hácia el balcon. Mas Felipe
 Lo cierra de pronto , y ronca
 La voz : «Nada ha sido (dice)
 El rumor de alguna ronda.»
 De mármol queda Doña Ana ,
 El Rey clavado en la alfombra ,
 Y todo en hondo silencio ,
 Y en quietud la estancia toda.

Llega un paje , anuncia á Perez ,
 Y entra Perez. Su persona
 Es mas siniestra que nunca ,
 Mas descompuesta su ropa.

Es su semblante de azufre ,
 Entreabierta trae la boca ,
 Y tiemblan sus miembros todos ,
 Grande agitacion le agobia.

Desconcertado , en secreto
 Dice al Rey palabras pocas ,
 Y de terciopelo verde
 Le da una cartera. Toma

La cartera el Rey , la mira
 Y en contemplarla se goza ,
 Mostrando su faz el gusto
 Que en su corazon rebosa.

Tambien la ilustre Princesa
 La mira y la mira ansiosa ,
 La reconoce , y advierte
 De sangre en ella una gota ;

De sangre fresca , y de sangre
 Ve en la mano temblorosa
 De Perez alguna mancha ,
 Y en sus puños y valona.

Y da un profundo gemido ,
 Su cabeza se trastorna ,
 Y exánime y desmayada
 En un sillón se desploma.

ROMANCE QUINTO.

EL CADAVER.—EL FUGITIVO.—EL MUERTO.

A la mañana siguiente,
Cuando fué devoto pueblo
A oír la misa del alba
De Santa María al templo,
En aquella corta calle,
Das bien callejon estrecho,
Que por detrás de la iglesia
Sale frente á los Consejos,
Se halló tendido un cadáver,
De un lago de sangre en medio,
Con dos heridas de daga
En el costado y el pecho.
Pronto fué reconocido
Por el de Juan de Escobedo,
Del insigne don Juan de Austria
Secretario y camarero.
Y como aun rico ostentaba
La cadena de oro al cuello,
Y magníficos diamantes
En los puños y en los dedos,
Que obra no fué de ladrones
Se aseguró desde luego;
El horrible asesinato
Que á Madrid cubrió de duelo.

Fugitivo á pocos meses
Antonio Perez, el reino
De Aragon turbó con bandos
Y desastrosos sucesos ;
Y condenado y proscrito ,
Pobre, aborrecido, enfermo ,
Murió en la mayor miseria
En paises extranjeros.

Y despues de algunos años ,
El rey Felipe ya viejo ,
Arrebatóle la muerte
A dar cuenta al Ser supremo.

Donde se habrán encontrado
Los tres , tan solo saberlo
Puede Dios, mas yo imagino
Que habrá sido en el infierno.

EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

ROMANCE PRIMERO.

LOS TOROS.

Está en la plaza Mayor
Todo Madrid celebrando
Con un festejo los días
De su rey Felipe cuarto.

Este ocupa, con la reina
Y los jefes de palacio,
El regio balcon vestido
De tapices y brocados.

En los otros, que hermocean
Reposteros y damascos,
Los grandes con sus señoras,
Y los nobles cortesanos,
Ostentan soberbias galas,
Terciopelos y penachos.

Las damas y caballeros
Llenan los segundos altos,
Y de fiesta gran gentío
Los barandales y andamios,
Jardín do á impulso del viento
Ondean colores varios.

Ante la Panadería,
Del balcon del Rey debajo,
Y de espalda á la barrera,
En la arena del estadio,

La guardia Tudesca en ala ,
 Parece un muro de paño
 Rojo y jalde , con cornisa
 Hecha de rostros humanos ,

Sobre la cual vuelan plumas
 En lugar de jaramagos ,
 Y brillan las alabardas
 Heridas del sol de Mayo ,

Los alguaciles de corte
 Con sus varas en la mano ,
 A la jineta en rocines,
 Están en fila á los lados.

El Rey , la Reina , los Grandes ,
 Las Damas , los Cortesanos ,
 Los tudescos y alguaciles ,
 El inmenso pueblo , y cuantos

En la plaza están , los ojos
 Tornan de Toledo al arco ,
 Por cuya barrera asoma
 Un Caballero á caballo.

Vése en medio de la arena ,
 Furia y humo respirando ,
 Los ojos como dos brasas ,
 Los cuernos ensangrentados ,

Con la pezuña esparciendo
 Ardiente polvo , el mas bravo
 Retinto , á quien dió Jarama
 Yerba encantada en sus campos.

Aun no estrenó la almohadilla
 De su cuello erguido y alto
 Hierro alguno , ni ha embestido
 Una sola vez en vano.

Entre capas desgarradas
 Y moribundos caballos ,
 Se ostenta como el guerrero
 Que se corona de lauro ,

Entre rendidos pendones ,
 Sobre muros derribados ;
 Del genio del exterminio
 Parece emblema y retrato.

X ~

En un tordillo fogoso ,
 De africana yegua parto ,
 Que de alba espuma salpica
 El pretal , el pecho y brazos ;
 Que desdeñoso la tierra
 Hiere á compás con los cascos ;
 Que una purpúrea gualdrapa
 Con primorosos recamos ,
 De felpa y ante la silla ,
 En el testero un penacho ,
 La cabezada y rendaje
 De oro y seda roja , y lazos
 En el codon y en las crines
 Soberbio ostenta y ufano ;
 A combatir con el toro
 Sale aquel Señor gallardo.
 Viste una capa y ropilla
 De terciopelo mas blanco
 Que la nieve , de oro y perlas
 Trencillas y pasamanos ;
 Las cuchilladas , aforros ,
 Vueltas y faja , de raso
 Carmesí ; calzas de punto ,
 Borceguies datilados ,
 Valona y puños de encaje ;
 Esparcen reflejos claros
 En su pecho los rubies
 De la cruz de Santiago.
 Un sombrero con cintillo
 De diamantes , sujetando
 Seis blancas gentiles plumas ,
 Corona su noble garbo.

Con la izquierda rije el freno ,
 En la la diestra lleva en alto
 Un pequeño rejoncillo
 Con la cuchilla de á palmo.

Acompañanle dos pajes
 A pié , de uno y otro lado ;
 Y llevan las rojas capas
 Prontas al lance en la mano :

Síguenle sus escuderos
 Y un gran tropel de lacayos ,
 Los que por respeto al toro
 Se van haciendo reacios.

Puesto enmedio de la plaza
 Personaje tan bizarro ,
 Saluda al Rey y á la Reina
 Con gentil desembarazo.

Aquel , serio corresponde ,
 Esta muestra sobresalto ,
 Mientras el concurso inmenso
 Prorumpen en vivas y aplausos.

Era el gran don Juan de Tarsis ,
 Caballero cortesano ,
 Conde de Villamediana ,
 De Madrid y España encanto
 Por su esclarecido injénio ,
 Por su generoso trato ,
 Por su gallarda presencia ,
 Por su discrecion y fausto.

Gran favor se le supone ,
 Aunque secreto , en palacio ,
 Pues susurran malas lenguas.....
 Pero mejor es dejarlo.

De todos y todas dicen ,
 Y es poner puertas al campo ,
 Querer de los maliciosos
 Sellar los ojos y labios.

Valiente Villamediana,
Cortas las riendas, y bajo
Del rejoncillo el acero,
Vase al toro paso á paso.

Este cabecea, bufa,
La tierra escarba marrajo,
Y espera instante oportuno
En que partir como el rayo.

El paje de la derecha
Con grande soltura y garbo
A la fiera irrita y llama,
La capa ante ella ondeando.

Embiste pues, el ginete
Tuerce el bridon, de soslayo
Pasa el toro, el otro paje
Con la capa hace un engaño,

Y lo revuelve, y de nuevo
Lo para. Determinado
Le ostiga de frente el Conde;
Torna á embestir rebramando.

El jaramaño; parece
Que el caballo y caballero
Van á volar á las nubes,
Cuando de la fiera intactos

En primorosas corvetas
Se separan y con saltos.
Un punto el toro vacila
Bramido ronco lanzando,

Y desplómase en la tierra,
Haciendo de sangre un lago
Con el torrente que brota
Por la cerviz, de elavado

Medio rejon aparece,
Que el otro medio en la mano
Del noble y valiente Conde
Va al concurso saludando.

Por balcones y barandas,
Vallas, barreras y andamios,
Formando una riza nube,
Ondean pañuelos blancos;

Y, ¡viva! el pueblo, repite,
Y los caballeros, ¡bravo!
Y ¡qué galán! las mujeres,
Haciendo lenguas las manos.

La Reina, que sin aliento
Los ojos desencajados
En jinete y toro tuvo,
Vuelve, ansiosa respirando;
«¡Qué bien pica el conde!» dice,
Y, «Muy bien,» los cortesanos
Repiten. El rey responde:
«Bien pica, pero muy alto:»

Y en el rostro de la Reina
Clavó los ojos un rato.
Esta demudóse, y todos
Los señores de palacio,
En quienes opinion propia
Fuera un peregrino hallazgo,
repitieron, no sabiendo
Lo que decían acaso,
Y de entrambas magestades
Queriendo seguir el rastro:
«Pica muy bien; mas debiera
Haber picado mas bajo.»

Dos toros mas se corrieron,
En que caballeros varios
Con gala y con valentía
Gran destreza demostraron;
Mas es pretender lucirlo
Después del Conde gallardo,
Exceso del amor propio,
Cuyos esfuerzos son vanos.
Ser en punto medio día
Las campanas avisaron
De Santa Cruz en la torre.
En su carroza á palacio

Retiráronse los reyes ,
 Tras ellos los cortesanos ,
 Y aquel inmenso gentío ,
 La plaza desocupando ,
 Se apiñó en arcos y puertas ,
 Haciendo un todo compacto ,
 Que por las primeras calles
 Rompió , que luego en pedazos
 Por otras mas dividióse ,
 Despues en grupos , que al cabo
 Reducidos á familias ,
 Muy pronto se dispersaron .
 Tal vez así se desagua
 Un artificial pantano ,
 Cuando se abren las compuertas
 Del malecon , y apretados
 Torrentes por ellas salen ,
 Que luego en arroyos vários
 Se dividen , y se pierden
 Finalmente por los campos .

ROMANCE SEGUNDO.

LAS MASCARAS Y CAÑAS.

Siguió el festejo á la tarde ,
 Y llenóse la gran plaza
 Con el pueblo y con la córte ,
 Cual lo estuvo la mañana .
 Magníficas son las fiestas
 Que la régia villa paga ,
 Para celebrar el nombre
 Del poderoso Monarca .

De clarines y timbales
 Al son que asorda las auras ,
 Y al de orquestas numerosas ,
 Que entonan guerrera marcha ,
 En orden y á lento paso
 Numerosas mascaradas
 Entran por partes distintas.
 Y al Rey y á la Reina acatan.

De los reinos diferentes
 Que el reino forman de España ,
 Ostenta cada cuadrilla
 Distintivos y antiguallas ,
 Arbolando un estandarte
 Con el blason de sus armas ;
 Y de su música propia ,
 Al compás de las sonatas.

Mézclanse lijeras luego ,
 Formando mimica danza ,
 En concertado desorden
 De figuras ensayadas.

Los cascos y coseletes
 De la indómita Cantabria ,
 De los fieles castellanos
 Las dobles cueras y calzas :

Las fulgentes armaduras ,
 De los infanzones gala ,
 Del lijero valenciano
 Los zaragüelles y mantas :

De chistosos andaluces
 Los sombrerones y capas ,
 Y las chupas con hombreras
 Y con caireles de plata :

Los turbantes granadinos ,
 Jubas , albornoces , fajas :
 Los terciopelos y sedas
 De vestes napolitanas ;

De la Bélgica los sayos
 Con sus encajes y randas ,
 Los milaneses justillos
 Con las chambergas casacas ,

Y las esplendentes plumas
Teñidas de tintas varias ,
Con los arcos y las flechas
Que el Cacique indiano gasta ;

Forman un todo indeciso
Que cubre la extensa plaza
De movibles resplandores ,
De confusion bigarrada.

Parece que está cubierta
Con una alfombra persiana ,
Cuyos matices se mueven
Al conjuro de una maga.

Aquí añafles moriscos ,
Allí tamboril y gaita ,
Mas allá trompas guerreras ,
Acá sonorasas flautas :

Las antárticas bocinas
En un lado , las guitarras
Y crótales en el otro ;
Los caracoles de caza

Forman estruendo confuso
En que ya el acorde falta ,
Y que llenando el espacio
Aun mas aturde que halaga.

Por fin , terminado el baile
Sepáranse las comparsas ,
Y hácia lados diferentes ,
En orden puestas , descansan.

Y cada una se dirige ,
Segun la suerte la llama ,
A saludar á los Reyes
Con solemnidad y pausa ,

Y doblando la rodilla ,
Ofrecen á su Monarca
Un rico don de productos
De aquel reino que retratan.

Despejando luego todas ,
El circo desembarazan
A los nobles caballeros
Que salen á correr cañas.

Por la izquierda y la derecha
 A un tiempo entraron galanas
 Dos diferentes cuadrillas
 Que á unirse en el centro marchan.

Compónese cada una ,
 Compitiendo en garbo y gala ,
 De doce nobles ginetes
 Que de dos en dos avanzan.

El Conde de Orgaz , mancebo
 De gentileza y de gracia ,
 Es caudillo de la una ;
 De la otra es Villamediana.

Aquel , en caballo negro
 Enjaezado de plata ,
 De terciopelo amarillo
 Con celestes cuchilladas ,

Vestido sale : figura
 Con argentinas escamas
 Peto y espaldar , y azules
 Lleva plumas y gualdrapa.

Este , en un caballo blanco ,
 Cuya crin el oro enlaza ,
 Ostenta un rico vestido
 De terciopelo escarlata :

El arnés de hojuelas de oro
 Y de rica seda blanca ,
 Con brillantes bordaduras ,
 Los afollados y faja.

Unidas las dos cuadrillas
 Hacia el régio balcon ambas ,
 Al paso , la pista siguen
 De los jefes que las mandan ;

Y el concurso en gran silencio
 Curioso la vista clava
 De los dos gallardos Condes
 En las brillantes adargas ;

Pues logrando de discretos
 Y de enamorados fama ,
 Interesa á todo el mundo
 Ver las empresas que sacan.

Es la de Orgaz una hoguera,
De la que el vuelo levanta
El fénix con este mote :

Me da vida quien me abrasa.

Un letrado solamente
Es la de Villamediana
Que dice : *Son mis amores...*
Y luego reales de plata

Puestos cual si fueran letras,
Con que aquel renglon acaba.
La empresa de Orgaz la entienden
Todos, y aciertan la llama

Que le da vida y le quema.
La del de Villamediana
Despierta mas confusiones,
Aunque es en verdad bien clara.

Propension funesta tiene
El jóven galan que alcanza
Favores de una señora,
A la par hermosa y alta,
De publicarlos al punto
Y de sacarlos á plaza :
Vanidad de enamorados
Que en peligros no repara.

Muchos el sentido entienden
Que las monedas declaran ;
Mas por miedo disimulan
Y de explicarlo se guardan.

Otros, necios, se calientan
Los cascos por descifrarla.
Son mis amores dinero,
Repiten ; pero no cuadra

Con el carácter del Conde
Esta explicacion villana.

Mis amores efectivos
Son, dicen otros : ¡bobada!

Velasquillo el contrahecho,
Enano y bufon que alcanza,
No sin despertar envidia,
Gran favor con el Monarca,

A disgusto de los Grandes
En el balcon regio estaba ,
Malicias diciendo y ohistes ,
Con insolencia y con gracia.

Y ó por faltarle su astucia
Entonces , ó porque trata
De vengarse del desprecio
Con que la Reina le acaba ;

O porque ve de mal ojo
Al noble Villamediana ,
O por gusto de hacer daño ,
Que es de tales bichos ansia ,

Dijo : « Ta , ta ; ya comprendo
Lo que dice aquella adarga :
Son mis amores reales , »
Y soltó la carcajada.

Trémulo el Rey y amarillo ,
Y conteniendo la saña ,
« Pues yo se los haré cuartos ; »
Respondió al punto en voz baja.

Lo oyó la Reina , y quedóse
Inmóvil como una estatua ,
Pálida como la muerte ,
Hecha pedazos el alma.

Las cuadrillas empuñando ,
En vez de robustas lanzas ,
De cintas y oro vestidas
Leves quebradizas cañas ;

Se embistieron... Imposible
Es ya que encuentren palabras
Con que describir la fiesta :
Mi atencion la Reina embarga.

¡Pobre señora! Tampoco
Merece versos y fama
Tal diversion , ya reflejo
Débil , copia degradada

De las justas , que ha dos siglos
 Los caballeros usaban
 Con gloria ; que nunca gloria
 En donde hay peligro falta ,
 Y en que las picas de guerra
 Dobles petos abollaban;
 No los juncos inocentes
 Sedas , brocados y holandas.

ROMANCE TERCERO.

EL SARAIO.

Mientras que la monarquía
 Se desmórna , y el borde
 Toca de una sima horrenda ,
 Duermen en pueriles goces ,
 Entre placeres se aturden ,
 Deleites solo conocen ,
 Sin cuidarse del peligro ,
 El Rey de España y sus nobles.
 Así una casa se quemá ,
 Así desdichas atroces
 Sobre una infeliz familia
 El ciego Destino pone ;
 Y en tanto el imbécil ríe ,
 Duerme el embriagado jóven ;
 Y el niño con sus juguetes
 Es el mas feliz del orbe.
 Si alegre fué todo el día
 Con públicas diversiones ,
 Con saraos y luminarias
 No lo fué menos la noche ,
 El pueblo las anchas calles
 En gozosas turbas corre ,
 Para ver iluminadas
 Las casas de los Señores.

En las plazas principales
Suenan músicas acordes ,
Y farsas se representan
Del Rey celebrando el nombre.

Del palacio del Retiro
Llenos están los salones ,
De todo el fausto y la gala
Que son honra de la corte.

En los soberbios jardines
Brillan vasos de colores ,
Que en el estanque reflejan
Formando guirnaldas dobles.

Un gran fuego de artificio
Las densas tinieblas rompe ,
Y rastros de luz envia
A las celestes regiones :

De los rayos que le lanzan
Los nublados tronadores ,
Dijérase que la tierra
Se estaba vengando entonces.

Várias encendidas ruedas ,
Girando luego veloces
En atmósfera de chispas ,
Parecen mágicos soles ;

Mas pronto en huecos tronidos
De humo blanco alzando un monte ,
Se disipa , y desaparece
Aquel gigante enorme

De luz , que ofuscó los astros ,
Y que deslumbró á la corte ,
Como trasunto ú emblema
Del orgullo de los hombres.

En el salon de los reinos ,
Donde el trono de dos orbes
De oro y terciopelo estriba
En colosales leones ,

El Rey está con las damas ,
La Reina con los señores ,
Y chocolate y conservas ,
Y helados pasan en orden ,

En marcelinas de oro
Y en bandejas , cuyos bordes
Lucientes piedras adornan
En caprichosas labores.

En seguida se bailaron ,
Al compás de alegres sones ,
Las folías y chaconas ,
Y aun zarabandas innobles.

De cada señora al lado
Sitio un caballero escoge ,
Y en un cojin para hablarle
La rodilla izquierda pone.

Allí en animados grupos
Lo mas rico y lo mas noble
De Madrid y España asiste ,
Y extranjeros de alto porte.

Estaban pues... ¿de qué sirve
Que el tiempo perdamos , nombres
Ya olvidados repitiendo ,
Y que alcanzaron entonces

Boga por riqueza y sangre ,
Mas que hoy ya nadie conoce?
De conocidos hablemos ,
De amigos nuestros , de hombres

Que aun los vemos y tratamos ,
Aunque ha dos siglos que esconde
Sus cenizas el sepulcro ,
Sima que todo lo sorbe.

En un lado de la sala
 Estaba el famoso Lope ,
 El fénix de los ingenios ,
 Con el cabello y vigote
 Blancos como pura nieve ;
 Y al través se reconoce
 De sus clericales ropas
 Que fué guerrero de jóven.

La insignia adorna su pecho
 De la hospitalaria órden ,
 Y el fuego brilla en sus ojos
 Que hace á los mortales dioses.

Con él habla un caballero ,
 Cabeza gorda , deformes
 Los piés , de negro azabache
 Melena y barba , mas noble
 Aspecto : diciendo chistes
 Está , y resuenan conformes
 Carcajadas y aun aplausos ,
 En cuantos hablar le oyen.

Es don Francisco Quevedo ,
 A quien un clérigo torpe
 Ya por la edad , ceceando
 Y con malicias responde.

Ser el tal pronto se advierte
 Don Luis Góngora y Argote ,
 Del nuevo estilo de moda
 Inventor , columna y norte.

El padre Paravicino ,
 Que de sabio alto renombre
 Goza , y á Madrid encanta
 Por sus peinados sermones ,

Tambien es del corro ; y luego
 En él ufano ingirióse ,
 Aun tan niño , que en sus labias
 Ni bozo se ve que asome ,

Don Estéban de Villegas ,
 Español Anacreonte ,
 En versos cortos divino ,
 Insufrible en los mayores.

En una pausa del baile ,
De Villamediana el Conde ,
Que ha danzado con la Reina ,
Alargó la mano á Lope ,

Y como ingénio de marca
Entre los otros mostróse.
Acaba de publicarse
Su poema de *Factonte* ,

En aquel tiempo un prodigio ,
Que hoy tiene apenas lectores ;
Obra de perverso gusto
Y de hinchados clausulones.

Góngora , que envanecido ,
Un adepto de alto nombre
Ve en tan claro personaje ,
Sus encomios prodigóle.

Y todos lo celebraban ,
Aunque yo decir no ose
Si sus versos aplaudian
O su favor en la córte.

Don Francisco Manuel Melo ,
En quien se juntan los dotes
De historiador y poeta
Con los bélicos blasones ,

Allí está , aunque taciturno :
Sin duda abriga temores
De que el duque de Braganza
Su osado intento no logre.

El gran don Diego Velazquez ,
De pinceles españoles
Gloria , tambien conversaba
Con tan famosos autores ;

Pero lo que dicen ellos ,
Parece que apenas oye ,
Porque de Rubens los cuadros
Con gran encanto recorre ;

Y en aquel retrato ecuestre
Del Emperador , en donde
Apuró Ticiano el arte ,
Los ojos árabes pone.

Tambien el Rey un momento
 Afable al corro acercóse ,
 Hablando de una comedia
 Que salió al público entonces ,
 Y cuyo autor se nombraba
Un ingénio de esta corte.
 A la cual , aunque por cierto
 Era un disparate enorme ,
 Todos dieron mil elogios
 Y de portento renombre ,
 Pues que es obra del Rey mismo
 No hay en Madrid quien ignore.

Ya muy tarde entró en la sala ,
 Saludos y adulaciones
 Recibiendo del concurso ,
 Con aire altanero y noble

El Conde-Duque : se llegan
 Los Grandes y Embajadores
 Para hablarle , el rey Felipe
 Con gran cariño le acoge ;

Y con él , y con el Nuncio
 Y un milanés enredóse
 En importante coloquio ,
 Que su atencion régia absorve

La Reina , que en gallardía
 A todas se sobrepone ,
 Y cuyos hermosos ojos ,
 Brillantes como dos soles ,

En Villamediana tuvo
 Clavados toda la noche ;
 Viendo al Rey y al favorito
 Con aquellos dos señores

Extranjeros en consulta ,
 Que ha de ser larga supone
 La conversacion , notando
 Que hay vivas contestaciones.

Mas atenta al Conde mira ,
 Le hace una seña , y veloce ,
 Aunque con gran disimulo,
 De la sala retiróse ,

De una danza numerosa
 Que empezó la gente jóven
 A enredar , aprovechando
 La confusion y el desórden.

Conoció al punto la seña
 El favorecido Conde ,
 Que amantes favorecidos
 La mas pequeña conocen.

Pero no son ellos solos :
 Tambien ¡ ay ! de ellas se imponen
 Los celosos... el Monarca
 La seña fatal recoge.

A salir Villamediana
 Siguiendo su amado norte ,
 Iba por distinto lado
 Del salon , cuando turbóle

El ver al Rey furibundo ,
 Que con miradas atroces ,
 Ojos cual los de un fantasma ,
 En él sin quitarlos pone.

Sobrecogido , de mármol ,
 Ni á dar un paso atrevióse ,
 Y trabó , disimulando ,
 Un altercado con Lope.



ROMANCE CUARTO.

FINAL.

En aquella galería ,
 Adornada de arabescos
 Y follajes primorosos ,
 Con oro y esmaltes hechos ,

Y cuya baranda rica
Daba hacia el jardín pequeño,
En que el caballo de bronce
Estuvo por largo tiempo;

Sin mas luz que la que esparce
La luna en mitad del cielo,
Esperando á alguien la Reina,
Está turbada y con miedo.

Del concurso de la danza
Y de la orquesta el estruendo,
Que los salones ocupa,
Oye resonar de lejos;

Y aunque sabe que notada
Ha de ser su ausencia presto,
Por dar al Conde un aviso
Atropella todo riesgo.

Siglos los instantes juzga
Con mortal desasosiego,
Y en el barandal dorado
Palpitante apoya el pecho.

Mira al ecuestre coloso,
Inmóvil, oscuro, enhiesto,
Entre laureles y murtas,
Y tiembla, ¡infelice! al verlo.

Alza á la pálida luna
Los ojos de llanto llenos,
Y se extravia su mente
Por precipicios horrendos.

Sin rumor y de puntillas,
Como fantasma ó espectro,
En el corredor entróse
La parte oscura siguiendo,

Un hombre embozado : llega
Por detrás en gran silencio
A la Reina, que, de espaldas
Estando, no pudo verlo,

Y le tapa el noble rostro
 Con dos manos como yelo ;
 Pero delicadas manos
 Que agita un temblor lijero.
 ¿Quién pudiera aproximarse
 A dama de tal respeto ,
 Sino el amante dichoso
 Con tan inocente juego ?

Así lo pensó ella misma ,
 Pues aunque al primer momento
 De sorpresa lanzó un gríto,
 Pronto sobre sí volviendo :

«Déjame , Conde , prorumpo
 Con dulces lánguidos ecos ;
 No es esta ocasion de burlas ,
 Pues es de infortunios tiempo.

»Déjame , y escucha , Conde.»—
 Libre la dejan en esto
 Las manos que la cegaban ,
 Y se encuentra sola , ¡cielos !

Con su marido que arroja
 Por los ojos rabia y fuego.
 Queda la infeliz difunta ;
 Mas tienen el privilegio
 Las hembras del disimulo ,
 Y en los críticos encuentros
 Mucha mayor agudeza
 Que el hombre de mas ingenio.

Al oír que el Rey pregunta
 Con voz como voz de infierno ,
 «¿Yo Conde?... yo?—En sí tomando
 La Reina , responde presto :

«Sí , señor , de Barcelona...
 Y se complace mi pecho
 Con tal título , afirmado
 Con vuestro poder y esfuerzo,

»Después que habeis reprimido
 La rebelion de aquel pueblo.»—
 Quedó pasmado el Monarca :
 «Discreta sois por extremo ,

»Repuso, y tras pausa leve,
 Mas ¿qué infortunios tenemos?»—
 Ya alentada la señora,
 Pues siempre el paso primero
 Es el trabajoso, dijo:
 «No faltan, Señor, por cierto:
 Dígalo Flandes perdida,
 Y de Nápoles los reinos,
 »Donde un ambicioso intenta
 Arrebatarnos el cetro;
 O Milan, donde la peste
 Está tanto estrago haciendo;
 »Y Portugal vacilante,
 Do traidores encubiertos...»
 Aquí atajóla Filipo
 Con voz de lejano trueno:
 «Basta pues, basta, señora;
 Sois francesa bien lo veo;
 Teneis interés muy grande
 En mi honor y en el del reino.
 »Vereis que uno y otro al punto
 Para aquietaros sostengo,
 Y que lavaré con sangre
 La mancha que advierta en ellos.»
 Calló, y una atroz mirada
 Con el rostro descompuesto,
 Que pareció mas terrible
 De la luna á los reflejos,
 Clavó en la Reina; mirada
 Que destrozó aguda el seno
 De la infeliz, pues temblando
 Cayó sin sentido al suelo.

Como sin rumor ninguno
 Vuela ó se deshace un sueño,
 Desapareció el Monarca:
 Fué á su cámara en silencio,

Tocó un silbato de oro ,
 Que tuvo mágico efecto ,
 Pues salió de los tapices ,
 Al silbido obedeciendo ,
 Por una encubierta entrada
 Un humilde ballestero ,
 Cual espíritu maligno
 Que al conjuro está sujeto.

Era el favorito oculto
 Del Rey : ambos un momento
 Hablaron con tal sigilo ,
 Que el labio apenas movieron.

Solo al irse el confidente ,
 Se oyó decir al Rey esto :
 «Asegura bien el golpe ,
 Y si has de vivir , secreto.»

Al sarao y á los salones
 Tornó Filipo muy presto :
 Aunque pálido el semblante ,
 Tranquilo y tal vez risueño ,
 Volvió á hablar al Conde-Duque ,
 El cual como astuto y diestro ,
 Que su Señor encubría
 Conoció cuidados nuevos ,

Al cabo de corto rato
 Anuncióse que en su lecho
 La Reina indispuesta estaba ,
 Y se dió fin al festejo.

Sucedió al bullicio alegre ,
 Al son de los instrumentos
 Y á la confusion festiva ,
 El mas profundo silencio.

Los cortesanos al punto
 Las actitudes y gestos
 Dejaron de la alegría ,
 Y tomaron los del duelo ,

Y á vaciarse los salones
Comenzaron del inmenso
Concurso , que los llenaba ,
De galas , vapor y estruendo.

Villamediana confuso ,
De inquietud funesta lleno ,
Al retirarse saluda
Al Monarca con respeto ,
Y este con una sonrisa
Lo deja aterrado y yerto ;
Mientras afable despide
A los otros palaciegos.



De la desdichada Reina
La favorita corriendo
Sale por las antesalas ,
Busca al Conde sin aliento ,
Penetra la muchedumbre ,
Le hace señas desde lejos :
Al fin le alcanza , va á hablarle ,
Un papel lleva encubierto ;
Cuando se pára y se habla ,
Al Rey de repente viendo :
Tal queda liebre cobarde
De la serpiente al aspecto.

El gran tropel que descende
Las escaleras , violento
Arrastra á Villamediana ,
Que va delirante y ciego.

Su carroza no parece.....
En la de Orgaz toma puesto ,
Y ambos Condes por las calles
(Que aun no estaban , cual las vemos ,
Alumbradas con faroles)
Veloces van y en silencio.
Grita en una encrucijada
Una voz ¡ Conde ! El cochero

Pára al punto los caballos ;
Pregunta Orgaz desde dentro :
« ¡A cuál de los dos ! » De fuera
« Villamediana , » dijeron .

Villamediana al estribo ,
Juzgando que es mensagero
De la Reina quien lo llama ,
Sacó la cabeza y pecho ;

Y al punto se lo traspasa
Una daga de gran precio
Con tal furor, que á la espalda
Asomó el agudo hierro .

Cayó el herido en el coche
Un mar de sangre vertiendo ,
Y de su amigo en los brazos
Al instante quedó muerto .

Paris, 1833.



EL CUENTO DE UN VETERANO.

INTRODUCCION.

; Oh cuán grato es el oír
 Allá en el hogar paterno ,
 Las largas noches de invierno ,
 Entre el cenar y el dormir,
 Al veterano charlar,
 Y sus pasadas campañas,
 Envueltas con mil patrañas ,
 En rudo estilo contar !

En nuestra niñez primera
 Embebidos lo escuchamos ,
 Sin que una frase perdamos ,
 Ni una palabra siquiera.

Y la peregrina historia
 Se queda como grabada ,
 Y jamás la borra nada
 De nuestra tierna memoria.

Un veterano alcancé
 Que en Italia combatió,
 Y que en Velettri se halló ,
 Donde mal herido fué.

Y muy niño , allá en mi tierra ,
 Recuerdo haberle escuchado ,
 De sus palabras colgado ,
 Sucesos de aquella guerra.

Fuera el tiempo bueno ó malo
 Todas las noches venía ,
 Y desde lejos se oía
 Sonar su pierna de palo.

Era como una estantigua
 Con desarrapado traje ,
 Y restos del equipaje
 De un militar á la antigua.

Del cortijo en el hogar
 Muy orondo se sentaba ,
 Y la gente se agolpaba
 En torno de él á escuchar.

Tras un sorbo de aguardiente
 Encendia su cigarro ,
 Y de su voz de catarro
 Se desataba el torrente.

Ya un asalto referia ,
 Estropeando los nombres
 De reinos , castillos , hombres ,
 Mas nada le detenía.

Ora un combate , ora un duelo ,
 Ya el valor de un camarada ,
 De una patrona burlada
 El amargo desconsuelo ,

De un coronel el rigor ,
 La astucia de un asistente ,
 El triste fin de un valiente ,
 Las diabluras de un tambor.

Y una guitarra tocando
 Cantaba tambien romances ,
 Con tal voz , y tales lances ,
 Que nos dejaba temblando.

De robos y apariciones
 Vários casos repetía ,
 Y costumbres , que decia
 Ser de lejanas naciones.

Y siempre cosas extrañas ,
 Jurando á fé de soldado
 Todo haberlo presenciado
 En sus gloriosas campañas.

Una noche nos contó
 Cierta peregrina historia,
 Que está fija en mi memoria,
 Y que á referir voy yo.

ROMANCE PRIMERO.

EL AYUDANTE.

El Marqués de Castelar
 Entró triunfador en Parma,
 Con las valerosas tropas
 De Nápoles y de España.

Estas van á la cabeza,
 Aquellas á retaguardia,
 Y de lauro inmarcesible
 Y gloria cubiertas ambas.

Desde Veletri venciendo,
 Y enmendando aquella falta,
 Las águilas imperiales
 Van ahuyentando de Italia.

La ciudad, que á los Borbones
 El mas puro amor consagra,
 Y que el dominio detesta
 De los Príncipes del Austria.

Cual libertadoras mira
 A aquellas huestes bizarras,
 Y con *vivas* de entusiasmo
 Las recibe y las aclama.

El alto cielo ensordecen
 Las sonoras campanas,
 Y á los valles y á los montes
 Las músicas y las salvas.

Brillan en los balconajes
De las calles y las plazas
Ricos damascos y estofas ,
Pabellones y guirnaldas.

Y aun mas el vistoso arreo
De las lindas parmesanas
Ornadas de ricas joyas ,
Vestidas de nobles galas.

Y hierve inmenso concurso
De la plebe alborozada ,
Estrechando la carrera
Por donde las tropas pasan.

El primero que desfila
Al son de bélica marcha ,
Es el regimiento insigne
De las españolas guardias :

De firme lealtad ejemplo
A sus jurados Monarcas ,
Modelo de disciplina
Y de arrojo en las batallas.

De Castilla los pendones ,
De tanta victoria y tanta
Gloria ya nuncios, ya emblemas ,
Siguen con noble arrogancia.

Y oficiales y soldados
La atencion pública llaman,
Por su belicoso porte ,
Por su merecida fama.

En un cordobés morcillo
Que con espumas de plata
El pretal, brazos y pechos
Respirando fuego, esmalta ,

Recorre las compañías ,
Y de un lado al otro pasa
Gallardo , vivaz , activo ,
Don Juan Enriquez de Lara.

Del regimiento ayudante ,
Y de tan noble y gallarda
Presencia , que por los ojos
Entra á conquistar las almas.

Esclarecido linaje ,
De los mejores de España
Era el de este caballero ,
Y su riqueza extremada.

En la mies de bayonetas
Se descubre su cucarda ,
Como suele en la de espigas
Una amapola lozana.

De las mujeres los ojos
Doquier siguenlo , y se clavan
En su rostro y en su talle ,
En su garbo y en su gracia.

Su edad á los cinco lustros
De seguro , aun no llegaba ,
Pues sus facciones guarnecen
Aun mas bien bozo que barba.



En rondas y en desafíos ,
En pendencias y en batallas ,
O con razon ó sin ella ,
Siempre era un rayo su espada.

Y aunque bueno , calavera ,
Y de lijereza tanta ,
Que cuanto se le ocurría
Sin reparo ejecutaba.

En juego y en francachelas ,
Y en aventuras galanas ,
Liberalmente espendía
Sus pingües rentas de España.

Era un caballo sin freno ,
 Un demonio en carne humana
 En tratándose de amores ,
 En petándole una dama.

Siendo ya tantos los lances
 Que en su tierna edad contaba ,
 Que era su famoso nombre
 Conocido en toda Italia.

Y en las calles y balcones
 Lo reconocen por fama ,
 Y en todas partes se escucha :
Ese es don Juan ,—Ese es Lara.

ROMANCE SEGUNDO.

EL ALOJAMIENTO.

En sus cuarteles dejando
 Recogidas á las tropas ,
 Los oficiales y jefes
 Sus alojamientos toman.

Y por las plazas y calles
 Pasan , cruzan y se informan
 De los números y casas ,
 Y de si hay lindas patronas.

Coge D. Juan su boleta ,
 Donde está la casa anota ,
 Y en su fogoso morcillo
 Para buscarla galopa.

Al paso dice requiebros
 A las niñas que se asoman
 A los balcones , donaires
 A camaradas que topa ;

Atropella á los paisanos ,
Y las mesillas trastorna ,
Al atravesar la plaza ,
De las pobres vendedoras.

A su alojamiento llega ,
Que es una casa de forma
Donde un caballero anciano
Muy noble y muy rico mora.

Mas en ella no hay mujeres ,
Lo que á D. Juan incomoda ,
Recetando al boletero ,
Por esta falta , una soba.

—Cortés el patron recibe
Al huésped , que en su persona
Urbanidad y despejo
Fina educacion denota.

Y en una vivienda rica ,
Do nada falta , le aloja ,
Rogándole honre su mesa ,
Y que cual dueño disponga.

Lara admite agradecido
La invitacion obsequiosa ,
Y con frases cortesananas
Corresponde á tales honras.

Solo ya con su asistente
Se lava , atilda y adorna ,
Y por registrar la calle
A los balcones se asoma.

No era la calle muy ancha ,
Y estaba desierta y sola ,
Por ser mas de mediodia ,
Que era de comer la hora.

Son las fronteras paredes
 Las de un convento de monjas ,
 Cuya principal fachada
 De arquitectura grandiosa ,

A la plaza daba donde
 Hicieron alto las tropas
 Con sus bandas y banderas ,
 Y marciales ceremonias ;

De los altos miradores
 Viéndolo las religiosas ,
 Que no están como en España
 En reclusion tan angosta.—

Las espaldas del convento ,
 Frente á la casa en que mora
 Don Juan , daban pues , y en ellas
 Ventanas y claraboyas ,

Con espesas celosías ,
 Que á las miradas curiosas
 De imprudentes libertinos
 El osado paso estorban.

Hácia una de estas ventanas
 Maquinalmente se tornan
 De Lara los negros ojos ,
 Que fuego mágico brotan ,

Y al través de los estorbos
 Juzga ver alguna cosa ,
 Como un bulto negro y blanco ,
 Que su atencion fija y roba.

—No se engañó. En el momento
 Ve que unos dedos asoman
 Por entre las celosías ,
 Y oye una tos sospechosa ,
 Y una voz sumisa luego
 Que claro le llama y nombra ;
 Y él corresponde con señas ,
 Pues el gozo le rebosa ,

Pensando que una aventura
 Rara se le proporciona ;
 Y de cierta ilustre jóven ,
 A quien ha burlado en Roma ,
 Recuerda haber entendido
 Tener una hermana monja ,
 Que en un convento de Parma
 Amargas lágrimas llora :
 Pues allí la sepultaron ,
 No vocacion fervorosa ,
 Sino viles procederes
 De un galan que la abandona.

Luego oye que le preguntan :
 «Decid , ¿ la calle está sola ?»
 La registra con los ojos ,
 Y contesta : «Sí , señora.»

Y al punto una celosía
 Se entreabre , y una persona
 Que ver no pudo , tiróle
 Un papel que el aire corta.

Cerrándose aquel resquicio
 Con rapidez , sin que sombra
 Ni nada á notarse vuelva
 Detrás de la claraboya.

Coge el papel , que traia
 Dentro una medalla tosca
 Solo como lastre ó peso ,
 Que era avisada la monja ,

Y con un lápiz escritos
 En limpia y gallarda forma ,
 Lara estos renglones halla ,
 Que con los ojos devora.

«Estaria tan ufana
 »Con vuestro lijero amor ,
 »Como sumida en dolor
 »Con vuestro olvido , mi hermana.

»Pues no es abultada , no ,
 »De vuestro porte galan
 »La fama , señor don Juan,
 »Que hasta mi celda llegó.
 »Quiero que me conozcais ,
 »Y verme no os pesará ;
 »Solo en vuestra mano está ,
 »Si de servirme os dignais.
 »Esta tarde al coronel
 »Da , de vuestro regimiento ,
 »Un agasajo el convento ,
 »Venid , si os place , con él.
 »Y en viendo una monja allí
 »Con una rosa en la mano ,
 »Yo soy , yo , que... Pero en vano
 »Es deciros mas aquí.
 »Por fuerza encerrada estoy ,
 »No tengo ni un protector ,
 »Y solo en vuestro valor
 »Humilde á buscarlo voy.
 »Otro papel tendreis luego
 »Dentro de un escapulario
 »Que os pondrá el mismo Vicario ,
 »Tened disimulo , os ruego!
 »Y sabed... Mas basta ya.
 »Sois hidalgo , sois discreto ,
 »Sois español... el secreto
 »Impenetrable será. »

ROMANCE TERCERO.

EL REFRESCO.

En un bajo locutorio
 Que adornan hermosos cuadros ,
 Y muebles de terciopelo
 En forma de regio estrado ,

Está el Coronel de Guardias
Con su cruz de Santiago,
Y con su azul uniforme
De galones y entorchados.

El capellan le acompaña
De su regimiento, cuatro
Capitanes ya machuchos,
Y el ayudante bizarro.

Del convento la Prelada,
Parentesco, aunque lejano,
Con el Coronel tenía,
Y ha dispuesto agasajarlo.

Y su adhesión y obediencia
Al vencedor con tal acto
Manifestar, porque puede
Convenirle en todo caso.

Dos modestos sacerdotes,
Y del convento el Vicario,
Los honores de la casa
Haciendo están muy ufanos.

Y con melifluos semblantes
Al coronel adulando,
Y según las graduaciones
A todos los convidados.



De bronce dorada reja
Cierra el anchuroso espacio :
Lindero entre Dios y el mundo,
Término entre el siglo y claustro.

Y detrás está extendido
Un cortinon de damasco,
Mientras acuden las monjas,
De quienes suenan los pasos.

— Descórrase la cortina,
Después de muy breve rato,
Y la comunidad toda
Descúbrese al otro lado.

Fórmanla unas veinte monjas ,
 Que con los velos echados ,
 Y con las túnicas blancas ,
 Y con los oscuros mantos ,
 Dan á la reja el aspecto
 De algun espejo encantado ,
 Donde un coro de fantasmas
 Se ve al conjuro de un mago.

La Prelada alzóse el velo
 Con señoril porte y garbo ,
 Descubriendo un noble rostro ,
 Pero ya sexagenario.

Al Coronel un cumplido
 Hace oportuno , aunque largo ,
 Y manda á las religiosas
 Alzar los velos opacos.

De vários gestos y edades
 Al descubierto quedaron
 Los semblantes compungidos ,
 Todos modestos y gratos. —

Uno habia como un cielo ,
 De tanta beldad y tanto
 Atractivo , grave y noble ,
 Que no es fácil ponderarlo.

Tez de nácar , y dos ojos
 Como poderosos rayos ,
 Y los dientes como perlas ,
 Y como coral los labios.

Y una palidez , y un todo
 Tan perfecto y sobrehumano ,
 Que sin humillarle el alma
 Era imposible mirarlo.

Esta linda religiosa ,
 Este prodigio , este encanto ,
 Una rosa nacarada
 Llevaba en la diestra mano.

Con lo que Lara los ojos
 Clavó y cebó en ella incauto ,
 Conociendo ser aquella
 La que pretende su amparo.
 Quedó como queda el ave
 Bajo el prestigio tirano
 De los ojos de la sierpe ,
 De quien va luego á ser pasto.

La Prelada muy oronda
 Y con gran despejo hablando ,
 Refirió á los circunstantes
 Las misas y los rosarios
 Que por los Reyes Borbones
 El monasterio ha aplicado ;
 Y las predicciones cuenta
 De várias santas y santos ,
 Que aseguran el dominio
 De Italia en Felipe y Carlos :
 Por ser de la madre Iglesia
 Hijos predilectos ambos.
 Y luego las monjas todas ,
 Ora en tiple , ora en contralto
 Mil sandeces refirieron ,
 Mil tontunas preguntaron ,
 Que con rubor escuchaban
 Los clérigos y el Vicario ,
 Retozándoles la risa
 A los otros en los labios.

La que no habló una palabra
 Indiferencia afectando ,
 Fué la hermosa , que el extremo
 Ocupaba de un escaño.

Si era pasmoso su rostro ,
 Su talle era tan gallardo ,
 Que ni las ropas mongiles
 Lograban desfigurarle ,

Bien que aun en ellas habia
 Ya negligencia , ya ornato ,
 Una y otro disonantes
 Con la austeridad del cláustro.

Y tambien su alta belleza
 Demostraba á veces algo
 Como descompuesto , inquieto ,
 Incomprensible y extraño.

Ya retorciendo de pronto
 Como convulsos los brazos ,
 Ya revolviendo sus ojos
 Como vizcos y encontrados ,
 Ya frunciendo el entrecejo ,
 Ya mordiéndose los labios ;
 Pero todo pasajero ,
 Rapidísimo , instantáneo.

Haciendo el desagradable
 Efecto , que en un buen cuadro ,
 La cabeza de una santa
 De Murillo ó de Ticiano ,

Que al resplandor de una vela
 Se está de noche mirando ;
 Si á un soplo de viento oscila
 La luz , y todos los rasgos ,

Sombras , perfiles y toques ,
 Se pierden , haciendo acaso
 Instantáneamente un monstruo
 Del mas prodigioso encanto.

Un exquisito refresco
 De almibares delicados ,
 De sorbetes y bizcochos
 Sirvióse con aparato ,

En su bajilla de plata,
Y en sutilísimos vasos
De fábrica de Venecia
Con cifras de oro y con ramos.

Del locutorio ambas partes
Fáciles comunicaron
Dos tornos, que revolvían
Veloces á todos lados.

Dentro servían las legas,
Demandaderos y hermanos
Afuera, obedientes todos
A la Prelada y Vicario.

Mediada estaba la tarde,
Bajaba el sol al ocaso,
Y ser la hora de la lista
Los tambores avisaron.

El Coronel levántose
Como militar exacto,
Obedeciendo al momento
De las cajas el mandato.

Y con palabras corteses
Demostrándose obligado
Al convento y á las monjas
Por su afecto y agasajo,

Se despide; y les ofrece
La protección del muy alto
Infante, que de las tropas
Coligadas tiene el mando.

La Prelada entonces dice
Muy obsequiosa: «Anhelamos
Yo y mis hijas, que un recuerdo,
Militares tan cristianos

»Lleven, ó señor, consigo,
Y que pueda ser acaso,
Como impenetrable escudo,
Bueno en batallas y asaltos.»

Y volviéndose á la linda
 Con noble desembarazo ,
 «Traed (prosigue) á estos señores
 Del monasterio el regalo.»

Despareció , y al momento
 Tornó la hermosa , en las manos
 Trayendo un rico azafate
 Con cartas y escapularios.

Pasó el azafate el torno ,
 Y el reverendo Vicario ,
 Siguiendo como discreto
 La graduacion y los años ,

Fué de cada concurrente
 En el cuello colocando
 Aquella señal bendita ,
 Y poniéndole en la mano

De hermandad sellada carta ,
 Por la cual de los sufragios
 E indulgencias del convento
 Gozarian como hermanos.

Pero ; oh Dios ! hay una carta
 Que no tiene escapulario ,
 Y sin él , como el mas jóven
 Y el menos condecorado ,

Queda D. Juan , lo que pone
 En gran apuro al Vicario.
 Y lo nota la Prelada ,
 Que dice en tono muy ágrío :

«Dios os valga , hermana mia ,
 Y qué mal habeis contado.....
 Os pierde tanta viveza.....
 Id por otro escapulario.»

Corre la hermosa , figura
 Que donde están vá á buscarlo ,
 Y torna al punto con uno
 Que tenia preparado.

Lo presenta á la Prelada ,
 Esta se lo da al Vicario ,
 Que en en el cuello del mancebo
 No retarda el colocarlo.

Y el Coronel se retira
 A la Prelada encargando
 Que el regimiento encomiende
 A Dios y á todos los santos.

ROMANCE CUARTO.

UN COMPROMISO.

«Si á una principal mujer
 »Oprimida, desdichada,
 »Contra su gusto encerrada,
 »Quereis, señor, proteger,
 »Esta noche, pues no hay luna,
 »A la pared de la huerta,
 »Que da á una calle desierta,
 »Venid, solo, al dar la una.
 »Y á la parte en que un ciprés
 »Descuella, hallareis subida,
 »Que por allí carcomida
 »La tapia está, y baja es.
 »Y por dentro una escalera
 »Ya colocada estará,
 »Que fácil paso os dará
 »A do mi afán os espera.
 »Mi humilde historia sabreis,
 »Y entonces, cual caballero...
 »Nada exijo, nada quiero,
 »Sino que me oigais y obreis.
 »Me pareco inoportuno
 »A un español militar,
 »A un hidalgo, asegurar
 »Que no corre riesgo alguno.

»Y encargarle por su honor
 •Que eterno el secreto guarde.
 »No puedo mas , que es muy tarde ,
 »Hasta la noche , señor.»

Esto la carta decia
 Que don Juan con *ánzia* grande
 Sacó del escapulario
 Donde nunca debió hallarse.

Y que leyó várias veces
 Como si acaso dudase
 De que ser cierto pudiera
 Un empeño tan notable.

Encerrado en su aposento
 Está como delirante ,
 Midiéndolo á largos pasos
 Y lo que ha de hacer no sabe ;
 Que es el violar la clausura
 Sacrilegio formidable
 Piensa , y se detiene un punto ,
 Mas luego pasa adelante.

Y la beldad de la monja ,
 Y su discrecion y talle ,
 Y la opresion en que gime ,
 Y su arrojo de citarle

Recuerda , y ya se resuelve ;
 Cuando le ocurre lo grave ,
 Lo criminal, lo espantoso
 Del paso á que va á arrojarle ,

Que no hay momento seguro
 De existencia en los mortales ,
 Y que la Justicia eterna
 Todo lo castiga y sabe.

Va á desistir. Mas le asuata
 Que la nota de cobarde ,
 Si no acomete la empresa ,
 Con la dama ha de quedarle.

Y en su edad, salud y brio
 Juzga estar lejos el trance,
 En que basta arrepentirse
 Al hombre para salvarse.

A su siniestra un demonio
 Tiene, y á su diestra un Angel
 Que él no ve, pero que escucha
 Aunque le hablan sin hablarle.

¡Ay de Lara! El pecho cierra
 Al bálsamo saludable,
 Y al mortífero veneno
 ¡Triste humanidad! lo abre.
 «Iré, vive Dios, lo juro,»
 Alto exclama; que aunque nadie
 Con él esté, bien conoce
 Que le contradice alguien.

La ciudad un gran sarao
 A los jefes y oficiales
 Daba aquella noche misma
 Con música, cena y baile.

Y Lara asiste un momento,
 De su lijero carácter
 Dando, como siempre, pruebas,
 Esmerado en porte y traje.

Pero hubieran advertido
 Unos ojos penetrantes,
 Que en su locuaz alegría
 Y movimientos marciales,

De afectado y violento
 Daba muestras su semblante,
 Porque voces interiores
 No cesaban de asustarle.

Era media noche en punto
 Cuando dejó Lara el baile,
 Y dos veces volver quiso
 Al verse solo en la calle.

Mas resuelto, va á su casa
Do toma su capa, y sale
Seguido de su asistente,
A quien mandó acompañarle.

Por la ciudad, que dormia,
Sin que otro rumor sonase
Que el eco de los violines
O de algun buho los ayes,

Vaga el jóven como loco,
Porque el demonio y el ángel
Dentro de su mismo pecho
Aun empeñados combaten.

Del Eterno los juicios
Santos son é inexcrutables.
Sonó en el reloj la una
Y decidióse el combate.

Lara del convento llega
A los humildes tapiales,
Que allí aguarde á su asistente
Manda, y decidido parte.

El ciprés erguido mira,
Que taladrando los aires,
Aparece entre las sombras
Vago, aterrador gigante.

La pared registra, advierte
Derruidos los sillares
De la planta, los ladrillos
Descarnados, desiguales.

Tienta, y ve que ofrecen paso,
Y que aun ya lo han dado antes;
Audaz trepa, y en la barda
Llega pronto á cabalgarse.—

Le pasma el hondo silencio
Y la oscuridad fragante
De aquel huerto, que domina
Sin ver nada. Escucha el suave

Murmullo de agua corriente ,
 Y de las hojas que el aire
 Mece con su dulce soplo...
 ¡Ay ! aun puede retirarse.
 Mas no se retira. Encuentra
 Cerca con los dos varales
 De una escalera de mano.
 En ella logra afirmarse ;
 Desciende sin saber dónde,
 Y al tocar la tierra , sale
 De detrás de un tronco , un bulto
 Que por el brazo le ase
 Con una mano convulsa ;
 Y una voz , que apenas sabe
 Si es voz , le dice : *Seguidme* ,
 Y anda el bulto sin soltarle.
 Por la confusion medrosa
 De tinieblas impalpables
 A tal hora , con tal guia ,
 Y sin saber á qué parte
 Va Lara , como caminan
 Tras su destino inmutable
 Sin verlo , del ciego mundo
 Por las sombras , los mortales.

ROMANCE QUINTO.

LA MONJA.

De una reducida celda
 En el estrecho recinto ,
 Que un claro belon alumbra
 Encima de un pajecillo ,
 Se encuentra confuso Lara ,
 Cual por encanto metido
 Con la misteriosa guia
 Que le ha llevado á aquel sitio.

Mira en derredor , y encuentra
A un lado un lecho muy limpio,
Al otro un reclinatorio
Y sobre él un crucifijo;

Dos muy capaces armarios
De nogal negro , un antiguo
Escritorio , y taburetes
Por la pared repartidos.

Y enmedio un bufete halla
Cubierto de mantel fino ,
Con tortas , bizcochos , dulces ,
Conservas y pastelillos ,

Dos copas y dos redomas ,
Que una de agua otra de vino
Parecen , y dos cubiertos
Todo muy pulcro y prolijo.

La vista en seguida clava
En quien allí le ha traído ,
Que ya al descubierto ostenta
De su porte el atractivo.

Y si pensó aquella tarde
Que era un sol el rostro lindo
De la monja , ahora lo juzga
Un encantador prodigio.

Depuestos el velo y manto
Descubre todo el echizo
De su esbelto y noble talle ,
De su donaire y su brio.

Y como no la contienen
Los importunos testigos ,
Que acaso en el locutorio
De sus gracias fueron grillo ,

Ostenta todo el tesoro
Que el cielo donarle quiso
De belleza y gallardía ,
Y el de sus modales finos.

Con sonrisa seductora
Y con ojos expresivos
Se acerca á don Juan, que mudo
Se ve cual jamás se ha visto.

Le ase amorosa una mano,
Y «Descansad, señor mío,
Tomad algun refrigerio,
Y estad seguro y tranquilo,»

Le dice. Blanda le acerca
A aquel bufete provisto,
Y le ruega que se siente
Con gran ternura y cariño.

Lara torna en sí, se esfuerza,
Recobra el genio nativo,
Y lo pasado y futuro
Dando lijero al olvido,

De su temor se avergüenza,
Sonrójase de sí mismo,
Y de solo lo presente
Entrégase á los delirios.

Y «No extrañéis, ó señora,
O sol, ó encanto divino,
(Dice) se muestre cobarde
Con su señora el cautivo.

»Ni que dude de tal dicha
Quien de ella se juzga indigno,
Y piensa que es el juguete
De un ensueño fugitivo.

»Un volcan arde en mi pecho,
Su fuego solo respiro,
Y jamás sentí en el alma
Mas delicioso martirio.

»Vos sola, vos...» Levántese
Tan resuelto de improviso,
Que atrás la monja dos pasos
Dió con ademan esquivo;

Y lanzando una mirada
De indignacion y desvío,
En tono grave y resuelto
«Teneos, ¿qué haceis?» le dijo.

El militar arrogante,
Aterrado y confundido,
A ocupar volvió su silla
Mas humilde que un novicio.

Pasmado de que un semblante
Pueda tener tal prestigio,
Que baste á imponerle freno
A tal hora y en tal sitio.



La monja, ya asegurada
De que tiene poderío
Para anonadar los planes
De aquel audaz libertino,

Torna á desplegar astuta
Sus encantos y atractivos.
Siéntase enfrente de Lara,
Y en él ambos ojos fijos,

Le alarga un tierno bizcocho
Y le excita el apetito,
Diciéndole que ella misma,
Con cuidado muy prolijo

Lo ha elaborado anhelosa,
Del dulce mas exquisito,
Para regalo del huésped
Que en su sócorro ha venido.

Lara otra vez recobrando
Su suelto y marcial estilo,
Lo come, y aun otro toma,
Lo que da gran regocijo

A la engañadora maga,
Que echa en una copa vino
Y le dice: «Este es regalo
Que la Navidad me hizo

Mi hermana, señor, mi hermana;
 Apurad gozoso el vidrio,
 Y gane el licor por suyo
 Lo que pierda por ser mio.—

«Brindemos por ella entrambos»
 (Contesta don Juan), y fino
 Va á servirle en la otra copa.
 Mas ella estórbalo, y dijo:

«Brindaré con agua pura,
 Que aunque es muy suave este vino,
 Por no estar acostumbrada
 Pudiera serme nocivo.»

Don Juan el agua le sirve,
 Y bebe ella al tiempo mismo
 Que el otro el bálsamo apura,
 Que era añejo y exquisito.

«De Chipre es, y es excelente
 (Dice don Juan), vive Cristo.—
 El comendador de Malta,
 Que vos conoceis, mi tío,

»En su galera lo trajo
 Cuando volvió del Egipto,»
 Contestó la religiosa
 Con un gracioso remilgo.

«Es un néctar» (dice Lara),
 Y otra copa llenar quiso,
 Mas la monja le detiene
 Con un afable sonrisa,

Diciéndole: «La cabeza
 Fuerza es conservar y el tino,
 Que aun nos queda que hacer mucho
 Y es el tiempo fugitivo.»

Lara aquella mano toma,
 Que le ataja, y expresivo
 En ella imprime los labios,
 Y se da por convencido.



La monja se alza, y severa
 «Señor don Juan, es preciso
 (Dice) no perder momento
 Y que se cumpla el designio
 »Con que os he dado esta cita,
 A que habeis correspondido.
 Vais á hacer un gran viaje,
 Para hacerme un gran servicio.

»Y por ahorrarme palabras,
 Y que sepais por vos mismo
 Mis mas ocultos secretos,
 Y la proteccion que exijo,
 »Abrid aquel grande armario,
 No vacileis, os suplico,
 Y ayudadme cual valiente:
 Abridlo, don Juan, abridlo.»

Subyugado por el tono
 Del mandato imperativo,
 Y por demostrar que nada
 Atemoriza su brio,

Va don Juan, abre el armario,
 Y á sus piés cae al abrirlo,
 De un caballero el cadáver
 Con ricas ropas vestido.

Queda helado, queda mudo,
 Queda trasformado en risco,
 En tan espantoso objeto
 Los ojos clavados, fijos.

Cuando oyó la voz tremenda
 De la monja, que el rugido
 Le parece de una tigre,
 O de voraz hiena el grito,

Que de este modo le explica
 Hallazgo tan imprevisto,
 Alumbrando con un rayo
 Aquel ciego laberinto.

«Ese objeto que os asombra
Una víctima es, don Juan,
De su infame alevosía,
De su perfidia falaz.

»Un ejemplo de que nunca
Hembras de mi calidad
Los engaños y traiciones
Sin venganza sufrirán.

»Con sus fingidas palabras,
Ese, que no es nada ya,
Logró rendir mi altiveza,
Logró oprimir mi beldad,

»Logró encender en mi pecho
Un infierno, no un volcan;
Y un gran pecho no se inflama
Impunemente jamás.

»Mi amor, que era inapreciable,
Pagó con iniquidad,
Y mis grandes sacrificios
Con un engaño infernal.

»Ante Dios, en los altares,
Con otra (que no es mi igual
En sangre ni en hermosura,
Pero que en ventura es mas)

»Ligó su suerte; poniendo
Entre él y yo por su mal,
Un insuperable monte,
Un embravecido mar.

»Lloré, maldije, encontréme
De la muerte en el umbral,
Que la violencia del golpe
Me hundió en una enfermedad.

»Y por no ser el objeto
De la burla general,
De los sarcasmos del mundo,
De la charla popular,

»Me encerré en estas paredes;
Donde he sabido pasar,
Preparando mi venganza,
Tres largos años en paz.

»Y la he logrado.—El alevé
Vino por casualidad
De esta asoladora guerra
Abrigo en Parma á buscar.

»Lo supe, todos sus pasos
Hice perseguir sagaz,
El señuelo de un billete
Atrajo su liviandad;

»Y por esa tapia misma
Que os abrió paso, don Juan,
Y por el mismo camino
Que os ha conducido acá.

»Cenó, cual vos, á esa mesa,
Y á mi ruego pertinaz
Brindó con vino de Chipre,
Como acabais de brindar;

»Y en ese lecho una muerte
Al instante tuvo, tan
Espantosa, que aun me gozo
Con su agonía final.

»Encerrado en ese sitio
Hace dos días está,
Que falta de fuerza, en vano
Lo he pretendido sacar.

»En este terrible apuro
Llegásteis, os ví galán,
Enamorado, valiente,
Al bien dispuesto y al mal;

»Y sabiendo que á mi hermana
Habeis osado burlar
(Asunto que para luego
Suspendido quedará);

»De todos mis planes juntos
Vi cerca la realidad,
Y hasta os trajo mi fortuna
Tan cerca de aquí á morar.

»Y os he llamado á mi celda
(Cuando juzgabais quizás,
Que á ser dichoso en mis brazos),
Un cadáver á enterrar.

»Sús, al punto en vuestros hombros
 Esa carga colocad;
 Y si osais mover la lengua
 O hacer de no el ademan;
 »Vive Dios que esta pistola,
 Aspid fiero de metal,
 Con su ponzoña ó su fuego,
 Ceniza, nada os hará;
 »Y en vez de uno habrá dos muertos,
 Que otro menguado á sacar,
 Enredado con mis artes,
 Cual ese y cual vos, vendrá.»

Aterrorizado Lara,
 Viendo á la furia ó vestiglo
 Que le apunta una pistola,
 Pronta á vomitar el tiro,
 Y sintiendo por instantes
 Un fuego lento en sí mismo
 Que le abrasa las entrañas,
 Que le turba los sentidos,
 Por salir al aire libre
 De aquella celda ó abismo,
 Donde del infierno juzga
 Escuchar los rancos gritos,
 Obedece; y en sus hombros
 Coloca el cadáver frio,
 Y sigue tras de la monja
 Acobardado y sumiso.

ROMANCE SEXTO.

ALGO MAS.

Allá en un bajo terreno
De la huerta , hácia una punta
Que tapias y matorrales ,
Y espesos troncos oculten ;
Envuelta en su velo y manto
Está la tal monja , ó furia ,
Como aterrador fantasma ,
De pié y con la boca muda.
En la mano una linterna
Tiene , que en sombras confusas
Deja escondido su cuerpo ,
Y con luz de infierno alumbra
A sus piés , delante de ella ,
Una zanja ó sepultura ,
Que don Juan con una azada
Está haciendo mas profunda.
Se ve en uno de sus bordes
El cadáver ; y resulta
Un cuadro raro , espantoso ,
De un efecto que espeluzna.
Reina silencio profundo ,
Y solamente se escucha
El grave vuelo y los ayes
De una agorera lechuza ;
Y los golpes de la azada
Que entre la tiniebla oscura ,
A la luz de la linterna
Con vivas chispas relumbra.



Jose Vallejo dibº y litº

Lit de J. Donon

Que sus fuerzas desfallecen ,
 Que su helada frente suda
 Siente D. Juan , y el trabajo
 Harto espantoso apresura.

Cuando la monja bastante
 El hoyo á su intento juzga ,
 La linterna levantando
 Sus luces derrama astuta

De don Juan en el semblante ,
 Para examinar si alguna
 Señal da ya del efecto ,
 Que por momentos calcula.

Y algo vió , pues presurosa
 Dijo : « Ya es harto profunda
 La huesa : echad el cadáver ,
 Y que esa tierra lo cubra. »

Y la linterna dejando
 Sobre la yerba , le ayuda
 Con los piés y con las manos
 A llenar la sepultura.

Y así que quedó el terreno
 Igual , sobre él acumula
 Hojas , ramajes y piedras
 Que el fresco trabajo encubran.

Encarando nuevamente
 La luz á la faz adusta
 De don Juan , lo que esperaba
 Advirtió en ella sin duda.

Pues con satánica risa ,
 « ¿Estais cansado? » (pregunta).
 Lara contestarla quiere ,
 Mas la lengua se le anuda.

La monja reconociendo
 Que el habla le dificulta
 Ya el estertor , que lo ahoga ,
 Urgir los momentos juzga.

Ya ve sus planes cumplidos ,
Y que ya nada aventura
Con quien está que no puede
Revelar cosa ninguna.

Y la linterna soltando ,
Saca , amartilla y apunta
A don Juan una pistola ,
Y estas palabras pronuncia :
«Cumplisteis con vuestro empeño ,
Yo con mi venganza justa ,
Pues al alevoso encierra
El secreto de esta tumba.

»Y tambien está vengada
Mi hermana infeliz, que nunca
Sin venganza se han quedado
Las hembras de nuestra alcurnia.

»Ahora marchad ; salid luego
Por do entrasteis en mi busca.
Salid , á tener descanso
De tan laboriosa angustia.»

En tanto que aquesto dice
A que se mueva le ayuda ,
Que ya es llegado el momento
Y la detencion la asusta.

Lara , de quien los sentidos
Se confunden y se turban ,
De quien se traba la lengua ,
De quien los oidos zumban ,

Anhela tan solamente
Alejarse de tal furia ,
Y salir de aquel infierno
En donde un monte lo abruma.

De una horrenda pesadilla
Ser presa se le figura ,
Y por despertarse de ella
El desventurado lucha.

Tropezando en cada mata ,
Y por mas que lo procura ,
Sin que en gritar le obedezca
La lengua helada y convulsa ;

Mas que ayudado , arrastrado
Por la monja furibunda ,
Hacia el lugar consabido ,
Entre las sombras oscuras ,

Llega al ciprés. La escalera
Está en la tapia. Con suma
Fatiga sube ; su guia
Con brazos y hombros le ayuda.

Y al verlo sobre la barda
Así en ronca voz lo insulta ,
Retirando la escalera
Con la que á D. Juan empuja :

«Sabed , menguado , que el vino
De Chipre , que tanto os gusta ,
Con el agua de Tofana
Se confecciona y se endulza.»

Lara á la parte de afuera
Por la tapia se derrumba ,
Cae á la calle , arrastrando
Andar por ella procura.

Tardamente lo consigue ,
Entre visiones confusas ,
Devorado de dolores
Que el cuerpo le descoyuntan ;

Abrasadas las entrañas ,
Porque ya solo circula
Fuego en sus venas.—Al cabo
Llega con fatiga mucha

Do el soñoliento asistente
Lo espera , sin que presuma
De dónde viene su amo ,
Ni qué es lo que le atribula.

Que de alguna francachela
Ebrio sale, se figura,
Como suele, y lo levanta,
Sin susto, por darle ayuda.

Alzó un cadáver..... La monja
En calcular era ducha
La maldita agua Tofana,
Invencion que Dios confunda.

Gibraltar 1837.



BAILÉN.

Al Excmo. Sr. D. Francisco Javier Castaños,

DUQUE DE BAILÉN.

ROMANCE PRIMERO.

SEVILLA.

A la capital risueña
 De la andaluza comarca,
 Que Hércules fundó de Bétis
 Sobre las fecundas aguas,
 La que cercó Julio César
 De muros y torres altas,
 La que ganó San Fernando
 Con Garci-Perez de Vargas;
 A la opulenta Sevilla,
 La del encantado alcázar,
 La del magnífico templo,
 La de la torre gallarda.
 Emporio de la riqueza,
 De claros ingénios patria,
 Y que en los brazos dormía
 De la paz y la abundancia;
 Llega de cálido polvo
 Dejando en pos nube blanca,
 Que los caños de Carmona
 A la vista borra y tapa,

Un anhelante correo
 En una sudosa jaca,
 Cuyo hjar la espuela rompe,
 Y á quien da un látigo alas.

El rostro como de azufre,
 Los ojos como de brasa,
 Demuestran que es mensajero
 De peligros y desgracias.

En corto momento esparce
 Nuevas de tal importancia,
 Vértigo tan repentino,
 Y tan mágicas palabras,
 Que la ciudad toda altera,
 Que la ciudad toda alarma;
 Y la dormida laguna
 En mar borrascoso cambia.

Súbito clamor confunde
 Las antes tranquilas auras,
 Y agitado el pueblo inmenso
 Hierve en las calles y plazas.

Plebeyos, nobles y Grandes,
 Canónigos, hombres de armas,
 Frailes, doctores, artistas,
 Traficantes y garnachas,

Solo un cuerpo humano forman
 Donde solo vive un alma,
 Que un solo afán precipita,
 Y que un solo grito lanza.

No hay ya opuestos intereses,
 No hay ya clases encontradas,
 No hay ya distintos deseos,
 No hay ya opiniones contrarias,

Ni mas pasión que la ira,
 Ni mas amor que la patria,
 Ni mas anhelo que guerra,
 Ni mas grito que ¡venganza!

Palacios, talleres, templos,
 Conventos, humildes casas,
 Academias, tribunales,
 Lonjas, oficinas, aulas,

Tórnanse en cuartel inmenso
 Donde solo crujen armas,
 Solo retumban tambores,
 Solo se alistan escuadras.

Plumas, estevas, ciriales,
 Pesos, báculos y varas,
 Y hasta abanicos y agujas
 Se convierten en espadas.

En *guerra y muerte* terminan
 De los templos las plegarias.
 Terminan en *guerra y muerte*
 Los procesos y contratas.

En *guerra y muerte* concluyen
 De amor las dulces palabras,
 Y desde el sabio discurso
 Hasta las vulgares charlas.

¡*Vamos á matar franceses!*
 Prorumpe con fiera audacia
 Turba de inocentes niños,
 Que hace fusiles de caña.

¡*Vamos á matar franceses!*
 Dice el anciano, que arrastra,
 Del báculo con la aynda,
 De un siglo entero la carga.

¡*Vamos á matar franceses!*
 Grita el jóven, que la espalda
 Del potro indómito oprime
 Blandiendo una antigua lanza.

De la gran ciudad cabeza,
 La gigantesca giralda,
 Con lengua de eterno bronce,
 Cuya voz seis leguas anda,

Al huracan ensordece ,
 Sobrepuja á las borrascas ,
 Conmueve la baja tierra ,
 Y el firmamento traspasa ,
Guerra pregonando al mundo ,
 A *guerra* convoca y llama
 A toda la Andslucia ,
 A toda la extensa España.
 Y ciñe la erguida frente ,
 Al llegar la noche opaca ,
 De una corona de hogueras ,
 Que viento y lluvias no apagan :
 Bandera del fuego santo
 Que se ha encendido á sus plantas ,
 Cráter del volcan tremendo ,
 Que en la gran Sevilla estalla.

ROMANCE SEGUNDO.

LA AGRESION.

De oro , de hierro , de barro
 Inmensurable coloso ,
 La frente en las altas nubes ,
 El pié en los abismos hondos ;
 De infierno , de cielo y tierra ,
 Un incomprensible aborto ,
 Un prodigioso compuesto
 De ángel , de hombre y de demonio ,
 Alzó de Francia perdida ,
 Con su brazo portentoso ,
 Para en él tomar asiento
 El despedazado trono.
 Idolo de doce siglos ,
 Y de cien Monarcas sólio ,
 Que desaparecer vió el mundo
 Terrorizado y absorto,

Cuando crímenes , virtudes ,
 Pasiones , furias , enconos ,
 Saber , ignorancia , errores ,
 Héroes , gigantes y monstruos ,
 De sangre en un mar lo ahogaron ,
 Y bajo un monte de escombros
 Lo sepultaron y hundieron ,
 Con universal trastorno .

Alzóle pues (para tanto
 Dios le dió fuerzas á él solo)
 Y aun juzgó para su mole
 Pedestal tan grande poco .

Y desde él mandaba el mundo ,
 Llevando de polo á polo
 De tempestades armada
 La fuerte mano , á su antojo ;
 Con un millon de soldados
 A quienes él daba el soplo
 De vida , y con su gran nombre
 Un talisman prodigioso :

Con un ceño de su frente ,
 Con un volver de su rostro ,
 Desaparecian imperios
 Y se trastornaba el globo .

Este portento , este númen
 De bien , de mal , de uno y otro ,
 Tornó al tranquilo Occidente
 Los asoladores ojos .

Y vió á la fecunda España ,
 La cosechera del oro ,
 Quemando en su altar inciensos ,
 Por su gloria haciendo votos :

En actitud tan humilde ,
 De entusiasmo en tal arrobó ,
 Que era poderosa ayuda ,
 Sin poder ser nunca estorbo ;

Y de amiga bajo el nombre
 Tan adoradora en todo ,
 Que sangre , riqueza , fama
 Juzgaba holocausto corto.

Mas prevaleciendo acaso
 En el pecho del coloso
 La parte aquella de infierno ,
 Y la maldad de demonio ,

Gritó : « Yo no quiero amigos ,
 Porque esclavos quiero solo ,
 ¿ Cómo aun está enhiesta España ?...
 Póngase ante mí de ninojos.

» Bese mi soberbia planta ,
 Hunda la frente en el polvo ,
 Y el palacio de sus reyes
 De escabel sirva á mi trono. »

Dijo , y de armas y guerreros ,
 Por el Pirene fragoso,
 Torrente tremendo baja
 Al hispano territorio.

Tal vez la celeste parte
 Le dió á conocer de pronto
 Que iba á despertar leones
 Con armígero alboroto.

Y la otra parte mezquina
 De hombre , tierra , fango y lodo
 Le decidió á usar del fraude ,
 De la perfidia y del dolo.

Enmascaró sus legiones ,
 Dió mentido aspecto al rostro ,
 Vistió de oliva las armas ,
 Llamó tierno amor al odio ;

Y cuando en abrazo inicuo
 Ahogó traidor y alevoso
 A los príncipes incautos ,
 Que en él buscaron apoyo ,

Y del régio Manzanares
En el coronado emporio
En exterminio el halago ,
La oliva tornó en abrojos ;
Hospitalidad , caricias ,
Bendiciones y tesoros
Pagando con hierro, muerte ,
Incendios , estupros, robos ;
Se derramaron sus huestes
A asegurar el despojo ,
A encadenar toda España ,
Juzgando vencido todo.

Y ya de Sierra-Morena
Humillan con fiero gozo
La alta cerviz, y registran
Con desvanecidos ojos
De Guadalquivir fecundo
Los encantados contornos ,
A que preparan insanos
La esclavitud y el oprobio.

Y aparecen á lo lejos
Tan aterradoras , como
La encapotada tormenta ,
Que en alas del viento ronco ,
De ardientes rayos preñada
Anuncia con truenos sordos
Que á asolar viene los campos ,
Y las riquezas de Agosto.

He aquí la angustiosa nueva ,
Y el conjuro que de pronto
Causó en la noble Sevilla
Tan impensado trastorno.

ROMANCE TERCERO.

LA VICTORIA.

¡ Bailén !... ¡ Oh mágico nombre !
 ¡ Qué español al pronunciarla.
 No siente arder en su pecho
 El volcan del entusiasmo ?
 ¡ Bailén !... la mas pura gloria
 Que ve la historia en sus fastos ,
 Y el siglo presente admira ,
 Sentó su trono en tus campos.
 ¡ Bailén !... en tus olivares
 Tranquilos y solitarios ,
 En tus calladas colinas ,
 En tu arroyo y en tus prados
 Su tribunal inflexible
 Puso el Dios tres veces santo ,
 Y de independencia eterna
 Dió á favor de España el fallo.

Incline la tierra
 Su misera frente
 Al omnipotente
 De Francia señor.
 ¡ Viva el Emperador !
 Es Dios de la guerra ,
 Y de polo á polo
 Su brazo tan solo
 Será el vencedor.
 ¡ Viva el Emperador !
 Segura tenemos
 Aquí la victoria ,
 Sin riesgo , sin gloria ,
 Pero rica asaz.

Marchemos, gocemos

Las grandes riquezas,

E insignes bellezas

De España feraz.

¡ A Francia gloriosa

Quién hay que lo estorbe ?

Rendido está el orbe

A su alto valor.

¡ Viva el Emperador !

Su ley poderosa

La España reciba.

Avancemos, ¡viva

De Francia el Señor !

¡ Viva el Emperador !

Así en infernales voces

Los invencibles, que hollarón,

Sembrando exterminio y muerte,

La Europa del Neva al Tajo,

Las silenciosas cañadas,

Y los fecundos collados

De Bailén, al sol nascente

Con gozo infernal turbaron,

De clarines y tambores

De armas, cañones y carros,

Relinchos y roncós gritos

Tormenta horrenda formando ;

Mas sin saber que una tumba

Era el espacioso campo

Por donde tan orgullosos

Osaban tender el paso.

De repente de la parte

Del Sur el viento les trajo

Rumor de armas y de hombres,

Y los ecos de este canto.

*« Ya despertó de su letargo
De las Españas el Leon ,
Antes morir que ser esclavos
Del infernal Napoleon.*

*» Viva el Rey , viva la patria
Y viva la religion. »*

Y aparecen los guerreros
Del Guadalquivir preclaro ,
Sin pomposos atavíos ,
Sin voladores penachos.

La justicia de su parte
Y la razon de su bando ,
Con Dios en los corazones
Y con el hierro en las manos ;

Y aunque en la guerra bisoños ,
Y aunque con órden escaso ,
Llevan resuelto á su frente
Al valeroso CASTAÑOS.

Los fieros debeladores
De la Europa asombro y pasmo ,
Los fuertes , los invencibles
De mil triunfos coronados ,

De limpio acero vestidos ,
Con oriental aparato ,
De oro y dominio sedientos ,
De orgullo bélico hinchados ,

Y teniendo á su cabeza
La sien ceñida de lauros
A Dupont , caudillo experto ,
Duro azote del germano ,

Ven con desden y desprecio
Como á inocente rebaño ,
Que al matadero camina
Y piensa que va á los prados ,

Una turba que há dos meses
En el taller y el arado ,
Ni cargar una escopeta
Era posible á sus manos.

Y en carcajadas de infierno
Y en burladores sarcasmos
Prorumpen, y furibundos
Al fácil triunfo volaron.

¡No tan fácil! bramadoras
Las ondas del Océano
Del huracan empujadas
Tienden el inmenso paso.

Raen las arenas profundas
De los abismos, al alto
Firmamento, entumecidas,
Van á encontrar á los astros.

Tragan voraces y rompen
Y aniquilan todo cuanto
Pone á su furor estorbo,
Pone á su curso embarazo.

Y en la humilde y blanda arena,
O en el informe peñasco
Donde el dedo del Eterno
Escribe *hasta aquí*, pedazos

Se hace su furia espantosa,
Se estrella su orgullo insano,
Y en espuma roto vuela
Su poder, del orbe espanto.

«*El español ardimiento,*
Su fé viva, su entusiasmo
Sean la meta del coloso;»
Pronunció de Dios el labio.

Y lo fueron.—Los valientes
De luciente acero armados,
Los granaderos invictos,
Los beligeros caballos,

Los atronadores bronce
Y los caudillos bizarros,
Que las elevadas crestas
De Mont-Cení y San Bernardo

Camino fácil hicieron,
Que las ondas humillaron
Del Vístula, y del Danubio,
Del Mosa, del Rhin y el Arno,

No pueden la mansa cuesta
Tregar del collado manso
De Bailén, ni al pobre arroyo
Del Herrumbral hallar vado.

Y los que mares de fuego
Intrépidos apagaron,
Y muros de bayonetas
Hundieron con un amago,

Del español patriotismo
A los encendidos rayos,
Al hierro de los visoños,
Al tiro de los paisanos

No osan resistir. Desmayan
Y se fatigan en vano;
Retroceden, se revuelcan
En tierra hombres y caballos:

Y las águilas altivas
Humillan el vuelo raudo
Ensangrentadas sus plumas,
Hasta perderse en el fango.

Y rendidas las legiones,
Que al universo humillaron,
Encadenadas desfilan,
Vuelta su gloria en escarnio,

Ante turba que há dos meses
En el taller y el arado,
Ni cargar una escopeta
Era posible á sus manos.

¡VIVA ESPAÑA!!! gritó el mundo,
Que despertó de un letargo.
Al grande estruendo apagóse
En el firmamento un astro.

Y al tiempo que, ante las plantas
Del noble caudillo hispano,
Dupont su espada rendia ,
Y de sus sienes el lauro ,
Desde el trono del Eterno
Dos Arcángeles volaron.
Uno á dar la nueva al polo
Su nieve en fuego tornando ;
Otro á cabar un sepulcro
En Santa Elena , peñasco
Que allá en la abrazada zona
Descuella en el Océano.

Sevilla 1839.



LA VUELTA DESEADA.

ROMANCE PRIMERO.

Entre aquellos olivares
Que Torreblanca domina,
Y ciñen de un lado y otro
El camino de Sevilla,

Por un atajo atraviesa,
Para llegar mas de prisa,
Una carretela verde
Con una gran vaca encima ;

Toda cubierta de barro,
Tableros, muelles y viga,
De barro seco y reciente,
Y de tierras muy distintas.

Cuatro andaluces caballos,
Que en torno lodo salpican,
En humo y sudor envueltos
De ella presurosos tiran.

Y del postillon las voces
Con que los nombra y anima ;
Del látigo los chasquidos,
Que los acosan y ostigan ;

El son de los cascabeles,
Y el de las ruedas que giran
Rápidas, tras sí dejando
Dos huellas no interrumpidas ;

Forman estruendo confuso,
Y que viene posta avisan
A los carros y arrieros,
Que hácia un lado se desvian.

Dentro de la carretela
Un hombre aun jóven camina ,
Que revuelve á todos lados
La desencajada vista.

Es Vargas : alegre torna
De su patria á las delicias
Despues de vagar seis años
Emigrado en otros climas.

Antiguos amigos halla
En cuantos objetos mira ,
Y en árboles , tapias , lindes
Dulces memorias antiguas :

Lo pasado y lo presente
Anudando va , y delira
Entre esperanzas risueñas
Y entre ya pasadas dichas.

Trastornos , persecuciones,
Desventuras, injusticias ,
En sus mas floridos años
Lo arrancaron de Sevilla ,
Abandonando riquezas ,
Honores , nombre y familia ,
Y dejándose allí el alma
En el pecho de Jacinta.

Jacinta , encanto y adorno
De toda la Andalucía ;
Y por sus luengas pestañas ,
Por su apacible sonrisa ,

Por los graciosos hoyuelos
Que avaloran sus mejillas ,
Por su cuerpo primoroso
Y por sus formas divinas ,

Por su gracia y su talento
Y su modestia expresiva ;
El hechizo de los hombres ,
De las mujeres la envidia.

Diez y seis años contaba ,
 Cuando Vargas, ¡alta dicha !
 Logró conmover su pecho
 Y agitar su alma sencilla ;

Al par que el amable jóven
 Ardió en la pasión mas viva ,
 Al mirar á una doncella
 Tan inocente y tan linda.

En sus puros corazones
 Creció desde la hora misma ,
 Y el trato y correspondencia
 Acrecentó en pocos dias ,

Un primer amor de aquellos
 Que las estrellas combinan ,
 Amor que de dos personas
 El destino eterno fija.

En los lazos de himeneo
 A unirse dichosos iban ,
 Con el aplauso felice
 De sus contentas familias ;

Cuando se alzó tronadora
 La borrasca embravecida ,
 Que , ¡infelices ! confundiólos
 Del infortunio en la sima

Seis años, ¡oh cuán eternos !
 Vargas por tierras distintas
 Huyó infelice , luchando
 Del Destino con las iras ,

Sin encontrar de consuelo
 Ni de esperanza meaquina ,
 Un solo sueño de noche ,
 Un solo rayo de día.

Las extranjeras baldades
 Estatuas le parecían ,
 Las ciudades opulentas
 Que el orbe orgulloso admira ,

Desiertos... ¡Ay! pero pueda
 Feliz llamarse en sus cuitas,
 Venturoso en su destierro,
 Fortunado en sus desdichas.

Creció el amor con la ausencia
 En el pecho de Jacinta,
 Que la distancia y el tiempo
 Al que es verdadero, afirman.

De cuando en cuando se cruzan
 Papeles que lo acreditan,
 Cartas trazadas con llanto,
 Cartas con el alma escritas.

ROMANCE SEGUNDO.

Todo en el mundo es mudable,
 Ni el bien ni el mal son eternos:
 La apacible primavera
 Sigue al riguroso invierno;
 A la oscura noche el día,
 Y á la borrasca, que al cielo
 Empañó con densas nubes
 Y asustó con rudos truenos,
 La calma serena y pura.
 Así suelen á los tiempos
 De desventuras y lantos
 Seguir de paz y consuelo.

Del Rhin en la orilla helada,
 Abrumado de sí mismo,
 Vargas proscripto gemía
 Su fortuna maldiciendo;
 Cuando noticias recibe
 De que la patria le ha abierto
 Las puertas... Júzgalo absorto
 Ilusion de su deseo;

Mas Jacinta se lo escribe ,
 Y cuanto ella dice , es cierto.
 Otra carta... de la madre
 De Jacinta... que al momento
 Vuele á Sevilla , le ruega ,
 En donde dará Himeneo ,
 El dia de su llegada ,
 A tan constante amor premio.

No la paloma , que presa
 Lloro en doloroso encierro ,
 Si acaso un resquicio mira ,
 Tiende apresurado el vuelo
 Hácia el palomar y nido ,
 En donde vió el sol primero ;
 Ni el torrente , á quien contuvo
 El malecon interpuesto ,
 En cuanto lo encuentra roto ,
 Se arroja á su antiguo lecho ,
 Y por él se precipita
 Hácia la mar , que es su centro ;
 Tan veloces como Vargas
 Corre , sin tomar resuello ,
 A Sevilla : los instantes
 Son para él siglos eternos.
 Montes , llanuras , ciudades ,
 Rios , Estados diversos
 Atrás deja , y los caballos
 De tardos acusa y lentos.
 Ya salva las altas cumbres
 Del nevado Piríneo ;
 Entra en España , ya escucha
 La lengua de sus abuelos...
 ¿Qué importa ? ni un solo instante
 Retarda su raudo vuelo.
 Halla á cada paso amigos ,
 Halla intereses y deudos :

No se para , corre , corre ,
 Que tiene en Sevilla puesto
 Su afan , y hasta que descubra
 La Giralda , no hay sosiego .

Apenas há quince dias
 Que en las márgenes del Reno
 De su Jacinta la carta
 Leyó , juzgándolo sueño ;
 Y los caños de Carmona
 Ve á su siniestra creciendo ,
 Y al frente la antigua puerta ,
 Para él la puerta del cielo .

Cualquiera mujer que mira
 En mantilla y de paseo ,
 Que es Jacinta que le espera ,
 Juzga , y le palpita el pecho .

Al llegar se desengaña ,
 Y en otra que ve mas lejos.....
 Jacinta fuera de casa
 Está , sí , sale á su encuentro .

Era en punto medio dia :
 Entra por fin , y molestos
 Los guardas el carruaje
 Detienen corto momento .

Los maldice y les da oro ,
 Porque le detengan menos :
Corre , al postillon le grita ,
 Y torna á marchar de nuevo .

Por las retorcidas calles
 Echa pestes y reniegos
 A cada lenta carreta ,
 A cada corro interpuesto ,
 Que á templar el paso obliga
 De los caballos lijeros ,
 Y anheloso á verse llega
 De la ciudad en el centro .

Oye de fúnebres cantos
 El triste son desde lejos,
 Se aproxima, y por la calle
 Que va á tomar, un entierro
 Pasa. Con hachas de cera,
 Pobres, vestidos de negro,
 Van de dos en dos; los siguen
 Las cofradías; á lento

Paso un féretro se acerca,
 De un blanco paño cubierto,
 Con una palma y corona
 De blancas flores..... Agüero
 Terrible! que es de doncella
 Principal y de respeto
 El funeral le parece.....
 Hierve taciturno el pueblo

En derredor. Manda Vargas,
 Turbado con tal encuentro
 Que tome por otra calle,
 Al postillon. Revolviendo
 Este los caballos, torna
 Por un callejon estrecho,
 Y á la calle ansiada llega
 Despues de corto rodeo.

Mucha gente en los balcones
 Está, mostrando en sus gestos
 Sorpresa de que en tal dia
 Llegue á la casa un viajero.

Párase la carretela;
 La puerta está abierta, yermos
 El ancho portal y el patio;
 Reina en la casa el silencio.

De un salto Vargas se apea,
 Corre á la escalera presto,
 De ella por un lado y otro
 De cera advierte un reguero

Reciente. Veloz la sube,
Abre la mampara..... Cielos!
Colgada está la antesala
En reedor con paños negros.

Enlutada una gran mesa
Mira colocada en medio,
Y en sus cuatro ángulos arden,
Sobre cuatro candeleros

De plata, cándidas velas
Consumidas casi: el suelo
Cubren deshojadas flores,
Siemprevivas y romero.

Dios!... pobre Vargas! absorto,
Sin voz, sin alma, y en hielo
Convertido, ni respira.

Ojos cual los de un espectro
Gira en derredor; se ahoga
Sin respiracion su pecho.
Volviendo en sí un corto instante,
Oye llorar allá dentro;

Cuando se abre lentamente
Una puerta que al momento
Se cierra, y un sacerdote
Que por ella sale, lleno

De lágrimas el semblante
(De dar en vano consuelo
Viene á una madre infelice),
Queda inmoble á Vargas viendo

Vargas lo mira, y no alienta;
Mas tras de breve silencio
Rompe al cabo, y le pregunta
Con un angustiado esfuerzo,

«¿Dónde está?»..... Quedóse helada
Su lengua. Fáltale aliento
Al turbado sacerdote,
Y con agitado aspecto

Alza el rostro, y levantando
La diestra, señala al cielo.
Vargas le comprende; arroja
Un alarido de infierno;

Huye veloz , la escalera
Baja delirante , ciego ,
Nada ve , corre cual loco
Por las calles , y muy presto
Desaparece.—En Sevilla
La noticia cunde luego
De su llegada : le buscan
Sus amigos y sus deudos.
Todo , todo en vano : algunos
Dan señas de que le vieron
Junto á la Torre del Oro ,
Cuando el sol ya estaba puesto.

En un remanso , que forma
El Guadalquivir , no lejos
De Gélves , á las dos noches
Unos pescadores vieron ,
A la luz de escasa luna ,
De un jóven ahogado el cuerpo
Vestido aun. Procuraron
Compasivos recogerlo ;
Pero al llegar con la barca ,
Y al agitar con los remos
El agua , veloz corriente
Llevó el cadáver. Suspensos
Siguiéronlo un corto rato
Con los ojos , y muy presto
Fué leve punto en las aguas ,
Y de vista lo perdieron.

EL SOMBRERO.

ROMANCE PRIMERO.

LA TARDE.

Entre Estepona y Marbella ,
 Una torre fulminada ,
 Hoy nido de aves marinas ,
 Y en otro tiempo atalaya ,
 Corona con sus escombros
 Una roca solitaria ,
 Que se entapiza de espumas ,
 Cuando las olas la bañan .

A la derecha se extiende
 Una humilde y lisa playa ,
 Cuyas menudas arenas
 Humedece la resaca ;
 Y oculta entre dos ribazos
 Forma una escondida cala ,
 Abrigo de pescadoras
 O contrabandistas barcas .

A este temeroso sitio ,
 Mientras lenta declinaba
 A ponerse un sol de otoño
 Entre celajes de pácar ,

Estando el viento adormido ,
 La mar blanquecina en calma ,
 Y sin turbar el silencio
 De las voladoras auras ,

Sino el grito de un milano
 Que los espacios cruzaba ,
 Y los de dos gaviotas ,
 Cuyo tálamo era el agua ;
 La divina Rosalía ,
 La hermosa de la comarca ,
 Fugitiva y anhelante
 Llegó , sudosa y turbada.

Su gentil cabeza y hombros
 Cubre un pañolon de grana ,
 Dejando ver negras trenzas ,
 Que un peine de concha enlaza ;
 Y de seda un toquilla ,
 Azul , rosa , verde y blanca ,
 Que las formas virginales
 Del seno dibuja y guarda.

Su gallardo cuerpo adorna
 De muselina enramada
 Un vestido ; con la diestra
 Recoge la undosa falda ,
 Y el pié primoroso y breve ,
 Que apenas su huella estampa
 En la movediza arena ,
 Mas limpio desembaraza.

Bajo el brazo izquierdo tiene
 Un envoltorio de nada ,
 Cubierto con un pañuelo ,
 Do el jalde y rojo resaltan.

¡ Inocente Rosalía !
 ¿ Qué busca allí?... ¡ Temeraria !
 ¡ Cuál su semblante divino ,
 Lleno de vida y de gracia ,
 Desencajado se muestra !...
 ¡ Qué palidez !... ¡ Qué miradas !...
 Está haciendo , bien se advierte ,
 Un grande esfuerzo su alma.

Sí, los ojos brilladores,
 Los ojos que tienen fama
 En toda la Andalucía,
 Por su fuego y sus pestañas,
 En el peñon, que lejano
 Apenas se dibujaba
 Entre la neblina (seña
 De mudarse el tiempo) clava.

Dos lágrimas relucientes
 Sus mejillas deslustradas
 Queman, un hondo suspiro
 Del pecho oprimido arranca.

Queda suspensa un momento:
 Luego de pronto la cara
 Vuelve á Estepona, temblando:
 Juzga que una voz la llama.

Y la llama, es cierto... ¡Ay triste!
 ¿Mas qué importa? Otra, mas alta,
 Mas fuerte, mas poderosa,
 Desde Gibraltar la arrastra.

En el peñasco asentóse,
 De la hundida torre basa;
 Miró en torno, y de su seno
 Sacó y repasó esta carta:

«Sí, mi bien; sin tí la vida
 Me es insoportable carga;
 Resuélvete, y no abandones
 A quien ciego te idolatra.

«Contigo nada me asusta,
 Sin tí todo me acobarda;
 Mi destino está en tus manos:
 Ten resolucion, y basta.

«Resolucion, Rosalia,
 Cúmpleme, pues, tus palabras:
 No tendrás que arrepentirte,
 Te lo juro con el alma.

»En cuanto venga la noche,
Volveré sin mas tardanza
Al sitio aquel que tú sabes,
En una segura lancha.

»Espérame, vida mia:
Si no te encuentro, si faltas,
Ten como cierta mi muerte.
Corro al momento á la plaza

»De Estepona, allí pregono
Mi proscripto nombre, y paga
De mi amor será un cadalso
Delante de tus ventanas.

Se estremeció Rosalía,
No leyó mas, y borran
Sus lágrimas abundantes
Las letras de aquella carta.

Llévala á los labios frios,
La estrecha al seno con ansia,
Mira al cielo, *Estoy resuelta*,
Dice, y se consterna y calla.

Torna al peñon (que parece
Una colosal fantasma
Con un turbante de nubes,
De nieblas con una faja)

La vista otra vez. La extiende
Por la mar, que muerta y llana,
Fundido oro se divía
Del sol poniente en la fragua.

Juzga ver un negro punto
Que se mueve á gran distancia:
Ya se muestra, ya se esconde.
Será?... ¡oh Dios!... Será?... La escasa

Luz del crepúsculo todo
Lo confunde, borra y tapa.
Con los ojos Rosalía
Los resplandores, que aun marcan.

La línea del horizonte,
 Sigue. Una nube la espanta,
 Que por el Sur aparece;
 Oscura y encapotada;

Y aun mas el ver acercarse
 Por allí dos velas blancas,
 Cuyas puntas ilumina
 Del sol ya puesto la llama.

ROMANCE SEGUNDO.

LA NOCHE.

Entró la noche; con ella
 Despertándose fué el viento,
 Y el mar empezó á moverse
 Con un mugidor estruendo.

Las nubes entapizando
 El oscuro y alto cielo,
 La débil luz ocultaban
 De estrellas y de luceros.

No había luna; densas sombras
 En corto rato envolvieron
 Tierra y mar. De Rosalía
 Ya desfallece el esfuerzo.

Arrepentida, asombrada,
 Intenta..... No, no hay remedio.
 Cierra los ojos, é inclina
 La cabeza sobre el pecho.

La humedad la hiela toda,
 Corto abrigo es el pañuelo;
 Tiembla de terror su alma,
 Tiembla de frío su cuerpo.

Si cualquier rumor la asusta,
 Mas sus mismos pensamientos;
 Pues ni uno solo le ocurre
 De esperanza ó de consuelo.

Las velas que ha divisado
 Cuando el sol ya estaba puesto,
 La atormentan, la confunden.
 Las ha conocido : cielos !

Son , sí, las del guarda-costa ,
 Jabeque armado y velero ,
 Terror de los emigrados ,
 De contrabandistas miedo.

¡ Infelice Rosalía !...
 A las ánimas de los
 Tocar las campanas oye
 De la torre de su pueblo.
 ¡ Oh cuánto la sobresaltan
 Aquellos amigos ecos !
 Parece que son voces
 Que la nombran.—Gran silencio
 Reinó después largo espacio.
 Las olas , que van creciendo ,
 Llegan á besar la peña,
 De Rosalía los tiernos
 Piés mojan... y no lo advierte :
 Clavada está. Los destellos
 De la espuma que se rompe ,
 Secas algas revolviendo ,
 La deslumbran. De continuo
 La reventazon inciertos,
 Fugitivos grupos blancos
 Le ofrecen del mar en medio ,
 Cual pálidas llamaradas.
 Ella piensa que los remos
 Y la proa de un esquife
 Las causan... ; Vanos deseos !

Así pasó largas horas ,
 Cuando un lampo ve de fuego
 En alta mar , y en seguida
 Oye al cabo de un momento
 ¡Poumb!... y retumbar en torno
 Como un pavoroso trueno ,
 Que se repite y se pierde
 De aquella costa en los huecos.

Ve pronto hacia el lado mismo
 Otros dos ó tres pequeños
 Fogonazos ; mas no llega
 El sordo estampido de ellos.

Otra roja llamarada...
 ¡Poumb! otra vez... ¡Dios! ¿qué es esto?
 Repitiéndose perdióse
 Este son como el primero.

No hubo mas : creció furioso
 El temporal , y mas recio
 Sopló el sudoeste ; las olas
 De Rosalía el asiento

Embisten , de agua salobre
 La bañan ; estar mas tiempo
 No puede allí : busca abrigo
 De la torre entre los restos.

La lluvia cae á torrentes ,
 Parece que tiembla el suelo ;
 Dijérase ser llegada
 Ya la fin del universo.

ROMANCE TERCERO.

LA MAÑANA.

Raya en el remoto oriente
 Una luz parda y siniestra ;
 A mostrarse en vagas formas
 Ya los objetos empiezan.

Espectáculo espantoso
 Ofrece naturaleza,
 Las olas como montañas,
 Movibles y verdinegras
 Se combaten, crecen, corren
 Para tragarse la tierra,
 Ya los abismos descubren,
 Ya en las nubes se rebientan.
 Rómpense en las altas rocas
 Alzando salobre niebla,
 Y la playa arriba suben,
 Y luego á su centro ruedan.
 Con un asordante estruendo:
 Silba el huracán, espesa
 Lluvia el horizonte borra,
 Y lo confunde y lo macula.

La infelice Rosalía,
 Toda empapada, cubierta
 Con el pañolón mojado,
 Que ó bien la ciñe y aprieta,
 O agitado por el viento,
 Le azota el rostro y flama,
 Volando ya desparcidas
 Fuera de él las negras trenzas;
 Falta de aliento, de vida,
 El alma rota y deshecha,
 Asida de los sillares
 Se aguanta inmóvil y yerta.
 Aparición de otro mundo,
 Sílvida, á quien maga artera
 Cortó las ligeras alas,
 La juzgáran si la vieran.
 Tiende espantados los ojos
 Por el cáos: nada encuentra
 Que socorro ó que consuelo
 En tal apuro la ofrezca.

Descubre que una gran ola ,
Que tronadora se acerca ,
Entre las blancas espumas
Envuelve una cosa negra :

De ella no aparta los ojos ,
Ve que en la playa se estrella ,
Que al huir deja un sombrero
Rodando sobre la arena ,

Y una tabla.—Rosalia
Salta de las ruinas fuera ,
Corre allá , mientras las olas
Se retiran. No la aterra

Otra mayor , que se avanza
Mas hinchada , mas soberbia.
Ve en el madero lavado
Los restos de sangre fresca...

Coge el sombrero... ¡infelice!
Lo reconoce... Las fuerzas
Le faltan , cae , y al momento
Precipitase sobre ella

Una salobre montaña
Que la playa arriba entra ,
Y rápida retrocede ,
No dejando nada en ella.

Cual si dar , tan solo objeto
De la borrasca tremenda ,
Lecho nupcial en los mares
A dos infelices , fuera ;

A templar su furia ronca
Los huracanes empiezan ,
Bajan las olas , la lluvia
Se disminuye , y aun cesa.

Rómpese el cielo de plomo ,
Y por pedazos se muestra
El azul , que ardientes rayos
De claro sol atraviesan.

Ya se aclara el horizonte;
 Por el lado de la tierra
 Fórmanlo azules colinas,
 Que aun en parte ocultan neblías.

Una línea verde, oscura,
 Movable, la forma y cierra
 Del lado del mar, y asoma
 La claridad detrás de ella.

Aunque silba duro el viento,
 Aunque es la resaca recia,
 Torna al mundo la esperanza
 De prolongar su existencia.



En esto una triste madre
 Y un tierno hermanillo llegan,
 Buscando á su Rosalía,
 A aquella playa funesta.

Llenos de lodo, empapados,
 Muertos de cansancio y pena,
 Tienden en reedor los ojos,
 Y nada ¡oh martirio! encuentran.

Al retroceder las aguas,
 Unas femeniles huellas
 De pié breve reconocen
 Estampadas en la arena...

«¡Rosalía!... ¡Rosalía!!!»
 Gritan, y no oyen respuesta.
 Van á la arruinada torre,
 Y hállanse sobre una piedra

Un envoltorio deshecho
 Entre fango, espuma y tierra,
 Y un pañuelo rojo y jálde,
 Que le sirve de cubierta.



LEYENDAS.

PROLOGO.

Las tres siguientes composiciones son las últimas que hasta ahora ha producido el fecundo ingenio poético del Duque de Rivas: una de ellas, la titulada *El Aniversario*, lleva la fecha de este mismo mes de Mayo, en que escribimos estas breves líneas para el tomo III de sus obras que ya se está imprimiendo. Son, pues, estas leyendas la verdadera expresión, ó en otros términos, la medida exacta de lo que representa y vale hoy su autor, considerado como poeta; y el lector, que en los dos tomos anteriores ha ido siguiendo el sucesivo desarrollo de las facultades poéticas, del gusto y de las ideas del Duque de Rivas, puede ya abarcar de una ojeada el camino entero que han recorrido y las trasformaciones todas que han experimentado aquellas facultades, aquel gusto y aquellas ideas desde los clásicos ensayos líricos de 1806, hasta las atrevidas concepciones de 1854. En este período de casi medio siglo, la diferencia entre las primeras y las úl-

timas, literaria y filosóficamente consideradas, es todavía mayor que la distancia material que las separa en el orden de primogenitura: en nada, absolutamente en nada se parecen unas á otras. La inspiracion del poeta ha tomado formas enteramente nuevas, desde que sacudiendo el yugo de la rutina y de las tradiciones de escuela, empieza á campear libre, altiva y ufana por los espacios de la fantasía, dirigida ya solo en su rápido vuelo por el estudio directo de la naturaleza y por el conocimiento práctico de la vida; pero en esta trasformacion, tan evidente que ni aun necesidad hay de hacerla notar, pues salta á la vista, y tan natural en sí misma, además, que de igual manera se observa en la mayor parte de los poetas de su tiempo, por lo cual no podemos considerarla como un rasgo característico en nuestro autor, hay sin embargo una circunstancia especialísima que debemos advertir; circunstancia tan marcada en él, que acaso en ningun otro poeta antiguo ni moderno aparece visible en tan alto grado. Hablamos de aquella facultad extremadamente rara en los dominios de la inteligencia, que nosotros llamariamos de buena gana la *longevidad del ingénio*, y de la cual es el Duque de Rivas un ejemplo extraordinario. Por nuestra parte, y somos de los mas sinceros aficionados de su talento poético, lo que sin embargo de todo nos parece mas digno de admiracion cuando consideramos el conjunto de sus producciones, es esa arrogante pompa, esa lozanía eminentemente juvenil que las caracteriza á todas de igual manera, lo mismo á las que datan de sus mas verdes años, que á las que hoy, ya en edad por lo comun cansada y estéril de flores literarias, brotan de su imaginacion con abundancia y espontaneidad verdaderamente pasmosas. La imaginacion del Duque de Rivas tiene siempre veinte años: la misma savia circula hoy por sus venas y con el mismo vigor que hace cincuenta años; el invierno de su vida es una feracísima primavera. No conocemos organizacion poética mas completa, mas rica y exuberante que la suya: su númen, en vez de decaer con el roce de los años, parece como que va adquiriendo de cada vez nuevos bríos y juventud nueva. El Duque de Rivas es el Ticiano de la poesía. Así en las tres leyendas que, como hemos dicho, son hasta el presente sus últimas producciones, hay en nuestro sentir mas calor de imaginacion, mas gala en el lenguaje, mas sentimiento de la belleza, y en suma, mas *poesía*, mas *inspiracion* que en sus primeras obras, incluso el *Moro expósito*, que compuso

siendo jóven, inclusa la *Florinda*, fruto aun mas temprano de su fecundo estro.

La *leyenda*, en la acepcion inmediatamente tomada del francés que hoy se da entre nosotros á esta palabra, cuyo significado en castellano no corresponde, segun la Academia, al que en ella tiene, es un género de composicion nuevo en España, ó, mejor dicho, es una forma poética recién importada, un *nombre* nuevo y nada mas; pues en cuanto á la índole de las composiciones hoy designadas con él, no solo fué conocida de nuestros poetas desde la formacion del habla vulgar, mas constituyó en todo tiempo nuestra verdadera poesía nacional bajo el dictado de *romance*. ¿Qué otra cosa son, sino, nuestros romances, mas que verdaderas leyendas? ¿Qué son estas, tales cuales hoy se usan, sino verdaderas novelas en verso, históricas ó fantásticas? Salvo la variedad de metros, no vemos la menor diferencia entre cualquiera de las antiguas historias ó de las tradiciones celebradas en los Romaneros, y la que con el título de *Maldonado* nos cuenta en preciosos versos el Duque de Rivas. El mismo dió el título de *leyenda* á su célebre novela en romances del *Moro expósito*; siendo, si no estamos engañados, el primero que introdujo entre nosotros esta palabra en la acepcion que hoy ha venido á ser de uso corriente. Sin vituperar la adopcion del nuevo vocablo, porque á mas de expresivo y hermoso, es de buena formacion, hagamos solo constar que no era de necesidad absoluta, y que al cabo se ha abusado de él, como de todo, bautizando con este nombre insulsas y desatinadas consejas; y como sea muy cierto el proverbio francés que dice: *le nom ne fait rien á la chose*, pasemos en buen hora por el dictado exótico de *leyendas*, y convengamos en que, llámense como se quiera, son estas composiciones, en manos del Duque de Rivas, una de las mas sabrosas lecturas con que puede recrear sus ocios un aficionado á la poesía. Interés grande en su argumento; escenas dramáticas preparadas con rara habilidad; descripciones llenas de vida; diálogos rápidos, discretos, apasionados; en suma, *todos* los atractivos juntos de *todos* los géneros de poesía, coadyuvan á la sensacion deleitosa que producen estas privilegiadas composiciones; privilegiadas, en verdad, porque, semejantes á los ramilletes, se forman reuniendo para ellas lo mejor de cada una de las distintas especies de flores que crecen en los vergeles de la poesía. Si se nos preguntase cuál de estas tres *leyendas* nos parece la mejor, nos

miraríamos mucho en ello antes de contestar, por cuanto las bellezas que respectivamente las avaloran en diferentes conceptos, están bastante equilibradas para que sea lícita la duda: mas si la pregunta fuese ¿cuál de ellas nos gusta mas? responderíamos sin titubear: *El Maldonado*. En esta composicion hay todo lo que puede y debe exigirse de las de su clase, en lo cual contamos por primeras condiciones, como en los dramas, el interés de la accion, y como en las novelas, la verdad de los caractéres. La accion de este poemita, nos parece la mejor ideada de las tres: todo allí es natural y verdadero, lo que de ningun modo excluye el que todo sea poético; muy al contrario. El almirante Perez de Aldana es una noble y hermosa figura, tipo excelente de la antigua caballeridad española.

La Azucena milagrosa y *El Aniversario*, son dos acabados modelos en el género fantástico, hábilmente mezclado con la vida real, á la manera que se ve en los poemitas de Walter Scott, donde reviven llenas de interés y de verdad las tradiciones populares de la edad media con todo su maravilloso aparato de fantasmas, duendes y aparecidos. Hablando de la primera, á los pocos dias de publicada, decíamos en *La España* del 10 de Julio de 1851, al concluir una breve reseña de su asunto y de sus principales bellezas: «*La Azucena milagrosa*, por su interesante y bien desarrollado argumento, como por las galas y pureza de su dicion, descubre la mano de un maestro consumado. Creemos que sobrevivirá, entre otros méritos, por su elevado estilo y noble entonacion, dotes preciosas y hoy harto olvidadas, como una de las mas bellas flores que adornan la corona poética del Duque de Rivas.»

La tradicion en que se funda la tercera de estas leyendas, la menos esmerada en su forma, es una de las mas admirablemente bellas que conocemos: sacada de una antigua crónica de Badajoz, lleva en sí un carácter tal de grandeza y terror al mismo tiempo, que no es posible pensar en ella sin sentirse profundamente sobrecogido. Aquel templo lleno de improviso con las sombras de los antiguos conquistadores de la ciudad; aquel celebrante que, cumplida su misteriosa mision, cae muerto cual si le hubiera herido un invisible rayo, son imágenes cuya grandiosa novedad pasma y aterra: no tiene la edad media, tan rica de tradiciones poéticas, otra que lo sea mas que esta, ni acaso tanto. El contraste entre la última escena de este tremendo drama y las dos an-

teriores que preparan su desenlace, da á este un realce indecible: desde el alcalde cogido y volteado por un novillo de cuerda, hasta el sacerdote que

«En la desierta catedral en donde
Ni aun ornan el altar lucientes cirios,
Y cuya soledad lo asombra y pasma,
Entra despavorido, »

hay toda la distancia que separa á la materia del espíritu, á la tierra del cielo. Y hé aquí condensado, digámoslo así, en una breve composicion, el carácter esencial de la poesía del Duque de Rivas, desde que empezó á campear libre de trabas y á vivir con su vida propia: esa poesía lo recorre, lo abarca todo; no reconoce límites convencionales ó de escuela, antes parece como que se complace en los *contrastes*, copiando en esto á su gran maestra la naturaleza, tan rica de ellos! Así le vemos mezclar en uno todos los géneros, emplear alternativamente todos los tonos: cuando pudiera creerse que de puro llano va á caer en prosáico, da un salto y se remonta al mas delicado idealismo. Sus obras dramáticas, testimonio insigne de esta verdad, la atestiguan todavía menos que sus *leyendas*. Recórralas el lector y juzgue: de seguro nos dará la razon.

Mayo de 1854.

EUGENIO DE OCHOA.

LEYENDA PRIMERA.

LA AZUCENA MILAGROSA.

DEDICADA

A D. José Zorrilla.

INTRODUCCION.

Si envolviste mi nombre en el perfume
De tu *silvestre*, mágica *azucena* (1),
En donde se compéndia y se resume
Toda la gala de tu rica vena;
De agradecida mi amistad presume,
Y mi voz, aunque ya cascada suena,
El don te ofrece de sabroso cuento,
A quien da otra *azucena* el argumento.
No es contender ni competir contigo,
En quien de Calderon arde la llama;
Quo solamente admiracion abrigo
Por tu renombre y brilladora fama:
Pues raros hay que desde tiempo antiguo
Merezcan como tú la verde rama,
Que corona tu sien, claro Zorrilla,
Lumbrera del Parnaso de Castilla.

(1) Zorrilla habia dedicado pocos meses antes al autor su leyenda titulada *La Azucena Silvestre*.

¡Ni cómo competir númen helado ,
 Que al occidente rápido declina ,
 Con el que jóven en zenit sentado ,
 Bebe del sol la inspiracion divina?...
 Oiga tu acento el orbe entusiasmado ,
 Las nubes cruza , entre los astros trina ;
 Mientras tocando el fin de mi viaje ,
 Doy tibia luz á un pálido celaje.

Fé santa y verdadero patriotismo
 Dieron voz á los bélicos clarines ,
 Despertando el valor y el heroismo
 De los nobles hispanos paladines ,
 Para lanzar el torpe mahometismo ,
 Que aun del reino asombraba los confines ,
 Y plantar de Granada en el turbante
 La bandera del Gólgota triunfante.

Resonó por los ámbitos de España ,
 Que el mar circunda y el Pirene cierra ,
 Conmovido hasta la última cabaña ,
 El santo grito de tan justa guerra.
 Y llegó pronto á una feraz campaña ,
 Que en torno abriga de Leon la sierra ,
 De Nuño Garceran antiguo estado ,
 Por sus mayores con valor fundado.

Sobre gigante loma que domina
 Oscuro el bosque , fértil la llanura ,
 Y un hondo y ancho valle , en que camina
 Torrente fugitivo de la altura ,
 El almenage carcomido empina ,
 Y timbres y follajes de escultura ,
 Como solo señor de aquel espacio ,
 Presumiendo de alcázar , un palacio.

Toscas los muros son , pero en su seno
 Ofrecen comodísima vivienda ,
 Con jardin á su espalda tan arheno ,
 Como huerto de mágica leyenda.
 Pues de arbustos y várias flores lleno ,
 Y cortado por una y otra senda ,
 Ostentaba á la vista y al olfato
 Brillantes tintas y perfume grato.

Y el sabroso rumor de la sonrisa
 De una fuente de mármol que chispea ,
 Y el murmullo apacible de la brisa ,
 Y el de las verdes ramas que menea ;
 Y Eco , que los repite en voz sumisa ,
 Y el ave que en los álamos gorgea ,
 Formaban deliciosa consonancia
 Con selvas y torrentes á distancia.

Larga cadena de empinados riscos ,
 O mas cerca ó mas lejos del palacio ,
 Coronados de encinas y lentiscos ,
 Circundan de su término el espacio.
 Y desnudas de chozas y de apriscos ,
 Mas no de nieves del invierno reacio ,
 Cierran en derredor los horizontes
 Rudas cervices de gigantes montes.

Que ofrecen en sus quiebras y recuestos
 Ejercicio á los perros y neblíes ;
 Garzas y aves diversas para aquestos ,
 Para aquellos cerdosos javalíes.
 Y para el cazador ocultos puestos
 Do á palomas selváticas turquíes ,
 Y á tórtolas , amor de las florestas ,
 Redes tender, ó disparar ballestas.

La llana y ancha vega parecia
 En Marzo campo inmenso de esmeraldas ,
 Y cuando Abril en ella sonreia,
 Alfombra de amapolas y de gualdas ,
 Que el rojo sol de Julio convertia ,
 Inundándolo todo hasta las faldas
 De los montes , en mar de espigas de oro ,
 Cual no lo ven ni el Sículo ni el Moro.

Del otoño feraz frutos opimos
 Ostentaban los huertos y cañadas ,
 Almibares brotando los racimos
 Entre pámpanos y hojas coloradas ,
 No inferiores en pompa á los que oimos
 Que hallaron en las tierras fortunadas
 De promision las tribus israelitas ,
 Por la alta diestra de Jehová benditas.

Robustas vacas y lozanos chotos,
 Blando trébol y pálida retama
 Despuntan libres en los frescos sotos,
 Que no agosta jamás del sol la llama.
 Y allá por los ribazos mas remotos,
 Entre peñas buscando verde grama,
 De ovejas un sinnúmero se mueve,
 Sin lo que fueran reputadas nieve.

Dos ó tres mil vasallos, que anhelosos
 A su Señor y amparo bendecian,
 Ricos, felices, prósperos, dichosos,
 En tan fecundo suelo enriquecian.
 Sin que entre ellos hidalgos de pomposos
 Timbres faltáran, que guardar sabian
 La comarca de injustas agresiones,
 Armas vestir y domeñar bridones.

Pero de aquella tierra venturosa
 Era el mayor encanto y maravilla,
 Una imagen antigua y milagrosa
 De la madre del Verbo sin mancilla,
 Que con ardiente celo y fe piadosa,
 Del excelso palacio en la capilla,
 Veneraban aquellos naturales,
 Implorando las gracias celestiales.

Tal era el pingüe y decoroso estado
 De Nuño Garceran. En él moraba
 Del mundo y de la corte retirado,
 Y una dicha sin límites gozaba.
 Cinco lustros su edad era, y casado
 Con Blanca de Agramunt feliz estaba,
 Amándola con vida y alma toda,
 Aun muy reciente su anhelada boda.

De don Fortun Señor de Berindano,
 Rico-home de Navarra exclarecido,
 Por los reveses del destino insano
 A desdichada suerte reducido,
 Y por civil discordia en el cercano
 Reino francés oculto y retraído,
 Era hija Blanca, y su consuelo todo
 Tenerla establecida de tal modo.

Pues ella , y un mancebo de edad tierna ,
 Que lo sigue , consuela , y acompaña
 En peregrinacion , que juzga eterna ,
 Seguridad buscando en tierra extraña
 (Tal del astro indignado que gobierna
 Sus contrarias fortunas es la saña) ,
 Eran las solas prendas , que tenia
 De union dichosa cuando Dios queria.

Blanca , mujer de Nuño , era un portento
 De gracia , de beldad , y gentileza ,
 De candor , de virtud , y de talento ,
 Sin lo que vale poco la belleza.
 Y en tierna edad sin otro pensamiento
 Que amar y ser amada con ternera
 Por su esposo feliz , le procuraba
 Dichas que el mismo cielo le envidiaba.

¡Cuántas veces vagando entre las flores
 Del ameno jardin la siesta ardiente ,
 De sus amantes labios los amores
 Dieron regalo al sosegado ambiente :
 Y de la hermosa Blanca los colores ,
 Y el fuego de los ojos refulgente
 De Nuño deslumbraban los encantos
 De rosas , azucenas y amarantos !

Cuando al primer albor de la mañana
 Al esmaltar el llano y la floresta
 Los reverberos de carmin y grana
 De nube junto al sol que nace puesta ,
 Si ella con un azor iba lozana ,
 Y él armando gallardo la ballesta
 A recorrer el soto , por deidades
 Los tuviera el error de otras edades.

Y á los tibios y pálidos reflejos
 De la luna en las noches del estío ,
 Quienes á ambos esposos á lo lejos
 Vieran vagando por el bosque umbrío ,
 Y oyeran de su hablar los suaves dejos
 Atravesar las alas del rocío ,
 Por almas venturosas los tendrían ,
 Que el suelo aquel á bendecir venían ,

En un mundo de amor dichoso y tierno,
 Amor que concertaron las estrellas,
 Y que se juzga durador, eterno,
 Tan durador y eterno como ellas;
 De los que solo un monstruo del infierno
 Puede intentar romper, ya las centellas
 De los celos lanzándole, ó la nieve
 De infames dudas esparciendo aleve;

Blanca y Nuño gozaban dulces días,
 Teniendo de sus dichas por testigo,
 Que á solas no hay completas alegrías,
 Discreto confidente y franco amigo.
 De un labrador de aquellas alquerías,
 Cuando Nuño nació, nació Rodrigo,
 Sin separarse de él desde la cuna,
 Asegurando así mejor fortuna.

Pues desde el primer paso de la infancia,
 De su Señor asídno compañero,
 Entre los dos borrando la distancia
 El poder de un cariño verdadero,
 A conseguir llegó tal importancia,
 Que era administrador y consejero
 Y confidente y necesario amigo
 De Nuño Garceran el tal Rodrigo.

¡Dichoso aquel que encuentra de la vida
 En la difícil y áspera carrera,
 Una existencia con la suya unida
 Por firmes lazos de amistad sincera:
 De amistad perdurable, no nacida
 De interés vil, ó cálculo cualquiera;
 Sino de inclinacion mutua, en los años,
 Que de ficcion no saben ni de engaños!

Blanca, tan tierna, candorosa y pura,
 Tal vez al buen Rodrigo miraria
 Con prevencion pueril, que amor procura
 Ser exclusivo en cuanto alumbra el día.
 Mas del de Nuño hallándose segura,
 Y que el tal confidente lo aplaudia,
 Tratándola sagaz con tacto sumo,
 Que al fin venciera su desden presumo.

Con tal amigo , con tan tierna esposa ,
 Con alto nombre y con el rico estado ,
 La vida mas feliz y deliciosa
 Gozaba Nuño que al mortal es dado.
 Cuando el son de la trompa belicosa ,
 Cual ráfaga de viento inesperado
 Nubla el cristal de plácida laguna ,
 Vino á nublar tan plácida fortuna.

De Garceran la noble sangre enciende
 El llamamiento á tan cristiana guerra.
 La obligacion con que nació comprende
 Como ilustre Señor de aquella tierra :
 La voz del Rey que lo convoca entiende ,
 Levanta su pendon , y de la sierra
 Llamando á los hidalgos y pecheros ,
 Forma gallarda hueste de guerreros.

Ya el caballo que suelto la llanura
 Tras las liebres y gamos recorria ,
 Bajo el bruñido arnés y la armadura
 Generoso relincho al aire envia.
 El arcabuz que al ciervo en la espesura
 Fulminó , y la ballesta que solia
 Un ánade matar , ó una paloma ,
 Van ya á extinguir la raza de Mahoma.

El hidalgo , que solo de la caza
 Se daba al ejercicio en ocio blando ,
 Ya vestida sobre ante la coraza
 Se ejercita de escuadras en el mando.
 Y el labrador plebeyo olvida el haza ,
 Que fecundó con su sudor , y ansiando
 Moros matar , embraza la rodela ,
 Ciñe la espada , y alta gloria anhela.

Entusiasmado Nuño , alegre , activo ,
 De ocasion tal para mostrar contento
 El noble esfuerzo y el valor altivo ,
 Propios de su encumbrado nacimiento ;
 Manifiesta que el cielo no fué esquivo ,
 En darle el alto militar talento ,
 Y aquel que á pocos hombres les conceda ,
 Sin el que gobernar ninguno puede.

Tambien instinto bélico demuestra
 Rodrigo en los aprestos diligente,
 Ora pasando á las escuadras muestra,
 Ora instruyendo la bisoña gente,
 Ora con mano previsora y diestra
 Mirando por su dueño cual prudente,
 Tiendas, víveres, armas, municiones,
 Procurando á los nuevos escuadrones. —

Blanca solo, si bien ufana mira
 Bajo el bruído arnés aun mas gallardo
 Al esposo gentil por quien delira,
 Que vestido del rústico tabardo;
 Con mil sutiles medios, que le inspira
 Su anhelante pasión, busca el retardo
 De ausencia, que la aterra y la confunde,
 Y en un desconocido mar la hunde.

Viendo afanado siempre á su marido,
 Sin pensar mas que en la gloriosa guerra,
 Teme que su ternura dé al olvido,
 Y tal recelo sin cesar la aterra;
 Que amor es siempre de recelos nido
 (En serlo sin cesar tal vez no yerra)
 Y exclusivo, absoluto, aislado, solo,
 Quiere en las almas ser de polo á polo.

Mas ¡ah! Blanca se engaña, pues su amante
 Firme como del norte está la estrella,
 Jamás la amó tan ciego y delirante
 Como al tener que separarse de ella.
 Y, cual siempre acontece, en el instante,
 De irle á perder hallábala mas bella,
 Por no afligirla su dolor infando
 En semblante y palabras ocultando.

Viendo al fin terminados los aprestos
 Blanca, y cercano de la marcha el día,
 Infantes y caballos ya dispuestos
 A saludar la hermosa Andalucía;
 Y agotados al cabo los pretextos
 Con que aquella jornada suspendía,
 Ruega á Nuño con lágrimas y abrazos
 Que el corazón hiciéronle pedazos:

Que espere á que perfile y que conolaya
De bordar con sus manos una banda ,
Que le prepara como prenda suya ,
Y en que hace tiempo trabajando anda :
Para que este recuerdo disminuya ,
Y ayude á hacer , si puede serlo , blanda
De ausencia tan atroz la amarga pena ,
A que el Destino infausto los condena.

Y que logre tambien ser el escudo ,
De amor que la labró por la influencia ,
Do flecha enherbolada y plomo rudo
Estrellen su diabólica violencia ;
Si se mostrase el cielo tan sañudo ,
Y á sus ruegos con tanta indiferencia ,
Que del maldito infiel no ponga estorbo
Al tronante arcabuz y al arco corvo.

Nuño consiente , que es lo que desea ,
Y Blanca en su labor no se apresura ;
Pero toca el final de su tarea
Por mas que dilatarla ¡ ay Dios ! procura.
Y coronando su amorosa idea
Una cifra , prolija bordadura ,
De perlas traza con los nombres juntos
De Nuño y Blanca en combinados puntos.

Pero ¡ ay ! al terminar labor tan rica ,
Al dar temblando la última puntada ,
La aguja aleve se resbala y pica ,
¡ Mal presagio ! la mano delicada ,
Y de encendida sangre se salpica
La banda del amor... horrorizada
Lanza un grito la linda bordadora ,
Y no el dolor , mas el agüero llora.

No estaba lejos el amado esposo ,
Que vuelve de adiestrar los escuadrones ,
Y herido del acento doloroso
Atraviesa anhelante los salones ,
Y en alas del amor llega afanoso
Do sumida en funestas reflexiones
Halla á su encanto , y con el labio amante
Las lágrimas le enjuga del semblante.

Y aprecia mas el don , porque el tesoro
De aquellas de su sangre gotas puras
Le dan valor , que por las perlas , y oro ,
Que forman sus labores y figuras ;
Y talisman seguro contra el moro
Lo estima , y prenda cierta de venturas ;
Explicando entendido aquel agüero
De un modo para Blanca lisonjero.

Ella en los brazos del esposo ataja ,
El raudal de sus ojos , dichas sueña
Corto momento , y ciñele la faja ,
Lazo que mas y mas su amor empeña.
Mas ; ay ! pronto su sangre toda cuaja
De las escuadras la última reseña ,
Y de las trompas roncadas la llamada
Para emprender ; oh cielos ! la jornada.

Es ya urgente. Ni lágrimas , ni abrazos
La pueden retardar. Noticia llega
De que los Reyes de la fe en los brazos
Se acercan de Granada á la ancha vega ;
Y que ya en sus recuestos y ribazos
El cristiano estandarte se despliega ;
Y mengua fuera ya de los leoneses
Llegar tarde á los triunfos ó revéses.

Los afanes , las ansias , las ternezas
De ambos esposos , al adios postrero ,
Los encargos , palabras y finezas ,
Que son de amor tesoro verdadero.
El trastorno comun de ambas cabezas ,
Y de ambos corazones el esmero ,
Quede en su punto aquí : pintarlo excede
Del poder que al ingénio se concede.

Formados en gallardos escuadrones
Los , ha poco labriegos y villanos ,
Desplegados al aire los blasones
De Nuño Garceran en fieles manos ,
Dando atabal y trompa con sus sonos
Vida y voz á los ecos mas lejanos ,
La hueste al cabo rumorosa marcha ,
Un pardo amanecer , hollando escarcha.

Viejos, niños, mujeres, que formaban
 Diversos grupos, con los ojos fijos
 En las tropas que lentas caminaban
 De esposos, y de padres, y de hijos,
 Rostros y manos al Señor alzaban,
 Con los fervientes ruegos mas prolijos,
 Para que salvos de la cruda guerra
 Los restituya á su nativa tierra.

En la eminente torre del palacio
 Blanca, convulsa, muda, helada, yerta,
 Ve el escuadron marchar por largo espacio,
 Y ni aun á respirar su labio acierta.
 Y Nuño Garceran confuso y lacio,
 Que el peso del dolor lo desconcierta,
 Torna, y mil veces repitió el saludo
 Con penacho, con lanza y con escudo.

El bosque al fin y una importuna loma
 Cubren el escuadron... un parasismo
 A la infelice doña Blanca toma,
 Y húndese del dolor en el abismo.
 Nuño aun vuelve á mirar... mas ya no asoma
 Ni la alta torre; y fuera de sí mismo
 Se torna en hielo, un alarido exhala,
 Y la visera hasta los pechos cala.

Consuélele con cuerdas reflexiones
 Y lágrimas tambien el fiel Rodrigo;
 ¡Gran cosa es escuchar en ocasiones
 El dulce acento de afanoso amigo!
 Pero para calmar sus aflicciones,
 ¡Ay! no lo lleva Garceran consigo,
 Pues en la ausencia déjale el cuidado
 De su adorada esposa, y de su estado.

Y ¡oh gran dolor! en la inmediata aldea,
 Despues de arreglos vários preventivos,
 Uno al otro los brazos le rodea,
 Empinados los dos en los estribos.
 Y vuelve atrás Rodrigo, y espolea,
 Y Nuño con mil gestos expresivos
 Le grita ahogado: *Cuidame á mi Blanca*,
 Y á las lágrimas da salida franca.

PRIMERA PARTE.

Los pendones triunfantes
De la cruz soberana
Ya respetoso desplegaba el viento ,
En las torres gigantes
De esmalte y filigrana ,
Con que Granada toca al firmamento ;
Torres eternas , cuyos altos muros
Labrados entre mágicos conjuros ,
Presagios , influencias , profecias ,
Y consultas de signos , y de estrellas ,
Lograban ya los venturosos dias
Para que tal poder les dieron ellas.

El sol desde el oriente
Al perfilar de grana y de topacio
Celajes que bordó la blanca Aurora ;
Y al ocupar el trono refulgente
Del zenit en la cumbre del espacio ,
Derramando á raudales
Vida , riqueza y luz á los mortales ;
Y al declinar tras nube que trasflora
De morado , y de jalde al occidente ;
Saluda los católicos pendones ,
Y en ellos los castillos y leones
Y aragonesas barras ondeando ,
Y la fe pregonando
De Alhambra , y de Albaicin en las almenas ,
Do antes volaban lunas sarracenas.

Genil entusiasmado

Del triunfo de las armas españolas ,
 No envidiaba del mar las crespas olas ,
 Despues de haber tal gloria presenciado.
 Y al través de la vega apresurado ,
 Dejando atras sus bosques y repechos ,
 Gozoso á relatar tan altos hechos
 Iba al Guadalquivir , cuya memoria
 Conserva otros tan grandes de su historia.

De la Sierra nevada

Sonreia la cumbre
 Porque en su hija Granada
 Brillaba ya la bienhechora lumbre ,
 Del lucero del Gólgota , y veia
 A la grande Isabel , y al gran Ferrnando
 La garganta pisando
 Del islamismo con tan firme planta ,
 Que jamás volveria
 El brillo á oscurecer de la fe santa ,
 Ni á profanar la hermosa Andalucía.—

Segura, en fin , España

De la estirpe agarena , tanta hazaña
 Famosa y nunca vista ,
 Con que sus héroes la feliz conquista
 Lograron del imperio granadino ,
 Celebraba gozosa :
 Aun sin saber que Dios iba el camino
 Con mano poderosa
 A abrirle de otro mundo ,
 Por favor de su gracia sin segundo.
 Y ya la fama con su trompa de oro ,
 Eterna voz , y cántico sonoro ,
 Cruzaba mares , taladraba nubes ,
 Prestándole sus alas los querubes ;
 Y la insigne victoria difundia ,
 Por cuanto alumbraba el sol , y el mar enfria.
 Y el español desnudo
 Sembraba en los paganos
 Terror , y helado miedo ,
 Y gozo , y nuevo aliento en los cristianos.

Pasmando al orbe todo
 El triunfo audaz , con que el linaje godo
 La lucha de ocho siglos coronaba ;
 Y con que aseguraba
 La fé de Cristo , y su blason triunfante
 Desde el tirreno mar , al mar de Atlante.

Sí: de doña Isabel , de don Fernando
 Católicos monarcas españoles ,
 De alta prudencia y de denuedo soles ,
 Que hoy en gloria sin fin están brillando ,
 Despojo era Granada.
 Mas dije mal , porque despojo no era ;
 Sino la mas preciada ,
 Y la joya mas rica , y la primera
 De la diadema espléndida española ,
 Entre cuantas respeta el orbe , sola
 De otras muchas formada por el cielo ,
 Con incesante anhelo ,
 Para en la augusta frente colocarla
 De tan egregios Reyes ;
 Y en ella asegurarla
 Por las humanas y divinas leyes.

Magnífico diamante ,
 Rico joyel de la diadema augusta
 Del imperio español era Granada ;
 Con su cielo radiante
 Que rara vez el huracan asusta ,
 Con su sierra de pirámide de nieve ,
 A quien , ni el cancro abrasador se atreve ;
 Con su vega encantada ,
 De deleites tesoro ;
 Con su Darro y Genil , que arrastran oro
 En los raudales frios ;
 Con sus cármenes verdes y sombríos ;
 Con sus palacios mágicos de encajes ,
 Y frágil filigrana ;
 Con sus torres ligeras cual plumajes ,
 Que el soplo de la cándida mañana
 Entre vapores húmedos parece ,
 Que blando agita , y que risueño mece.

Si Urt inmortal , si reina de Odaliscas
 De alas de leve niebla , y pié de espuma ,
 Con las galas espléndidas moriscas
 Fué la hechicera juvenil Granada ;
 Ya por la gracia de los cielos suma
 Se mira transformada
 En augusta matrona ,
 Orgullosa , triunfante ,
 Y con la frente de real corona
 Ceñida en vez del bárbaro turbante :
 Viéndola con profundo
 Respeto absorto el admirado mundo ,
 Ya con la fe católica en el seno ,
 Antes manchado del inmundo cieno
 De torpes ceremonias y de ritos
 Por el cielo malditos ;
 Y oyendo en sus mezquitas ,
 Del báratro tremendo con espanto ,
 Las palabras benditas
 Del Evangelio santo ,
 Que alienta al siervo , y al tirano doma ,
 En vez de las blasfemias de Mahoma.
 Y admirando en sus cármenes y Alhambras ,
 Y plácidos jardines
 Las danzas castellanas y festines ,
 Mucho mas nobles que agarenas zambas ;
 Y en vez de Abencerrajes ,
 Y Zegries traidores ,
 Poblada de linajes
 Mas altos y mejores ,
 Mas bravos , y hazañosos ,
 Y mucho mas antiguos y gloriosos.

Todo era , pues , contento y alegría ,
 Justas , banquetes , y vistoso alarde ,
 Desde el primer albor del nuevo día ,
 Hasta espirar los plazos de la tarde.

Y de danzas y orquestas ,
 Regios convites y costosas fiestas
 El plácido rumor y los concentos
 Daban vida á los vientos ,
 Las sombras de la noche regalaban ,
 Y el sueño de los astros arrullaban :
 Y alboradas risueñas
 Felicitaban á la blanca aurora ,
 Cuando las altas peñas
 De excelsos montes con su luz colora.

Tan solo Nuño Garceran hundido
 En afan melancólico se esconde ,
 Y ni al aplauso universal responde
 A su valor egregio conferido.
 Pues su esfuerzo bizarro
 A la vega encantó , y admiró al Darro :
 Siendo sus estandartes ,
 Y sus bravos leonés
 Nuncios de la victoria en todas partes ,
 Sin temer de fortuna los revéses.
 Y él , en el duro asalto
 Del regio alcázar colocó tan alto
 Su nombre , que la fama ,
 La flor de los guerreros le proclama.

Mas ¡ay! que de su patria , de su estado ,
 Y de su tierna esposa separado ,
 No puede tanta ausencia
 Soportar de su pecho la vehemencia.
 Y ni ostenta su gala en los salones
 De los reyes , ni asiste á sus funciones ,
 Ni luce en los jardines ,
 Ni brilla en los festines ,
 Ni en Vivarrambla en pisador ligero
 Ensangrentando el acicate de oro ,
 Justa , ostentando su saber guerrero ,
 Lidia , mostrando su destreza , un toro.

Y lejos del bullicio , y los festejos ,
 Como está de placer y calma lejos ,
 Solitario pasea
 Entre los altos olmos que menea

El céfiro en la orilla
 Del Genil. Y en la noche triste vaga,
 Cuando la luna entre celajes brilla,
 Y la corriente cristalina halaga,
 Por los campos desiertos
 De tibia luz y de vapor cubiertos:
 Y allí repite el nombre de su Blanca,
 Y hondos suspiros de su pecho arranca.

Há tiempo que carece
 De nuevas de ella, y cuando no hay noticias,
 Ya infaustas, ya propicias,
 La ausencia se parece
 Al sueño eterno de la tumba helada:
 Pues ó malas, ó buenas, son sustento
 De un alma enamorada,
 Y dan vida á la ausencia y movimiento.
 A su tierra ha enviado
 Uno y otro criado,
 Que no tornan jamas, cual si un conjuro
 Allá los detuviera,
 O cual si á su regreso se opusiera
 Un encantado impenetrable muro.

Confuso entre afanosos pensamientos
 El triste se perdía,
 Amante firme, y tierno enamorado,
 Creciendo los tormentos
 De su angustiado pecho cada día,
 De toda nueva de su bien privado.
 Cuando á mirar acierta,
 Que llega una mañana ante su puerta
 En rocin sudoroso, y anhelante,
 Un villano leonés; en el tabardo
 De tosco paño pardo
 Conoció que lo era,
 Como en las bragas y amarilla cuera.
 Un vuelco dióle el corazon, se lanza
 A salirle al encuentro sin tardanza,
 Y sin preámbulo alguno le pregunta,
 Latiente el pecho, la color difunta,
 Por carta y nuevas de su esposa amada.

El villano la mano venerada ,
 Que es aquel su Señor reconociendo ,
 Le besa , de este modo respondiendo :
 «Mi alta señora , vuestra esposa bella ,
 De las montañas de Leon estrella ,
 Salud cumplida tiene ;
 Aunque siempre afligida la mantiene
 Vuestra ausencia , Señor , y noche y dia
 Pide llorosa , y con ferviente anhelo ,
 Que os torne salvo á vuestra patria el cielo .
 Yo habito la alqueria ,
 Que está de la cañada en los alcores ,
 Entregado á las rústicas labores :
 De allí el señor Rodrigo con gran priesa ,
 Sin duda porque mucho os interesa ,
 Partir mandóme , y con premura harta
 Poner en vuestras manos esta carta .»

Confuso Nuño Garceran la toma .
 Con temblorosa mano ,
 Y aunque lo que le ha dicho aquel villano
 De doña Blanca , centro de sus dichas ,
 Le asegura , tal vez al rostro asoma
 Inquieta turbacion : pues que , un arcano
 De miserias desdichas
 En sí contiene el misterioso pliego ,
 Le dice el corazon . Se encierra luego ,
 Abrelo palpitante ,
 Y estos renglones se encontró delante .

«Don Nuño , tan larga ausencia
 Empieza á perjudicaros ,
 Y es mi obligacion llamaros ,
 Que importa vuestra presencia .

»Pues se alcanzó la victoria ,
 Y se conquistó Granada ,
 Donde veis acrecentada
 De vuestra casa la gloria ;

»A librar á ella y á vos
 De un abismo , que está abierto ,
 Y que yo á evitar no acierto ,
 Venid , y pronto por Dios .

»Venid, que os llama un amigo...
 ¡Quiera el cielo no sea tarde!...
 El os ayude y os guarde,
 Vuestro servidor, *Rodrigo.*»

En tormentoso mar de confusiones,
 Que envuelve noche ciega,
 Leyendo estos renglones
 El desdichado Garceran se aniega.

Dice poco, es verdad aquella carta;
 Mas tambien, harto dice,
 Para que hienda, y parta
 El alma, y corazon á un infelice.

Y en el conjunto vago y sin colores
 Del oscuro compendio
 Se ven los resplandores
 De un infernal, aterrador incendio:

Cual se ven en el fondo de los mares
 En confusion las rocas,
 Y sin forma, á millares
 Cruzar los tiburones y las focas.

O cual tras negro tronador nublado
 Se ve, que arde, y que gira
 Meteoro encapotado,
 Nuncio fatal de la celeste ira.

Doquiera que el discurso vacilante,
 Buscando conjeturas,
 De Nuño, acude errante,
 Ve un piélago sin fin de desventuras
 Y espectros y fantasmas espantables
 Le revuelan en torno,
 Mucho mas formidables
 Por no tener ni forma, ni contorno.

Y de aquellos fatídicos renglones
 De tan infausto arcano,
 Consuelo en las razones,
 Quiere encontrar su mente, del villano.

Sí, nuevas favorables de su Blanca
 Le ha dado cual testigo;
 Mas el alma le arranca
 Notar que ni aun nombrarla osa Rodrigo.

Aquel le dijo que constante llora
 Su ausencia; y este calla—
 ¡Será que el uno ignora,
 Lo que otro el modo de decir no halla?...

¡Ay! este pensamiento le horroriza,
 Y arde en un fuego interno,
 Que envenena y atiza
 Una mano invisible del infierno,

Y destrozado y roto en el combate
 De temor y de duda,
 Se anonada, se abate,
 Sin luz los ojos y la boca muda.

Mas una pronta decision estalla
 En su cabeza ardiente,
 Cuando en la cruel batalla
 Iba á doblar exánime la frente.

La de volar en busca de Rodrigo
 A la nativa sierra,
 Y ver cual enemigo
 Allá le mueve tan extraña guerra—

Y las alas envidia voladoras
 Del águila altanera,
 Que cruza en pocas horas
 Todo el cóncavo espacio de la esfera.

Escondiendo á los suyos el viaje,
 Veloz caballo ensilla
 Y con humilde traje,
 Y con solo su afán vuela á Castilla.

Ya deja atrás las torres de Granada,
 Y la encantada vega,
 Y la Sierra nevada,
 Y al confín andaluz rápido llega.

Y lo ve galopar sin un respiro
 El sol desde el Oriente,
 Hasta acabar su giro,
 Apagando en el mar la crencha ardiente.

Y la luna y las trémulas estrellas
 Alumbran su viaje,
 Luciendo sus centellas
 Al través del vapor y del celaje.—

Atraviesa á Castilla, montes, rios,
 Valles profundos, nada
 Disminuye sus brios,
 Ni detiene la rápida jornada.

Y al rojo esclarecar de hermoso dia,
 Principio del verano,
 Cuando la aurora abría
 La puerta de oro al astro soberano.

Vió Nuño aparecer azul un monte
 Aun de nieve vestido
 Allá en el horizonte,
 Y dióle el corazon hondo latido.

La sierra es de Leon, donde su estado
 Tiene, y su dicha asiento;
 Y hácia ella arrebatado
 Lanza el corcel mas rápido que el viento.

A cada nueva, y conocida loma,
 Que descuella de lejos,
 Y cuando un punto asoma,
 Que blanquea del sol á los reflejos,
 Sensaciones tan fuertes é indecibles

El corazon le agitan,
 Y tan indefinibles
 Pensamientos le hielan ó le irritan;

Que ya para sufrir tanto martirio
 Sin fuerzas, espolea
 En insano delirio
 El alazan, que sin vigor jadea.

¡Oh cuán breve, y cuán largo es el camino
 Que corre un desdichado,
 Si va donde el destino
 Le tiene algun desastre preparado! —

Al cabo Nuño en férvidos vapores,
 Que del valle se elevan,
 Descubre los alcóres
 De los estados que su nombre llevan.

Y al fin del sol, que baja lentamente
 Al confin del espacio,
 No lejos ve á su frente
 La mole desigual de su palacio.

Y le parece aterrador coloso
 Que lo amenaza y mira;
 Y crespon doloroso
 La leve niebla que en sus torres gira,

Y detiene de pronto la carrera
 Con toque tan forzado,
 Que el caballo cayera,
 A no sentir el acicate agudo,

Y lanza un grito, ó pavoroso trueno,
 Que el corazon hinchado
 Le da un vuelco en el seno,
 Como si en él hubiera reventado.

Una encendida bomba es su cabeza
 Que á estallar va al instante,
 Y en toda su grandeza
 La boca del infierno ve delante.

¡Miseró...! las fantásticas visiones
 Le cercan de su mente,
 Piérdese en ilusiones,
 Y no ve la verdad que está presente.

No ve á su encuentro por la misma senda
 Un hombre y un caballo
 Venir á toda rienda,
 Ni oye el recio pisar del duro callo.

Ni sale del delirio hondo, morboso,
 Hasta que el brazo amigo
 Le estrecha cariñoso
 De su buen servidor, del fiel Rodrigo.

Reconócelo, abrázalo, suspira,
 Y la color difunta,
 Con hondo afán lo mira,
 Sin osar producir una pregunta.

Y Rodrigo también mudo, turbado,
 Y la color de cera,
 La mirada, espantado,
 De aquellos ojos evitar quisiera.

Descabalgan entrambos, y Rodrigo
 Estrechando la mano
 De su Señor y amigo,
 Lo asienta al pié de un álamo lozano :
 Cuando en un mar de fuego en Occidente
 Pálido el sol se hundia ,
 Su faz velando ardiente
 Sangriento nubarron , tumba del dia .
 A la luz del crepúsculo borrosa ,
 Mientras la suya daba
 La luna candorosa ,
 Que entre cumbres oscuras asomaba ;
 Tras de silencio breve, pero horrendo ,
 Solos , y sin testigos ,
 Tal diálogo tremendo
 Tuvieron entre sí los dos amigos.—

DON NUÑO.

A tu carta obedeciendo
 En Leon me tienes ya ,
 ¿Qué males , pues , me amenazan ?...
 Dilos , dilos , sin tardar.
 Dilos , porque el alma tengo
 En tan angustioso afan ,
 Que de tus palabras pende
 Mi ansiosa vida quizás.

RODRIGO.

Señor , mi confuso labio
 No sabe cómo empezar ;
 Pues hay cosas cuyos nombres
 No acierta el bueno jamás ,
 Y acaso es mas infelice ,
 En mayor angustia está ,
 Que el que infortunios aguarda ,
 Quien los debe revelar.

.

DON NUÑO.

Apresura mi tormento,
Ten de tu amigo piedad.
¡Vive Blanca?... Si ella vive,
¡Qué me importa lo demás?

RODRIGO.

¡Ay, que has pronunciado el nombre
Que no osaba pronunciar!
Vive Doña Blanca, vive...
Vive, sí, vive... ¡ojalá
Que nunca vivido hubiera
Para tu nombre afrentar!!!

DON NUÑO (*furioso*).

¡Qué supones, miserable?...
¡Qué alientas, furia infernal?...
Prueba, prueba lo que dices,
O mi furia probarás.
Mi Blanca es como el sol pura,
Es un Angel celestial.

RODRIGO (*turbado*).

Doña Blanca... es...

DON NUÑO.

¡Qué es?... acaba
... ¡te se pega al paladar
la lengua?... ¡Qué es, di, mi esposa?

RODRIGO.

¡Infel!

DON NUÑO (*poniéndose de pie*).

¡Mentira!

RODRIGO (*resuelto*).

¡Verdad!

DON NUÑO (*cayendo convulso*).

¡Abrete, tierra, á mis plantas
y sepúltame voraz!

Como de rayo tronador herido
Cayó convulso en tierra,
Y lanzó un alarido
Que estremeció los riscos de la sierra.
Y el confidente mudo y aterrado,
Hecho estatua de hielo,
Inmóvil quedó á un lado,
Fijos los turbios ojos en el suelo.

Don Nuño destrozándose furioso
La túnica y el pecho,
Revuélcase anheloso
Sobre la yerba, de dolor deshecho.

Rodrigo al cabo á su socorro viene,
Levanta al infelice,
Lo anima, lo sostiene,
Y con voz balbuciente así le dice:

RODRIGO.

Volved en vos, Señor mio,
¿Dónde vuestro esfuerzo está?
¿Quereis morir sin venganza?

DON NUÑO (*reanimándose*).

¡No, Rodrigo, no, jamás!
Cuéntame, cuéntame todo,
Tranquilo te escucho ya.

RODRIGO.

¿Y qué puedo yo contaros?...
 Vuestros ojos mismos van
 A deciroslo al momento.
 Y pues nadie sospechar
 Puede, Señor, vuestra vuelta,
 Y la noche, y el disfraz
 Esconden vuestra persona,
 Venid tras de mí y callad.



Como al conjuro de potente mago
 Un cadáver camina,
 Así con paso vago
 Va Nuño entre la niebla blanquecina.
 Atravesando el bosque con su amigo
 En silencio profundo,
 Mas llevando consigo
 Todo un infierno aterrador del mundo.
 Y su planta vacila á cada instante,
 Y no mas firme acaso
 Es la que de él delante
 Tiende Rodrigo con incierto paso.
 Y no se escucha mas que el rumor leve
 De espesos matorrales,
 Que su marcha remueve,
 Al través de barrancos y de heriales.
 Y la respiracion de ambos viajeros
 Estertor parecia,
 Del que ya en los postreros
 Afanes juzga escasa el aura fria.
 Iban como al través de honda cañada
 Entre encinas y pobos,
 Buscando la manada
 De ovejas, van dos carniceros lobos,

Y los ojos de Nuño relumbraban
 Cual brasas encendidas,
 Y acaso espanto daban
 A las aves del todo aun no dormidas.

Y lumbre azul, cual arde sobre un muerto,
 Los ojos de Rodrigo
 Daban en el desierto,
 Sin osar revolverlos á su amigo.

A poco tiempo llegan á una puerta
 Del jardín del palacio,
 Que sin rumor abierta
 Da entrada franca al encantado espacio.

Y enfrente allí de un cenador de hiedra,
 Do una lámpara ardía,
 Y una mesa de piedra
 Refrigerios, y frutas ofrecía;

Entre las murtas, troncos y follaje
 Quedan entrambos bultos,
 Por fin de su viaje,
 En gran silencio, sin moverse, ocultos.

Tal se esconde alevoso en la enramada
 El cazador, y espera
 La cierva descuidada
 Que baja por la noche á la ribera.

¡Ah buen Rodrigo!... tu amistad constante,
 Tu gratitud ardiente
 Te arrastran tan distante,
 Que no hallarán disculpa en el prudente.

De honradez y lealtad tan alta prueba,
 ¿No ves, oh fiel Rodrigo,
 Que al precipicio lleva
 Al que proclamas protector y amigo?

¡Cuánto mejor te fuera, ó tú vengarlo,
 Si impedir no pudiste
 El mal, ó que ignorarlo
 Por largo tiempo consiguiera el triste?

¡Ay, hasta la virtud, hija del cielo,
 Los míseros mortales,
 Por imprudente anhelo,
 Pueden mina fecunda hacer de males!



¡Cuán clara y refulgente,
 Espléndido topacio,
 En el celeste espacio
 Ostentaba la luna su esplendor!
 Con sonrisa inocente
 Dormida entre celajes,
 Delicados encajes
 De leve niebla y cándido vapor.
 Y su luz argentina
 Por lomas y collados,
 Y silenciosos prados
 Se gozaba apacible en resbalar;
 Y la pomposa encina,
 Y el contorno del monte
 En el vago horizonte,
 De nácar sobre nube, en dibujar.
 Dejando al valle hondo
 Tiniebla misteriosa,
 Que nadie mirar osa
 Temiendo algún fantasma descubrir;
 Y solo allá en el fondo
 Dejaba en la corriente
 Del rápido torrente
 Breve y fugaz destello relucir.
 En calma estaba el viento,
 Y el aura revolando,
 Y en silencio besando
 Las soñolientas flores del jardín,
 Robábaslas su aliento,
 Y con él perfumaba
 Y en bálsamo tornaba
 El ambiente hasta el último confin.
 El silencio profundo
 Tan solo interrumpía,
 La fuente que corría,
 Y el acento de un tierno ruiseñor:
 Dijérase que el mundo
 En sueño regalado,
 Dormía reclinado
 En el inmenso seno del Criador.

¡Ah! noche tan hermosa
Tranquila y apacible
Que encubra no es posible
Perfidia, engaño, crimen y traicion.

Si alma hay tan horrorosa,
Que á turbarla se atreva
Sobre su frente llueva,
El fuego de la eterna maldicion.

Mas ¡ay! que la influencia
De su apacible calma
No tranquiliza el alma
Del furibundo Nuño Garceran.

Y cuando su impaciencia
A atropellar por todo
Iba, y de cualquier modo
A dar un fin á su angustioso afan;

Y apenas ya podia
La mano de su amigo
El ejemplar Rodrigo,
Contener su impaciencia y su altivez;

En lejana abadía
El reló resonando,
Que el tiempo iba ajustando,
Dió con gran pausa campanadas diez.

Y á la puerta aparece,
Del vecino palacio,
En el oscuro espacio
De prònto una hermosísima mujer.

Mujer que resplandece,
Aparicion divina,
De aquellas que imagina
La inocencia en ensueños de placer.

Talle esbelto, elegante,
Y formas delicadas,
Que lucen adornadas
Con veste de blancura virginal.

Y un pálido semblante
Sobre el cuello flexible,
Tan bello y apacible,
Y de expresion tan noble y celestial,

Cual rara vez el suelo
 Ve, cuando de belleza
 Quiere naturaleza
 Darle un tipo ostentando su primor;
 Y que tan solo el cielo
 Reveló al soberano
 Ingénio, y á la mano
 Del grande Urbino, el inmortal pintor.
 Toda ella iluminada,
 Sobre aquel fondo oscuro
 Encuadrado en el muro,
 Por la luz de la luna vertical
 Con el claror mezclada,
 De la llama, que brilla
 Oscilante, amarilla,
 Dentro del cenador en un fanal;
 Parece la figura
 De la divina maga,
 Aparicion tan vaga
 De misterioso y singular color;
 Que no humana criatura
 Del mundo se creeria,
 Sino una fantasía,
 Un conjunto de luz y de vapor.
 Don Nuño arrebatado
 Por tal vision divina
 Casi la frente inclina,
 Casi olvida su furia y su ansiedad;
 Cuando ponerse al lado
 Ve de aquella belleza,
 Con familiar franqueza,
 Un mancebo gentil de corta edad.
 De risueño semblante,
 De noble corpulencia,
 De gallarda presencia
 Brotando actividad, vida, expresion:
 Y con traje elegante
 De rojo terciopelo,
 Y sobre el rubio pelo
 Una toca adornada de un airon.

Lanzó Nuño un rugido
 Profundo, ahogado, interno,
 Que se oyó en el infierno,
 Aunque apenas se oyera en derredor.
 Y ciego, enfurecido,
 Con el hierro desnudo,
 Iba... Pero forzado
 Sujetó el fiel Rodrigo su furor.

El jóven, y la hermosa,
 Alegres, descuidados,
 Y del brazo enlazados
 Discurren un momento en el jardín.

Y su charla amorosa,
 Esparciendo un murmullo
 Como apacible arrullo,
 Dentro del cenador entran al fin.

Ella en rica almohada
 De brocado se sienta,
 Y de pié le presenta
 Frutas y flores el gentil garzon.
 Quien viendo preparada
 Arpa sonora á un lado,
 Púlsala arrebatado,
 Y entona esta dulcísima canción.

«En noche tétrica
 De desventura
 Y de amargura
 Me iba ya á hundir;
 • Cuando la fúlgida
 Luz de una estrella
 Benigna y bella
 Vi relucir:
 • Y eras tú, Blanca mía,
 La estrella de consuelo y de alegría.

» En negro vértigo
 Agonizaba,
 Mi pié tocaba
 Ya el staud,
 » Y un dulce bálsamo
 Bebí anhelante,
 Y hallé al instante
 Vida y salud :
 » Y eras tú , Blanca mia ,
 El bálsamo que tanto conseguia.

» Blanca , sí ,
 Todo á tí
 De polo á polo
 Lo debo solo.
 » Sin tu amor ,
 Y favor
 Fuera mi suerte
 Misera muerte :
 » Porque eres , Blanca mia ,
 Bálsamo de salud , sol de alegría.»

Aquí llegaba en su cancion, mirando
 Con arrasados ojos y semblante
 A la dama el doncel ; cusado anhelante
 Ella , el rico almohadon abandonando ,
 Se acercó á él con cariñoso exceso ,
 Y en la mejilla juvenil y hermosa ,
 Con la emocion del canto ardiente rosa ,
 Le imprimió un blando y delicioso beso.

Rodrigo suelta entonces á don Nuño ,
 Que como flecha despedida arranca ,
 Y en el seno infeliz de doña Blanca ,
 Hundió la daga hasta el dorado puño.

El mancebo de pronto en su defensa ,
 Tarde era ya , sacrificarse quiere ,
 Y el mismo acero lo recibe , y hiere
 Y abre en su tierno pecho herida inmensa.

Al desplomarse en brazos de la muerte
 Blanca infeliz, y en el postrer desmayo,
 Cuando juzgó que la mataba un rayo,
 Quien es su matador ¡misera! advierte.

Y ¡oh Nuño!!! exclama en el postrer aliento,
 Y Nuño redoblando con oírla,
 Su furor infernal, torna á embestirla,
 Que solo de su muerte está sediento.

Y cébase cual hiena furibunda,
 En el cadáver con horrible estrago;
 Bañándose frenético en el lago
 De sangre, que el jardín, cálida inunda.

Cuando huracan horrisono rugiente
 Baja de pronto desde la alta sierra,
 Los árboles altísimos aterra,
 Y el cenador y lámpara eminente.

Embiste silbador con recio empuje
 El palacio, y lo mece, y lo fulmina,
 Las gigantescas torres arruina,
 Y el muro roto se desploma y cruje.

Y la luna purísima envolviendo
 En borrascosas nubes espantables,
 Con espesas tinieblas impalpables
 Cubrió aquel espectáculo tremendo.

Nuño, de un trueno al espantoso grito,
 De sí mismo medroso y aterrado,
 Y creyendo que el orbe ha caducado,
 Del Sumo Ser, que lo formó, maldito;

Por el áspero monte huye cobarde,
 De cuando en cuando deslumbrado y ciego
 De súbitos relámpagos al fuego,
 En que juzga que el globo todo arde.

Así recién formado, con profundo
 Terror, vagar por anchas soledades,
 Envuelto en espantosas tempestades,
 Al primer homicida miró el mundo.



SEGUNDA PARTE

¡Sevilla! ¡Oh nombre mágico, que encanta
 Con su apacible son mi mente toda,
 Y de recuerdos plácidos circunda
 Mi helado corazon y mi memoria!

Sevilla, Reina del ameno clima
 En que Guadalquivir su régia pompa
 Ostenta, caminando hácia los mares
 Do el sol se esconde al desdeñar á Europa.

Sevilla, que gallarda señoreas
 De olivo y de laurel con la corona,
 La parte mas risueña de este mundo,
 Y do ingenio y valor la tierra brota:

Mientras mas lejos de tus altos muros,
 De tu inmensa basilica grandiosa,
 Y de tus odoríferos verjeles,
 Mas te tengo presente á todas horas.

En tí pasé mi juventud florida,
 Y el balsámico ambiente de que gozas
 Me restauró la sangre, que en los campos
 Por mi patria y mi rey vertí con honra.

Y en tí gocé de deliciosos dias,
 Y del amor los bienes y zozobras,
 Y recogiendo aplausos y laureles,
 De la felicidad bebí en la copa.

Qué entusiasmado viendo de Murillo
 Y Zurbaran las encantadas obras,
 Admirando tu alcázar y tu templo,
 Y oyendo hablar á Herrera y á Rioja,

Me elevé de las brisas en las alas ,
 Cual del jazmin y azahares los aromas ,
 Y el fuego celestial de la poesía
 Ardíó en mi mente , y aspiré á sus glorias.

Jamás , jamás te olvido , insigne emporio
 De ingénio y gracia , y de beldad ; y ahora
 Mientras de tí tan separado escribo
 En alto verso esta olvidada historia ;

A la orilla de un mar que de esmeralda
 Revuelve alegre las risueñas olas ,
 Inmediato al flamígero Vesubio ,
 Y admirando su cumbre tronadora ,

Que humo y ceniza lanza contra el cielo ,
 Y forma espesa nube , que el sol dora ;
 Cercándome de flores coronadas
 De Posilipo y Vómero las lomas ;

Y en Nápoles , en fin , la que en el mundo
 Tanto renombre exclarecido goza :
 A tí , y tan solo á tí tengo delante ,
 Y en tí , ¡grata ilusion ! mi mente mora.

Y miro alzarse tu Giralda esbelta
 Entre vapores de color de rosa ,
 Y oigo la voz de sus sonoros broncees ,
 Que retumba en los montes de Carmona.

Y que estrecho á mi seno me figuro
 Las dulces prendas , que de mí remotas
 Allá anhelan tan solo mis noticias ,
 Y sin cesar me llaman y me nombran.

Y escenas ocurridas en tus campos
 Voy á contar , para aclarar la historia ,
 Que de la tumba de la edad pasada
 El sacro númen , que me inspira , evoca.



Poco despues que en la morisca Alhambra
 La cruz de Cristo derrocó á la luna ,
 Triunfó de la espantosa idolatría
 En el bárbaro haren de Motezuma.

Pues el Reparador del universo
 Dió de extender su nombre, y la fe cuya
 La alta mision á los esposos Reyes,
 Que á Aragon y Castilla unen y juntan.
 Y abriendo las barreras de los mares
 A las osadas españolas fustas,
 Regidas por un hombre extraordinario,
 Domador de huracanes y de furias;
 Ofreció un nuevo mundo á su grandesa;
 Do la gloria aumentar que los circunda,
 Y do la santa luz del Evangelio
 su influjo bienhechor muestre cual nunca:
 Disipando las bárbaras tinieblas
 De las espesas infernales brumas,
 En que el rebelde Arcángel envolvía
 Las regiones del globo mas fecundas.
 Allí pocos valientes humillando,
 A fuerza de constancia y de bravura,
 El poder de cien bárbaras naciones,
 Y del tenaz infierno las astucias;
 Dieron á los católicos Monarcas
 Cien coronas riquísimas, que ocultas
 Para España guardó siglos y siglos
 En tal region la Omnipotencia suma.
 Mas de tantas conquistas milagrosas,
 Que aun la envidia por fábulas reputa,
 Como hicieron los bravos españoles
 Allí en ocaso en incesante lucha;
 La mas alta, admirable y portentosa,
 La colmada de gloria, cual ninguna,
 Fué el imponer Hernan-Cortés, el grande,
 Al mejicano imperio la coyunda.
 ¡Hernan-Cortés!... Coloso que descuella
 Entre los héroes que la fama adula,
 Como gigante pino en los jardines
 Se alza soberbio entre la humilde marta.
 ¡Hernan-Cortés!... cuyo glorioso nombre
 El primer puesto de la historia ocupa,
 Entre cuantos alzarse ha visto el mundo,
 En brazos de la bélica fortuna.

El que llevó la cruz de su estandarte
De triunfo en triunfo, vencedora, augusta,
Desde la fértil vega de Tabasco,
Hasta las altas torres de Cholula;

Tan solo con seiscientos españoles,
De guerreros cien mil domó la furia,
A fuerza de constancia y de denuedo,
En los valles hondísimos de Otumba.

Y plantó audaz el pabellon hispano
Con gloria eterna de la patria suya,
En la opulenta Méjico, que el orbe
Del Occidente Emperatriz titula.

¡Ay!... al trazar estos sonoros versos
Con noble orgullo la entusiasta pluma,
De tanta gloria mis ardientes ojos
En aquella region el templo buscan.

Y la ven ¡oh dolor! presa infelice
De raza infiel, advenediza, oscura,
Que á la fe del glorioso Recaredo
Con sus dogmas heréticos insulta.

Raza de mercaderes..... ¡Y no queda,
Y allí no queda ya gota ninguna
De castellana sangre, que valiente
Tan horrenda agresion pame y confunda?

.....Queda, sí, y se derrama valerosa,
Mas sin fuerza y poder. La desvirtúan
Rebeliones, discordias, impiedades,
Delirios, ambiciones y disputas,

Que pérfida Albion con larga mano,
Hundiéndolos en mar de desventuras,
Sembró en aquellos pueblos infelices,
Que niños son, y adultos se figuran.

¡Y por qué, España, la ofendida España,
No alza la frente, y sus valientes junta,
Y á la venganza y al socorro vuela,
Perdonando cual madre las injurias?

¡Mas qué pronuncio! ¡oh Dios! basta, y un velo
Impenetrable las miserias cubra,
Que el poder roban á la patria mia,
Y que la gloria de su nombre anublan.

Y volvamos la mente á aquellos siglos ,
 Para consuelo de tan grande angustia ,
 En que su fe y lealtad la colocaron
 Mas alta que ese sol que nos alumbra.

Triunfantes los castillos y leones
 En la régia mansion de Motezuma ,
 Y la insignia del Gólgota humillando
 Del ídolo infernal la frente inmunda ;

Ya recibia el mejicano imperio
 Sumiso, reposado, y con fe pura
 Las suaves leyes y los santos ritos ,
 Que paz y eternas dichas aseguran.

Y el grande Hernan-Cortés, modelo insigne
 De lealtad española cual ninguna ,
 A poner de su Rey ante las plantas
 Aquella gran conquista se apresura.

Y cargada de bálsamos y aromas ,
 Perlas, tejidos y esmaltadas plumas ,
 Oro, alimañas de pintadas pieles ,
 Indios guerreros, y exquisitas frutas ;

Mandó partir una lijera nave
 Desde las playas de San Juan de Ulúa ,
 Que lleve á España, y al Monarca ofrezca
 De aquel imperio la diadema augusta.

Mar bonancible, y favorable viento
 Halagan al bajel, que la fortuna
 Conduce hácia el Oriente, y que gallardo
 Las crespas olas, sin peligro sulca.

Ya mira desde lejos coronadas
 De olivos las montañas andaluzas ,
 Y sin temer escollos ni bajos ,
 Y humillando la barra de Sanlúcar ,

Del gran Guadalquivir las dulces aguas
 Riza y encrespa de argentada espuma ,
 Y entre olorosos, verdes naranjales
 Pomposa pasa y presurosa cruza.—

Ya ve de la Giralda desde lejos
 Alzarse altiva la delgada aguja,
 Y del coloso, que en su cumbre gira
 Los fulgidos destellos la deslumbran.

De Sevilla las torres y atalayas
 Que nave llega de Occidente anuncian,
 Y á muelles, y riberas acudian
 A saludarla las curiosas turbas.

La nave magestosa, cuyas velas
 Las frescas brisas de la tarde empujan,
 Con flámulas jugando y gallardetes,
 Que en los ingentes mástiles ondulan,
 De la torre del Oro á los piés llega;
 Las pardas lonas en la verga anuda,
 Y rompe con las áncoras el río,
 Que fondo en que cebar el diente buscan.

Y con alegre salva, que un momento
 En blanco humo la envuelve, y que retumba
 De los lejanos montes en los valles,
 A la ciudad clarísima saluda.

El sol en el ocaso se escondía
 Entre vapores férvidos, que ofuscan
 Su deslustrada faz, y en el oriente
 Se alzaba rica de esplendor la luna.

Del principio dichoso del verano
 Una noche tranquila, hermosa y pura
 Empezando á lucir, de calma llena,
 Anunciado reposo, y faz profunda;

Ríndese al sueño la cansada gente
 De la nave, ya inmóvil y segura,
 Y la gente de tierra se retira
 Ansiando solo que la aurora luzca.

Rayó por fin en el remoto oriente,
 Aun de celajes y vapor desnuda,
 Y el sueño desterrando de Sevilla
 A la Giralda con su luz saluda.

Cuando enjambre de lanchas y bateles,
 De barcazas, de botes y falúas,
 Cercan la gruesa nave, y las riquezas
 Ansian de que preñada la reputan.

Y entre el comun estruendo y algazara ,
Y voces diferentes y confusas ,
A la radiante luz del nuevo dia
El desembarque ansiado se apresura.

Y ya van á los muelles y riberas
Pesados fardos de riqueza suma ,
Aves , que nunca el cielo aquel cruzaron ,
De verdes , rojas y amarillas plumas ,

Maderas exquisitas , que la cara
De los bruñidos mármoles ofuscan ;
Especias del sabor mas delicado ,
Que olfato y paladar á un tiempo adulan.

Barras de oro y de plata refulgentes ,
Armas de pedernal , y de tortuga ,
Coseletes y escudos con labores
Que á las del gran Celini sobrepujan.

Tejidos de algodón cual blanca nieve ,
O teñidos de grana que deslumbra ;
Plantas de pomposísimos follajes ,
Con prodigiosas , odorantes frutas.

Gruesas perlas , espléndidos penachos ,
Copal , y aromas , y con rara industria
Cueros , búcaros , cobres , filigranas
Labrados en fantásticas figuras.

Gomas medicinales , y hasta yerba ,
Cuyo humo el marinero aspira y chupa ,
Lanzándolo despues en blanca nube ,
Que el ambiente en redor llena y perfuma.

Y hombres de otro color , y de un lenguaje ,
Que ahullido de las fieras se reputa ,
Y aunque lampiños sus feroces rostros ,
Audacia y furia bárbara denuncian.

En fin , las producciones exquisitas
De un clima remotísimo , que ocultan
Hinchados mares ; producciones raras
Que hasta entonces la Europa no vió nunca.

Tanta extraña riqueza y tanto objeto
Admirable y magnífico deslumbran
A los entusiasmados sevillanos ,
Y su imaginacion rica , y fecunda

Ve aun mucho mas de lo que ve delante :
 Y pondera , engrandece , aumenta , encumbra
 El bajel , y la carga , y la conquista ,
 Y alto portento cuanto mira juzga .

La ribera tocar los pasajeros ,
 Entre tan grande confusion procuran ,
 Y en los lijeros botes , y en las lanchas
 Saltan , y se acomodan y se agrupan .

Y en llegando á los muelles , de rodillas
 Con gran fervor , y con las manos juntas ,
 Dan gracias al Señor Omnipotente ,
 Que en tan extenso mar les dió su ayuda .

Y abrazan de la infancia á los amigos ,
 Y noticias solícitos escuchan
 De la corte , y las grandes novedades
 En su ausencia ocurridas los conturban .

Y luego satisfacen como pueden ,
 Oyendo atenta una curiosa turba ,
 A mil necias cuestiones inconexas ,
 Y á disparatadísimas preguntas .

Unos cuentan hazañas portentosas ,
 Otros riquezas sin reparo abultan ,
 Otros muestran horrendas cicatrices ,
 Y todo es confusion y barahunda .

Tan solo un pasajero no demuestra
 Para desembarcar priesa ninguna ,
 Y á todo aquel bullicio indiferente ,
 Se apoya á un mástil con la boca muda .

Y ya entrada la noche , por la escala ,
 Desciende y toma asiento en la falúa ,
 Y manda que á la orilla mas distante ,
 No al bullicioso muelle , lo conduzcan .

En sitio solitario en tierra salta ,
 Nadie repara en él , y no tributa
 Gracias al cielo hincada la rodilla ,
 De que en la tierra firme el pié asegura .

Vaga un momento de uno al otro lado ,
Y párase despues. Los brazos cruza ,
Con horror la ciudad cercana mira ,
Y torna el rostro á la creciente luna.

Parece que al poner el pié en España ,
Y al mirarse en su tierra le atribula
Algun grave recuerdo , ó que le espera
Alguna miserable desventura.

Sesenta años de edad manifestaba ,
Era su complexion árida y dura ,
Que peregrinaciones y trabajos
Hicieron aun mas fuerte y mas robusta.

Su calva frente erguida y altanera
Sulcaban profundísimas arrugas ,
Huellas de violentísimas pasiones ,
Dando á su faz una expresion adusta.

De los ardientes soles tropicales
Mostraba en el semblante las injurias ,
Y en los brazos y pechos cicatrices ,
Que de bravo guerrero lo gradúan.

Era su porte majestuoso y noble ,
Aunque pobre y vulgar su vestidura ,
Y su aspecto total era de aquellos
Que miedo y compasion á un tiempo inculcan.

Sin nombre , oscuro , aventurero y pobre ,
Con Cristóbal Colon se lanzó en busca
Del ignorado mundo : acaso , acaso
Anhelando que el mar fuera su tumba.

Mas no lo consiguió , sí los portentos
Ver , y en las prodigiosas aventuras
De aquel descubrimiento y gran conquista
Parte tomar con importancia suma.

Y tal vez por su arrojo y fortaleza
La frágil carabela logró alguna
Borrasca superar , y de bajíos
Y escollos salva continuar su ruta.

Y le vieron tambien la isla española ,
Y los manglares ásperos de Cuba ,
Romper con duro pecho las corrientes ,
Y de saetas despreciar la lluvia.

Y mas tarde en el rio de Grijalva
De aquel caudillo la infeliz fortuna
Corrió, y con riesgo, á nado y mal herido,
Pudo al cabo salvarse en las falúas.

Y despues las macanas de Tabasco
Le abollaron el yelmo, y la armadura,
Y de las flechas de Tlascala luego
Pudo probar la envenenada punta.

Y combatió á los rudos Totonagues,
Y venció las traiciones de Cholula,
Y regó con su sangre las calzadas,
Y lidió con despecho en las lagunas.

Y al lado de Cortés el estandarte,
De oro tejido, y de rizadas plumas,
Del imperio de ocaso vió rendirse
En la victoria espléndida de Otumba.

Y por fin prosternarse el señorío
De la estirpe feroz de Motezuma,
Por favor especial del cielo santo,
A los piés de la hispánica fortuna.

Pero siempre escondido guardó el nombre,
Y envuelta de misterio en noche oscura
Su condicion. Hablaba raras veces,
Y jamás recompensa admitió alguna.

Ni se sabe por qué regresa á España,
Y se ignora tambien si es patria suya,
Pues en treinta y dos años á su boca
No se ha escuchado recordarla nunca.

Y no faltó tampoco quien tuviera
De si era el tal ó no cristiano, duda,
Pues blasfemias, y horribles maldiciones
Lanzaba en los momentos de gran furia.

Y en los grandes apuros y desastres
Jamás pidió devoto al cielo ayuda;
Antes bien con sonrisa del infierno
De los que la impetraban hizo burla.

Mas por el alto esfuerzo y bisarria
Con que arrollaba las indianas turbas,
Y porque acaso se debió á su arrojo
Glorioso triunfo en ocasiones muchas;

Y porque desdeñaba generoso
 Tomar de los despojos parte alguna,
 Ni tener tierras, ni adquirir esclavos,
 Y en juego, y embriaguez no se halló nunca;
 Tuvo en los capitanes indulgencia,
 Y sin horror la soldadesca ruda
 Le miraba, cual flor de los valientes,
 Llamando estravagancia á su locura.

Personaje tan raro y misterioso
 Es el que mira á la argentada luna
 Del gran Guadalquivir en la ribera,
 Y que acercarse á la ciudad repugna;
 Pues la espalda volviéndole, camina
 A buscar de Tablada la llanura,
 Y sin senda la fresca yerba hollando,
 Ni fija direccion, lento la cruza.

Era una noche serena
 Del principio del verano,
 Cuando tan rico y lozano
 Se muestra el suelo andaluz.

Y de encanto y plata llena
 El cielo señoreaba,
 Y en la tierra derramaba
 La luna su blanca luz.

El puro ambiente dormía
 En el sueño delicioso,
 Que da el bálsamo oloroso
 Del jazmin y del azahar.

Y Tablada parecia,
 Sin árbol, casa, ni sombra,
 Una inmensa, verde alfombra
 Tendida de mar á mar.

Y en ella sola y aislada
 Aquella extraña figura,
 Que se dibujaba oscura
 De la luna al resplandor;

Alguna sombra evocada
 Parecia , por un mago ,
 O fantasma incierto y vago
 De congelado vapor.

Hondo silencio reinaba
 Do solo , como un arrullo ,
 El apacible murmullo
 Del manso Guadalquivir ;

O algun rumor que llegaba
 Confuso , incierto , lejano ,
 Del gran pueblo sevillano ,
 Se dejaba percibir.

Cuando la torre eminente
 De lejos , con diez pausadas
 Y sonoras campanadas ,
 Las tinieblas conmovió.

Y oyéndolas aquel ente
 Misterioso , cual si oyera
 Rugidos de oculta fiera ,
 Sus pasos aceleró.—

Y la yerba larga hollando
 Empapada de rocío ,
 En su seno húmedo y frio
 Algo tocó con el pié.

Algo que salió rodando...
 Redonda piedra sería ,
 Pues que tanto se movia ,
 Y corto el impulso fué.

Mas torna á hallar el estorbo ,
 Que otra vez rueda delante ,
 Y que un ruido semejante
 A cosa hueca formó.

A tropezar vuelve , y torvo
 Quiere ver que le importuna ,
 Y al resplandor de la luna
 Blanca calavera vió.—

Obsérvala horrorizado ,
 Y en las órbitas desiertas ,
 Y de carne no cubiertas
 Ve dos chispas relucir :

Dos ojos ¡desventurado!
Que lo miran y confunden,
Y tal desmayo le infunden,
Que no puede el triste huir.

Y crece su angustia fiera
Cuando en sepulcral acento
A la boca sin aliento
Oyó ¡*Nuño Garceran*!!!

Su nombre de tal manera
Pronunciado lo anonada,
Y con la sangre cuajada
Faltándole fuerzas van.

Pero en mármol convertido,
Inmóvil, insensible, yerto,
Para escuchar á aquel muerto
Allí plantado quedó;

Y tras lúgubre gemido
La ya monda calavera,
De esta terrible manera
Desde la yerba, le habló:

«Escúchame atentamente,
Oye, *Nuño Garceran*,
Que te está hablando Rodrigo,
Aquel tu amigo leal.
Y este triste resto suyo
Veinte años hace que está,
Esperando tu regreso,
En aquesta soledad;
Conservando, como notas,
Por decreto celestial,
Ojos con luz para verte,
Lengua fresca para hablar,
Y revelarte un misterio
De tanta importancia, y tan
Interesante á tu alma,
Como tú mismo verás.—

• A diez horas de la noche
Hoy treinta y tres años há
Que á tu esposa doña Blanca

Diste muerte sin piedad,
Juzgando que te ofendia,
Y hasta viéndolo, ¡quién es más!

»Pero es falso muchas veces,
Lo que se ve, Garceran,
Pues te amaba delirante,
Con pasión y con lealtad,
Y era tan santo y tan puro
Su pecho como un altar.

»Cuanto vistes fué mentira,
Fué trama vil y falaz,
Que me sugirió el infierno,
Que me inspiró Satanás,
Para vengar rencoroso
El desden y el ademan,
Con que desdeñó orgullosa
Mi seducción pertinaz,
Y temiendo de una parte
Que os revelara quizá,
Los atrevidos intentos
De mi inicua deslealtad;
Y por otra de venganza
Ardiendo en la ansia voraz
Solo, solo, su exterminio
Fué ya mi anhelo y mi afán.

»Yo detuve los corpeos,
Yo astuto nunca torné
Dejé, Nuño, á los criados,
Que tú mandastes allá,
Y poco despues viniendo
De Provenza y Perpiñan,
De doña Blanca el hermano,
Su tierno amparo á buscar,
Porque del padre de entrambos
Iban los negocios mal;
Intercepté yo las cartas
En que de esta novedad
Cariñosa te dió parte,
Y tracé el horrendo plan.

»Te llamé, ¡volaste ciego

Donde te esperaba ya,
Y hasta el jardín te conduje.
Como puedes recordar.—

•Allí á tu esposa miraste,
Sol puro, Angel celestial,
Con su hermano don García
En inocente solaz;
Y creyendo ofensa tuya
El cariño fraternal,
De tus celos furibundos
Reventó el hondo volcan.—

•Yo la maldición oyendo
Sobre mi frente tronar
De los cielos, por el monte,
Del horrendo temporal
Envuelto en las densas sombras,
Y huyendo de mi maldad,
Perdíme; y diez años luego
Vagué por el mundo, tan
Perseguido de fantasmas,
De despaño, de ansiedad,
Que anhelaba del sepulcro
El hondo sueño y la paz.—

•Al cabo vine á Sevilla,
Sin propósito y sin plan,
Y en su muelle una mañana
Ví un hombre, cuyo ademan
Me ofreció vagos recuerdos
De otro tiempo y de otra edad.
Y clavando en mí los ojos,
Y nombrándome además,
Con irresistible fuerza
Me arrastró hasta este lugar.
En donde nuestras espadas
Lucha trabaron mortal.—

•Era el mismo don García,
Tu cuñado, que escapar
Logró, bien que mal herido,
De tu cólera infernal.
Y no aquel tierno mancebo

Lindo, y débil era ya,
Sino hombre de fortaleza,
Valiente, orgulloso, audaz.

»Muy poco duró el combate,
Pues su espada atravesar
Logró mi pecho; y al punto
Que en este mismo lugar
Cayó sin vida mi cuerpo,
En el báratro infernal
Se precipitó mi alma
Por toda la eternidad.—

Mas Dios en su Omnipotencia
Dejándome para hablar
Lengua, y ojos para verte,
Porque así te convendrá;
Mandóme en aqueste sitio
Firme tu vuelta esperar,
Y descubrirte el misterio
Como lo he cumplido ya.»

Dijo, y la lengua en polvo convirtiéndose,
Los fosfóricos ojos se apagaron,
A don Nuño las fuerzas le saltaron,
Y en tierra como muerto desplomóse.

Bañó la fresca aurora
En púrpura el oriente,
Y en pos el sol ardiente,
Entre celajes que perfila y dora,
Alzó con majestad la augusta frente.

Del soñoliento rio
Tornó el raudal en oro,
Y nítido tesoro
En los prados las gotas de rocío,
Y saludó á la torre obra del moro.

Y vió solo y desierto
 El campo de Tablada ,
 De la noche pasada
 Con el vapor levisimo aun cubierto,
 Y su abundante yerba aljofarada.

Y de través derrama
 Por la inmensa Sevilla ,
 Del orbe maravilla ,
 La pura lumbre de su hermosa llama,
 Que en altas torres y en palacios brilla.

E hiriendo de soslayo
 Una alta vidriera ,
 Do ardiente reverbera ,
 En una pobre celda metió un rayo,
 De un monasterio de los muros fuera.

Y dentro de ella , hundido,
 Casi fuera del mundo
 En letargo profundo,
 Alumbró á Nuño Garcera , tendido ,
 En pobre lecho inmóvil, moribundo.

Y á un monje venerable
 De rodillas al lado,
 Que el rostro al cielo alzado
 Ruega por aquel ente miserable
 Al Supremo Señor que lo ha criado.

Volviendo el religioso
 De lejana alquería ,
 Donde auxiliado habia
 A otro infeliz, cruzaba presuroso
 El campo de Tablada antes del dia;

Y aquel hombre tendido ,
 Sin herida , en el suelo
 Halló , y con santo celo,
 De que aun no estaba muerto convencido ,
 En salvarlo cifró todo su anhelo.

Y de temor desnudo ,
 Y tan solo ayudado
 De su fervor sagrado,
 Lo trasportó á su celda como pudo ,
 Mas ya reputa inútil su cuidado ;

Cuando el rayo amoroso
Del sol bañó el semblante
Del enfermo, y triunfante
De aquel febril letargo soporoso,
Tornó la vida al seno palpitante.

Que el calor es la vida;
Y el del sol reanimando
A Garceran, y dando
Movimiento á su sangre detenida,
Fué sus inertes miembros restaurando.

Y al que lloraba muerto
Viendo de pronto vivo,
El monje compasivo,
Y que torna á mover el cuerpo yerto,
Prodígale el socorro mas activo.

Abre Nuño los ojos,
Sus mejillas de nieve
Toman color, y mueve
Los labios, de la pátca antes despojos;
Y á raudales respira el aura leve.

Hondamente suspira,
Al cabo se incorpora,
Donde se encuentra ignora,
Asombrado en redor los ojos gira;
Y del benigno Dios la ayuda implora.

El religioso en tanto
Su caridad duplica;
En dónde está le explica,
Y con santo fervor y celo santo.
El mas vivo interés le testifica.

Y Nuño, compulsado
Acaso del tremendo
Espectáculo horrendo,
Que Dios en el letargo le ha mostrado,
Y en lágrimas amargas prorumpiendo,

Confesion con ferviente
Voz demanda anheloso,
Y viendo el religioso
Que ya el menor retardo no consiente,
En confesion le escucha silencioso.

Con nueva vida, y restaurado aliento;
 Y revolviendo Nuño la memoria,
 De tantos años la terrible historia
 Al santo cenobita reveló.
 Al cenobita; que escuchóla atento,
 Y que el nombre al oír del penitente,
 Cubrió de horrenda palidez la frente,
 Y cual de mármol gélido quedó.
 Y de la confesión en el discurso,
 Ya las lágrimas quemaban su semblante;
 Ya el corazón del pecho palpitante
 Parece va á salir con ansiedad,
 Ya da á suspiros dolorosos curso...
 Mas tranquiliza la virtud su alma
 Y en su rostro renuévase la calma
 Que dan la abnegación y caridad.
 Nuño convulso, roncó, anonadado,
 De aquellos largos años, que pasara
 Blasfemando de Dios con furia rara,
 Cual pudiera un espíritu infernal:
 En la incredulidad precipitado,
 Abiertamente con el cielo en guerra,
 Maldiciendo frenético á la tierra,
 Y ansiando ver su destrucción final;
 Como si el santo cielo bondadoso
 Para el acto solemne le volviera
 De su antiguo vigor la fuerza entera,
 Hizo la mas completa confesión,
 Demostrando al prudente religioso,
 Que Dios su corazón tocado había,
 Y que en él á raudales difundía
 El bálsamo de humilde contrición.
 Y cuando al concluir la penitencia
 Esperaba en la tierra prosternado,
 De su pasada vida horrorizado,
 Dispuesto á renunciar al mundo atroz;
 De pié el monje mostrando en su presencia
 Noble, que el cielo santo le ilumina,
 Que arde en su mente inspiración divina,
 Así prorumpe con solemne voz:

«¡Oh admirable, oh magnífica
Omnipotencia suma!...

...¡Hay mortal que presuma,
Tus ocultos arcanos penetrar?

—»¡Oh adorable, oh santísima
Misericordia!..., ¡Cuánto
Es inmenso tu manto!

¡Quién no debe en tu amparo confiar?—

»La gloria mas espléndida,
Oh, Garceran, te aguarda,
Si es que no te acobarda
La penitencia que te impone Dios.

»Corre, corre solícito
De Leon á la sierra,
A tu patria, á tu tierra
De bienaventuranza eterna en pos.

»Allí del hondo bátraco
Todo el poder confunde,
Sus asechanzas hunde,
Y gánate la palma angelical.—

»Con penitencias ásperas,
Con oracion constante,
Con fe perseverante,
Implora la clemencia celestial.

»Y señal segurísima
Será de que la obtienes,
Y que tu gracia tienes,
Del cielo santo singular favor.

»De una joya riquísima
El hallazgo impensado,
Joya que de tu estado
Restaurará la fama y esplendor;

»En cuanto brille fulgida,
El cielo serenarse,
Y el suelo engalanarse
De hermosos dones súbdito verás.

»Y luego una flor cándida
A tus plantas nacida,
Te anunciará otra vida,
Y con ella á la gloria volarás.

» Porvenir tan magnífico
 El Señor te reserva,
 Si en penitencia acerba
 Persistes, largos años de expiación.
 » Y en el nombre santísimo
 Del Dios Omnipotente
 Doy á tu humilde frente
 De tu pasada vida absolución.
 » Y ahora en tu seno estréchame
 Y al cielo bendigamos,
 Porque aquí nos juntamos,
 Desventurado Nuño Garceran.
 » Llegas, sí, reconóceme,
 Soy de Blanca el hermano,
 Y de tu hierro insano
 Aun las señales en mi pecho están.
 » ¡Oh juicios del Altísimo!...
 Yo soy, yo, don García,
 Que de tu saña impía
 Logré salvarme en noche tan fatal;
 » Porque Dios piadosísimo
 Me eligió en el momento,
 Para humilde instrumento,
 Que te abriera el camino celestial.
 Diciendo así aquel monje venerable,
 En cuyo labio Dios hablado había,
 El macilento pecho descubría
 Con cicatriz en él honda, espantable :
 Y Nuño en llanto de dolor deshecho,
 En su seno se lanza confundido,
 ¡Perdon!!!... perdon!!!... gritando arrepentido,
 Y quedan mudos en abrazo estrecho.



TERCERA PARTE.

¡Ay que aspecto tan triste y desolado
Presenta el sitio un tiempo delicioso
Do Nuño Garceran tuvo su estado!

Desde el momento aciago y espantoso
En que de sangre pura fué inundada,
Por la trama infernal de un alevoso,

Y por la injusta mano emponzoñada
De un mortal fascinado y delirante,
¡Cuánto la tierra aquella está mudada!

Del sañudo huracan, que en el instante
De perpetrarse el crimen, repentino
Descendió de los montes resonante,

En el confuso y rauda remolino
Huertas, mieses, jardines, perecieron,
Y la alta encina y el robusto pino.

Y las nubes tronantes, que envolvieron
En ciega oscuridad toda la sierra,
Con rayos el palacio confundieron.

Y con hondo bramar tembló la tierra,
Y el torrente del valle á los alcóres,
Tornado turbio ponte, movió guerra,

Sorprendidos labriegos y pastores
Con tanta confusion y tal trastorno,
Abandonaron chozas y labores.

Y huyeron á los montes del contorno,
De aquella noche en el horror tremendo
Muerte y desolacion mirando en torno.

Tal vez que era llegada ya , creyendo,
De este mundo la fin profetizada ,
Y el cataclismo universal y horrendo.

Despues cuando la cólera apiadada
De Dios , encadenó los Aquilones ,
Y su faz mostró el cielo sosegada ;
Los cimientos no mas de sus mansiones
Encontraron aquellos desdichados ,
Rotos puentes , hundidos murallones ,
En lodazal mefitico los prados ,
O en arenal estéril convertidos ,
Riscos deshechos , límites borrados.
Rasos los bosques , yermos los egidos ,
Y de volcados troncos , y maleza
Los hondos barrancales invadidos.
Del soberbio palacio la firmeza
Quebrantada , y ruina amenazando
Los restos de su gloria , y su grandeza.
Y aunque los infelices trabajando ,
Tentaron restaurar su patrio suelo,
Contra desdichas tantas peleando ;
Tenaz se opuso el indignado cielo ,
Por miras escondidas y profundas ,
A que lograran su afanoso anhelo.
Pues sin vida las tierras infecundas
Al asiduo labrar no respondian ,
Marismas sin verdor ; charcas inmundas.
Con frecuente terror se repetian
Los temblores de tierra , y del torrente
A su lecho las aguas no volvian.
Y mortífero el aire , y pestilente
Con las muertas lagunas y pantanos ,
Era á hombres y ganados inclemente.
Y en las desnudas cumbres y en los llanos ,
Y en torno á las ruinas temerosas .
Cruzaban lentas por los aires vanos ,

Hendiendo las tinieblas silenciosas ,
 Blanquecinos fantasmas ; y se oyeron
 Ayes , gemidos , voces lastimosas .

Y ya en aquel distrito no se vieron
 Pájaros , ni alimañas , que desnudo ,
 Selvas donde esconderse no tuvieron .

En fin , su estado miserable y rudo
 Triste horror á los propios naturales ,
 Y amargo desaliento inspirar pudo .

Y abandonando aquellos cenagales ,
 De las ruinas y escombros retiraron
 Utensilios , maderas y metales .

Pero por mas que ansiosos procuraron
 Hallar la imágen de la Virgen Santa ,
 Que en la hundida capilla veneraron ,

Y revolvieron de ella hasta la planta ,
 Nególes misterioso el alto cielo
 Alivio tal en desventura tanta .

Y con este dolor y desconsuelo ,
 En afligidas turbas de la tierra
 Emigraron , buscándose otro suelo .

Dejando de su patria y de su sierra ,
 Tal fama en los contornos , que hasta el nombre
 De aquel estado como infausto , aterra .

Y no hay á quien de lejos no le asombre ,
 Y nadie osa acercarse á su distrito ,
 Do en treinta años el pié no estampó un hombre
 Del Señor reputándolo maldito .



Volviendo de Compostela
 A donde se fué don Nuño ,
 Antes de empezar la vida ,
 Que su confesor le impuso ,
 A orar del patron de España
 En el sagrado sepulcro ,
 Y á pedir al cielo ayuda
 Con tan poderoso influjo ;

Peregrino, penitente,
 Escualido y taciturno,
 De tosco sayal vestido,
 Con nombre vulgar y oscuro;
 Despues de fatigas grandes,
 Despues de trabajos muchos,
 Despues de treinta y tres años
 Que ha vagado por el mundo;
 Cuando de él nadie se acuerda
 Ni de él habla mas el vulgo,
 De su estado en los linderos
 El pié descarnado puso.

Y reconociendo apenas
 De aquellas lomas los bultos,
 Y los sitios de la infancia
 Feliz y tranquila tuvo,
 Extiende la ansiosa vista
 Buscando recuerdo alguno:
 Y no le hallaron sus ojos
 De amargas lágrimas turbios.

Detiénese horrorizado,
 Acobárdase confuso,
 Y echa menos los desiertos
 De la otra parte del mundo.

Y casi, casi espantado
 Del deber que allí le trujo,
 Vaciló, dudó, y la planta
 A volver atrás dispuso.

Mas ayudado y repuesto
 Por la mano del Ser Sumo,
 Empezó su penitencia
 Avanzando resolute.

Cruza horrendos pedregales
 Donde antes bosques robustos,
 Y cenagosos pantanos
 Donde productores sulcos.—

Y en vez de risueños riscos
 Vestidos de hiedra y musgo,
 Ve montes de tosca arena
 Y barrancales profundos.

Ni reconoce al torrente ,
Que ha trastornado su curso ,
Y turbio se rompe y salta
Entre peñascos desnudos.

Y cuando al valle desciende
El asombrado don Nuño ,
La gran soledad le atetra ,
Le da el gran silencio susto.

En el lugar de el antiguo
Palacio alzaba sus muros ,
De almenaje coronados ,
Y de pomposos escudos ,

Ve horrendo monton de escombros ,
Que forman informe bulto ,
Sin dejar de lo que han sido
Rastro ni indicio ninguno.

Pero ; ay triste ! reconoce ,
Por un misterioso impulso ,
El funesto sitio , donde
De la virtud fué verdugo.

Ni sombra del jardin queda ,
Pero el sitio donde estuvo
El cenador reconoce
En medio del campo inculto.

Pues hay un breve cuadrado ,
Donde solo de fecundo
Da señal aquel terreno
Tan árido , y tan desnudo.

Está cubierto de césped
Aljofarado , y no mastio ,
Do silvestres florecillas
Ostentan frescos capullos.

Juzgárase algun tapete
De caprichoso dibujo ,
Que allí se dejó olvidado
Perdido viajero turco.

O un Oasis en miniatura ,
Invisible , y breve punto ,
Que el gérmen de vida guarda
De aquel inmenso sepulcro.

Nuño Garceran presume ,
 Por alto celeste influjo ,
 Que allí descansan los restos
 De aquel Angel, que fué suyo.

Y la faz contra la tierra ,
 Horrorizado , convulso ,
 Lanzando del hondo pecho
 Gemidos , y ayes profundos ,
 Llorar , reza , pide , espera ,
 Teme , duda , y en agudos
 Gritos prorumpe , que el eco
 Repite en sonos confusos.

Y al cabo exánime , yerto ,
 Tendido , sin voz , sin pulsos ,
 Allí pasó largas horas ,
 Aun mas que vivo difunto.

En una profunda cueva ,
 Que los trastornos pasados ,
 Al desplomarse dos riscos
 Entre uno y otro dejaron ,
 Halló el nuevo penitente
 Para las noches reparo ;
 Y de ella hizo la morada
 Donde pasó luengos años.

Trazó una rústica cerca
 En torno del breve espacio ,
 Que depósito juzgaba
 De los restos adorados.

Y una cruz rústica en medio
 Hecha de dos secos ramos
 Levantó , y allí de hinojos
 Deshacíase llorando.

Referir las privaciones ,
 Los tormentos, los quebrantos ,
 Los temores , las vigalias ,
 Los sustos , los sobresaltos ,

Que en aquel inculto yermo ,
 Que en aquel desierto campo ,
 Padeció constante y firme
 El arrepentido anciano ,

Fuera no acabar. Las noches
 Las pasaba circundado
 De espectros y de fantasmas ,
 De visiones y de trasgos.

Y si con fervientes rezos
 Conseguía disiparlos ,
 Y dar á su cuerpo débil
 Un momento de descanso ;

Ya los ecos del torrente ,
 Ya el rumor del viento vago ,
 Ya de las aves nocturnas
 Los alaridos infaustos ,

Llegaban á sus oídos
 Como clamores humanos ,
 Su breve y lijero sueño
 Interrumpiendo y quebrando.

La mayor parte del día
 La pasaba prosternado
 De doña Blanca en la tumba ,
 Hecho el corazón pedazos.

Y si acaso recorría
 Valle y monte solitarios ,
 Los recuerdos de su infancia ,
 Y las dichas de otros años ,

Y de sus tiernos amores
 Las delicias y los lazos ,
 Eran tormento espantoso
 De su pecho destrozado.

Ni dejó de perseguirlo
 El infierno , separarlo
 Queriendo de aquella senda
 De penitencia y de llanto ;

Presentándole á la vista
 Ya temores , y ya halagos ,
 Ya memorias importunas
 De orgullo , poder y mando.

Cuántas veces al lúgubre
 Morir de hermoso día,
 Cuando en vapores fervidos
 Su melena envolvía,
 Como cadáver pálido
 El moribundo sol,

Y de celajes lívidos
 De grana perfilados
 Adornaba la atmósfera,
 Tiñendo los nublados;
 Al ocaso mas próximos
 De nítido arrebol,

El penitente tétrico,
 Sobre un risco eminente,
 El rostro melancólico,
 Inclínada la frente,
 Por un inmenso cúmulo
 De recuerdos vagó.

Y girando su espíritu
 De la memoria en brazos,
 Por las pasadas épocas,
 Cual pudiera en los lazos
 De ensueño profundísimo,
 Presentes las miró.

En la niebla que alzabase
 La llanura borrando,
 Y en las sombras fantásticas,
 Que iban los montes dando,
 Vió con ojos atónitos
 Trasformaciones mil.

Ya los ricos alcázares
 De la gentil Granada,
 Y cual su hueste intrépida
 Triunfaba, entusiasmada,
 Con el pendon castórico,
 Orillas del Genil.

Del combate el estrépito
 Y el gran rimbombe oía,
 Y las banderas árabes
 A sus plantas veía,
 Y su celada fúlgida
 Ornada de laurel.

Se hinchaba su alma misera
 Con la antigua victoria,
 Anhelaba frenético
 Nuevos días de gloria...
 Y las artes diabólicas
 Casi triunfaban de él.

Ya mudándose rápida
 Aquella vista extensa
 Del borrascoso Atlántico,
 Ve la llanura inmensa,
 Y alzar sus ondas turgidas
 Bramando el Aquilon;

Y cruzar impertérrita
 Una nave española
 Aquel airado piélago,
 Frágil, cascada, sola,
 Pero firme, que animala
 El alma de Colon.

El, dentro de ella júzgase,
 Y que mirau sus ojos
 Del nuevo mundo incógnito,
 Entre celajes rojos
 La tierra feracísima,
 Cual él la descubrió.

Y luego ve las horribas
 Batallas fabulosas,
 De bárbaros sin número
 Las huestes espantosas,
 Y oye los terroríficos
 Atabales, que oyó.

Y al fin ve á la gran Méjico ,
La reina de Occidente ,
La orgullosa , la espléndida ,
Humillar la alta frente
Del General hispánico,
Que él ayudó , á los piés.

Y vese en tan magníficos
Combates el primero ,
Y goteando cálida
Sangre su noble acero ,
Y aplaudirle los héroes ,
Y el mismo Hernan-Cortés.

Y la espada fulmínea
Y la lanza echa menos ,
De cañones horrissonos
Ansia escuchar los truenos
Otra vez , y avergüénzase
De su humilde sayal ;

Pues su alma ensoberbécese
Y casi triunfa de ella ,
Y sus santos propósitos
Confunde y atropella
El aliento satánico
De espíritu infernal.

Mas el celeste espíritu ,
Que en torno de él volando
Lo defiende solícito
Del diabólico bando ,
Con sus alas angélicas
Le tocaba la faz.

Y en sí tornando , trémulo
Al Señor invocaba ,
Y con acerbos lágrimas
Su piedad imploraba
Contra las artes pérfidas
Del infierno tenaz.

Y armándose con ásperos
 Cilicios, y oraciones,
 Tales escenas mágicas,
 Y tales tentaciones,
 Y visiones maléficas
 Al cabo disipó.

Y persistiendo impávido
 En santa penitencia,
 El perdon de sus crímenes
 Y limpiar su conciencia
 De tantas nubes lóbregas
 Venturoso logró.

Mas no desiste el espantoso infierno
 De combatir las almas que el Eterno
 Elige para sí.

Y torna furibundo á la pelea,
 Aunque mil veces destrozado sea,
 Como ya lo fué allí.

En Garceran con nuevas tentaciones
 Y falaces recuerdos, y visiones
 Tornó mano á probar.

De la Misericordia soberana,
 Que es tan inmensa con la raza humana,
 Haciéndole dudar.

Y en las noches silenciosas
 Turbaba con espantosas
 Voces á aquel desdichado,
 Dejándole en el estado
 Que no es velar ni dormir.

Y el infelice creía
 Que un mar de sangre veía,
 Que la caverna inundaba,
 Y que *venganza* sonaba
 En su espantoso rugir.

Y que una mujer hermosa,
 En él nadaba angustiosa,
 Con el postrimer anhele
 Venganza pidiendo al cielo
 Del monstruo que allí la hundió.
 Y reconocia en aquella
 Infeliz á Blanca bella,
 Y en si mismo al monstruo insano,
 Que en el sangriento Océano
 Brutal la precipitó.

Al grito de la cuitada,
 Con horrenda carcajada
 El infierno respondia,
 Y *venganza* repetia
 Con aplausos de furor.

Y él entonces imaginaba,
 Que al cielo humilde invocaba;
 Pero que el cielo indignado,
 A sus plegarias cerrado,
 Desechaba su clamor.

Otras veces á Rodrigo,
 A su falso y vil amigo,
 Delante de sí veia,
 Que riendo le decía:
 «¿Qué haces aquí, Garceran?
 »Todas estas penitencias,
 Son inútiles ~~denuncias~~,
 Y no tienen eficacia;
 Pues las fuentes ~~de la gracia~~
 Para tí, secas están»

«Ven, amigo,
 Ven conmigo
 A blasfemar
 De ese cielo,
 Que es de hielo
 A tu llorar.

«Ven conmigo al infierno,
A hacer eterna guerra al Ser eterno.»
Y luego con risa horrenda
Le mostraba la tremenda
Escena, que aparecía
Entre niebla vaga y fría,
Del funesto cenador.
Y Nuño otra vez miraba
A su esposa, que estallaba
De un jóven en el hámpago
Rostro, aquel beso amoroso,
Principio de su furor.

A doña Blanca indignada,
Otras veces, asomada,
Por rotos nublados llenos
De relámpagos y truenos,
Juzgaba ver ante sí:
Que á puñados de la herida
Sacando sangre encendida,
Y arrojándola inclemente
Sobre su confuso frente,
Feroz gritábale así:
«No, maldito,
A tu delito
No hay perdón.
Dios airado
Ha pronunciado
Maldición.

Húndete con Rodrigo,
Que á ninguno perdono, á ambos maldigo! —

Y era tan fuerte y tremenda
 En la pesadilla horrenda ,
 De las falaces visiones
 Y de aquellas expresiones
 La bien fingida verdad ;

Y del dormido en la mente
 Obraban tan hondamente ,
 Que al misero confundian
 Y en un abismo lo hundian
 No esperando ya piedad.

Y en tan horrible despecho ,
 El árido hinchado pecho
 Con las uñas destrozaba ,
 Y en tierra se revolcaba
 Con horrenda convulsion.

Pero el Angel , que constante
 Lo guardaba vigilante ,
 Con las alas en la frente
 Le tocaba , y de repente
 Le calmaba el corazon ,

Despertando , pronunciaba ,
 De Dios el nombre , y lograba
 Desvanecer los ensueños ,
 Y triunfar de los empeños
 Del espíritu infernal.

Y aumentando cada dia
 Con mas fe , y santa porfia ,
 Y en Dios con mas confianza
 Sus penitencias , alcanza
 Gracia y perdon celestial.

Si , que despues de lucha prolongada
 Por mas de cinco años
 Con las artes diabólicas y engaños ,
 Vida Nuño logró mas sosegada.

Y ya las tiernas lágrimas copiosas,
Que en la tierra vertía,
Donde su amada víctima yacía,
Le eran refrigerantes y sabrosas.

Y cuando oraba con fervor vehemente
Descendía del cielo
Un rayo de esperanza y de consuelo,
Que iluminaba su arrugada frente.

Y empezó en el terreno á ver señales
De que Dios apiadado,
Iba á volverlo á su primer estado,
Y á terminar sus angustiosos males.

Y en el vigor, y celestial consuelo,
Que sentía en el alma,
Gozoso conoció que ya la palma
Le preparaba de su triunfo el cielo.

Una noche sossegada
De apacible primavera,
Después de orar fervoroso
El penitente en su cueva,
Salió á gozar de la luna,
Que entre nácares risueña,
De aquel campo iluminaba
El llano, y las eminencias.

Y en santas meditaciones
Absorto sus pasos lleva,
Sin dirección, distraído,
Del torrente á la ribera.

Allí otra vez de rodillas
Por un largo espacio reza,
Y después asiento toma
En una desnuda piedra.

Y respirando en sosiego
Las auras mansas y frescas,
Que con alas invisibles
Revolaban placentas,

Levanta hácia el firmamento

La venerable cabeza ,
Y los ya apagados ojos
Clava en la bóveda inmensa.

Y del Criador adorando
El poder , y la grandeza ,
Aquel espacio magnífico
Que lo cobija , contempla.

Y ve entre vagos vapores
Como giran los planetas ,
Y dan sus trémulas luces
Las rutilantes estrellas ,

Y ve los leves celajes ,
Que clara luna platea ,
Volar, cambiando sus formas,
Caprichosas y ligeras.—

Despues revuelve la vista
Con desden sobre la tierra ,
Notando entre ella y el cielo
La distancia y diferencia.

Y ve aquellos arenales ,
Y aquellas peladas quiebras ,
Y aquellas muertas lagunas ,
Y se extremece , y se hiela.

Y por la llanura luego ,
Tan silenciosa y desierta ,
Tiende medroso la vista,
Que se pierde en las tinieblas.

Cuando sorprendido advierte
Por una rambla de arena ,
Venir sin susto y tranquila
Una hermosa , blanca cierva.

Teme que del hondo infierno
Escondida trama sea ,
Con que acaso le prepara
Alguna asechanza nueva.

Fervoroso se santigua ,
El santo rosario besa ,
Y preparado á la pugna
Cruza las manos y espera.

La gallarda cierva en tanto
Siguiendo la misma senda ,
Sin mostrar recelo alguno
Hasta el solitario llega.

Y como si acostumbrada
Al trato humano estuviera ,
Y por la mano del hombre
A vivir desde pequeña ;

Tan sin recelo se avanza ,
Tan cariñosa se acerca ,
Tal candor muestra en los ojos ,
En su balar tal terneza ;

Y atenciones y caricias
Parece demanda y ruego ,
Con expresion tan sencilla ,
Y con humildad tan tierna ;

Que resistirse no pudo
El prudente anacoreta
(Tal vez impulso secreto
Que no comprende , le alienta)

Y la seca mano extiende
Sobre la erguida cabeza ,
Y halaga la hirsuta espalda
De la cariñosa cierva.

La cual con mil ademanes
Inteligibles , y nuevas
Miradas , y otros balidos ,
Y acciones á su manera ,

Indícale que la siga ,
Y que se vaya tras ella ,
Y aun le tira con la boca
Del sayal y la correa.

Otra vez el penitente
Algun engaño sospecha ,
Y con fervoroso labio
A la Virgen se encomienda.

Mas de espíritu invisible
Distinta y clara resuena
Una voz en sus oídos ,
Que le dice : «*Nada temas.*»

Levántase decidido,
Y en Dios su confianza puesta,
Sigue con incierto paso
Del manso animal las huellas.

Déjase atrás el torrente,
La ancha llanura atraviesa,
Y no lejos de aquel sitio
Que tumba de Blanca era,

Tras de su graciosa guía
Un manso collado trepa,
Que tiene en su fácil cumbre
Un grupo de toscas peñas.

Ante él la cierva se para,
Otra vez revuelve atenta
Al penitente los ojos,
Cual rutilantes cantellas.

Lanza un agudo balido,
Que voz humana asemeja,
Que dice: ¡AQUÍ!—y de repente
Por los peñascos penetra,

Metiéndose en sus entrañas,
Sin dejar rastro ni puerta,
Cual si atravesara solo
Delgada impalpable niebla.

Pasmado queda don Nuño,
Y su pasmo se acrecienta
Oyendo en aquellos riscos
Como una celeste orquesta.

Y viendo que se deshacen
Como si humo leve fueran,
Descubriendo allá en su centro
Una capilla pequeña,

De blancas congelaciones,
Que cristal parecen, hecha,
Y de luces alumbrada,
Que son pedazos de estrellas.

Y sobre un altar de césped
Divisa la imágen bella
De la Virgen soberana,
Que es de los ángeles reina.

La misma sagrada imagen
Que en la derrocada iglesia
Del palacio hundido, culto
Luengos años recibiera :

Protectora de su estado ,
Y de su familia egregia ,
De sus vasallos consuelo ,
Y amparo de aquellas tierras :

Y la que afable le anuncia
Que logró gracia completa ,
Y perdon el mas cumplido
De la santa Omnipotencia ;

Segun le anunciara el labio
De su confesor profeta ,
Cuando inspirado le impuso
La cumplida penitencia.—

Deslumbrado el penitente
Cae de hinojos en la yerba ,
Y entona solemne salve
Con el alma y con la lengua.

Salve , que de querubines
Un coro que le rodea
Repite , y hasta los cielos
Sus puros acentos lleva.

Referir lo que en el alma
Pasó del anacoreta ,
Los consuelos y los gozos ,
Los confortes , las ternezas ,

Que á raudales en su pecho
Derramó la Providencia ,
Dando á sus maceraciones
La mas amplia recompensa ;

No puede mi humilde labio ,
Ni hay voz mortal que lo pueda ,
Pues son cosas que se extienden
A la humana inteligencia.

Tras noche tan solemne , á la mañana
 Cuando el fúlgido sol en el oriente
 Sobre celajes nítidos de grana
 Alzó con magestad la augusta frente ,
 De luz la inmensa bóveda del cielo
 Inundando , y de luz el bajo suelo ;

Quedó admirado de Leon la sierra
 Al penetrar , y al ver en sus entrañas
 Aquella antes maldita árida tierra
 Tornada en feracísimas campañas ;
 Y que no era la misma juzgó acaso ,
 Que la tarde anterior vió desde ocaso.—

Pues en el punto en que la imagen santa
 De la Virgen , amparo y protectora
 De aquel terreno , tras de ausencia tanta
 A aparecer volvió de paz aurora ,
 La sonrisa de Dios omnipotente
 Fecundó aquellos campos de repente.

Y mucho mas feraces que lo fueron
 En un instante solo germinaron ,
 Y á las nubes los árboles subieron
 En el momento mismo en que brotaron.
 En praderas viciosas cual ningunas
 Tornándose arenales , y lagunas.

Matorrales espesos , frescas flores ,
 Cubrieron las laderas y las lomas ,
 Y los antes mefíticos vapores
 Eran ya salutíferos aromas ;
 Pues humilde el torrente entre juncas
 Derramaba purísimos cristales.

Y de aves no nacidas los acentos ,
 En bosque improvisado y en floresta ,
 Los antes mudos y callados vientos ,
 Tornaron suaves en alegre orquesta ,
 Que al santo simulacro , no á la aurora ,
 Saludaban con música sonora.

Y hasta de aquellas fúnebres ruinas,
 Que parecían huesos insepultos
 De algún Titan, con yerbas repentinas
 Se revistieron los informes bultos,
 Y hiedras espontáneas en festones
 Las ornaron con frescos pabellones.

Que tanto en solo un punto alcanza y puede,
 Para aliviar al pecador contrito,
 A quien su gracia y su perdón concede
 La piedad del Señor, sumo, infinito,
 Después de una constante penitencia,
 De la Virgen sin mancha la influencia.

Del suelo el felicísimo trastorno
 Pronto advierten las gentes convecinas,
 Y de las altas cumbres del contorno
 Observan sus llanuras y colinas;
 Y un nuevo Eden advierten de concierto,
 Do antes horrorizados un desierto.

Y del rico terreno y grato clima
 Llevados, ya se acercan cazadores,
 Ya algún rebaño retozon se arrima,
 Ya una choza levantan los pastores,
 Ya diestro agricultor osa avanzarse,
 Y poco á poco, así tornó á poblarse.

Y de la Virgen pura la capilla
 Se vió adornada de votiva ofrenda,
 Y en ella la quemada cera brilla,
 Sin faltar quien la lleve y quien la encienda:
 Que de la santa imagen los favores
 Cundieron por los nuevos pobladores.



Dándole gracias fervientes
 A Dios por tantas bondades,
 El tranquilo penitente
 Gozaba del bien presente,
 Tras tantas calamidades.

Mientras que duraba el día
 Al culto lo consagraba
 De la imagen de María,
 Y mas afán no tenía,
 Ni mas amor le animaba.

Y cuando á hundirse en ocaso
 Bajaba cansado el sol,
 Y con resplandor escaso
 Las nubes que hallaba al paso
 Esmaltaba de arrebol;

A la tumba el venerable,
 Que guarda á su esposa bella,
 Llevaba la tarda huella;
 Y con consuelo inefable
 De hinojos rezaba en ella.

Y allí la luna veía
 Aparecer tras los montes,
 Y como lenta subía
 Por la bóveda vacía,
 A ilustrar los horizontes.

Y cuando ya de luceros
 La inmensidad se adornaba
 Con brillantes reverberos,
 Porque los rayos postreros
 Del sol, la noche borraba;

En éxtasis delicioso
 Se levantaba su mento,
 Y vagaba libremente
 Por un mundo misterioso
 Del nuestro muy diferente;

Como el águila caudal,
 Que en un mar de luz navega,
 Sobre las nubes despliega
 Las alas, y hasta el umbral
 Del palacio del sol llega.

Pues conseguida la palma
Del soberano perdon ,
Sin que infernal tentacion
Pueda ya turbarle el alma ,
Ni entibiar su devocion ;

Su espíritu se elevaba
Como el humo del incienso ,
La fé ardiente le guiaba ,
Y las dichas columbraba
De su porvenir inmenso.

Abrazado de una cruz
Al firmamento subia ,
Y en piélagos de alegría ,
Y en campos de eterna luz
Venturoso se perdía :

Los aromas respirando
De celestiales jardines ,
Y aquel perfume gozando
Del aliento puro y blando
De los santos serafines :

Y oyendo aquella armonía ,
Que soles sin cuento dan
Cuando tan seguros van ,
Como que es Dios quien los guía ,
Por la alta esfera en que están.

En ensueño vaporoso
Otras veces embebido ,
Figurábase dormido
En un prado delicioso
Sobre el herbaje mullido.

Que eran guirnaldas de rosa
Sus cilicios , su sayal
Glorioso manto real ,
Y su ancianidad rugosa
La juventud mas cabal :

Porque miraba á su alma
Sin la corteza exterior ,
Cercada de resplandor ,
Coronada con la palma
De la gracia del Señor.

Envuelto se imaginaba
En balsámicos vapores
De las mas fragantes flores
Que el manso viento halagaba
Robándoles sus olores.

Y que al través, tras de aquellos,
Notaba de cuando en cuando
Cruzar fúlgidos destellos:
Y eran los Angeles bellos
En torno de él revolando.

Y luego abrirse veia
El cielo, gran resplandor
Derramando en derredor,
Y que en medio de él venia
La imagen del casto amor.

La de su esposa adorada
De pié sobre niebla leve,
De albas rosas coronada,
Y de túnica velada
Muy mas blanca que la nieve.

Y en el pecho, do la herida
Le hizo la daga homicida,
Mostraba un claro rubí
Como estrella carmesí,
Con luces de eterna vida.

Y Garceran venturoso
La dulce vision miraba,
Que hasta junto de él llegaba
Con rostro tan amoroso,
Que el corazon le robaba.

Y una plática emprendian
Tan tierna, sabrosa y pura,
De tanto amor y dulzura,
Y de cosas discurrían
De tan sublime ventura;

Y con tan santos extremos
Y con expresiones tales,
Que apenas las comprendemos,
Y que explicar no podemos
Los infelices mortales.

Cuando la vision aquella
 Celestial desaparecia ,
 El penitente creia
 Que al retirarse la bella
 Doña Blanca le decia :

« Ven , Garceran . ¿ Por qué tarda
 En venir á mí tu amor?...
 Sube á otra vida mejor .
 ¿ Qué te arredra y te acobarda?...
 Ven , que te espera el Señor . »

Así en gratas ilusiones
 Dichosas horas pasaba ,
 Y su viaje preparaba
 A las eternas mansiones ,
 A donde Dios lo llamaba .

Vino tras de hermoso dia
 Una tarde deliciosa ,
 En que de morado y rosa
 La atmósfera se vistió .

Y á la tumba cual solia ,
 Ya de aliento y vida escaso .
 Con lento y con débil paso
 Nuño Garceran llegó .

Cual nunca las florecillas
 Y aquella abundante yerba ,
 Que el breve espacio conserva ,
 Lozanas juzgó encontrar .

Y sobre ellas de rodillas
 En dulce y celeste calma ,
 No con la voz , con el alma
 Comenzó devoto á orar .

El sol desde el Occidente
 Entre nubes , de soslayo
 Moribundo metió un rayo
 Hasta aquel sitio de paz :

Como si del penitente
Despedirse pretendiera ,
Y el último beso diera
A su venerable faz.

A su luz roja , espirante ,
Ve don Nuño un tallo hermoso
Del suelo brotar frondoso ,
Y alzarso con rapidez ;

Pues en brevísimo instante
Se desarrolla , florece ,
Y una azucena aparece
De celeste candidez.

La admira cual milagrosa ,
Y á un impulso soberano
Lleva la trémula mano ,
Y la arranca de raiz.

Y con ella venturosa ,
Dejando en el mismo punto
En tierra el cuerpo difunto ,
Voló á Dios su alma feliz.

Y aquella pura azucena
Fué la vencedora palma ,
Con que engrandecida el alma
De Nuño en el cielo entró.

Y de nuevas gracias llena
Aquella flor , desde el cielo ,
A la tierra en raudo vuelo
Un Angel restituyó.

Pues la hallaron colocada
A la mañana siguiente ,
Lozana , resplandeciente ,
Consuelo de todo afan,

Ante la imágen sagrada
De la Virgen sin mancilla ,
En la rústica capilla ,
Que descubrió Garceran.» —

FINES.

En el instante en que de Nufie el alma
 Voló al palacio de la eterna gloria,
 La azucena sirviéndole de palma
 De su glorioso triunfo y su victoria :
 De la virtud con la tranquila calma,
 Olvidando esta vida transitoria ,
 En su celda , de hinojos don García
 Oraba humilde al espirar el día.

Y de celeste espíritu el acento
 El tránsito del bienaventurado
 Le reveló , mandándole al momento
 Marchar al sitio aquel donde ha espirado:
 Y en él fundar magnífico convento
 A la Madre del Verbo consagrado ,
 Y á aquella imagen de virtudes llena ,
 Bajo la advocacion de la *Azucena*.

Pasó la noche en oracion ferviente
 El religioso. Al despuntar el día
 Dejó á Guadalquivir y diligente
 Atravesó la hermosa Andalucía ;
 Y pobre , peregrino , penitente ,
 Del reino de Leon siguió la via ,
 Saludando sus sierras empinadas
 Despues de penosísimas jornadas.

Y en el valle , otra vez rico y frondoso ,
 Y ya no despoblado , con gran celo ,
 Protegido del brazo poderoso
 Del soberano Dios de tierra y cielo ,
 A cumplir su mandato , sin reposo
 Constante dedicó todo su anhelo ,
 Edificando á aquella imagen bella
 Una rica morada digna de ella.

El fervor excitando de los fieles ,
 Y de otros religiosos ayudado ,
 Pronto logró elevar los chapiteles
 De un gran templo á la Virgen consagrado ;
 En cuyas cimbrias mágicos pinceles ,
 Y en cuyos frisos mármol cincelado ,
 De Garceran la penitencia y gloria
 Consignaron , trazándonos su historia.

En magnífico altar de jaspes y oro ,
 En que de cien blandones la luz brilla ,
 Fué colocada con real decoro
 La efigie de la Virgen sin mancilla :
 Sus himnos entonando el alto coro
 Al compás de la armónica capilla ,
 Siempre verde á sus piés , de encantos llena ,
 Perfumando el ambiente la azucena.

En sepulcro magnífico durmieron
 El sueño de la paz ambos esposos ,
 Y los votos de plata enriquecieron
 Del camarín los muros primorosos ,
 Y con grandes ofrendas acudieron
 Al culto los magnates poderosos ;
 Siendo de tan insigne santuario
 Todo el reino de España tributario.

Gobernólo gran tiempo don García ,
 En opinion de santo : otros varones
 Despues , de ardiente celo y de fe pia ,
 De la casa aumentaron los blasones.
 Y su nombre y su fama se extendia
 Por todas las católicas regiones ,
 Conservándose siempre allí lozana
 Y fresca la azucena soberana.

Hasta que cuando quiso en cautiverio
 Poner la Francia audaz toda la tierra ,
 Y trastornando el español imperio
 Metió en sus lindes destructora guerra ;
 Despareció aquel santo monasterio ,
 Con gran dolor de la leonesa sierra ,
 De hoguera voracísima en la llama ,
 Que no nos dejó de él mas que la fama.

Y cuentan los piadosos naturales ,
 Que cuando un mar de fuego era el convento ,
 En que los chapiteles colosales
 Se desplomaban con fragor violento ;
 Vieron á las mansiones celestiales ,
 Volar, atravesando el firmamento ,
 De resplandor cercada y luz hermosa ,
 Triunfante *la Azucena milagrosa*.

Nápoles , Diciembre 1847.

NOTA DEL EDITOR.

El Duque de Rivas inventó. compuso y escribió esta leyenda en Nápoles á fines del año 1847, y la conservó manuscrita hasta el año 1854, que la publicó en Madrid D. Angel Fernandez de los Rios en su *Biblioteca universal* con otras poesias del autor, tituladas *El Crepúsculo de la tarde*. A pocos meses se apoderaron de *La Azucena milagrosa* los copleros de los ciegos, y apareció por las esquinas de Madrid, y se esparció en las provincias un romance ramplon, muy largo y desmayado, titulado *La Guirnalda misteriosa*, con el mismo asunto de *La Azucena*, y con los mismos lances, bien que desnudos de toda gala y de toda poesia; pero adornados, sí, con unas malas copias de las preciosas viñetas con que ilustró el Sr. Fernandez de los Rios su publicacion.

Aunque el plagio era despreciable, lo denunció el Editor de *La Biblioteca universal* al Juez de primera instancia del distrito de Lavapiés, Sr. Sanchez Ocaña; y despues de las actuaciones convenientes por la escribania de Mendoza, se reconoció la originalidad de *La Azucena*, y fueron condenados los autores de *La Guirnalda*.

Como andando el tiempo puede aparecer algun ejemplar de esta, y creerse anterior á la otra, y sospecharse que de ella tomó el Duque su argumento, consignamos aqui esta noticia, para que jamás se dude de la originalidad de esta leyenda, creacion completa de nuestro autor, y no tomada de crónica, novela ni tradicion alguna española ó extranjera.



LEYENDA SEGUNDA. (1)

MALDONADO. (2)

A la Excm. Sra. Marquesa de Molins.

I.

LA BORRASCA Y EL VOTO.

Prestat componere fœtus.

VIRGILIO.

Al puerto de la insigne Barcelona
Dirigense triunfantes las galeras,
Que de Aragon la gloria y poderío
De asegurar acaban en Becerta.

Donde tornando el mar lago de sangre,
Y las libicas playas en hogueras
En las playas y el mar desbarataron
Del Sarraceno aterrador las fuerzas.

(1) Esta leyenda y la siguiente son inéditas.

(2) El asunto de esta leyenda lo debió el autor á su íntimo amigo el Sr. D. Juan José Bueno, abogado sevillano, erudito bibliógrafo, quien lo encontró en un antiguo y raro nobiliario de Aragon.

Libre á Sicilia, á Nápoles, á Malta
Del yugo y de las bárbaras cadenas,
Y seguros el Púnico y Tirreno
Con la victoria de sus armas dejan.

Y tornan á la patria. Ya descubren
Del altivo Monjuich la frente excelsa,
Y lo saludan con fervientes gritos
De flámulos ornando las entenas.

Cuando de pronto el favorable viento,
Que empujaba benéfico las velas,
Dejando en ocio las cautivas chusmas
Y en reposo las rojas palamentas,
Su favor les retira. Desmayando
Ni el ancho seno de las lonas llena,
Ni silba entre los mástiles robustos,
Ni aun con el fácil gallardete ondea.

El mar dormido en repentina calma
Laguna ó claro espejo se dijera,
Y como en la llanura están los pinos
Inmóviles en él las naves quedan.

Lento el sol á Occidente descendia,
Su faz velando en vaporosas nieblas,
Que el remoto horizonte confundiendo,
Borró á la vista las cercanas tierras.

Despues entre enlutados nubarrones,
Que desde el sur á sepultarlo vuelan,
Como cadáver que húndese en la tumba,
Se hundió, dejando claridad siniestra.

Y al trasmontar las cumbres del Ocaso
En una faja líbida y sangrienta
Un instante mostróse enrojecido,
Lanzando al orbe una mirada horrenda.

Los pilotos y prácticos temiendo
Que aquella calma repentina fuera
Presagio de durísima borrasca,
Nuncio fatal de horrisona tormenta,

Las jarcias y los mástiles requieren,
El velámen solícitos aferran,
Y despertando á las ociosas chusmas
Bogar, bogar, con alto grito ordenan.

Pues á fuerza de brazos y de remos
Burlar el golfo engañador intentan,
Y conseguir tal vez á la mañana
Saludar de Barcino las almenas.

Murió en breve un crepúsculo dudoso
Sin color y sin luz, y muerto apenas,
Cielos y mares la espantable noche
Envolvió en oscurísimas tinieblas.

Nada, nada se ve. Y en el silencio,
Tan hondo y pavoroso cual si muerta
Y hundida del Criador en el olvido
Ya se encontrára la creacion inmensa,
Solo el compás de los movibles remos,
Y el silbido del cómitre resuenan,
Y el rumor sordo de la leve espuma,
Y el agrio rechinar de las maderas.

A poco nace el Abrego, y en breve
Crece, y gigante los espacios llena,
Y zumba entre las nubes, y sañudo
Se arroja al mar y por sus llanos vuela.

Y lo azota, y lo empuja, y lo entumece,
Y revuelve y confunde sus arenas,
Y en fantásticos montes lo levanta,
Que se alzan y hunden, chocan y rebientan.

Roncos retumban formidables truenos,
Rasgan rayos trisulcos las esferas,
Y á la luz de relámpagos horrendos
Del espantoso caos se ve la escena.

¡Oh naves de Aragon desventuradas!...
¡Por qué los cielos su favor os niegan
En las iras del mar, si tan propicios
Os lo acordaron en las crudas guerras?...

¡Cuál las empuja el huracan violento!
Ora al profundo abismo las despeña,
Ora á las altas nubes las levanta,
Las arrastra, y empuja, y hunde, y vuelca.

Ya las envuelven las bramantes olas,
Ya en sus costados con fragor se estrellan,
De espuma levantando blanca nube,
Que luego las inunda en lluvia espesa.

Mas no desmaya el generoso aliento
De los valientes de Aragon. Pelean
Con el viento y la mar, cual pelearon
Con la indómita furia sarracena.

Firmes en el timon los capitanes,
De pericia y valor dan larga muestra,
En roncás voces á la chusma animan,
Con roncás voces lo que cumple ordenan.

Y obedecidos son, crujen los cables,
Los mástiles se encorvan, las entenas
Gimen, los remos cimbranse, y las proras
La espuma encienden y resurten sesgas.

Mas ¡ay!... Cuando el Señor Omnipotente
Rompe con brazo airado las barreras,
Cárcel de los furios elementos,
¿Qué es el valor humano, qué es la ciencia?

Cada momento furibundo crece
El temporal, el huracan arrecia,
La mar sube á las nubes rebramando,
Las sombras de la noche son mas densas.

Ya resistir no pueden la constancia,
Ni el valor, ni el saber. Rotas, dispersas
Las naves, anegadas, sin gobierno,
Solo descanso en el abismo esperan.

Cuando Perez de Aldana el Almirante,
Que mal herido en la batalla fiera
Que acaba de ganar á los infieles,
Yace en un lecho, donde vive apenas,

En brazos de abatidos marineros,
Que en él sus esperanzas tienen puestas,
Sube al alcázar de su rota nave,
Despreciando el turbion y la tormenta.

De un fúlgido relámpago á la lumbre
Ve el estado infeliz de sus galeras,
Reconoce que no hay mas esperanza
Que del Omnipotente en la clemencia:

Y cayendo en la tabla de rodillas,
Los mustios brazos trésculos eleva,
Y en los golpes de mar todo compesado,
Y dando al humo la cabellera,

Dice, en fe viva ardiendo : « Virgen santa ,
 Lucero de la mar, del cielo Reina,
 Madre del Redentor, salva á tu pueblo,
 Salva las naves de Aragon, que llevan

» Tu excelso nombre á los remotos mares,
 Tu santo culto á las remotas tierras,
 Y que la santa ley del hijo tuyo
 Es el principio y fin de sus empresas.

» Hago voto solemne, oh Virgen para,
 Si nos concedes tu piedad inmensa,
 De ir en humilde y santa romería,
 De Monserrate á la enriscada sierra.

» Y colocar ante tu altar sagrado
 Y rendir á tu imagen como ofrenda,
 De estas nuevas victorias los despojos .
 Del infiel debelado las banderas. »

Y esforzándose mas la salva antena,
 Que repiten mil voces. Y resuenan
 Entre el bramar del huracan sañudo,
 El hórrido fragor de la tormenta ,

El ronco hervir de la agitada espuma .
 El rugir de las olas que rebientan,
 De la Madre del Verbo los loores,
 Que al cielo encantan y al infierno aterroran.

Y perdidas no fueron las plegarias.
 Jamás se pierden , porque al cielo llegan .
 Las que á la santa Virgen se encaminan,
 Del afligido por la fe sincera.

Pues de pronto rompiéndose las nubes,
 Lucero bienhechor la faz demuestra,
 Que aunque al punto se eclipsa y se confunde,
 Los pechos todos de esperanza llena.

Y no fué vana. El huracan violento
 Siente una mano firme , que encadena
 Sus negras alas , y la mar sañuda
 Un poder superior que su ira enfrena.

Y aunque soberbios braman y reluchan,
 Y en su despecho con furor forcejan ,
 El mar humilla sus movibles montes ,
 Y el huracan se esconde en sus cavernas.

El negro manto de la noche horrible
 Rasgado y roto por la mano excelsa,
 Que de Aragon ampara los bajeles,
 Deja á trechos brillar vagas estrellas.

Al fin marca en oriente albor confuso
 Una línea undulosa verdinegra,
 Tras la que empieza la anhelada aurora
 A dar de vida y paz al mundo señas.

Los negros fugitivos nubarrones,
 Que aun el espacio tormentoso llenan,
 A su pesar se ven engalanados
 De púrpura y de gualda con cenefas.

Y aunque el sol no descubre su semblante,
 Su benéfica luz los aires llena,
 Y da al revuelto mar variados visos,
 Y las espumas férvidas blanquea.

Rota la inmensa bóveda de plomo
 Ver la del cielo azul á trechos deja,
 Y todo anuncia próxima bonanza,
 Y que la ira de Dios se calma y templea.

Mas ¡ ay en cuál estado el nuevo día
 Ve de Aragon las miserables galeras !
 ... Dos desaparecieron. Las restantes,
 Que perdidas andaban y dispersas

Sin mástiles las unas, sin timones
 Otras, y todas á la mar abiertas,
 Por llegar donde ven la capitana
 Con los remos trabajan y forcejan.

Al cabo lo consiguen, animosas
 Siguen el rumbo á los costados de ella,
 Con constancia y con arte dirigidas
 Por los hombres de mar que las gobiernan.

Y despues de correr nuevos peligros
 Por el mísero estado en que navegan,
 Y porque el mar aun crespo y borrascoso
 No ofrece á su anhelar segura senda.

Al esconderse el sol en el ocaso
 Al puerto ansiado de la patria llegan,
 Y bendiciendo al Dios omnipotente
 Con las pesadas áncoras se aferran.

II.

LA ROMERIA.—EL DESAFIO.

¡Ay de tí si al Carpio voy!

¡Ay de tí si al Carpio vas!

Antigua comedia.

Entre colosos de piedra ,
Que con las nubes combaten ,
Y desde lejos parecen
Los fulminados Titanes

Está un templo de María
Con su milagrosa imágen ,
En las elevadas crestas
Del fragoso Monserrate.

Conságranse fervorosos
A su culto en los altares
Cenobitas , que renuncian
Del mundo á las vanidades.

Y con duras penitencias ,
Y con místicos cantares
La alta proteccion imploran
En favor de los mortales.

Y no en vano. En la capilla
Labrada de hermosos jaspes ,
Los votos de plata y cera
Milagros afirman grandes.

Veinte lámparas de azofar
Tiene el retablo delante,
Y cien cándidos blandones,
Que siempre fúlgidos arden.

Allí humildes van los Reyes
A pedir que los ampare
En sus bélicas empresas
Del Verbo eterno la madre.

Y allí tornan victoriosos
A rendirle el homenaje
De tesoros y cautivos,
De pendones y estandartes.

De todo el orbe cristiano
Acuden á Monserrate
Los dolientes y afligidos,
Y nunca acuden en balde.

Pues parece que la Virgen
En derramar se complace
De sus gracias los tesoros
Desde aquellos peñascales.

Mas nunca la concurrencia
Es tan bulliciosa y grande
Como en el solemne día
De su fiesta memorable.

Era, pues, llegado, y véase
(Al esmaltar los celages
Del Oriente hermosa Aurora,
Que del mar vecino sale)

Por los senderos del monte
Estrechos y desiguales
Subir apiñadas turbas
De los pueblos mas distantes.

Y no solo allí concurren
Los devotos catalanes
Y los fieles españoles
A venerar á la imágen;

Que vienen de todo el mundo
Peregrinos á millares,
Y hasta herejes y paganos,
Buscando alivio á sus males.

Ya suben en sus literas
Princesas de régia sangre,
Y en poderosos cerceles
Príncipes de alto linaje.

Señores de grande alcurnia
Con escuderos y pajes,
Y en sus mulas los Prelados
Seguidos de Capellanes.

Y valerosos guerreros
Por los riscos y jarales
Trepan, ostentando altivos
Armaduras rutilantes.

Y en gallardas hacaneas
Doncellas de lindo talle
Con repulgos y melindres
Haciéndose interesantes.

Y las siguen y custodian,
Escabechadas las carnes,
Sus dueñas, que medrosicas
Van temiendo despeñarse.

Y caballeros machuchos,
Y perfilados galanes,
Y un pueblo inmenso que hierve
Y rebulle en todas partes.

De condiciones distintas
Personas chicas y grandes,
De todo sexo y estado,
De todas trazas y edades,

Suben la sierra anhelosas
Juzgando que llegan tarde;
Y se empujan y atropellan
Por dar un paso adelante.

Ricos, pobres, peregrinos,
Marineros, mozas, frailes,
Niños, viejos, y mujeres,
Soldados y capitanes,

Ciegos, mudos, y tullidos,
Leprosos, febricitantes,
Endemoniados, convulsos,
Paralíticos y orates;

Gentes de todas naciones
 Con diferencia de trajes,
 Con diversidad de idiomas,
 Con distintos ademanes.

Y la confusion de lenguas,
 Que se difunde en los aires,
 Otra Babel la montaña
 Con extraño rumor hace.

Como en jardin la convierten
 De mil colores brillantes
 Los penachos, y las cintas,
 Y los vistosos ropajes.

Contemplados desde lejos
 Los senderos undulantes
 Atestados del gentío
 Que desde el profundo valle

Con movimiento conforme
 Sube á las cumbres distantes,
 Ser dijéranse serpientes
 Birragadas, colosales,

Que girando entre los riscos,
 Se encaramaban voraces
 A devorar en las nubes
 A las águilas caudales.

En medio de aquellas turbas,
 Entre confusion tan grande,
 En una humilde camilla
 Sube enfermo y anhelante,

A cumplimentar el voto
 Con que libertó sus naves,
 El noble PEREZ ALDANA,
 Aragonés almirante.

Mal curadas sus heridas
 Escaso de vida y sangre,
 Y con la horrenda borrasca
 Acrecentados sus males,

Disfrazado de romero ,
Y tan otro su semblante
Con la enfermedad prolija ,
Que no le conoce nadie,

Va en hombros de marineros
Sin séquito y sin bagaje,
Como cumple á un penitente ,
Y al voto que hizo en los mares.

Llega á la puerta del templo
Donde le acogen los frailes ,
Y colocan la camilla ,
De la que no puede alzarse,

Tras de un pilar del crucero ,
Desde do el enfermo alcanza
A cubierto del bullicio
A ver las solemnidades.

Pues tan postrado y doliente
Está , que así solo es dable
El que asista á los oficios,
Y á Dios pueda encomendarse.

Ya un sol naciente de Mayo
Atravesaba brillante
De las altas vidrieras
Los transparentes esmaltes.

Y en el alto campanario
Sonoras voces al aire
Daban los cóncavos bronce ,
Nuncios de festividades ;

Y ya el inmenso gentío
Llenábalas anchas naves.
Del gran templo , do la misa
Va solemne á celebrarse ;

Cuando un francés Caballero
De escuderos y de pages
Servido, arriba, y penetra
Con desenfado notable

La apiñada muchedumbre,
Hasta lograr colocarse
Junto al pilar, do en su lecho
Está el herido Almirante.

Comiénsanse los oficios,
Con la cruz y los ciriales
Y su séquito y su mitra
Revestido el Abad sale.

Con torrentes de armonía,
Con sonoras tempestades
El órgano estrepitoso
Retumbar las cimbrios hace.

Vuelan las nubes de incienso,
Embalsamando los aires.
Y escondiendo del retablo
Las molduras y follajes.

Y el tal francés caballero
Sin que respeto le ataje,
Y por ver mas á su gusto,
Cansado ya de empinarse,

De pié atrevido se pone
Insultador y arrogante,
Sobre la humilde camilla
Do Perez de Aldana yace.

Este lo sufre un momento,
Aunque le hierva la sangre;
Mas cuando el otro le pisa
Ya no tolera el ultraje.

Y entre los dos en voz baja,
Descompuestos los semblantes,
Pasó el diálogo siguiente,
Sin que lo advirtiese nadie.

ALDANA.

Cuidad vos, el Caballero,
Lo que haceis por distraccion.
Guardad consideracion
A un impedido romero.

FRANCES.

Basta , buen hombre: Si vos
Que pié excelso os ha pisado
Conocieseis , muy honrado
Os creyerais , vive Dios.

ALDANA.

Pues si á vos adivinar
Os fuera dado quien es
Este en quien poneis los piés ,
Por Dios que habiais de temblar.

FRANCES.

¡ Temblar yo?... ¡temblar!... Insano ,
Soy duque de Normandía ,
Y á no estar aquí pondría
El pié en tu rostro villano.

ALDANA.

Yo desprecio tu blason
Y tu estirpe soberana ,
Porque soy Perez de Aldana ,
Almirante de Aragon.

Y porque fuera gran mengua
Profanar el templo santo ,
Vive Dios , no me levanto
Para arrancaros la lengua.

Mas juro de insulto tal
Si cobro mi muerto brio
Pediros en desafio
La reparacion cabal.

FRANCES.

Os esperaré en París
Y dispuesto á todo estoy.

ALDANA.

¡Ay de vos si á Francia voy!

FRANCES.

¡Ay de vos si allá venis!

No hablaron mas, porque acaso
 La gente empezó á alterarse,
 Y era forzoso mesura
 En lugar tan respetable.

El Francés entre la turba
 Juzgó oportuno borrarse
 Y al hacerlo con enojo
 Le tiró á Aldana su guante.

III.

LAS CHARLAS.

Tot homines quot sententia

La moderna Babilonia,
 Ese París turbulento,
 Que de espectáculos, farsas,
 Chistes, riñas y festejos,
 Francachelas y bullicios,
 Novedades, burlas, juegos,
 De caprichos veleidosos
 Y de arrebatos funestos,
 De virtudes las mas altas,
 De vicios los mas horrendos,
 Fué siempre constante escena,
 Es, ha sido y será centro;
 Lo era ya el siglo remoto,
 Que hoy reproducen mis versos,
 Aunque reducido entonces
 A limites harto estrechos,
 Sin ni aun soñar la grandeza
 Que le destinaba el cielo,
 Y la moral importancia
 Con que hoy rije al universo.

Y en agitacion y pasmo;
 Y en confuso movimiento
 Lo tenía la llegada
 De un español Caballero,
 Que á retar viene animoso,
 Por ultrajes que le ha hecho,
 El Duque de Normandía,
 Y á empeñar á muerte un duelo.

En las calles y en las plazas
 En pórticos y en paseos,
 En salones y talleres,
 En las tabernas y templos,

Mezquinos, lóbregos, rudos,
 Que no daba mas el tiempo,
 Formando un París distinto
 Del magnífico que hoy vemos;

Solo se habla del combate
 Y se discurre del duelo,
 Circulando mil patrañas,
 Ponderaciones y cuentos.

Várias son las conjeturas
 Sobre el motivo secreto,
 Y el ultraje que ha lanzado
 A tal paso á un extranjero.

Y se susurran amores
 Allá en muy remotos reinos
 En que los dos personajes
 Rivales ardientes fueron.

Y aun hay fermentidas lenguas
 Que hacen correr sin respeto
 De ciertas Princesas moras
 Los nombres y devaneos.

Quién se admira de que pueda
 Hombre haber de tal denuedo,
 Que medir quiera su lanza
 Con Príncipe tan excelso:

Quién lo juzga desacato
 A toda la Francia hecho,
 Y para aquel orgulloso
 Pide cumplido escarmiento:

Quién, que ofendido está acaso
 Por el Duque ó por sus deudos,
 De modo distinto piensa,
 Y alégrese en sus adentros;

Celebrando que haya un hombre
 Destinado por el cielo
 A castigar los desmanes
 De Príncipe tan soberbio.

Unos recuerdan del Duque
 Las hazañas y el esfuerzo,
 Su valor en las batallas,
 Su destreza en los torneos;

Y miran como seguro
 Y cantan ya como cierta
 Su triunfo en aquel combate,
 Como lo ha logrado en ciento.

Del Duque exajeran otros
 Juveniles desaciertos,
 Ponderando sus violencias,
 Abultando sus exesos.

Y en agrandar se complacen,
 Exagerando los riesgos,
 Las ventajas sobre el Duque,
 Con que cuenta el extranjero.

Dicen que el recién llegado
 Es un hombre de provecho,
 Alto, robusto, fornido,
 Muy gallardo, y muy resuelto.

Que trae corceles de guerra
 De gran belleza y gran precio,
 Armas de exquisito temple,
 Y muchísimo dinero.

Y los que dudan de todo,
 Por hacerse los discretos,
 Dicen, mostrando malicia,
 Que suele llamarse ingénio,

Que acaso sea el desafío
 Mera farsa y emboleco,
 Embrollo de cortesanos
 Y burlas de palaciegos.

Que el tal retador pudiera
Ser un francés embustero
Que venga á buscar la vida
Con patrañas y con cuentos.

Los que quieren ver en todo
Algun prodigio ó portento
Dicen , arqueando las cejas
Y con aire de misterio ,

Que el lance estaba previsto ,
Y que debe ser funesto
Segun una profecía
De un gran astrólogo armenio.

Que ha asegurado un Obispo
Que el retador extranjero
Viene armado de indulgencias ,
Y ya por el Papa absuelto.

Que sus armas son morunas ,
Sospechosas en extremo ,
Como lo es tambien un paje
Que trae vestido de negro.—

Los que siempre se divierten
Con cuanto ocurre de nuevo ,
Importándoles un pito ,
Que sea malo , que sea bueno ;

Y que nunca indagan causas
Ni predicen nunca efectos ,
Y en todo hallan ocasiones
De gresca , broma y bureo ;

Gente feliz y beata ,
O envidiable por lo menos ,
Para la cual es la vida
Agradable pasatiempo ;

Solo del palenque hablan
Que en San Dionís se ha dispuesto ,
Y de meriendas y bailes ,
Ceremonias y festejos ;

Y de las damas gallardas,
Y de los trajes diversos,
Y de cómo procurarse
En la estacada un buen puesto.

Y alégranse, varios chistes
Y equívocos repitiendo,
Que recojen en corrillos
Donde se trata del reto.

Y cuentan, con risotadas
De un envidiable contento,
Mil historietas picantes,
Que circulan por el pueblo.

Todo es, pues, contradicciones,
Ponderaciones, extremos,
Y hasta se duda y discute
El origen del guerrero.

Asegúrase en un corro
Que no es español, que es griego;
Mientras en otro se afirma
Que es lombardo, ó que es bohemio.

Y sobre el nombre contienden,
Aunque van todos de acuerdo
En pronunciarlo de modo
Que nadie puede entenderlo.

Se acaloraron disputas,
Apuestas se propusieron,
Y aun resultaron camorras,
Y otros desafíos nuevos.

Mas para pintar al vivo
Lo que el París de aquel tiempo
Del tal combate pensaba,
Y charlaba del suceso,

Referiré dos coloquios
De carácter muy diverso,
Que sobre estas ocurrencias
Hubo casi al mismo tiempo:

Uno en un salon ilustre
Entre gente de alto vuelo;
Otro en una vil taberna
Entre gentuza del pueblo.

IV.

EL SALON.

—Buenas noches: ¿qué hay de nuevo?

—Hay ocurrencias notables.

Versos de una comedia.

En un salon no muy grande,
Cuadrado, y con alto techo,
Do rudo ensamble mostraba
Oscuro arteson de cedro,
Dos ojivas sobre el rio,
Adornadas de arabescos,
Por sus turbias vidrieras
Hechas de vidrios pequeños,
Dejaban difícil paso
A los rayos postrimeros
De un sol poniente de otoño
Con celajes encubierto.

Por las extensas paredes
De guerra y caza trofeos
De altas escarpas pendian,
O de armaduras de ciervos.

De mármol la chimenea
Llenaba todo un testero,
Timbres mostrando y follajes,
Y bizantinos brutescos.

Y á otro lado campeaba
Un oratorio pequeño,
De nácar, de concha y bronce,
Primoroso por extremo.

Do á la imágen de la Virgen,
De un arte perdida esfuerzo,
Una lámpara de plata
Daba amarillos reflejos,

De nogal duros escaños
Muy pulidos y muy tersos ,
Y unos sitiales enormes
Ornaban el aposento.

Un gran bufete ochavado
Estaba plantado enmedio,
Con un tapete de Persia
Con borlones y con flecos.

En el bufete jugaban
A las tablas con sosiego
Dos maduros personajes
De muy diferente aspecto.

Era el uno un Conde ilustre ,
De la casa amigo y deudo ,
Que en la Turena tenía
Sus castillos y sus feudos.

El otro un Abad notable
Por su astucia y su talento;
Predicador de gran nombre
Y en la corte de gran peso.

Mientras estos dos jugaban ,
Allí cerca y en silencio
En un gran sillón forrado
Con un recamado cuero ,

La Señora de la casa,
De rostro grave y sereno ,
De edad dudosa , y de porte
Aristocrático y serio ,

Con las tocas de viuda
Y mongil rico , aunque negro ,
Que daban mayor realce
A su distinguido aspecto ,

Atentamente ojeaba
Un librito muy pequeño ,
Con manecillas de oro ,
Y tapas de mucho precio ;

Manuscrito lindo y raro ,
 Adornado con esmero
 De brillantes miniaturas
 Y dorados arabescos ,
 Que á la devocion brindaba ,
 Y facilitaba el rezo
 De las horas de la Virgen
 Y los Santos Evangelios.
 Y si la dama apartaba
 De él los ojos un momento ,
 O era para dar al Conde
 De una jugada el consejo ;
 O para en las controversias
 Propias de lances de juego
 Irse siempre de su bando ,
 Y con tesón defenderlo :
 Lo que tal vez producía
 De malicia un fino gesto ,
 En el Abad, que cortaba
 De la fresca viuda el vuelo...

En el hueco de una ojiva ,
 Donde le daba de lleno
 La última luz de la tarde ,
 Que espiraba por momentos ,
 Ante un bastidor, sentada
 Sobre un cojín en el suelo ,
 Estaba una linda niña
 De veinte años no completos.
 Delicada, blanca, pura ,
 De oro acendrado el cabello ,
 Que en bucles y en anchas trenzas
 Bajaba á adornar el seno ,
 Boca de perlas y rosas ,
 Ojos del color del cielo ,
 Y el total mas expresivo ,
 Y el conjunto mas modesto.

Era Matilde, la hija.
De la casa, el embeleso
De su madre, y el encanto
De los amigos y deudos.

Bordando estaba un tapete
Con emblemas y misterios
De la pasión, recamados
No sin destreza y acierto.

Y viendo borrados casi
Del sol los últimos dejos,
Y que la luz le faltaba,
Fué su labor recojiendo.

A poco en la erguida torre
Del contiguo monasterio
El *Angelus* anunciaron
De las campanas los ecos.

Y aquellas cuatro personas
Ante el oratorio fueron,
Do hincándose de rodillas
Entonaron breve rezo,

De que dijo los latines
El noble Abad, á quien luego
Todos besaron la mano
Con ceremonial respeto.

Dos pajes, ambos vestidos
De jalde, de rojo, y negro
Entraron. Y mientras uno
Puso del bufete enmedio

Enorme belon de plata,
Que iluminó el aposento;
Cerró el otro las maderas,
Los cortinajes corriendo.

El Conde, el Abad, la dama
 A sus sillones volvieron,
 Y esta á su devocionario
 Y los otros dos al juego:
 Y quedando en pié Matilde
 Apoyó el cándido seno
 De la madre en el respaldo
 Inclinado el rostro bello.

De afuera de la mampara
 Anunció una voz en esto,
 Al señor Baron, que alzando
 El tapiz entró resuelto.

Fra muy gallardo jóven,
 Alto, delgado y bien hecho,
 Y quitándose la toca,
 Y el bigote retorciendo,

Y sonando las espuelas
 Contra las losas del suelo,
 Con finísima elegancia
 Y porte de caballero,

A la Señora viuda
 Saludó con gran respeto,
 Besóle al Abad la mano,
 Dió la suya al Conde viejo;

Y con sonrisa graciosa,
 Y particular afecto;
 A la divina Matilde
 Hizo reverencia luego.

Ella de púrpura ardiente
 Dió esmaltes al rostro y pecho,
 Correspondiendo al saludo
 Con ademan muy modesto.

Mas tal vez un malicioso
 Pudiera haber descubierto
 En las tímidas miradas
 Algun futuro bimeneo.

Despues de las cortesías
Y forzosos cumplimientos ,
Aquellas cinco personas
Este coloquio emprendieron.

SEÑORA.

Decidme , noble sobrino ,
¿Cómo tan tarde venís?

BARON.

Vengo ahora de San Dions ,
Y está muy malo el camino.

CONDE.

¿Va el palenque adelantado?

BARON.

Lo está bastante.

ABAD.

¿Y qué tal?

BARON.

No me ha parecido mal.

MATILDE.

¿Y está con gusto adornado?

BARON.

Magnífico es el dosel
Y los palcos y antepechos ,
Aunque parecen estrechos ,
No desdicen nada de él.

Y pondrán, á lo que creo ,
En los ángulos banderas ,
Tapetes en las barreras ,
Y en cada entrada un trofeo.

MATILDE.

¿Y es muy grande?

BARON.

Grande asaz

...No sé los pasos que cuenta...
Pero segun aparenta
De media Francia es capaz.

ABAD.

¡Y se llenará!!!

BARON.

No hay duda.

A ver un lance de honor,
Y de gloria y de valor
No habrá francés que no acuda.

ABAD.

Yo siempre deploraré
Tales lances: Los cristianos
Tan solo con los paganos
Deben lidiar por la fe.

SEÑORA.

¡Conque sale á pelear
Un duque de Normandía?...

CONDE.

¡Y juzgais, señora mia,
Que lo pudiera evitar?

SEÑORA.

¡Un Príncipe!!!

CONDE.

Es caballero,
Y precisa obligacion
El darle satisfaccion
A un ofendido extranjero.

SEÑORA.

Sí, á cualquiera...

CONDE.

No á cualquiera.

Ese español campeon
Almirante es de Aragon
Y de la sangre primera.

SEÑORA.

¡Y será ese caballero
De veras tal personaje,
O mintiendo nombre y traje
Un vulgar aventarero?

CONDE.

Señora, trae de su Rey
Cartas y autorizacion.
Es Rico-homme de Aragon,
Caballero de alta ley.

BARON.

Probarme con él quisiera,
Que al cabo es un extranjero,
Que viene insolente y fiero
A insultar á Francia entera.

ABAD.

Pues yo no juzgo que Francia
Tenga aquí nada que ver.

BARON.

¿No es insultar su poder
Esa extranjera arrogancia?

ABAD.

Es lance particular,
Que ya los cristianos reyes,
Aboliendo absurdas leyes,
Debieran no autorizar.

BARON.

Cuando se toca al honor
Ni el Papa mismo es capaz...

ABAD.

Yo soy Ministro de paz,
Vos..... Un jóven lidiador.

SEÑORA.

¡Válgame Dios, buen sobrino!

BARON.

Perdon pido si hubo exceso,
En tal cuestion, lo confieso,
Me acaloro y pierdo el tino.

CONDE.

Yo aplaudo este honroso médio,
Y el que el español gallardo
En él busque sin retardo
De su honra herida el remedio,

BARON.

Pues no me gustára á fe
Encontrarme en su lugar.
Temo que le ha de pesar.

CONDE.

Señor Baron, ¿y por qué?

BARON.

Porque el Duque es muy valiente,
Nadie en destreza le alcanza,
Y querer medir su lanza
Es pretension de demente.

CONDE.

Yo de su valor no dudo:
Así mas juicio tuviera,
Y así su comporte fuera
Mas hidalgo y mas sesudo.

BARON.

No deis crédito á rumores
De sus viles adversarios.

ABAD.

¿Vos sois de sus partidarios?

BARON.

Le debo muchos favores.

CONDE.

Bien, no niego su valor,
Mas tambien el Almirante
Goza fama relevante
De bravo y de justador.

BARON.

Le envidio solo un corcel
Que ha traído de su tierra.
¡Qué gran caballo de guerra!
No he visto otro mejor que él.

MATILDE.

¡Es muy lindo!..... ¡De qué pelo!.....

BARON.

Es tordo rodado obscuro,
Y las crines, de seguro
Le descenden hasta el suelo.

MATILDE.

¡Y viene al uso de España
Vestido ese personaje?

BARON.

No le he visto; mas su traje
Cosa debe ser extraña.

MATILDE.

¡Trae mucho séquito?

BARON.

SI.

Trae salvajes, y trae moros
Y un paje negro.

SEÑORA.

¡Qué horror!...

MATILDE.

¡Y es muy rico ese Señor!...

BARON.

Cuentan que tiene tesoros.

SEÑORA.

Vuelvo á mi tema, este lance
Me tiene en gran desconcierto,
Pues si es lo que afirman cierto,
Me recelo algun percamico.

ABAD.

¿Qué afirman?

CONDE.

Un desatino.

SEÑORA.

Cuentan que estando en la cuna,
Le anunció escasa fortuna
En un duelo, un peregrino.

ABAD.

¿A quién?...

SEÑORA.

Al de Normandía.

Y corre en todo París
Que le dijo: «*En San Dionís*
Vereis vuestro último día.»

ABAD.

¿Es posible?...

SEÑORA.

¿Por qué no?

CONDE.

Señora, eso es delirar,
Y enrodado debe estar
Quien tal patraña inventó.

SEÑORA.

¿Pues qué?... ¿Acaso no pudiera?....
Dígalo el señor Abad.

ABAD.

Don profético, en verdad,
Puede dar Dios á quien quiera.

SEÑORA.

Hay quien afirma también
Que ese Español atrevido,
Con yerbas que ha recogido
En el campo de Belén,

Logra hacerse invulnerable ;
Y que grabó en su armadura
Palabra de la escritura
Un Rabino detestable.

Y que ese negro bozal,
Que dicen que trae consigo ,
Si no es el mismo enemigo
Puede ser otro que tal.

ABAD.

Entre guerreros cristianos
Yo no admito tales cosas,
Porque son pecaminosas
Y propias de los paganos.

CONDE.

Ni un Rico-home aragonés
Usára supercherías.
Esas son habladurías
Del vulgacho descortés.

BARON.

Si son ciertas nada importa ,
Porque del Duque la espada,
Con su valor manejada,
Hasta los encantos corta.

SEÑORA.

¿Y cuándo es el duelo?... M.

BARON.

En la semana que viene.
Ya el Duque padrino tiene...

CONDE.

¿Y quién es?

BARON.

Montmorency.

MATILDE.

¡Ay que viejo!...

SEÑORA.

Viejo es.

Pero ha sido muy valiente,
Muy galán, y muy prudente,
Y honra del nombre francés.

ABAD.

Y del señor Almirante?

BARON.

Segun dicen eligió,
Y nuestro Rey lo aprobó,
Al buen Duque de Brabante.

MATILDE.

Mamá : ¡Nosotras iremos
A ver ese desafio?

SEÑORA.

Sin duda, aunque á pesar mio,
Convidadas estaremos.

BARON.

Si Matilde allí faltára
Faltára la mejor flor.

SEÑORA.

Que muriera de terror
Si sangre se derramára.

BARON.

Sangre, y mucha, debe haber,
Que el desafio es á muerte.

ABAD.

¡Pero el agravio es tan fuerte
Que tal fin deba tener?

BARON.

Un pisoton...bofetadas...
Una Señora... No sé.

ABAD.

Cuentan que en la iglesia fué...

CONDE.

Se dicen mil badajadas.

MATILDE.

Ojalá sea hermoso el día,
Y esté despejado el sol
... ¿Quién vencerá, el español,
O el duque de Normandía?

BARON.

¿Pues qué, prima, lo dudais?

MATILDE.

Yo imagino que el francés.

BARON.

Eso lo seguro es.

CONDE.

¿Y si acaso os engañais?

BARON.

¿Quereis pues, de amigo á amigo,
Aquel arnés de Milan
En contra de mi alazan
Apostar aquí conmigo?

ABAD.

Ociosas apuestas son:
Lo que nos cumple averiguar,
Para poder presagiar,
Es quien tiene la razon.



Al llegar aquí el coloquio
Los pajes lo interrumpieron
Presentándose en la sala
Seguidos de un escudero.
Y en sendas grandes salvillas
Circularon y sirvieron,
Lucientes tazas de plata,
Dorados fondos y cercos,

Llenas de caliente vino
 Sabrosamente compuesto
 Con mil y finas especias,
 Que era el usado refresco.

El Baron alegre y jóven,
 Y el Conde sesudo y viejo,
 Continuando la disputa
 Sendas tazas se sorbieron.

Tambien el Abad las suyas
 Se echó sin chistar á pechos
 Y á la dama y á Matilde
 Agua sirvió el escudero.

En tanto sonó la queda,
 Y el toque de *cubre fuegos*
 Y haciendo galan saludo
 Los tres tertulios se fueron.

V.

LA TABERNA.

Hubo mientes como el puño,
 Hubo puños como el mientes,
 Diluvio de sombrerazos,
 Granizada de cachetes.

Quevado.

Mientras esto sucedia
 En el salon susodicho,
 Donde opiniones diversas
 Mis lectores han oido;

En un sitio retirado,
 Parte de aquel laberinto,
 Que aun visitan los viajeros,
 Como el París primitivo;

Un sótano oscuro habia
 Muy miserable y mezquino,
 De que la puerta era puerta,
 Y ventana á un tiempo mismo.

De la calle estrecha y sucia
 Una rampa ó precipicio
 Al tal sótano bajaba,
 Por tener mas honde el piso.

Sus abolladas paredes
 De verdin húmedo y frio,
 De manchas, de enormes grietas
 Y de hollin nuevo y antiguo

Estaban entapizados,
 Aumentando lo sombrío,
 Lo triste y lo cavernoso
 De tan repugnante sitio.

Amueblaban aquel antro
 Cuatro ó seis mesas de pino,
 Dos toneles en el fondo,
 Y un mostrador de ladrillo.

Y jarros de cobre, y tazas
 De peltre, y vasos de vidrio
 Colgaban de gruesos clavos
 Por los postes y macizos.

Alumbraban todo aquello,
 Que el sol sol jamás habia visto,
 De una resinosa tea

Los resplandores rojizos;

Que ora envueltos en el humo,
 Ora espléndidos y vivos,
 Ora azulados y muertos
 Siempre en unduloso giro;

Luz mudable, incierta daban,
 Raros fantásticos visos,
 Y aparente movimiento
 A paredes y á utensilios:

Un hombre de faz siniestra
 Y de muy pobre atavío,
 Pero atlético, robusto,
 Callado, astuto y ladino

De la taberna era el dueño ,
Y hombre de pocos amigos ;
Bandolero cuando mozo ,
Y ratero cuando niño.

Y que se pasó diez años
Hacia atrás, entretenido
En ser suplente del viento
Y en hacerle á la mar chirlos.

De pechos echado estaba
Soñoliento ó discursivo
En el mostrador, cuidando
Su palacio y sus dominios.

En derredor de una mesa ,
Con un gran jarro de vino ,
Y con tres tazas de peltre ,
Tres hombres tomaron sitio.

Era el uno un carnicero ,
El otro un maton de oficio ,
Y el tercero era un lacayo
De un Baron ó de un Obispo.

En otra mesa inmediata ,
A poco hicieron lo mismo ,
Un hombre de armas machucho ,
Y un lego de San Francisco ;

Y en la mesa mas distante ,
Como huyendo del bullicio ,
Dos mujeres del mercado ,
Un muchacho y un esbirro.

Y entre estas nueve personas
Se entabló, no sin ruido ,
Entre un trago y otro trago
El coloquio que trascibo.

CARNICERO.

Carne larga, vive Dios,
En San Dionís ha de haber.

LACAYO.

Fuera curioso de ver
El que murieran los dos.

CARNICERO.

¡Ojalá!

MATON.

Gran tonto es
El Duque de Normandía,
Pues de su empeño saldria
Fácilmente.

LACAYO.

¿Cómo, pues?

MATON.

Encargándomelo á mí,
Que he sacado á otros Señores
De empeños harto mayores,
Como es notorio.

HOMBRE DE ARMAS.

¿Tú?...

MATON.

Sí.

HOMBRE DE ARMAS.

¿Qué has de haber sacado tú?

MATON.

Como al Duque lo sacára,
Si el Duque me lo pagára.

LACAYO.

Lléveselo Belcebú.

No importára á nadie un pito,
Pues no hay en el mundo entero
Un Señor mas altanero,
Mas tacaño y mas maldito.

Dos meses que lo serví
Pasé muy amargos días,
Y solo bellaquerías
En aquel palacio ví.

MUJER 1.ª

Mientes, pícaro ladrón.

LACAYO.

Gracias.

MUJER 1.ª

Borracho, alevoso:
El Duque es bueno y rumbo.

LACAYO.

¿Contigo acaso, pendón?

MATON.

¿Si querrá hacernos creer
Que el Duque es su enamorado?

MUJER 1.ª

¿Y por qué no, desalmado,
Si él es hombre y yo mujer?

LACAYO.

Esta una hermanilla tiene
Guapita y de buen despacho...

MUJER 1.ª

Calla, pícaro borracho.

LACAYO.

Callo, porque te conviene.

MATON.

Eso no es del caso, yo
Solo repito que el Duque
Prevenir debiera el truco
Buscando un hombre de pró,

HOMBRE DE ARMAS.

El Duque no necesita
Que ningun bravo le ayude ;
Pues como nadie sacude
Al cuitado que lo irrita ,
Y ese español arrogante...

CARNICERO.

No es español.

ESBIRRO.

Sí lo es.

HOMBRE DE ARMAS.

Lo verémos á sus piés
Destrozado y palpitante.

MUJER 2.^a

Se ve que no lo habeis visto ,
Como yo. Es un hombre ton
Mas fornido que un Sanson ,
Y buen mozo , vive Cristo.

MUJER 1.^a

¡Buen mozo , y español! ¡Bah!!!
Un judío... un Sarraceno...
Muy belludo , muy moreno...
Buen mamarracho será.

MUJER 2.^a

¡Mamarracho?... Ya te dieras
En el pecho con un canto
Si te mirára.

MUJER 1.^a

¡Qué espanto!

MUJER 2.^a

En esa que tú te vieras.
Y muchísimo dinero
Y joyas que trae consigo.

MATON.

¡Joyas! ¡Dineros!... Amigo
Me haré de su posadero.

ESBIRRO.

¿Para qué?

MATON.

Para guipar
Con alguna sutil treta
Donde pone la maleta...

ESBIRRO (*poniéndose de pie*).

No lo puedo tolerar.

Soy ministro de justicia,
Y al punto debo prender
A quien osa cometer
Robo con tanta malicia.

HOMBRE DE ARMAS.

Déjalo.

MATON.

¿Y quién ha robado?

LAS DOS MUJERES.

Dejadlo; que esto es hablar.

ESBIRRO.

Me va un cuartillo á pagar,
O va á la cárcel atado.

LEGO.

Mi hábito lo ampare; basta.

ESBIRRO.

¿Y la multa?

LEGO.

Basta, amigo.

ESBIRRO (*sentándose*).

Siempre quedan sin castigo
Los pájaros de esa casta.

CARNICERO.

Basta, y unidos bebamos,
Y renazca la alegría,
Que por una niñería
No es bien que nos desunamos.

MUJER 1.^a (*brindante á todos*).

Viva el Duque.

LEGO.

Viva.

HOMBRE DE ARMAS.

Viva.

MUJER 2.^a

Quien vivirá es el guerrero
Que viene gallardo y fiero
A domar su furia altiva.

LEGO.

Será lo que quiera Dios.

CARNICERO.

Por mí que haya sangre y mucha,
Que sea terrible la lucha,
Y que allí queden los dos.

LEGO.

Del Duque es gran protector
Mi buen padre San Antonio.

HOMBRE DE ARMAS.

Y puede lo sea el demonio
Del osado retador.

ESBIRRO.

Puede ser.

MUJER 1.^a

Lo es de seguro.
¿No habeis visto aquel lacayo
Que trae con un negro sayo,
Y el semblante tan obscuro?

Pues es... es...

LEGO.

¿Un familiar?

MUJER 2.ª

Eso.—Y dicen que allá un moro
Le vendió á peso de oro
El peto y el espaldar.
Y que un sabio encantador
La lanza le ha regalado.

LEGO.

Y cuentan que endemoniado
Estuvo el año anterior.

CARNICERO.

¿Jesus!... ¿Y no le sacaron
Los espíritus?

LEGO.

Sí, allá
En su tierra, mas quizá
Dentro alguno le dejaron.
Por eso tiene tal brio,
Y es así tan quimerista.

MUJER 2.ª

Y no habrá quien le resista.

CARNICERO.

Mas ¿por qué es el desafío?

MUJER 1.ª

Por una Princesa mora.

MUJER 2.ª

¿Qué mora?... Si era judía.

LACAYO.

Mi amo dijo el otro día
Que era por una señora,

De allá... de allá... muy distante,
Que encantada, ó cosa tal,
En una urna de cristal
La tiene un gran nigromante.

MATON.

Fué una disputa de juego:
Al Español cogió el Duque
Haciéndole un falso truque,
Y se puso de ira ciego.

HOMBRE DE ARMAS.

¿Piensas que el Duque, cual tú,
Va á meterse en los garitos?

MATON.

Disfrazado en infinitos
Lo he visto por mi salú.

HOMBRE DE ARMAS.

¡ Lo que ve el vino !

MATON.

Capaz

Con vino y sin vino soy.

HOMBRE DE ARMAS.

Que ya amoscándome voy.

TODOS.

Caballeros, haya paz.

MUJER. 1.ª

Pues yo al tramposo bribon,
Sin andarme en desafíos,
Cortado hubiera los brios
Plantándole un bofetón.

CARNICERO.

Los retos son tonterías,
Invencion de cortesanos,
Por no venir á las manos
Y arreglarlo en cortesías.

No así la gente villana ,
Tras el insulto el castigo ,
Sin dejar al enemigo
Que lo piense hasta mañana.

MUJER 1.ª

A ver el combate irémos.

MUJER 2.ª

De seguro.

LACATO.

Y aunque arda
Cada golpe de alabarda ,
Aguantarlo , y entraremos.

LEGO.

Guardas y arqueros burlar
Sé yo con destreza mucha.
Llego , calo la capucha ,
Digo : *Deo gratias* , y á entrar.

MATON.

¡ A que impido yo la fiesta ,
Y todo el gran aparato
Aniquilo y desbarato ?
¡ Quién formaliza una apuesta ?...

MUJER 1.ª

No lo hagas , no.

HOMBRE DE ARMAS.

No lo hará.

MUJER 2.ª

No nos agües la funcion.

MATON.

Vaya , me dais compasion ,
La fiesta no faltará.

ESQUIRO.

¡ Y qué pensabas hacer
Para la fiesta impedir?

MATON.

Os lo voy á descubrir,
Pues que apuesta no ha de haber.

Cuando marchára á la liza
Ese retador ufano,
Le metiera yo la mano,
Y le diera una paliza.

LACAYO.

¡ Y sus pajes y escuderos?

MATON.

Egrimiendo yo el montante
No me quedaba un tunante
De esos viles extranjeros.

MUJER 2.ª

Mira que diz son salvajes,
Y unos moros muy feroces
Que dan bocados y coces,
Y que hacen muchos visajes.

LECO.

Y allá en las tierras de España
Ha visto mi guardian
Gigantes bárbaros tan
Altos como una montaña.

MATON.

Pues quisiera verlos yo.

ESQUIRO.

Pues yo no quisiera verlos.

CARNICERO.

Ni yo, amigos, mantenerlos.

(Al HOMBRE DE ARMAS).

¡ Los habeis vos visto?

HOMBRE DE ARMAS.

No.

Y eso que he corrido tierras
Y regiones muy distantes,
Mas nunca he visto gigantes,
Ni en las paces, ni en las guerras.

MUCHACHO.

Pues aquí están ya. Y no deja
A mi hermana la abuelita
Salir, porque ¡pobrecita!
No se la coman.

HOMBRE DE ARMAS.

¡La vieja
Los ha visto?

MUCHACHO.

Los ha visto.
La otra noche, ya muy tarde.

MUJER 1.ª

De ellos el cielo nos guarde,

LEGO.

Ampárenos Jesucristo.

MUCHACHO.

Dice mi abuela que son
Como torres, y que un niño
Se manducan sin aliño,
Cual si fuera un chicharrón.

MUJER 2.ª

¡Jesus! ¡Jesus!

MATON.

Yo una vez

Uno maté en Berbería,
Que unas cien varas tendria,
Y negro como la pez.

HOMBRE DE ARMAS.

¡Y era de veras gigante,
O era un tonel de buen vino?

MATON.

Poniéndome voy mohino
Al veros tan insultante.

Y con el vigote cano
Y esa reserva, tambien
Se achispa el hombre de bien
Como otro cualquier cristiano.

Y si él gigantes no vió,
No le fué posible verlos,
Porque tan solo de olerlos,
De puro miedo cegó.

HOMBRE DE ARMAS (*de pié*).

Infame, ¿qué es lo que dices?

TODOS (*levantándose*).

Haya paz.

HOMBRE DE ARMAS.

No me alborotes.

MATON (*de pié*).

Ya me queman los vigotes,
Y me pican las narices.

Y á cuatro pasos de aquí
No me dijera...

HOMBRE DE ARMAS.

Gran tuno,

¿Te atreves?...

MATON.

Es que ninguno
Me moja la oreja á mí.

HOMBRE DE ARMAS.

Pues á mojártela va
Este jarro en nombre mio.

MATON.

Y ese tu caduco brio
Esta mesa aplastará.



Y diciendo de este modo
Y casi al instante mismo,
El jarro y la mesa andaban
Por el aire dando brincos.

Tras el mostrador metióse
El muchacho, mas que asilo,
Buscando alguna cosuela
Que meterse en el bolsillo,

El carnicero furioso
Le dió al fanfarron auxilio,
Con una enorme cuchilla,
Que llevaba atada al cinto.

Al lado del hombre de armas
Entró en la lucha el esbirro,
Formándose una trinchera
Con las mesas y banquillos.

El buen lego y el lacayo
Se fueron mas advertidos
A retozar con las mozas,
Que en un rincon daban gritos.

Mas hallaron con sorpresa,
Que en lugar de recibirlos
Como á guardas de sus honras,
Y de sus prendas padrinos;

Con las uñas afiladas,
Y con feroces mordiscos
Los recibieron, pues eran,
No mujeres, sino grifos.

El tabernero furioso
De ver armado tal cisco,
A pescozones en vano
Calmar la contienda quiso.

Vuelan las mesas y tazas,
Suenan voces, danse ahullidos,
Maldiciones y blasfemias
Ensordecen el recinto.

Se hieren, y se magullan,
Se desgarran los vestidos,
Se contunden, se martillan,
Con sangre riegan el piso.

Y era aquel antro asqueroso.
 Una cueva del coceto,
 Un horrendo pandemonium,
 Un retrato del abismo.

Cuando apareció la ronda,
 Se bebió de balde el vino,
 Sacó una multa en dinero
 Al dueño del domicilio,

Y repartiendo moquetes
 Se llevó á aquellos mosquitos
 A que durmiesen la mona
 Al arrullo de los grillos.

VI.

LA LID.

Ya los caballos relinchaban,
 Ya rompen por todo el campo,
 Ya las lanzas son hastillas
 Ya los arneses bollados.

Romancero general.

Era una hermosa y plácida mañana
 De fresco Otoño, que ubertoso y grato
 Del Sena los contornos engalana,
 Con parda pompa, y con vistoso ornato;
 Y el Sol desde celages de oro y grana,
 De su imperial dosel rico aparato,
 Torrentes derramó de lumbre para
 De San Dionís por la feraz llanura.

Y exclareció con ricos resplandores
 El cerrado palenque y ancha liza,
 Donde van á probar los justaderes
 El temple que sus nombres eterniza.
 Repartando cambiantes y colores
 Sobre el trono potente, que autoriza
 El campo, circundado de banderas,
 Gradas, trofeos, palcos y barreras.

Se agita en torno la apiñada gente,
 Burlando del arquero la amenaza,
 Pues que la turba indómita y creciente
 Inunda pronto la extendida plaza.
 Y vase acomodando inobediente
 Do puesto encuentra, ó de adquirirlo traza,
 Y llega sin cesar nuevo gentío
 Anhelando encontrar puesto vacío.

Mas ya lo encuentra apisonado todo,
 Y del retardo con despecho brama.
 Ni oro ni fuerza logran acomodo,
 Ni aun miramiento seductora dama.
 Por fuerza tiene que avenirse á todo,
 Si alguno en los pilares se encarama,
 Los mas en grupos apretados quedan
 Do el rumor escuchar al menos puedan.

Ya en los palcos Señoras y Señores,
 Con ropages esplendidos de gala,
 Forman como un jardin de várias flores,
 Que el amoroso céfiro regala:
 Y relámpagos dan y resplandores
 Las ricas joyas donde el Sol revela,
 En pechos, puños, talles y cabezas,
 Ostentando á la par gusto y riquezas.

Las barreras, las gradas, los tablados,
 Una masa uniforme presentaban
 De cabezas y cuerpos apiñados,
 Donde algunas bellezas resaltaban.
 De trecho en trecho arqueros apostados
 El mas leve desórden atajaban:
 Y confuso rumor y gritería
 Por el espacio cóncavo cundía.

Cuando de trompa bélica el aliento
 La atmósfera purísima asordando,
 Dándole voz al sosegado viento
 Y en los vecinos montes retumbando,
 Que llega el Rey para ocupar su asiento
 Al gran concurso anuncia, que atelando
 De su lealtad manifestar la llama
 Con mil vivas y mil su nombre aclama.

Entra el Rey con el manto y la corona
 El cetro augusto en su derecha brilla,
 Y apoyado en el Conde de Narbonne,
 Grave se sienta en la elevada silla.
 En derredor acatan su persona,
 Doblando al acercarse la rodilla,
 Los Príncipes, los Condes, y los Pares,
 Con ricas vestes, cotas y collares.

Treinta armigeros fórmanse delante
 Del Real balcon, para decbro y guarda.
 El Sol refleja puro y rutilante
 En una y otra fúlgida alabarda.
 Y un heraldo publica en voz tonante,
 Que el bullicio y confusa zalagarda
 Vence, las contratadas condiciones
 Y de entrambos guerreros los blasones.

Mas cuando queda mudo el gran gentío,
 Fué al ver bajar pausados á la arena
 A los jueces del campo y desafío,
 Por ver si está de oculto engaño agena.
 Es el de mas edad y menos brio
 El respetable Conde de Turena.
 El otro el duque de Nemur sesudo,
 Que aun puede manejar lanza y esqudo.

Y despues que el terreno aseguraron
 Con público solemne juramento,
 Reverenciando al Rey, se retiraron
 Para ocupar su distinguido asiento.
 Y trompas y timbales anunciaron,
 Y pónese el concurso en movimiento,
 Que á esperar, cual retado, ya venia
 El Duque y poseedor de Normandia.

El pecho pálpito del Soberano,
 Era padre también, y dió al semblante
 Lijera palidez, que quiso en vano
 Tiranizar la magestad radiante:
 El portillo que estaba á diestra mano
 Abrese, y el concurso palpitante
 Clava la vista en él, y espera ansioso
 La llegada del Duque valeroso.

Entran en la estacada dos maceros
 De la Casa Real, y en pos venían
 Doce antiguos y nobles caballeros
 Con arnése que al sol resplandecían;
 Con caballos altísimos y fieros
 Que gualdrapa y penacho embellecían,
 Siguen los ecos de un clarín sonoro,
 Y arbolan un pendón con lises de oro.

De dos en dos y en orden ocho pajes
 En seguida pasaron la barrera,
 Todos de nobles casas y linajes,
 Brillando en todos juventud primera;
 En sus pintadas plumas y en sus trajes
 Pudiera hallar la v́aria Primavera
 Nuevos matices, tintas, y colores,
 Con que esmaltar sus predilectas flores.

En dos negros corceles de pelea,
 De cuerpo esbelto, sí, pero membrudo,
 Dos escuderos con azul librea
 Llevan uno la lanza, otro el escudo.
 Aquella en cuyo hierro el sol chispea,
 Prenda es de brazo guerreador forzado,
 Y cinco lises de relieve en oro
 Son del escudo azul noble tesoro.

Y llevando á su diestra en un overo
 Al gran Montmorency (que se titula
 De Barones cristianos el primero,
 Y con tal mote su blason rotula):
 En un normando pisador lijero,
 Cuya tendida crin al viento undula,
 Y á cuya planta el suelo se extremece,
 El Duque altivo armado resplandece.

Leva en oro listada la armadura ,
 Y encima ostenta de color celeste ,
 Con armiños y rica bordadura ,
 Una elegante y suelta sobreveste.
 Péndele del arzon ó la cintura ,
 Para que ayude en la ocasion le preste ,
 Al lado opuesto de la espada noble ,
 Ferrada maza ponderosa y doble.

Un soberbio penacho , que se mece
 Orgullosa en la altísima cimera ,
 Azul y jalde , matorral parece ,
 Que es de un gigante risco cabellera.
 Abierta la celada comparece
 La faz adusta , desdeñosa y fiera ,
 Boca anhelante , los vigotes rojos ,
 Y con brillo satánico en los ojos.

Porque del Rey es hijo lo saludan
 Mezquinos lisonjeros cortesanos ,
 Y algunos demostrando que no dudan
 De su triunfo lo aplauden con las manos.
 Las mejillas de nuevo se demudan
 Del Rey, y aun tiemblan sus cabellos canos ,
 La caterva silencio guarda esquivo ,
 Que no era popular el Duque altivo.

Este , despues que reverente acata
 A su padre y Señor, manda despeje
 La pomposa y lucida cabalgata ,
 Y que la liza desocupe y deje.
 Tranquilo la visera cierra y ata ,
 Pide á Montmorency que no se aleje.
 La lanza empuña y cimbrala forzado.
 Toma y embraza el rutilante escudo.

A la parte siniestra se oye en esto
 Bullicio popular, que da el alerta
 A cuantos tienen en el circo puesto ,
 Y tornan sus miradas á la puerta.
 Sonoras trompas anunciaron presto
 Que el retador á la estacada abierta
 Llega : el concurso en inquietud lo aguarda
 E impaciente imagínate que tarda.

Entran *via* *Asagor* roncós gritando,
 Sin que entenderlos sepa el gran gentío,
 Catorce Almogábares, ostentando
 Continente feroz y extraño brio,
 Y el estandarte de Aragon alzando,
 De quien el orbe acata el poderío.
 Pasman á todos su apostura y gesto,
 Su raro traje y su marcial apresto.

Cubren sus cuerpos recios y membrudos,
 En vez de floja malla ó armadura,
 Pieles hirsutas de animales rudos,
 Que ciñe tosco hierro á la cintura.
 A mengua tienen el usar de escudos.
 Liso casco sin cresta ni moldura
 Llevan en la cabeza relevada:
 Sus armas son tres dardos y una espada.

Despues en seis corcales andaluces
 Entran seis nobles Jegues agarenos,
 Con plumas de africanos avestruces
 En los turbantes de joyeles llenos.
 Terciados los gallardos albornuzes,
 Rijen con gracia tal los blandos frenos,
 Que arrebataron á la turba inmensa,
 Pues aplauso sonoro les dispensa.

Del Almirante Aldana eran vasallos,
 Pagándole tributo como á dueño.
 Y él por hacer alarde, ó por honrallos,
 Los trae de escolta al peligroso empeño.
 En dos fuertes bellisimos caballos,
 El uno flor de lino, otro peceño,
 La lanza un paje trae, de hierro agudo,
 Y el otro, sin blason un liso escudo.

De un paje es escarlata la librea,
 Del otro es toda negra, y es el mismo
 Que ha dado márgen á la extraña idea
 De ser un mensajero del abismo.
 Y no falta en la turba alguien que crea
 Que fuera conveniente un exorcismo.
 Y cunden conjeturas y temores
 No solo entre la plebe, entre Señores.

Llega por fin, y á su derecha mano
 Como padrino el duque de Brabante,
 Que el freno rije de un corcel germano,
 El noble retador el Almirante.

Un tordo cordobés, fino, lozano,
 Fogoso, lijerísimo, arrogante,
 Y cuya crin al casco descendia,
 Rije y gobierna con marcial maestría.

Sobre un sayo de cuero un copelete
 Lleva, y todo el arnés empavonado.
 Con un bilbilitano capacete,
 De rojas plumas el crestan ornado.
 Demuéstrase destrísimo ginete,
 Y con banda de púrpura va honrado,
 Que indica entre los cargos militares
 La dignidad suprema de los mares.

Tambien sacaba en alto la visera,
 Y tostado del sol muestra el semblante,
 Pardos los ojos, negra cabellera,
 La mirada segura y centellante,
 Negros vigotes, la expresion severa,
 Mas no descomedida ni arrogante:
 Toma el escudo y la fornida lanza
 Y á saludar al Rey pifando avanza.

Cálase la visera, y se retira
 Su séquito, quedándose el padrino.
 A su contrario sin desprecio mira.
 Todo lo espera del favor divino.
 Respeto su presencia noble inspira,
 Y á su pesar la multitud convino
 En que era el español fuerte guerrero,
 Y gallardo y cumplido Caballero.

De nuevo á la estacada descendieron
 Los respetables jueces, las corazas
 Y las lanzas y espadas recorrieron,
 Frenos, escudos y temibles mazas.
 Diligentes despues el sol partieron,
 Y ambos contrarios sus distintas plazas
 Ocupan, donde esperan que la trompa
 Tocando á arremeter los aires rompa.

En helado silencio el circo queda.
 Ni respirar en rededor se escucha,
 No hay quien disimular el pasmo pueda,
 La duda es grande, la ansiedad es mucha.
 El Rey, sin que al temor de padre ceda,
 Al cabo manda comenzar la lucha:
 Mas al tender el cetro soberano,
 Temblor lijero se advirtió en su mano.

Al grito del clarín los combatientes
 Vuelan al centro de la extensa plaza,
 Pues de entrambos caballos los latientes
 Hijares, ruda espuela despedaza.
 Embistense feroces los valientes,
 Y en una y otra fulgida coraza
 Los fulminantes hierros resvalaron,
 Y de nuevo veloces se alejaron.

Revuélvense los dos ardiendo en ira,
 El cordobés tordillo es mas lijero,
 Con mas presteza el Almirante gira,
 Y encuentra de soslayo al Duque fiero,
 Y crudo bote con su lanza tira
 Tan firme, tan seguro, tan certero,
 Que un lirio de oro le arrancó añudo
 De los cinco que ostenta en el escudo.

Debió quedar del golpe satisfecho,
 Pues aunque el Duque en el gorjal le hiere,
 Otra vez á su escudo va derecho,
 Y otra lis, de su lanza al golpe, muere.
 Brama el Francés de cólera y despecho,
 Y por mas que vengar la afrenta quiere,
 Dos lises mas dió á Aldana la fortuna,
 Y en el broquel no queda mas que una.

Del Rey de Francia abochornado el hijo
 Al mirar su blason tan mal parado,
 La suerte adversa con furor maldijo
 Y venganza juró desconcertado.
 Ronco, probemos las espadas, dijo:
 Y tirando la pica con enfado,
 Dió fulgentes relámpagos desnuda
 En su diestra la espada puntiaguda.

El duro Aragonés tiró su lanza
 También á largo trecho , empuña y brande
 El acero con garbo y con pujanza ,
 Sin impedirle que el caballo mande.
 En la espada gran nombre el Duque alcanza ,
 Pues su destreza en esgrimiria es grande.
 Sobre Aldana se arroja de repente ,
 Amenazando aterrador fendiente.

Pararlo el Español apenas pudo ,
 Por mas que amenazando una estocada ,
 Cubrirse quiso con el ancho escudo ,
 Y soslayar un tanto la celada.
 Del Príncipe francés el golpe rudo
 Partió la altiva cresta empenachada ,
 Y en el aire esparció las plumas rojas
 Como el otoño las marchitas hojas.

El corazon francés bañóse en gozo
 Con orgullo y francesa vanagloria.
 Cundió por el palenque el alborozo ,
 Juzgándolo presagio de victoria.
 Y mientras contemplaba aquel destrozo
 El Duque , ufano de su esfuerzo y gloria ,
 Repuesto Aldana , airado le acomete
 De punta entre la gola y el almete.

Del Príncipe acudió la lijereza ,
 Y la espada diestrisima interpola.
 Entonces amenaza á la cabeza
 El Almirante , que apuntó á la gola ,
 Y cambiando la accion con gran destreza ,
 Aquella flor de lis , que aislada y sola
 Quedaba en el escudo , á tierra vino ;
 Fuese casualidad , ó fuese tino.

No brama tan feroz el jarameño
 Que siente en la cerviz alta el estoque ,
 Como el Duque francés , viendo el empeño
 De ultrajar su blason en cada choque.
 Del furor que lo abrasa no es ya dueño ,
 Y antes que infernal fuego le sofoque ,
 Anhela furibundo dar remate
 Vencido ó vencedor á aquel combate.

Y tirando la espada cortadora ,
 Que , serpiente de acero, rueda un rato
 En el polvo , la maza aterradora
 Alza en un vehementísimo arrebató.
 Y acomete con rabia vengadora
 Al que á su escudo le robó el ornato.
 Mas como anima al brazo ciego brio ,
 El furibundo golpe dió en vacio.

El normando corcel blanco de espuma ,
 Rendido á la durísima fatiga ,
 Ya el grave peso del arnés le abruma
 Y el acicate en vano lo castiga.
 Mientras el cordobés leve cual pluma ,
 Obediente á la mano que lo obliga ,
 Girando burla el golpe , y luego torna
 Y al inmóvil guerrador trastorna.

Pero el bizarro Aragonés queriendo
 No deber al caballo la ventaja ,
 Tambien la maza bárbara esgrimiendo
 Por derribar á su ofensor trabaja.
 Y pretal con pretal se arma tremendo
 Golpear , que las piezas desencaja
 De ambos arneses , retumbante suena
 Y de mortal pavor el circo llena.

De la maza del Duque un resonante
 Golpe de lleno el alto capacete
 Abolló del hispánico Almirante ,
 Que cayera á no ser tan buen ginete ,
 Aturdido vacila un corto instante.
 Pero volviendo en sí fiero arremete ,
 Y la maza esgrimió con tal acierto ,
 Que herido cayó el Duque como muerto.

Resonó la armadura quebrantada
 Al dar en tierra el guerrador robusto.
 La muchedumbre del asombro helada
 Lanza un gemido de dolor y susto.
 Al ver la arena en sangre salpicada
 Temblando en pié se pone el Rey augusto.
 No hay rostro que el espanto no marchite ,
 Ni un solo corazón que no palpite.

Y crece aquel terror y desosiego
 Cuando descabargar al Almirante
 Ven, y arrojarse vengativo y ciego
 A su contrario en tierra palpitante;
 Y que el almete le desata luego,
 Y que con un cuchillo relumbrante,
 Que el paje negro le alargó, se apresta
 A hacer la escena horrible aun mas funesta.

Pero afligido, pálido, afanoso,
 Veloz arroja el cetro soberano
 En la mitad del circo polvoroso,
 Y así trémulo grita el Rey anciano:
 «Basta, basta. Mi cetro poderoso
 A nadie escuda ni defiende en vano.
 Yo ofrezco hasta mi vida por rescate
 Del infeliz rendido en el combate.

«Afortunado triunfador, yo empeño
 Mi palabra real, mi nombre augusto,
 Ya que del hijo, que idolatro, dueño
 Os hizo en esta lid el cielo justo,
 De daros de su vida en desempeño
 Cuanto anhelar pudiese vuestro gusto.
 Pedid, pedid, satisfaceros fio:
 Y guardad como prenda el cetro mio.»

Oyéndolo, suspende la venganza
 El Almirante noble, y el cuchillo
 Tirando, el cetro con respeto alcanza
 Del polvo, que ofuscaba su alto brillo.
 Saluda al Rey con plena confianza,
 Monta gallardo y grave en el tordillo,
 Y deja del estadio los confines
 Saludándole trompas y clarines.

VII.

EL RESCATE.

Rey que palabra non cumple
 Non debía de reinare
 Ni cabalgar en caballo
 Ni espuela de oro calzare.
Caneionero.

El Rey de Francia en su trono
 Servido está y circundado
 De Príncipes, Duques, Pares
 De su reino dignatarios.

Y con ellos gravemente
 Trata sobre el grave caso
 De la vida y del rescate
 Del Príncipe desdichado.

Del Duque de Normandía
 Que aun convaleciente y flaco
 De la herida peligrosa
 Y del golpe del caballo,
 Del dolor del vencimiento
 Y de haber visto rodando
 Por el polvo sus blasones
 Y su noble escudo en blanco;
 Melancólico silencio
 Guardó en el debate largo
 En que opiniones distintas
 Con calor se ventilaron.

Perdiendo un tiempo precioso
 En discursos muy peinados
 Y en digresiones pomposas,
 Que nada determinaron.

Y en el instante en que ardía
Mas tenaz el altercado
Al aragonés Aldana
Los maceros anunciaron.

Con el Duque de Brabante
Entra el español bizarro ,
A los nobles Consejeros
Justo respeto inspirando ;

Y al Duque de Normandía
Tal horror y sobresalto
Que de azufre se dijera
Su rostro desencajado.

Serio, grave, y comedido
Entra en el salon despacio ,
Y con dignidad saluda
Al augusto Soberano.

Lleva la espada en la cinta
Y el cetro puesto á su lado ,
Prenda de la real palmbra
Que el Rey empeñó en el campo.

Ruégale el Rey que se cubra ,
Y en un taburete alto
Con su cojin y tapete
Que tome asiento y descanso.

Hizolo por cortesía,
Y por no ceder ni un paso
En las altas preeminencias
De su sangre y de su cargo.

Y tras de corto silencio ,
Muestra de mutuo embarazo ,
De este modo el Almirante
Y el Monarca egregio hablaron.

Ray.

Almirante de Aragon,
De vos no estoy olvidado
Y habeis á verme llegado
En oportuna ocasion.

Tratábamos justamente
Yo y mis fieles consejeros
La manera de ofreceros
Un rescate competente.

ALMIRANTE.

Nunca lo dudé, Señor.
Cuando se da una palabra,
Hasta que se cumple, labra
El pecho donde hay honor.

REY.

Pues voy á cumplir la mia.
¿Admitís un noble estado
Fecundo, rico, y poblado
Con castillo en Normandía?

ALMIRANTE.

Señor, cuando deseamos
Los españoles tener
Estado que poseer,
Al moro lo conquistamos.
Cuanta tierra el cielo abarca
No admitimos, vive Dios,
Sin ganarla, ni de vos
Ni de otro extraño Monarca.

REY.

¿Quereis, pues, que os pague en oro
El peso de mi hijo armado,
Aunque empobrezca mi estado
Y consuma mi tesoro?

ALMIRANTE.

Guardad, Rey, tanta riqueza
Para algun aventurero;
No se gana con dinero
A la española nobleza.

REY.

¡Alto nombre, dignidad,
Mando, gloria, honra quereis!...

ALMIRANTE.

Cuanto vos me proponeis
Lo tengo con saciedad.

REY.

Si pudiera mi corona
Daros, con ella os brindára.

ALMIRANTE.

Puede que no la aceptára,
Aunque el ser vuestra la abona.

REY.

Con que cuanto digo es vano,
Y me confundo y me aflijo
Al ver que esté de mi hijo
La existencia en vuestra mano.

Pedid, ¿por qué os deteneis?...
Pedid sin tino y medida,
Y pedidme hasta mi vida,
Pues mi palabra teneis.

ALMIRANTE.

Pido que su escudo quede
Blanco y liso cual está,
Y recuerdo le será
De que á nadie pisar puede.
Y yo en el escudo mio
Las cinco flores de lis,
Que le arranqué en San Dionís
Y gané en el desafío,

Por blason he de llevar;
Para perpétua memoria
En que asegure la historia
Que no me dejé pisar,

REY.

Almirante de Aragon,
Mi poder no alcanza á tal,
¿Sabeis que escudo real
Esas flores de lis son?

ALMIRANTE.

Eso ¿quién lo duda?... ¿Quién?
Y debeis agradecido
Estarme de que no os pido
Vuestras tres lises tambien.
Las cinco que arranqué, vos,
Rey de Francia, me dareis,
O al vencido entregareis
Sin remedio, voto á Dios.

Herido el francés orgullo,
En altos gritos tronando,
Impidió al Rey dar respuesta
En un momento tan arduo.

El Duque de Normandía
Brama ronco y despechado,
Y con el pié duro rompe
Las tersas losas de mármol.

Y no falta en el consejo
Quien cometa el desacato
De llevar hácia la espada
Con ciego furor la mano.

Aldana de pié se puso,
Cruzó en el pecho los brazos,
Y con semblante tranquilo
Desprecia aquel arrebató;

Como desprecia el escollo
El furor del Oceano,
Del huracan el empuje,
Y el emblema de los años.

Confusion horrible reina
 En el consejo de Estado ,
 Todos hablan , nadie escucha ,
 Perplejo está el Soberano ;

Hasta que con gran reposo ,
 Pero en acento tan alto ,
 Que impuso á todos silencio ,
 Y que retumbó en palacio ,

Por el Duque de Brabante
 Sostenido y apoyado ,
 Dijo decidido y firme
 El aragonés gallardo :

ALMIRANTE.

Pues la palabra , Señor ,
 Que me disteis , no cumplís ,
 Guardad las flores de lis ,
 Fero perded el honor.

Este cetro es prenda mia ,
 Y me lo llevo , y con él ,
 Aunque lo escude el dosel ,
 Al Duque de Normandía.

Dijo , y tornó las espaldas ,
 A marchar determinado ,
 Pero el Duque de Brabante
 Le detuvo por el brazo.

Nuevo rencor se levanta
 Contra el Almirante bravo ,
 Y restablecer el orden
 No consigue el Rey anciano.

Mas como eran caballeros
 Los que allí estaban , al cabo
 A los gritos de la honra
 En despertar no tardaron.

Y la voz del Condestable,
 Cuya ciencia y pelo cano
 Y gloriosas cicatrices
 Daba gran fuerza á sus labios,
 Manifiesta brevemente
 Que habiendo el Rey empeñado
 Una palabra, cumplirla
 Era justo y necesario.

Que estaba el potente cetro
 Al cumplimiento empeñado,
 Y que no habia de perderse
 En las extranjeras manos,
 Que la honra, no eran las lises,
 Fuesen veinte ó fuesen cuatro,
 Sino cumplir las palabras
 Y atenerse á los contratos.

Estas razones sesudas
 Del esclarecido anciano
 El tumulto y alboroto
 Mudo silencio tornaron.

Silencio que al punto rompe
 El Rey, el rostro bañado
 De lágrimas de despecho
 Que sus mejillas quemaron.

Y prorumpe de este modo,
 Hecho el corazon pedazos,
 Y con voz trémula y honda,
 Que era doloroso el paso.

REY.

Almirante de Aragon,
 Las cinco flores de lis
 Ganadas en San Dions,
 Os concedo por blason.

Y liso quede el escudo
 Del Duque de Normandía,
 Ya que por su estrella impía,
 Guardarlo de vos no pudo.

De dolor mal comprimido
Resonó murmurio infausto,
Y de púrpura y de azufre
Los semblantes se bañaron.

El Almirante impertérrito
Subió con desembarazo
Las cuatro gradas del trono,
Y le dijo al Soberano.

ALMIRANTE.

Os vuelvo el cetro, Señor,
Y sabed que no ha perdido
El tiempo que lo he tenido.
Su gloria ni su esplendor.

El Duque, irritado y fiero,
Dijo entre los cortesanos,
Que su padre no podía
Inferirle tal agravio.

Y *c'est mal donné*, gritaba,
C'est mal donné, despedido,
Y oyéndolo el Almirante
Contestóle sin mirarlo.

ALMIRANTE.

Para que mas satisfecho
Mi honor hoy pueda quedar,
Tambien quiero perpetuar
Ese imprudente despecho.

Y aunque el de *Aldana* acatado
En toda la tierra ha sido,
Desde hoy será el apellido
De mi estirpe MALDONADO.

Madrid, 1832.

LEYENDA TERCERA.

EL ANIVERSARIO.

A mi hijo Enrique.

Ossa arida, audite verbum Domini.

DECEMIEL, prof.

I.

LA VELADA,

Hundiéndose en los mares de Occidente
Tras de las lomas áridas y adustas,
Lindes de Lusitania y de Castilla,
Un sol de otoño, entre rosadas brumas,
Recorrió con sus últimos destellos
Las altas frentes y herizadas puntas
De las torres y montes convecinos,
Que á Badajoz defienden y circundan.

Y en cuya catedral los sacros bronceos,
Que en la region de las tormentas zumban,
Para el sol venidero le anunciaron
Festividad solemne y pompe augusta.

Las del aniversario de aquel dia
En que el séptimo Alfonso, de la furia
Y del poder triunfando sarraceno
Expugnó á Badajoz tras larga lucha.

Y en que purificando su mezquita
Del falso rito y prácticas inmundas,
Del Gólgota á la enseña triunfadora
Maldita se humilló la media luna.

De la insigne ciudad voto solemne
Aquel festejo popular, que aun dura,
Fundó de gratitud en homenaje,
Sin que dejara de cumplirlo nunca.

Y desde la conquista memoranda
Tendido habian al paso dos centurias,
Hasta el suceso grande y misterioso,
Que hoy quiere recordar mi humilde pluma.

Del alto campanario el gran rimbombe
De gozo la ciudad mísera inunda,
Que bien ha menester de regocijos
Despues de un año de dolor y angustias.

De un año de ansiedad y de miseria
En que la tuvo la enconada pugna
De dos linajes nobles y ambiciosos,
De Badajoz azote y amargura:

Portugaleses, lusitana stirpe,
Y *Bejaranos*, extremeña alcurnia:
Rivales poderosos, que el dominio
De la infeliz ciudad fieros disputan;

Y que poner en paz don Sancho el Bravo
Logró hace poco con prudencia suma,
Gozando el pueblo, aunque por breves horas,
De tal Monarca la presencia augusta.

¡Quiera el cielo que dure aquella calma,
Y que no quede en la ceniza oculta
Pequeña chispa, que, tomando cuerpo,
Los pasados incendios reproduzca!

Por las calles y plazas la nobleza
 Mézclase afable á la plebeya turba ,
 Y unidos los hidalgos y pecheros
 La velada alegrar todos procuran.

Del alguacil ó arquero nadie teme
 En tal noche insolencia inoportuna ,
 Ni que el toque obligado de la queda
 Venga á dar fin á la funcion nocturna.

Con matizadas telas los balcones
 Y luminarias á la noche insultan ,
 Y suenan por doquiera tamboriles ,
 Rabeles , pitos , flautas y bandurrias.

Mas el centro comun de aquella fiesta ,
 Donde la gente principal se agrupa ,
 Es de la catedral la extensa plaza ,
 Que adornan arcos de ramaje y murta.

Arde en su centro rutilante hoguera ,
 Y sobre su pirámide , que ondula ,
 De fácil llama , saltan los muchachos
 Con tal audacia , que mirarlo asusta.

Aquel rojo esplendor la plaza llena ,
 Refleja del gran templo en las columnas ,
 En las lejanas torres , en las casas ,
 En los humanos rostros que circulan;

Y si con viva luz perfila y corta
 Cuanto alcanza en reedor, sombras oscuras
 Causa tambien , tan vagas , tan movibles ,
 Que con formas fantásticas lo abulta.

Allá en los soportales se establecen
 Puestos mezquinos de confites , frutas ,
 Licor, torrados , nueces , chucherías ,
 Y aun tiempo gritos mil su venta anuncian.

El aceite en que hierven los buñuelos
 Infesta el aire mas que lo perfuma ,
 Los populares cánticos lo aturden ,
 Con voces discordantes y confusas.



Avanza ya la noche, á paso lento
Entre celajes al zenit la luna,
Pero aun no es el concurso numeroso;
Ni aun reinan confusion y barahunda:

Pues va á salir enmaromado un toro,
Y la gente juiciosa, y la machucha,
Y las damas no quieren un tropiezo
Con quien no acata canas ni hermosura.

Solo la gente jóven y los guapos,
Con algazara por las calles crusan,
Mientras que los balcones y las rejas
Las mujeres solícitas ocupan.—

~~~~~

Que el feroz animal ya sale avisan  
Gritos, carreras, luminarias, bulla,  
Y muchos, que en las calles y las plazas  
De valientes la echaban, se atribulan.

Y algun portal, ó pilaron, ó verja  
Para esconderse demudados buscan:  
Que es una cosa el esperar al toro,  
Y otra quedarse cuando asoma y bufa.

Con una luenga sogá, en que se ensartan  
Chulos, pillos, borrachos y granuja,  
Y al animal por el testuz sujeta  
Para impedirle que se ponga en fuga,  
Un guadianaño buey enorme, blanco,  
De inmensa y reforzada cornadura,  
Corre, atropella, embiste, retrocede,  
Retemblando la tierra á sus pesuñas.

Unos huyendo súbense á las rejas,  
Mas las damas de adentro, si son ohuscas,  
Para obligarlos á volver al riesgo,  
Los vejan, los pellizcan, los empujan.

Otros al paso al fiero buey recortan  
Con garbo y gentileza, y con que alguna  
Flor ó cinta se ganan, como en premio  
De su serenidad, arte y bravura.

Tambien hay quien con gracia y gentileza  
 Manejando la capa á la andaluza,  
 Y consiguiendo estrepitoso aplauso,  
 Al feroz animal engaña y burla.

Pero tal vez algunos por el aire  
 Vuelan á impulso de las corvas puntas,  
 O por tierra revuélcanse, las ropas  
 Y las carnes tambien rotas y sucias.

Tal sucedió al Alcalde. ¡ Desdichado !  
 Con vara, con linterna, y con la chusma  
 De alguaciles detrás, la ronda hacia,  
 Lejos del toro, y lejos de trifurcos,

Cuando el vil animal volvió de pronto,  
 De un rehilete huyendo que le punza,  
 Atropello de pillos la gran sarta  
 Que dejan la maroma por la fuga,  
 Y tomando una oscura callejuela,  
 Tal vez del campo y de reposo en busca,  
 Tropezó con la ronda de improviso,  
 Y fué justo que hiciera de las sayas.

Llevó buen revoleon el pobre Alcalde,  
 Y alta grita además, que la gentuza  
 ¡ Villana propension! aplaude siempre  
 Que al que manda le espetan una tunda.

Afortunadamente no fué cosa,  
 Y salió sin lesion de tanta angustia,  
 Con vários desgarrones en la capa  
 Y maldiciendo tan pesadas burlas.

Este incidente, y que la media noche  
 Ya la campana de la vela anuncia,  
 Volver al toro hicieron á su establo,  
 Dando al demonio la ovacion nocturna.

Entonces, sí, que calles y que plazas  
Honradas fueron por la gente culta,  
Y por damas gallardas y galanes;  
Con ricas vestes y pintadas plumas.

Empezó la función á ser mas noble,  
Sino tan bulliciosa, y las bandurrias,  
Vihuelas, menestriles y panderos  
Sones de danza armónicos modulan.

Doncellas de alto fuste entonces salen,  
Y del contento general disfrutan,  
Luciendo ricas y elegantes galas,  
Que su beldad y su linaje ilustran.

Mas entre todas ellas descoliendo,  
Como erguido ciprés entre las murtas,  
Como azucena en medio de las flores,  
Como entre las estrellas la alma luna;

Y la atención universal llamando,  
Y calle abriendo respetosa turba,  
Doña Leonor de Bejarano llega,  
Preconizada Sol de Extremadura.

Son sus ojos luceros rutilantes,  
Que á los del cielo con su lumbre ofuscan,  
Ebanos son las trenzas y los rizos  
Que por su cuello de marfil undulan,

Soberana su altiva gentileza,  
Y su rostro el compendio en que se juntan  
Gracia, beldad, modestia, altanería,  
Alto talento, y discreción profunda.

Tendió con inquietud la vista en torno,  
Como quien algo que le importa busca,  
Y en un sillón que colocara un paje  
Sobre una alfombra de labor moruna,

Sentóse, de sus dueñas circundada,  
Con modestia y con noble compostura.  
El concurso la admira y la contempla,  
Y damas y galanes la saludan.

Y los *Portugaleses* en su obsequio  
Mas asiduos mostrándose que nunca  
Cercáronla cortesés elogiando  
Sus gracias, joyas, talle y hermosura.

Sus extremos y al ver que en el concurso  
 Las Señoras no están de aquella alcurnia,  
 Y que á doña Leonor le dejan sola  
 Ser reina del festejo, inspira alguna  
 Sospecha en los astutos y medrosos  
 De que la enemistad aun arda oculta  
 De ambos linajes y que aun pueda un día  
 La paz romper que Badajez disfruta.

## II.

EL EMBOZADO.—LA DAMA.—EL RAPTO.

En un rincón de la plaza  
 Detrás de unos pilares,  
 Que cortaban de la hoguera  
 El paso á los resplandores,  
 Un siniestro grupo forman,  
 Bañado en sombra, tres hombres,  
 Envueltos en capas negras  
 Que ocultan luengos esteques  
 Con el embozo el semblante  
 Hasta las cejas esconden,  
 Y calados los birretes,  
 En silencio están inmóviles.

El uno de cuando en cuando  
 Con gran recato se pone  
 A observar cuanto en la plaza  
 Acontece aquella noche.

Y cuando su rostro asoma  
 Y á la roja luz lo expone,  
 Brillanle en dos ojos negros  
 Dos relámpagos atroces.

Al ver llegar tan gallarda  
A Doña Leonor, quedóse  
Como encantado un momento,  
Y en temblor convulso rompe.

Retírase, y en voz baja,  
Pero en la cual se conoce  
Gran turbacion, de este modo  
Dice á los dos que le oyen:

«Ya está en la plaza... ¡Oh cuán bella!...  
... Sus ojos como dos soles  
Ha girado en busca mia.  
... Me lo dice el alma á voces.»

Uno de los dos, del brazo  
Lo sacude y le interrompe,  
Con acento que parece  
Satánico acento: «Jóven,  
»Si ella te ama y tú lo sabes,  
Y te la niegan feroces  
El padre y hermanos, solo  
Por los antiguos rencores,—  
»Con tu espada y con tu esfuerzo  
Tu amor ardiente se logre.  
Y queden los *Bejaranos*  
Hundidos de un solo golpe.»

Tiembla el mancebo un instante,  
Que la importancia conoce  
Del consejo, y decidido  
De esta manera responde.

«Si ese desdeñado novio  
Que su familia le impone,  
Porque es del Rey favorito,  
Baila con ella esta noche,  
»Será, os juro por mi sangre,  
Rayo abrasador mi estoque;  
Y de los *Portugaleses*  
Restablecido el renombre.»

El otro que hondo silencio  
Guardó tenaz hasta entonces,  
Y que de los tres mostraba  
Ser el mas viejo en su porte,

«Hablas (le dijo), cual debe  
Hablar en tu caso un noble.  
Bailará, sí, no lo dudes,  
Haz lo que te cumple entonces.

»Pues preparado está todo  
Con tal secreto y tal orden  
Que Doña Leonor tu esposa  
Será, aunque lo impida el orbe.»

Tornan á hundirse en silencio  
Los tres, y á quedarse inmóviles.  
Y atento la plaza observa  
Con grande ansiedad el jóven.

Aquel grosero bullicio  
Y atronadora alegría,  
Que en las fiestas populares  
Nos aturde y nos fastidia;

Y la confusion de gentes  
Incultas y poco limpias,  
Que nos sofoca y estrecha  
La diversion nos quita,

Ya de la alegre velada  
Desaparecido habian,  
Para aparecer de nuevo  
Al celebrarse la misa.

Y aquel tropel de borrachos  
Y de chicos y de chicas,  
Que disgustos causan solo  
Y desazones y riñas,

Tambien rendido ó disperso  
En hondo sueño yacía,  
Dejando la extensa plaza  
Mas desahogada y tranquila.

No incomodaba la hoguera,  
Ya leve llama y ceniza,  
Y solo de los balcones  
Las luminarias ardian;

Cuyo fulgor combinado  
Con el que argentada y limpia  
En zenit daba la luna  
Entre blancas nubecillas.

Tomaba una luz tan grata,  
Ya plateada, ya rojiza,  
Y una claridad tan dulce,  
Tan templada, tan benigna,

Que de mágica apariencia  
La extensa plaza vestía,  
Dando mas realce á la gala,  
Y mas encanto á las lindas.

Los sonoros instrumentos  
Armonizaban las brisas  
Y el baile duraba alegre  
Entre las personas finas.

¡Qué matizados ropajes,  
Cuánta pluma, cuánta cinta  
La plaza, como las flores  
El verjel risueño, pintan!

¡En cuántas lucientes joyas,  
De las estrellas envidia,  
Las antorchas y la luna  
Relampaguean y brillan!

¡Cuántos ojos hechiceros  
Abrasan á los que miran  
Con los ardientes vislumbres  
De sus aleves pupilas!

¡Cuánto delicado talle,  
Que al laurel gallardo imita,  
Cuando el zéfiro halagüeño  
En el jardín lo acaricia,

Arrebata corazones,  
Y voluntades cautiva!  
¡Qué atmósfera deliciosa  
En Badajoz se respira!—



Ninguna dama desdén  
 Por encumbrada y altiva  
 Tomar ya parte en la danza ,  
 Mostrando su gallardía,

Con los nobles caballeros  
 Que obsequiosos las convidan,  
 Para que luzcan su garbo ,  
 Y ostenten sus galas ricas.

Y á respetuosa distancia ,  
 Si aun quedan , pobres familias  
 Cariñosas las aplauden ,  
 Envidiosas las admiran.

Doña Leonor solamente  
 Aun no ha dejado su silla ,  
 Y algo tiene su semblante ,  
 Que inquietud interna indica ;

Por mas que afable en sus labios  
 Brille apacible sonrisa ,  
 Que á los saludos y obsequios  
 Corresponde agradecida ;

Y que ni un punto deponga  
 La reserva noble y digna ,  
 Que corresponde al orgullo  
 De su encumbrada familia.

Ya en Oriente albo destello,  
 Y una nube purpurina  
 Anunciaban que la Aurora  
 Del mar tirreno salía ;

Cuando el padre y los hermanos  
 De Doña Leonor divina ,  
 Acompañando á un mancebo  
 De cortesana hidalguía,

Y del mas vistoso traje ,  
 Y de figura expresiva,  
 Se acercaron gravemente  
 A la hermana y á la hija ;

Y pídenle cariñosos,  
 Mas con voz imperativa,  
 Que con aquel caballero,  
 Que para suyo destinan,  
 Salga á animar con su garbo,  
 Su beldad y bizarría,  
 El fin de la alegre danza,  
 Pues que ya la noche espira.

Ella, aunque el alma le parte  
 Y el pecho le martiriza  
 Tal mandato, disimula  
 Discreta, sagaz y lista.

Y aunque alguna excusa intenta  
 Balbucir, la llama altiva  
 Que en los ojos de su padre,  
 Anunciando enojo, brilla,

Le aterra; y cubriendo astuta  
 El disgusto que la agita,  
 En pié se pone gallarda  
 Entre universales vivas.

Apenas en pié se puso,  
 Al lado del caballero,  
 Doña Leonor Bejarano  
 Con noble y turbado aspecto,  
 Y en torno un circo formaba  
 El regocijado pueblo,  
 Para darles el tributo  
 De aplausos y acatamientos;

En el rincón de la plaza  
 Donde estaban en silencio  
 Los tres hombres embozados,  
 Tronó alarido tremendo.

Y los tres hombres las capas  
 Arrojando á un mismo tiempo,  
 Y mostrándose vestidos  
 De coseletes de hierro,

Con la presteza del rayo,  
 Confusion sembrando y miedo,  
 En la mano los estoques  
 Vuelan de la plaza al centro.

El desórden, la sorpresa,  
 Turban el concurso inmenso;  
 Huyen niños y mujeres  
 Con pavorosos lamentos.

Unos á otros se atropellan,  
 Sin saber donde está el riesgo.  
 Los hombres se arremolinan  
 Ignorando que es aquello.

Se oyen gritos espantosos,  
 Desnúdanse mil aceños,  
 Puertas ciérranse y balcones  
 Con presteza y con estruendo.

Doña Leonor se desmaya  
 En brazos del caballero;  
 Cuando los tres agresores  
 Llegan, y el mas jóven de ellos

Al dichoso le traspasa  
 De horrenda estocada el pecho.  
 Y mientras de ardiente sangre  
 Inunda la tierra el muerto,

Los otros dos animosos  
 Asen con feroz denuedo  
 A la exánime doncella  
 Y arrebatánla violentos.

A darle tardo socorro  
 Llegan su padre y sus deudos;  
 Y pasmados reconocen  
 En el osado mancebo,

De la estirpe *Bejarana*  
 Al enemigo mas fiero,  
 Y de los *Portugaleses*  
 Al mas gallardo y soberbio.

Arrójanse á la venganza.....  
 ; Mas qué pueden sus esfuerzos,  
 Desarmados, sorprendidos  
 Y con sayos de festejo;

Si los del contrario bando ,  
 Traidores llevan cubiertos  
 Con las galas los arneses ,  
 Para combate dispuestos !  
*¡ Traicion !!! ¡ Traicion y venganza !!!*  
 Gritan furiosos aquellos.  
*¡ Muerte !!! ¡ Sangre y exterminio !!!*  
 Con altivas voces estos...  
 Del gran rey don Sancho el Bravo ,  
 Rotos quedan los conciertos ,  
 Y de la civil discordia  
 Reanimados los incendios.

### III.

#### LA BATALLA.—LA MISA.

*¡ Infeliz Badajoz !... Oh sol , detente.*  
 Niega hoy tu luz al turbio Guadiana ,  
 Y en nubes de oro y grana  
 Quédate reclinado en el Oriente.  
 No vengan á alumbrar tus resplandores ,  
 De sangre y muerte y exterminio llenas  
 Sus márgenes amenas :  
 Cubra noche eternal tantos horrores.  
 Mas ¡ ah ! no llega á tí mi voz , y tiendes ,  
 Inmutable siguiendo tu carrera ,  
 El paso por la esfera ,  
 Y sobre Badajoz tu lumbre extiendes.  
 Mirala arder en espantable guerra ,  
 De la discordia al hórrido alarido ,  
 Y otra vez encendido  
 El fuego del infierno en esta tierra.

Mira de los incendios el espanto,  
Y como el hama en sofocante nube  
Hasta tu trono sube,  
A ennegrecer tu rutilante manto.

Mira arroyos de sangre en Guadiana  
Perderse enrojeciendo sus cristales.  
Mira las infernales  
Furias triunfando de la raza humana.

¡ Maldición ! ¡ Maldición á los primeros  
Que rompieron la paz tan santo día,  
Y que en batalla impía  
Desnudaron los bárbaros aceros!

Si inermes los altivos *Bejaranos*  
Por la traidora saña sorprendidos,  
Pudieron ser vencidos,  
Ya empuñan hierro sus feroces manos.

Y arden en ira y en atroz venganza,  
Y vestidos los bélicos arneses,  
De los *Portugaleses*  
Cébanse sin piedad en la matanza.

Y los *Portugaleses* defendiendo  
La presa, que les dió su alevosía,  
Sacian la saña impía,  
Lago de sangre á Badajoz haciendo.

Cunde voraz la formidable llama,  
Las casas y palacios devorando  
Del uno y otro bando,  
Y por altas techumbres se derrama.

Calles y casas, plazas y jardines,  
Campo son horroroso de pelea;  
Y la muerte pasea  
De la ciudad los últimos confines.

Blasfemias, gritos, voces y lamentos,  
Y el crugir de las armas atronante,  
Y polvo sofocante  
Llenan y enciende los delgados vientos.

No es entre hombres la lucha , es entre fieras ,  
O mas bien entre monstruos del infierno...

¡ Y nadie , oh Dios eterno ,  
Teme el rayo, terror de las esferas?  
¡ Nadie recuerda , ¡ oh ceguedad impia !

El santo aniversario en que rendido  
Un pueblo agradecido  
Debe ante tí postrarse en este dia ?...

Alguien lo recordó... Sobrepujando  
Una campana del combate horrendo  
El tormentoso estruendo ,  
Al templo está los fieles convocando.....

Mas ¡ ay ! que no la escuchan los feroces ,  
Y aquella voz del cielo se ahoga y hunde ,  
Y el rumor la confunde  
De ardientes armas y tremendas voces.

Y si el enfermo , el niño y el anciano  
Y la doncella tímidos la escuchan ,  
El terror con que luchan  
Torna su afan de obedecerla vano.

Nadie , oh sacro metal , obedecerte  
Puede , aunque quiera , en tan infausto dia.  
¡ Quién cruzar osaria  
Calles do reiman exterminio y muerte?

Uno solo , obediente á aquel mandato  
Y de alta obligacion al santo grito ,  
Se alza , sale , las calles atraviesa ,  
Desprecia los peligros.

El santo Sacerdote que aquel dia  
Celebrar de la iglesia los oficios  
Debe en la catedral: Su santo celo  
Le da santo heroismo.

Armas , furias , estragos atraviesa  
Incólume , y del cielo protegido  
Del sacro templo la cerrada puerta ,  
Abrese y le da asilo.

En la desierta catedral, en donde  
Ni aun ornan el altar lucientes cirios,  
Y cuya soledad lo asombra y pasma,  
Entra despavorido.

Solo halla á un jóven sacristan temblando,  
Mas que por el combate y exterminio,  
Cuyo rumor duplicase en las bóvedas  
Del lóbrego edificio;

Porque nadie ha tocado la campana,  
Que dió á los fieles el sonoro aviso,  
Sonando por sí sola ó compelida  
Por impulso divino.

Al saberlo pasmado el Sacerdote  
Advierte lo que manda aquel prodigio,  
Siente algo en su interior que lo engrandece  
Y le da extraño hrio.

Y aunque desiertos mire iglesia y coro  
Y presbiterio, y en aquel recinto  
No mas viviente que el cuitado jóven  
Trémulo y semivivo;

«No quede, exclama, en tan infausto dia  
Sin culto el templo del Señor bendito,  
Y pues tú y yo bastamos, celebremos  
El santo sacrificio.

»Que aunque desnudo de aparato y pompa  
Subirá al trono del Señor lo mismo.  
Logre hoy del Sacramento la presencia  
Este olvidado sitio.»

Se anima el sacristan (á ambos esfuerza  
Impulso superior), corre al proviso  
Y prepara el altar, al altar subo  
El preste revestido.

La misa empieza con fervor devoto,  
En la tierra y altar los ojos fijos.  
Antes de leer la epístola se vuelve,  
Siguiendo el sacro rito,

A decir, *el Señor sea con vosotros*,  
Y no encuentra ¡oh pavor! á quien decirlo:  
Que están desiertas naves y capillas  
Y su ámbito vacío.

Anonádase, tiembla, se confunde;  
Y oyendo resonar lejanos gritos  
Y el rumor del combate que arde fuera,  
En el santo recinto;

Trémulo torna, y á la imagen santa  
De nuestro Redentor, hondos gemidos  
Lanzando que de el alma le salien,  
Entre lágrimas dijo:

«Señor, Señor, piedad... ¡cómo consientes  
Que así te ofendan tus feroces hijos;  
Y que cuando debieran prosternados  
Adorarte sumisos,

Recordando el favor con que libraste  
Esta infeliz ciudad de los impíos,  
Se estén cual torvas fieras devorando,  
Ofendiéndote inicuos?

»¡Cómo, Señor, permites que tu templo  
En tal festividad quede vacío,  
Y que tu cuerpo y sangre nadie adore,  
Mas que tu siervo indigno!»

La epístola leyó, y el Señor sea  
Con vosotros, tornó á decir, y frío  
Quedó cual mármol, de concurso inmenso  
El templo viendo henchido.

¡Mas qué concurso! ¡Oh Dios! Concurso helado,  
Que ni alienta, ni muévase, ni brillo  
Muestra en los ojos... Turba de esqueletos...  
Vivientes de otro siglo.

¡Esqueletos!... Envueltos en sudarios  
Los mas: Algunos con ropajes ricos  
Deslustrados y rotos: Muchos visten  
Sayal de San Francisco:

Vários, armas mohosas y abolladas,  
Algunos, los mas altos distintivos;  
Y hay de todas edades, sexos, temples,  
Sin orden confundidos.

Abiertas de la iglesia en suelo y muros  
Estaban de sepulcros y lucillos  
Las losas, el silencio era espantoso,  
Y el ambiente mas frío.



St.—Los conquistadores denodados ,  
 Que á Badajoz ganaron para Cristo ,  
 Salieron con los suyos de las tumbas  
 A adorar á Dios vivo;  
 Y á celebrar el santo aniversario ,  
 Asistiendo del culto á los officios ,  
 Ya que sus descendientes infernales  
 Los tienen en olvido.

Tiembla el jóven sirviente. El Sacerdote  
 Aterrado prosigue el sacrificio.  
 Consagra , alza , consume , vuelve luego  
 Y halla el concurso mismo.

*Marchad , la misa concluyó* , pronuncia ,  
 Y al punto desaparece aquel gentío.  
 Tórnase en nada , y ciérranse las losas  
 De tumbas y lucillos.

No tenían que esperar los bienhadados  
 La bendicion humana ; ya benditos  
 Estaban del Señor.—Fuera del templo  
 Prosigue el exterminio.—

No pudo mas el santo Sacerdote ,  
 Una mision terrible habia cumplido.  
 Fué á recoger de su fervor el premio,  
 Y muerto á tierra vino.

*Madrid , Mayo de 1854.*



# INDICE

DE LAS COMPOSICIONES QUE CONTIENE ESTE TOMO.

---

## ROMANCES HISTORICOS.

|                                        | <u>Pág.</u> |
|----------------------------------------|-------------|
| Prólogo. . . . .                       | VII.        |
| Una antigualla de Sevilla. . . . .     | 1           |
| El alcázar de Sevilla. . . . .         | 15          |
| El parricidio. . . . .                 | 33          |
| D. Alvaro de Luna. . . . .             | 47          |
| Recuerdos de un grande hombre. . . . . | 65          |
| Un embajador español. . . . .          | 105         |
| La buena ventura. . . . .              | 111         |
| La muerte de un caballero. . . . .     | 129         |
| Amor, honor y valor. . . . .           | 153         |
| La victoria de Pavía. . . . .          | 149         |
| Un castellano leal. . . . .            | 175         |
| El solemne desengaño. . . . .          | 185         |
| Una noche de Madrid en 1578. . . . .   | 219         |
| El conde de Villamediana. . . . .      | 237         |
| El cuento de un veterano. . . . .      | 263         |
| Bailén. . . . .                        | 297         |
| La vuelta deseada. . . . .             | 311         |
| El sombrero. . . . .                   | 321         |

## LEYENDAS.

|                                                |     |
|------------------------------------------------|-----|
| Prólogo. . . . .                               | 333 |
| LEYENDA PRIMERA.—La azucena milagrosa. . . . . | 339 |
| LEYENDA SEGUNDA.—Maldonado. . . . .            | 425 |
| LEYENDA TERCERA.—El aniversario. . . . .       | 491 |

2-1  
2-2

# INDICE

## DE LOS ROMANCES Y PARTES DE CADA COMPOSICION.

### UNA ANTIGUALLA DE SEVILLA. X

|                                 | Pág. |
|---------------------------------|------|
| ROMANCE I.—El candil. . . . .   | 4    |
| ROMANCE II.—El juez. . . . .    | 4    |
| ROMANCE III.—La cabeza. . . . . | 8    |

### EL ALCAZAR DE SEVILLA.

|                      |    |
|----------------------|----|
| ROMANCE I. . . . .   | 15 |
| ROMANCE II. . . . .  | 18 |
| ROMANCE III. . . . . | 23 |
| ROMANCE IV. . . . .  | 26 |

### EL FRATRICIDIO.

|                                             |    |
|---------------------------------------------|----|
| ROMANCE I.—El español y el francés. . . . . | 33 |
| ROMANCE II.—El castillo. . . . .            | 35 |
| ROMANCE III.—El dormido. . . . .            | 39 |
| ROMANCE IV.—Los dos hermanos. . . . .       | 43 |

### D. ALVARO DE LUNA. X

|                                                          |    |
|----------------------------------------------------------|----|
| ROMANCE I.—La venta. . . . .                             | 47 |
| ROMANCE II.—El camino. . . . .                           | 50 |
| ROMANCE III.—Las calles.—La capilla.—El palacio. . . . . | 54 |
| ROMANCE IV.—La plaza. . . . .                            | 59 |

### RECUERDOS DE UN GRANDE HOMBRE. V

|                                        |     |
|----------------------------------------|-----|
| ROMANCE I.—El niño hambriento. . . . . | 65  |
| ROMANCE II.—El almuerzo. . . . .       | 69  |
| ROMANCE III.—La dama. . . . .          | 77  |
| ROMANCE IV.—Tiempo perdido. . . . .    | 83  |
| ROMANCE V.—La reina. . . . .           | 93  |
| ROMANCE VI.—Conclusion. . . . .        | 100 |

## UN EMBAJADOR ESPAÑOL.

|                     |     |
|---------------------|-----|
| ROMANCE I. . . . .  | 405 |
| ROMANCE II. . . . . | 408 |

## LA BUENA VENTURA.

|                                      |     |
|--------------------------------------|-----|
| ROMANCE I.—La cita. . . . .          | 411 |
| ROMANCE II.—Las cuchilladas. . . . . | 414 |
| ROMANCE III.—El embarco. . . . .     | 419 |
| ROMANCE IV.—Conclusion. . . . .      | 427 |

## LA MUERTE DE UN CABALLERO.

|                  |     |
|------------------|-----|
| ROMANCE. . . . . | 429 |
|------------------|-----|

## AMOR, HONOR Y VALOR.

|                                    |     |
|------------------------------------|-----|
| ROMANCE I.—El ejército. . . . .    | 433 |
| ROMANCE II.—La tienda. . . . .     | 440 |
| ROMANCE III.—El caballero. . . . . | 445 |

## LA VICTORIA DE PAVIA.

|                                              |     |
|----------------------------------------------|-----|
| ROMANCE I.—Pescara y los españoles. . . . .  | 449 |
| ROMANCE II.—El estandarte ante todo. . . . . | 458 |
| ROMANCE III.—Un rey prisionero. . . . .      | 463 |
| ROMANCE IV.—Un andaluz. . . . .              | 468 |
| ROMANCE V.—Conclusion. . . . .               | 472 |

## UN CASTELLANO LEAL. X

|                      |     |
|----------------------|-----|
| ROMANCE I. . . . .   | 475 |
| ROMANCE II. . . . .  | 476 |
| ROMANCE III. . . . . | 479 |
| ROMANCE IV. . . . .  | 482 |

## EL SOLEMNE DESENGAÑO. X

|                                             |     |
|---------------------------------------------|-----|
| ROMANCE I.—El galán.—La enfermedad. . . . . | 485 |
| ROMANCE II.—La ausencia. . . . .            | 492 |
| ROMANCE III.—Un sol apagado. . . . .        | 497 |
| ROMANCE IV.—Viaje fúnebre. . . . .          | 507 |
| ROMANCE V.—Lo que es el mundo. . . . .      | 514 |

## UNA NOCHE DE MADRID EN 1578. X

|                                                        |     |
|--------------------------------------------------------|-----|
| ROMANCE I.—Tres galanes. . . . .                       | 519 |
| ROMANCE II.—La meditacion. . . . .                     | 524 |
| ROMANCE III.—El secreto. . . . .                       | 527 |
| ROMANCE IV.—La cartera verde. . . . .                  | 530 |
| ROMANCE V.—El cadáver.—El fugitivo.—El muerto. . . . . | 534 |

## EL CONDE DE VILLAMEDIANA. X

|                                           |     |
|-------------------------------------------|-----|
| ROMANCE I.—Los toros. . . . .             | 237 |
| ROMANCE II.—Las máscaras y cañas. . . . . | 243 |
| ROMANCE III.—El sarao. . . . .            | 249 |
| ROMANCE IV.—Final. . . . .                | 255 |

## EL CUENTO DE UN VETERANO. X

|                                     |     |
|-------------------------------------|-----|
| INTRODUCCION. . . . .               | 263 |
| ROMANCE I.—El ayudante. . . . .     | 265 |
| ROMANCE II.—El alojamiento. . . . . | 268 |
| ROMANCE III.—El refresco. . . . .   | 272 |
| ROMANCE IV.—Un compromiso. . . . .  | 279 |
| ROMANCE V.—La monja. . . . .        | 283 |
| ROMANCE VI.—Algo mas. . . . .       | 292 |

## BAILÉN.

|                                   |     |
|-----------------------------------|-----|
| ROMANCE I.—Sevilla. . . . .       | 297 |
| ROMANCE II.—La agresión. . . . .  | 300 |
| ROMANCE III.—La victoria. . . . . | 304 |

## LA VUELTA DESEADA.

|                     |     |
|---------------------|-----|
| ROMANCE I. . . . .  | 314 |
| ROMANCE II. . . . . | 314 |

## EL SOMBRERO.

|                                 |     |
|---------------------------------|-----|
| ROMANCE I.—La tarde. . . . .    | 321 |
| ROMANCE II.—La noche. . . . .   | 325 |
| ROMANCE III.—La mañana. . . . . | 327 |

## LEYENDAS.

|                  |     |
|------------------|-----|
| Prólogo. . . . . | 333 |
|------------------|-----|

## LEYENDA PRIMERA.

## LA AZUCENA MILAGROSA.

|                        |     |
|------------------------|-----|
| Introducción. . . . .  | 339 |
| Primera parte. . . . . | 351 |
| Segunda parte. . . . . | 373 |
| Tercera parte. . . . . | 395 |
| Final. . . . .         | 421 |

## LEYENDA SEGUNDA.

## MALDONADO.

|                                     |     |
|-------------------------------------|-----|
| I.—La borrasca y el voto. . . . .   | 425 |
| II.—La romería.—El desafío. . . . . | 431 |
| III.—Las charlas. . . . .           | 438 |
| IV.—El salón. . . . .               | 443 |
| V.—La taberna. . . . .              | 457 |
| VI.—La lid. . . . .                 | 472 |
| VII.—El rescate. . . . .            | 483 |

## LEYENDA TERCERA.

## EL ANIVERSARIO.

|                                             |     |
|---------------------------------------------|-----|
| I.—La velada. . . . .                       | 491 |
| II.—El embozado.—La dama.—El rapto. . . . . | 497 |
| III.—La batalla.—La misa. . . . .           | 504 |



**ERRATAS.**

| <i>Página.</i> | <i>Línea.</i> | <i>Dice.</i>           | <i>Debe decir.</i> |
|----------------|---------------|------------------------|--------------------|
| xii            | 30            | á drede. . . . .       | adrede             |
| 10             | 23            | unos. . . . .          | unas               |
| 13             | 15            | á aquel. . . . .       | al                 |
| 33             | 25            | concejas. . . . .      | consejas           |
| 89             | 32            | convenido.. . . .      | convencido         |
| 111            | 8             | tronco. . . . .        | trono              |
| 122            | 28            | cocicia. . . . .       | codicia            |
| 123            | 6             | hombre.. . . .         | hombres            |
| 195            | 20            | promiso . . . . .      | proviso            |
| 197            | 16            | rodado. . . . .        | rodando            |
| 234            | 8             | das.. . . .            | mas                |
| 340            | 19            | conmovido. . . . .     | conmoviendo        |
| 353            | 28            | de pirámide. . . . .   | , pirámide         |
| 378            | id.           | faz. . . . .           | paz                |
| 405            | 19            | tentacionus. . . . .   | tentaciones        |
| 430            | 23            | desparecieron. . . . . | desaparecieron     |
| 433            | 30            | Llenábalas . . . . .   | Llenaba las        |
| 438            | 26            | sol sol. . . . .       | sol                |

